

TEORIA E HISTORIA

CRITICA

a la teoría económica burguesa

Alonso Aguilar M.
Paul A. Baran
Antonio García
Arturo Guillén
Eric Hobsbawm
H. Malavé Mata
Osvaldo Martínez
D. F. Maza Zavala
Paul M. Sweezy
R. Torres Gaytán
I. Trachtenberg
José Valenzuela

RZOG"



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

CRITICA A LA TEORIA ECONOMICA BURGUESA

ALONSO AGUILAR M., PAUL A. BARAN, ANTONIO GARCÍA,
ARTURO GUILLÉN, ERIC HOBSBAWM, H. MALAVÉ MATA,
OSVALDO MARTÍNEZ, D. F. MAZA ZAVALA, PAUL M.
SWEETZY, R. TORRES GAYTÁN, I. TRACHTENBERG, JOSÉ
VALENZUELA

Selección y prólogo
por ARTURO GUILLÉN



E D I T O R I A L
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: TEORÍA E HISTORIA

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A

Ave. Copilco 300
Locales 6 y 7
México 20, D.F.

ISBN. 968-427-002-0

Primera edición: 1978
Segunda edición: 1981

Selección y prólogo de
Arturo Guillén

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Í N D I C E

Prólogo por Arturo Guillén	7
Paul M. Sweezy, <i>La teoría de la innovación de Schumpeter</i>	9
I. Trachtenberg, <i>Keynes: la ocupación plena y la economía política burguesa</i>	19
Ricardo Torres Gaitán, <i>Capitalismo, keynesianismo y subdesarrollo</i>	53
Paul M. Sweezy, <i>Hansen y la crisis del capitalismo</i>	84
Alonso Aguilar M., <i>Las últimas décadas del pensamiento burgués</i>	91
Arturo Guillén, <i>El reformismo socialdemócrata de John Strachey</i>	117
Alonso Aguilar M., <i>El capitalismo opulento de John Kenneth Galbraith</i>	159
Paul A. Baran y Eric J. Hobsbawm, <i>Las etapas del crecimiento económico de W. Rostow</i>	196
Antonio García, <i>Elementos para una teoría latinoamericana del desarrollo</i>	214
José Valenzuela F., <i>Gunnar Myrdal: un liberal iconoclasta</i>	254
Alonso Aguilar M., <i>La invalidez de la teoría burguesa</i>	287
Héctor Malavé Mata, <i>La controversia monetarista estructuralista sobre la inflación</i>	303

- D. F. Maza Zavala, *Aspectos conceptuales del sub-desarrollo y sus relaciones con el desarrollo* 339
- Oswaldo Martínez, *La UNCTAD y la teoría económica internacional* 361
- Arturo Guillén, *Hacia una crítica de los economistas burgueses mexicanos* 393

PRÓLOGO

El capitalismo vive en la actualidad una de las crisis más severas e importantes —si no es que la más importante— de su historia. En los grandes periodos de crisis se pone en evidencia no solamente la incapacidad creciente del sistema para desarrollar las fuerzas productivas, sino, también, la endeblez de la teoría y la política económica burguesas. Los teóricos de la burguesía se quiebran inútilmente la cabeza por tratar de encontrar una «solución» medianamente satisfactoria, y no hacen más que moverse en un círculo vicioso, bandeando continuamente del monetarismo al keynesianismo, oscilando entre el expansionismo y las políticas contraccionistas, sin poder romper realmente el cuadro de estancamiento en que se debate la economía capitalista internacional desde hace más de diez años.

La crítica de la teoría burguesa es una tarea fundamental. Hace más de un siglo la economía burguesa abandonó el trabajo científico verdadero para encallar en el estéril mar de la apologética. Desde la crítica revolucionaria de Marx y Engels se demostró su inviabilidad histórica y el carácter acientífico de sus formulaciones teóricas.

Sin embargo, sería un error creer que la crítica termina con la muerte de los fundadores del socialismo científico. Mientras la burguesía siga siendo la clase dominante, lo será su ideología. Aunque conserve en esencia sus deficiencias fundamentales —su alejamiento de la realidad, su abandono del estudio de las relaciones sociales de producción, su subjetivismo, etc.— la teoría económica burguesa trata periódicamente de «cambiar de piel» con el fin de enfrentar los problemas del sistema. Ante la evidente impotencia de la teoría neoclásica, algunas corrientes

tes del pensamiento burgués contemporáneo como el neo-ricardianismo, encabezado por Sraffa, tratan de ganar credibilidad teórica volviendo al pensamiento clásico de Smith y sobretodo de Ricardo, pero saltándose extraña y olímpicamente al marxismo. El keynesianismo, después de haber tenido éxito en el alargamiento de vida del capitalismo, yace ya desde varios años en su lecho de muerte, provocando el resurgimiento de un cadáver pestilente: el monetarismo, en su variante «monetarista de estado» representada por el Fondo Monetario Internacional y los llamados «Chicago and Massachussets boys».

La crítica marxista de las distintas posiciones burguesas es una expresión de la lucha de clases en el terreno de las ideas. La crítica contribuye, dialécticamente, a la construcción y al desarrollo de la teoría marxista leninista. Como decía Bujarin, “criticar el sistema enemigo significa pensar a fondo el propio”.

Convencida de la importancia de dicha crítica, la *Editorial Nuestro Tiempo* ofrece a sus lectores este volumen que contiene artículos y fragmentos de libros de autores que desde distintas perspectivas, han analizado la economía burguesa. Con el fin de contribuir a romper en algo el prejuicio existente en nuestros países, fruto de más de cuatro siglos de dependencia, de rendir culto a las teorías cocinadas en las metrópolis imperialistas, he dado preferencia a la inclusión de autores latinoamericanos, profesores e investigadores que en Chile, Venezuela, Colombia y México han puesto su grano de arena en el difícil y aún descuidado terreno de la lucha teórica e ideológica.

La primera parte del libro se refiere a la crítica de los autores que se han ocupado de los problemas más generales de la teoría. La segunda parte se ocupa específicamente de la teoría del subdesarrollo. He agregado, además una breve bibliografía de libros de crítica al pensamiento económico-burgués, que puede ser útil a los estudiosos de estos problemas.

México, D. F., septiembre de 1978.
Arturo Guillén

LA TEORIA DE LA INNOVACION DE SCHUMPETER*

PAUL M. SWEEZY

Al profesor Schumpeter se le conoce principalmente como un teórico del ciclo de negocios (*business cycle*), pero su interés fundamental es mucho más amplio que el que sugiere su reputación. Una lectura cuidadosa de sus trabajos demuestra claramente que el objetivo es nada menos que revelar la anatomía del cambio económico en la sociedad capitalista. Las economías inglesa y norteamericana, por otro lado, se han conformado tradicionalmente en concentrar su atención en lo que se podría llamar el funcionamiento normal de la economía capitalista. Tal enfoque, por supuesto, no excluye mayores problemas de cambio y desarrollo, que son frecuentemente mirados como descansando en la providencia del historiador económico. La parte más importante de la teoría de desarrollo económico del profesor Schumpeter, que cae dentro del alcance tradicional de los economistas anglo-americanos, es aquella concerniente con los ciclos de los negocios. No estoy tratando de sugerir que objeto de alguna manera el mirar al profesor Schumpeter como un teórico del ciclo de negocios, porque realmente es uno de los contribuyentes más dis-

* Este artículo apareció con el título "La teoría de la Innovación del profesor Schumpeter" en el número de febrero de 1943 en *The Review of Economic Statistics*, un número especial para conmemorar el sexagésimo aniversario de Schumpeter.

tinguidos en esta rama de la economía; pero no se debe permitir la circunstancia, como lo ha sido en forma tan frecuente, de oscurecer su no menos distinguidos e importantes logros para aclarar los procesos del cambio económico. En estas hojas ignoraré los problemas del ciclo de negocios y trataré de aclarar al máximo los puntos de vista del profesor Schumpeter sobre los mecanismos del cambio económico en la economía capitalista.

El punto de partida del profesor Schumpeter es una economía de la que se supone ausente el cambio (aunque no el crecimiento).¹ En otras palabras, se abstrae el factor específico que produce el cambio. El resultado del sistema económico es llamado "flujo circular" (*circular flow*) porque se encuentra continuando, año tras año, en esencialmente los mismos canales. El flujo circular no está concebido en ningún sentido como una construcción *irrealista*; más bien, es una construcción abstracta que trata de reflejar las consecuencias de un número limitado de fuerzas económicas muy reales. A partir de aquí, el procedimiento se reduce a tres pasos: primero, el factor causal de cambio —el empresario o innovador— que se analiza como un tipo puro, con abstracción de su medio ambiente; segundo, el factor de cambio se inserta en el modelo del flujo circular; y tercero, la interacción del innovador con las fuerzas en trabajo en el flujo circular son sujeto de un análisis exhaustivo. Lo que emerge es un proceso de desarrollo que exhibe la forma ondulante del ciclo de negocios.

Esta versión simplificada del método del profesor Schumpeter intenta centralizar la atención sobre ciertos problemas que son de crucial importancia para la evaluación final de su teoría. ¿Ha realmente aislado y abstraído del análisis el *primum mobile* del cambio? ¿Es completamente satisfactoria la figura del flujo circular? ¿Es el

¹ Para la distinción entre cambio (o desarrollo) y crecimiento, ver su *Theory of Economic Development* (Cambridge, Massachusetts, 1934). Capítulo II. Hay edición en español, F.C.E.

resultado de unir los dos elementos una representación correcta de lo esencial de la realidad capitalista?

El factor causal en cambio, según el profesor Schumpeter, es la "innovación", la que se define como "haciendo cosas diferentemente el terreno de la vida económica".² Si esto se interpretase no más que como significado de que "la causa del cambio es el cambio", sería, por supuesto, un mero *petitio principii*; pero tal interpretación significa entender mal lo que el profesor Schumpeter quiso decir. La innovación es la actividad o función de un grupo particular de individuos llamados empresarios. El empresario es un tipo sociológico que se puede aislar e investigar independientemente de las consecuencias que suceden a las acciones de la empresa.

De ahí que cualquier sospecha de razonamiento circular sea infundada. ¿Cuáles son las características del empresario? Primero, por supuesto, la habilidad de apreciar las posibilidades de innovación; hasta dónde es o no también el descubridor o "inventor" de la innovación es una cuestión de menor importancia. Pero incluso más importante, es que el empresario debe ser capaz de vencer las resistencias psicológicas y sociales que se interponen en el camino a hacer cosas nuevas; debe, en resumen, tener cualidades de liderazgo. De ser así, el empresario no es un tipo social *sui generis*; es más bien un *líder* cuyas energías deben por una u otra razón dirigirse a canales económicos. Esta concepción del empresario lleva al profesor Schumpeter a ubicar la fuente del cambio económico en los acuerdos personales de un cierto grupo de hombres, un grupo que en principio proviene de todos los estratos y clases de la población.

La plausibilidad de este diagnóstico depende en gran medida del análisis del profesor Schumpeter del flujo circular. Se arriba a la concepción del flujo circular simplemente abstrayendo al empresario del medio ambiente económico. No debemos caer en el error de suponer que por

² *Business Cycles*, New York, 1939, vol. I, p. 84.

el hecho de sacar fuera al empresario *ipso facto* eliminamos al cambio de la economía. El problema es precisamente demostrar que eliminando un cierto tipo de individuo con eso eliminamos las fuerzas significativas que hacen el cambio. Si esto se puede probar exitosamente, es claro que podremos concluir que los empresarios *son* la fuente de cambio; en síntesis: la teoría sería vindicada. Si, por otro lado, la economía sin empresarios, es decir, sin un cierto tipo de personas, aún conserva tendencias al cambio, entonces tendremos que reexaminar nuestros supuestos iniciales. Por consiguiente, el análisis del profesor Schumpeter está destinado a demostrar que sin empresarios tenemos una economía estacionaria.

La idea del profesor Schumpeter del flujo circular es en muchos casos particulares similar al estado Walrasiano de equilibrio general, o, lo que es bastante similar, la concepción de Marshall del equilibrio permanente, el cual, a pesar de discutirse habitualmente con referencia a una firma o industria en particular, realmente implica un equilibrio del sistema como un todo. Motivos de consumo dominan las materias económicas —por supuesto esto no implica la aceptación del hedonismo filosófico— y determinan la asignación de fuentes a diferentes ramas de la producción. No obstante, en otro sentido, el profesor Schumpeter va más lejos que sus predecesores al negar la existencia, en el flujo circular, de superávits (*surplus*) en la forma de interés y provecho. La tierra se posee privadamente y produce una renta, pero en ausencia de un tipo de interés positivo no hay base para valorar la tierra: en una base capitalizada de poder ganado su valor es teóricamente “infinito”, lo que es sólo otro modo de decir que no existe mercado para la tierra en el flujo circular. La negativa de que existen superávits (aparte de la renta) en el flujo circular ha provocado muchas controversias; muchos críticos han sospechado que existe algo equivocado en el razonamiento del profesor Schumpeter respecto a este punto. Esta opinión me parece errada: no es el razonamiento sino los supuestos implícitos

en los que se basa, que cuentan para la desaparición de los superávits. Porque en efecto el profesor Schumpeter cree que en el flujo circular no hay una clase especial de capitalistas. La sociedad se divide en dos clases: los propietarios y los otros. Todos tienen igual acceso al "capital". Claramente, bajo estas circunstancias, ningún superávit puede llegarle a un empleador de trabajo; porque si existiese, los trabajadores se volverían ellos mismos empleadores y eliminarían el superávit. Por lo tanto todo ingreso va a propietarios o trabajadores, y no existe una función empleativa aparte de los simples detalles de tenedurías de libros y el desembolso de ingresos en los días de pago.

Los supuestos fundamentales del flujo circular son ciertamente suficientes para producir una economía estacionaria y, sobre todo, una en la que el ingreso se consume enteramente sin que quede nada para ahorro y acumulación. (La ausencia de ahorro es consecuencia del supuesto de la primacía de los motivos de consumición. En base a este supuesto, uno debe tomar también en cuenta el postulado siguiente de la preferencia temporal en el sentido Böhm-Baweriano, para poder explicar el ahorro. El profesor Schumpeter rehusa correctamente esta concepción de preferencia temporal como arbitraria e infundada.) Si esta fuera realmente la concepción apropiada de la economía capitalista sin empresario, entonces tendríamos que estar de acuerdo con el profesor Schumpeter en que el empresario es la verdadera fuente de cambio y, junto a ello, de los rasgos más característicos de la realidad capitalista, tales como ganancias, interés y ciclos de negocios. Así, a diferencia de muchos de sus críticos, no hallo errores en la lógica del argumento del profesor Schumpeter; por el contrario, me parece indiscutible que en base a sus propios supuestos su teoría del mecanismo del cambio económico es inatacable.

No obstante, cuando nos volvemos de la lógica de la teoría a sus supuestos, parece haber más lugar para la duda. Por ejemplo, la concepción del profesor Schumpe-

ter del flujo circular obviamente no es el único retrato posible de una economía de la que el empresario ha sido eliminado. Podemos partir de una situación en la que no sólo no hay propietarios sino tampoco capitalistas, en otras palabras, una clase especial de individuos que tienen el control exclusivo sobre los medios de producción aparte de la tierra. (Por supuesto, los capitalistas también pueden ser propietarios.) Por razones institucionales, los trabajadores hallan imposible obtener control sobre los medios de producción y de ahí que se autoincapacitan para tornarse empleadores. Bajo este supuesto, un superávit en la forma de ganancia y/o interés es un corolario lógico. Adhiriéndonos al supuesto de la primacía de los motivos de consumición, podemos aun tener una economía estacionaria que es en muchos aspectos similar al flujo circular del profesor Schumpeter, pero la justificación de este supuesto parece mucho menos clara en este caso que en el del profesor Schumpeter. Examinemos el problema más de cerca.

Es extremadamente plausible suponer que en una sociedad basada en los postulados del flujo circular el motivo primordial para toda la conducta económica debe ser la satisfacción de las necesidades del consumidor. La única división de clases es entre los propietarios y los trabajadores. Más aún, desde que no hay mercado para la tierra, los propietarios de tierra constituirían una aristocracia hereditaria para la cual la riqueza como tal no sería un boleto de ingreso. Las diferencias de ingresos entre los trabajadores estarían basadas solamente en diferencias de eficiencia productiva, desde el momento en que los ahorros no proveerían una fuente de rentas. Bajo estas condiciones la acumulación de riquezas parecería tener poco atractivo: no serviría ni como una enseña de prestigio social, ni como una fuente de rentas. Por eso el profesor Schumpeter está indudablemente acertado al excluir ahorro y acumulación como factores significantes del flujo circular y considerarlos como un fenómeno que es más la consecuencia del cambio, que su causa.

Por otro lado, si tomamos como nuestro punto de partida una sociedad con una estructura de clases diferente a la subyacente (*underlying*) en el flujo circular, entonces las razones para excluir el ahorro y la acumulación son mucho más débiles. Donde existe una clase empleadora diferente basada en la pertenencia de capital, en adición a los propietarios y trabajadores, hay también un fuerte motivo para acumular riquezas aparte de cualquier idea dubitativa sobre la preferencia temporal. Ya no se puede argüir que el poder social y el prestigio son el monopolio de una aristocracia hereditaria; de hecho, desde el momento en que junto a un tipo de interés va la mercantilización de la tierra, es posible para cualquiera que tenga la suficiente cantidad de dinero para comprar su ingreso en la clase propietaria.

Pero es aún más importante el hecho de que los empleadores, asimismo, constituyen una clase superior, que está basada directamente sobre la posesión de riquezas acumuladas. Más aún, desde que esta clase de riqueza se puede medir en unidades de valor abstractas, se deduce que el estatus relativo de los miembros de la clase superior se puede calcular exactamente. Bajo tales circunstancias el camino a la preferencia social y al éxito debe ser visto evidentemente por medio de la acumulación de riquezas; y, considerando el hecho de que el status social es esencialmente un problema de posición de un hombre con relación a los otros, no hay límite para la cantidad de riqueza que es racional querer acumular. Se deduce que en la clase de economía que estamos investigando, no sólo existen los superávits, desde los cuales es posible **acumular**, sino también gran cantidad de motivos para ello; **realmente, en un sentido, no es incorrecto decir que los superávits proveen tanto la posibilidad como el incentivo para la acumulación.**

El ordenamiento del profesor Schumpeter de causa-efecto se puede ahora invertir. En vez de mirar los superávits y las acumulaciones como el efecto del cambio, podemos **mirarlas como ejerciendo una presión profunda y firme**

en la forma del cambio económico. Indicaremos las razones de esto brevemente.

Primero, la acumulación en ausencia del cambio tiende a eliminar el superávit y por ello a amenazar la posición social de la clase capitalista; es innecesario decir que no hay clase que admita mansamente su propia exterminación. Segundo, el individuo capitalista que introduce nuevos métodos obtiene un superávit mayor y por ello puede adelantarse más rápidamente que sus compañeros. Finalmente, el capitalista que rehusa entrar en la carrera de hallar y conseguir nuevos métodos queda en peligro de que lo eliminen sus competidores.³ De esta manera, vemos que en una sociedad con una estructura de clases capitalista de ninguna manera las presiones sociales se manifiestan como opuestas a "hacer cosas diferentes en el terreno de la vida social"; por el contrario, el capitalista se debe ajustar a una vida de cambio continuo o correr el riesgo de perder todo lo que le otorga prestigio social y poder.

Vemos que la construcción, en base a lo que parecen supuestos bastante razonables, desde otro punto de partida que el flujo circular, es posible. Esta economía se puede hacer estacionaria con propósitos de análisis abstrayendo el *primum mobile* de cambio, nominalmente, la acumulación de capital, así como el profesor Schumpeter obtiene su economía estacionaria abstrayendo al empresario. Pero en nuestro caso está claro que, para producir cambio, no se requiere la inserción de un tipo sociológico especial que tiene la característica específica y la función de ser capaz de superar las resistencias a la innovación. No hay necesidad de negar la existencia de tales resistencias, pero igualmente no hay razón para suponer que son siempre, o en balance, más fuertes que las presiones para innovar, las cuales generadas por la estructura de

³ Para una exposición más amplia de la relación entre acumulación y cambio, ver mi libro *The Theory of Capitalist Development* (New York, 1942). Capítulo V. Hay edición en español, F.C.E.

clases capitalista. Esto se torna particularmente claro en el caso de corporación o de monopolio moderno en gran escala en los cuales el proceso de innovación se torna altamente institucionalizado en manos de las planas mayores o de investigaciones científicas, relaciones de costos, y otros semejantes, y en los cuales puede ser extremadamente difícil, si no imposible, hallar un empresario Schumpeteriano.

Mientras que el punto de vista del mecanismo de innovación que se ha sugerido difiere en aspectos importantes del adoptado por el profesor Schumpeter, no se debe suponer que los dos son mutuamente excluyentes. Hay bastante cabida para empresarios de su tipo en la economía de clases capitalista y, obviamente, cualquier teoría satisfactoria de hacerles un lugar. El surgimiento de nuevas firmas y nuevas fortunas, que fue una característica tan común de la economía capitalista de una o dos generaciones atrás, está probablemente mejor considerada a lo largo de su teoría. Pero actualmente, cuando la aparición de importantes firmas nuevas es un acontecimiento raro y cuando la innovación se lleva a cabo en gran escala por empresas existentes casi como una parte de su rutina regular, la confianza en la actividad volitiva y espontánea del empresario como un principio explicativo aparece cada vez menos y menos seguro. Posiblemente el mismo profesor Schumpeter puede estar de acuerdo con esta conclusión, por lo menos en parte, desde el momento que todos sus trabajos principales incluyen sugerencias que miran su teoría como más acorde a las condiciones de un capitalismo competitivo que lo que él llama un capitalismo "trusificado" (*trustified*).⁴ Por supuesto que al decir esto no tengo intención de imputarle un acuerdo

⁴ Ver, por ejemplo, "The Inestability of Capitalism", *Economic Journal*, vol. XXXVIII (1928), pp. 384-385. Una explicación aún mayor de esto existe en el último trabajo del profesor Schumpeter. *Capitalism, Socialism, and Democracy* (New York), pp. 132-134, que apareció después de terminado este artículo. Hay edición en español, Aguilar Editor.

con el punto de vista alternante del proceso de innovación que ha sido analizado en este artículo.

En conclusión, déjese intentar recapitular lo más concisamente posible, lo que concibo como el punto esencial de este análisis de la teoría del cambio económico del profesor Schumpeter. No veo razón para disentir con su concepción de la innovación como la característica central del desarrollo económico; iré más lejos y diré que cualquiera que niegue esta parte de su teoría haría frente a una abrumadora cantidad de hechos obvios e indiscutibles. Pero su selección del empresario, un tipo sociológico especial, como el *primum mobile* del cambio, se puede cuestionar. Podemos, en cambio, mirar al innovador típico como el instrumento de las relaciones sociales en las que está atrapado y que lo fuerzan a innovar so riesgo de eliminación. Este enfoque implica un punto de vista diferente de ganancias y acumulación de aquél del profesor Schumpeter. Para él las ganancias resultan del proceso de innovación, y de ahí la acumulación es un fenómeno derivado. Los puntos de vista alternantes sostienen que las ganancias existen en una sociedad con una estructura de clases capitalista incluso en ausencia de innovación. Desde este estado de cosas, la forma del proceso de obtención de ganancias en sí produce una presión para acumular, y la acumulación genera la innovación como un medio de preservar el mecanismo de obtención de ganancias y la estructura de clases sobre la que descansa. Un punto de vista diferente del ciclo de negocios es también ampliado, pero, como se anotó al principio, este tema queda fuera del alcance del presente artículo.

KEYNES: LA OCUPACION PLENA Y LA ECONOMIA POLITICA BURGUESA

I. TRACHTENBERG*

En la actual etapa de crisis general del capitalismo, los economistas burgueses consideran de su deber demostrar que el capitalismo es todavía, en el momento actual, un sistema de progreso y que progresa. *Tal es la consigna de orden social, impuesta por la clase dominante.* Cumplir esta consigna es una tarea bastante difícil en las condiciones de putrefacción en que se halla el capitalismo. Sin embargo, la ciencia económica burguesa se esfuerza por lograrlo en la medida de sus fuerzas y su capacidad.

Los economistas burgueses de hoy, sin distinción de tendencias, al igual que los economistas burgueses del pasado, consideran a la sociedad capitalista como una sociedad libre de contradicciones *antagónicas* internas. Siguiendo los senderos de la economía política vulgar del siglo pasado, los economistas burgueses actuales, por “pessimistas que sean, consideran igualmente que el sistema capitalista, basado en la propiedad privada de los medios de producción, es un sistema perfecto, que garantiza el progreso económico. El hecho de que la sociedad burguesa se haya revelado incapaz de utilizar plenamente los recursos existentes, —según se ha evidenciado sobre todo en el curso de los últimos 30 años—, así como el hecho de que

* Publicado en *Keynes, economista vulgar*. (5 ensayos) México, 1950.

padezca una desocupación de grandes volúmenes y además permanente, los explican los economistas burgueses como producto de circunstancias fortuitas, en el sentido de que no se desprenden de las leyes internas que rigen a esta sociedad. Esa es la razón de que, a su juicio, sea absolutamente posible llegar a la ocupación plena, dentro de los cuadros del sistema de producción capitalista. En todo caso, si el capitalismo actual, caracterizado por la existencia de grandes monopolios y la dominación del capital financiero, adolece de ciertos defectos, no por ello deja de ser, a juicio de los economistas burgueses, la sociedad más perfeccionada que puede imaginarse. En consecuencia, el odio hacia el socialismo y la apología del capitalismo actual son inherentes a los economistas burgueses sin distinción de tendencias. Esta apología se encubre a veces con frases sobre la democracia y la libertad. Frecuentemente se la encubre con una fraseología socialista, sin que por ello cambie el verdadero contenido de las teorías burguesas, ni disminuya en nada el odio de esos economistas al socialismo.

Todas las diversas tendencias de la economía política burguesa actual, tienen de común la afirmación de que el lucro capitalista privado es el factor esencial del progreso económico. La defensa de ese lucro se disfraza a menudo con declaraciones sobre la democracia, la libertad de la iniciativa privada, etc. . . Pero toda esa fraseología no significa otra cosa que la defensa de la *libertad de explotar al obrero* de una manera desvergonzada, la libertad de apropiarse los productos del trabajo ajeno. J. M. Keynes, uno de esos economistas que han llegado a decidirse a hacer constar la existencia de ciertos defectos en la sociedad burguesa actual, se presenta como apologista del capitalismo y defensor del lucro capitalista privado, que según él estimula el progreso económico y garantiza la libertad individual. Keynes justifica el lucro capitalista privado, por consideraciones económicas y morales.

Al final de su obra consagrada al problema de la ocupación, Keynes se entrega a algunas meditaciones “filosó-

ficas” derivadas de su teoría, y en particular a meditaciones referentes al lucro capitalista privado.

Hay, nos dice, aspectos útiles de la actividad humana, para cuyo desarrollo pleno son necesarias la obtención de un lucro y la existencia de la propiedad privada de la riqueza. Además, las tendencias peligrosas del hombre pueden ser canalizadas por una senda relativamente inofensiva, si es posible lucrar y adquirir riqueza privada. Si no se satisfacen de esa manera tales tendencias, pueden desembocar en la crueldad, en una aspiración temeraria al poder personal o en otras formas de autoglorificación. Es mejor que un hombre pueda disponer libremente de su cuenta en el banco, a que tire a sus compatriotas. Y aunque se diga a veces que el dinero y su utilización no conducen sino a la tiranía, no siempre es así.¹

¡Qué farisaicas son esas meditaciones sobre el lucro, gracias al cual *las tendencias peligrosas del hombre pueden ser canalizadas por un sendero relativamente inofensivo*; esas afirmaciones sobre la necesidad de satisfacer a quienes aspiran a lucrar, a fin de que no recurran a la crueldad! ¡En verdad que se necesita ser un pequeño burgués hipócrita, de la peor clase, para hablar del poder del dinero dentro del capitalismo monopolista, y de la dominación de la oligarquía financiera, como de cosas anodinas e intrascendentes! ¿Quién, después de semejante justificación “filosófica” del lucro capitalista privado, o más exactamente: de la explotación capitalista, podrá conceder crédito a las lamentaciones sentimentales sobre lo nociva que es la desigualdad en las fortunas, o sobre la necesidad de luchar contra la desocupación permanente?

Los pocos rasgos comunes a las diversas tendencias del pensamiento económico burgués actual, que acabamos de

¹ J. M. Keynes, *Teoría General de la Ocupación, el interés y el Dinero*, p. 374.

caracterizar rápidamente, determinan a su vez la metodología de todas ellas; descripción de los fenómenos de superficie y falta de análisis de los vínculos económicos fundamentales. Los economistas burgueses de hoy hablan mucho de acumulación, de capital, etc. Pero no hay uno solo que mejorando el pasado, estime necesario descubrir la fuente real del lucro capitalista y de la acumulación capitalista. La economía política burguesa, encadenada por el prejuicio de clase, por la intención premeditada de justificar a toda costa la realidad capitalista actual, la propiedad privada de los medios de producción, la libertad desvergonzada de explotar al obrero y la dominación de los monopolios, se encuentra incapacitada para llevar a cabo un verdadero análisis científico, pues no ha podido ir más allá de una descripción —y no siempre exacta— de los fenómenos superficiales.

La economía política burguesa actual defiende al capitalismo *actual*, es decir, al capitalismo del periodo de decadencia y aniquilamiento. Por ello es que *la decadencia y el aniquilamiento*, le son también inherentes. Defiende los intereses de la burguesía monopolista, de la oligarquía financiera, de una clase que, por sobrevivirse, detiene el progreso y es reaccionaria. A causa de eso, la economía política burguesa es *reaccionaria*. En este sentido se distingue categóricamente de la economía política de Smith y de Ricardo, que representaban los intereses de clase de la burguesía, en los momentos en que aún era una clase progresiva.

¿Qué posición ocupa Keynes en la ciencia burguesa? Cabe juzgar por lo que se ha escrito sobre él después de su muerte, Habitualmente se compara la importancia de la obra de Keynes y su influencia, con la importancia de la obra y la influencia de Adam Smith. Según los economistas burgueses, Keynes realizó una revolución en la ciencia económica, que puede compararse a la realizada por Darwin y hasta por Copérnico. (Véase el informe presentado por el profesor Ayres de la Universidad de Texas, a la Quinta Asamblea de Aniversario de la Asociación Económica Nor-

teamericana, los días 26 y 27 de enero de 1946). Beveridge estima que las obras de Keynes abrieron una nueva época en la economía política.

Numerosos economistas burgueses afirman que a todos los economistas en general se les puede dividir en dos grupos: los keynesianos y los anti-keynesianos. Esta afirmación no dista mucho de ser verdadera si, por supuesto, se toma solamente en consideración la ciencia burguesa. Tampoco carece de fundamento la comparación entre Keynes y Adam Smith. Así como Smith expresó fielmente los intereses y las esperanzas de la burguesía de su tiempo, Keynes refleja con bastante exactitud las esperanzas de la burguesía contemporánea. Pero conviene recordar, al mismo tiempo, que Adam Smith representaba los intereses de la burguesía en ascenso, que abría el camino al capitalismo luchando contra los vestigios de la edad feudal. Entonces la burguesía era progresista y podía tener como portavoces de sus intereses, grandes sabios de la talla de Smith y Ricardo. En cambio, Keynes expresa los intereses de la burguesía en el periodo de crisis general del capitalismo, cuando la burguesía es reaccionaria, cuando ha envejecido hasta convertirse en una clase caduca. La burguesía del capitalismo en descomposición y desintegración, tiene los representantes ideológicos que merece.

Adam Smith desarrollo la filosofía económica del *optimismo* de la joven burguesía progresista; Keynes, en cambio, desarrolla la filosofía económica del *pesimismo* de una burguesía reaccionaria, caduca ya.

A juzgar por la condición que Keynes ocupa en la ciencia burguesa y por los miramientos que se le guardan, se podría pensar que su posición teórica está robustecida por copiosos argumentos y que es siempre consecuente y firme. Pero dista mucho de ser justa una suposición semejante, Keynes se distingue por una excepcional inconstancia. Como represenante típico de la burguesía del período de crisis general del capitalismo, es muy inconstante en sus opiniones. Por una parte subraya los defectos del

modo de producción capitalista, mientras por otra aparece ligado estrechamente al capitalismo y es su fiel defensor. Lenin ya había hecho notar que era un burgués del tipo más perfecto, que estudiaba y consideraba la economía desde un punto de vista puramente burgués.²

Muchas de las declaraciones que hace, podrían llevar a pensar que tiene una posición negativa frente al capitalismo, pero al mismo tiempo es innegable que, sin embargo, está fuertemente ligado a él. Subraya que el sistema económico capitalista no le satisface, pero simultáneamente encuentra que es irremplazable y que no cabe imaginar otro mejor. comprueba una serie de “insuficiencias” del capitalismo, pero a la vez encuentra que puede ser corregido, que sus defectos pueden ser por lo menos considerablemente reducidos, si no es que eliminados por completo. En uno de sus artículos, escrito antes de 1933, Keynes dice del capitalismo:

No es racional, no es bello, no es justo, no es satisfactorio. . .

No puede decirse que lo amemos. Pero no sabríamos con qué reemplazarlo.

Cuando parecería que condena al capitalismo, lo que hace Keynes es admitir que se puede mejorarlo. En uno de sus artículos, aparecido en 1927, afirma que el capitalismo,

sabiamente dirigido, es el mejor sistema para alcanzar el logro de los fines económicos.

Keynes es extremadamente hostil al socialismo. Ya desde 1920, Lenin decía de él, que era,

manifiestamente un burgués, un implacable adversario del bolchevismo, al que se imagina como algo monstruoso, feroz y cruel, según conviene a un pequeño burgués de Inglaterra.³

² Lenin, *Obras*. ed. rusa, t. XXV, p. 507.

³ Lenin, *Ibid.*, p. 334.

Consciente de los defectos del capitalismo, Keynes comprueba que es necesario introducir reformas, aunque el miedo al socialismo lo lleva a limitarse a formular reformas absolutamente insignificantes. Los vicios del capitalismo demuestran que es necesario limitar la propiedad privada de los medios de producción, pero el miedo al socialismo le obliga a defender esa misma propiedad privada. Sus investigaciones tienen por objeto "corregir" el capitalismo, pero sin afectar la propiedad privada de los medios de producción. Y ello, no obstante que la búsqueda de caminos adecuados para "curar" al capitalismo, resulte ser completamente infructuosa. El análisis de la economía capitalista, hecho para llegar a conclusiones prácticas, no pasa de ser extremadamente superficial, hasta el punto de no sobrepasar un milímetro el nivel alcanzado por la economía política vulgar. Ese análisis, a veces revela el espíritu de observación del autor y su capacidad para describir los fenómenos, tal como se desarrollan *en la superficie*, pero al mismo tiempo revela también su completa ineptitud para llegar a conocer las leyes *objetivas*.

Eso es lo que explica las constantes vacilaciones, las opiniones siempre cambiantes de Keynes. Por su parte, el mismo Keynes estima que esta circunstancia le es honrosa, y demuestra que él no es... conservador. Esa inconstancia en las opiniones, también es considerada honrosa para Keynes por muchos de sus continuadores. Hansen, profesor de la Universidad de Harvard, dice en un artículo de 1938, consagrado al trabajo de Keynes sobre la ocupación universal.

Keynes es uno de esos raros pensadores que imponen admiración, de los que estiman imposible vivir tranquilos si desarrollan ideas ya viejas, aun en el caso de que sean las propias. Siempre se siente obligado a lanzarse a investigar temas nuevos, a desarrollar nuevos puntos de vista y a proponer nuevas soluciones.⁴

⁴ Alvin Hansen, *Recuperación Plena o Estancamiento*, p. 15.

La inestabilidad, erigida en principio y proclamada mérito científico, es una característica sobresaliente de este sabio burgués del periodo de crisis general del capitalismo; refleja por sí sola la inestabilidad del sistema capitalista actual.

El principal problema cuya solución busca Keynes en su obra *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero* es el problema de la ocupación. El análisis teórico de este problema, es decir, el descubrimiento de las causas que provocan la desocupación en masa y permanente, debe facilitar la solución práctica del problema mismo y el ajuste de los medios adecuados para reducir o abolir la desocupación permanente.

Numerosos economistas burgueses actuales niegan la existencia de una gran desocupación *obligada, forzada*. Según ellos, una parte considerable de la desocupación es *voluntaria*. Afirman que no existe sino porque los obreros no quieren trabajar por el salario que se les ofrece. En cambio, Keynes adopta el punto de vista de la existencia de una desocupación *obligada*.

Rechazando la tesis de que la oferta determina la demanda y que por consiguiente —tratándose de trabajo humano— la demanda no puede faltar, o sea que no puede haber desocupación forzada, Keynes subraya que el volumen de la ocupación se determina por el volumen de la producción. En cuanto al volumen de la producción, está determinado por el volumen de la demanda. Pero la oferta y la demanda no corresponden entre sí, de un modo forzoso. Es la demanda la que juega el papel decisivo, determinando el volumen de la producción y por lo tanto el de la ocupación.

En su conjunto, la demanda comprende: en primer lugar, la de artículos de consumo y en segundo lugar, la de medios de producción. Parte de los recursos que se encuentran a disposición de la sociedad, se gasta en artículos de consumo, otra parte en inversiones, y el resto puede no ser utilizado en ninguno de esos dos modos: se ahorra. ¿Y cómo se determinan las proporciones relativas de cada uno de esos

gastos? Según Keynes, esos gastos están determinados por factores puramente psicológicos: la inclinación a consumir, el incentivo a invertir y la aspiración a conservar fondos al máximo en forma líquida, o para expresarse como él, la «preferencia por la liquidez», que encuentra su expresión en la tasa de interés.

La teoría de Keynes, de la cual él y sus continuadores desprenden conclusiones prácticas, está edificada sobre esos tres factores psicológicos.

Antes de examinar más detalladamente la teoría de Keynes, es necesario destacar una circunstancia extremadamente importante: como él mismo lo subraya, Keynes desarrolla su teoría de la “ocupación plena” tomando como guía las consideraciones metodológicas siguientes.

Estima Keynes que la cantidad y la calidad del equipo industrial, la técnica, las formas de la concurrencia, el número de los obreros y su grado de calificación, y la estructura social —comprendiendo en ella los factores que determinan el reparto del ingreso nacional— son *datos preestablecidos*. Juzga que la inclinación a consumir, la eficacia marginal del capital y la tasa de interés son las *variables independientes*. Por último, entre las *variables dependientes*, coloca al ingreso nacional y al volumen de la ocupación.⁵

De ese modo, Keynes parte de la conservación del sistema económico existente, es decir, de la existencia del capitalismo monopolista. No hace sino buscar el modo de influir sobre las variables independientes a fin de que cambien las variables dependientes es decir, el volumen de la ocupación.

El problema queda planteado claramente y con precisión. Keynes parte del hecho de que el sistema económico existente, incluyendo en él “los factores que determinan el reparto del ingreso nacional”, es un dato previo invariable. *Se rehusa así a analizar las condiciones materiales de la producción y en cambio, concentra por completo su atención en el análisis de los fenómenos secundarios de la producción,*

⁵ J. M. Keynes. *Ob. cit.*, p. 245.

Es eso lo que demuestra el vicio de su metodología. *El análisis de las leyes objetivas, queda subordinado al análisis de las tendencias subjetivas de los agentes del modo de producción capitalista.*

Keynes se esfuerza por

descubrir lo que en todo momento determina el ingreso nacional en un determinado sistema económico, y (lo que es casi igual) el volumen de la ocupación en él; lo cual significa, en un estudio tan complicado como el de la economía, en el que no podemos hacer generalizaciones absolutamente precisas, el análisis de los factores cuya variación determina *en lo esencial*, nuestra *incógnita*. Nuestro propósito final es encontrar aquellas magnitudes variables que puedan ser objeto de control consciente o dirigidas por el poder central que opere en el seno del sistema en que vivimos.⁶

Los tres factores citados más arriba, forman parte de esas magnitudes variables.

Keynes expone brevemente su teoría en esta forma:

Cuando aumenta la ocupación, aumentan también los ingresos reales globales. La psicología de la sociedad es de tal naturaleza que con el aumento de su ingreso global real, aumenta igualmente su consumo global, aunque no en la medida en que el ingreso aumenta. Es por esto que no sería lucrativo para los empresarios, orientar todo el incremento de la ocupación hacia la satisfacción de la demanda de artículos de consumo inmediato. Para mantener un nivel determinado de ocupación, es indispensable hacer inversiones que basten para absorber toda aquella producción que exceda a la demanda de artículos de consumo per-

⁶ J. M. Keynes, *Ibid.*, p. 247.

sonal en la sociedad. Si no se efectúan tales inversiones, las entradas de los empresarios serán menores de lo que se necesita para incitarlos a mantener la ocupación en el nivel deseado. Por esto es que, partiendo de la inclinación de la sociedad a consumir (que también se denomina la propensión al consumo), el nivel de la ocupación⁷ dependerá del volumen de la inversión corriente. En cuanto a este volumen, dependerá de lo que se puede llamar el incentivo a invertir, el cual, a su vez, dependerá de la eficacia marginal del capital y del complejo de las tasas de interés de los préstamos con plazos y riesgos diferentes.⁸

Haremos en seguida una caracterización más detallada del análisis de los factores psicológicos realizado por Keynes. Pero lo que se ha dicho, puntualiza ya el vicio de sus razonamientos y de sus aspiraciones de clase.

En lugar de explorar las relaciones reales en el seno de la sociedad capitalista, Keynes explora los motivos psicológicos que determinan la conducta de los hombres, como si no fuera bien claro que esos motivos psicológicos están determinados por las relaciones reales. Y además, en vez de estudiar las bases profundas de la sociedad burguesa, Keynes explora los fenómenos superficiales, las aspiraciones subjetivas de los miembros de la sociedad capitalista.

Es tan limitado el espíritu burgués, que al analizar Keynes los motivos que determinan la conducta humana, considera que todos los hombres son semejantes, como si no fuese bien claro que los motivos que determinan la conducta de los obreros o los campesinos, no son los mismos que los que determinan la conducta de los capitalistas o los grandes propietarios rurales. Keynes no comprende, ni quiere comprender, las diferencias de clase. Desde su punto

⁷ Nivel de la ocupación: aquél que los empresarios no tienen interés en elevar, ni en abatir.

⁸ Keynes, *Ibid.*, p. 27.

de vista, todo mundo es únicamente comprador y vendedor: el empresario compra y vende mercancías, el obrero vende su fuerza de trabajo y compra artículos de consumo, etc. . . Keynes no ve diferencia esencial entre esos dos personajes capitales en la sociedad capitalista. Para Keynes, todos los hombres son propietarios. No conoce las clases. Conoce solamente consumidores, inversores y ahorradores. Lo anterior basta para juzgar el nivel teórico general, tan poco elevado, de las obras de J. M. Keynes.

Keynes entra a detallar los factores psicológicos que determinan la ocupación, y en primer lugar lleva a cabo el análisis de las circunstancias que hacen aparecer la inclinación a consumir (y en consecuencia, a ahorrar).

Keynes distingue dos géneros de circunstancias —objetivas y subjetivas— que determinan la inclinación a consumir. La conclusión más importante del análisis de las circunstancias objetivas es la comprobación de que el aumento del consumo personal va en retardo frente al incremento de los ingresos. Keynes da a esta tesis una significación excepcional y vuelve sobre ella más de una vez.

La ley psicológica fundamental que firmemente se puede establecer, tanto *a priori* por nuestro conocimiento de la naturaleza humana, como por los datos de la experiencia, es que los hombres, por regla general tienden a aumentar su consumo al crecer sus ingresos, aun cuando no en la misma proporción.⁹

Esta tesis, que la literatura burguesa presenta como un descubrimiento de Keynes, en el fondo no es nueva y hace largo tiempo que se la conoce. Hace largo tiempo se ha comprobado, confirmándolo repetidas veces, que mientras más aumenta el ingreso, más disminuye la parte destinada al consumo. Y no se requiere ser un gran técnico para comprender que la posibilidad de ahorrar no existe entre quienes nada poseen, en tanto que aumenta conforme crecen los ingresos.

⁹ *Ibid.*, p. 96.

Las circunstancias subjetivas que determinan la tendencia a consumir, según Keynes pueden ser de dos clases: primera, aquellas que incitan a no consumir (o sea, que estimulan el ahorro) y segunda, aquellas que estimulan el consumo (es decir, que reducen el ahorro). En el primer grupo de motivos, los que incitan a no consumir, se incluyen:

- 1o. La precaución;
- 2o. La previsión;
- 3o. El cálculo;
- 4o. El mejoramiento;
- 5o. La independencia;
- 6o. La iniciación de empresas;
- 7o. El orgullo;
- 8o. La avaricia.

A esos ocho motivos se oponen los que estimulan el consumo:

- 1o. La distracción o diversión;
- 2o. La imprevisión;
- 3o. La generosidad;
- 4o. La falta de cálculo;
- 5o. La ostentación;
- 6o. La extravagancia.

Tales son los motivos que determinan la tendencia a consumir (y ahorrar) entre las personas individualmente consideradas.

También se realizan grandes ahorros por las organizaciones sociales y estatales, así como por las sociedades por acciones. Los motivos que incitan a las organizaciones a ahorrar, son los siguientes:⁹

- El espíritu de empresa;
- La liquidez;
- La prudencia financiera.¹⁰

¹⁰ *Ibid.*, cap. XI, pp. 107 y ss.

Analizando los motivos que determinan la tendencia a consumir (y a ahorrar), Keynes caracteriza con bastante *acierto al individuo* que en el seno de la sociedad burguesa actual se ocupa de economizar, es decir, al capitalista del periodo de la crisis general. Este individuo sufre el impulso de diversas pasiones, pero es bien distinto del que Adam Smith y Ricardo nos han descrito como el tipo interesado en economizar. El burgués de hoy es vacilante y calculador en extremo; no tiene fe en el porvenir; no tiene fe en la solidez de su posición, que está sometida a golpes inesperados; es emprendedor, pero al mismo tiempo extremadamente prudente; es generoso, pero a la vez extremadamente reservado; se inclina a la prodigalidad, y simultáneamente es avaro.

Si el burgués de hoy día es tal como Keynes nos lo pinta, sus intereses no pueden ser defendidos solamente por métodos de coacción económica; será necesario recurrir igualmente a métodos de coacción extraeconómica. Por eso es que, en su deseo de "salvar" al capitalismo, Keynes no solamente se apoya en la fuerza de algunos representantes de la clase capitalista, sino que acude al Estado en demanda de ayuda y reclama su intervención.

En su descripción de la psicología del individuo que se ocupa de economizar en el capitalismo actual, Keynes refleja bastante exactamente la época en que vive, el medio a que pertenece, la clase cuyos intereses defiende y los imperativos sociales cuya observancia no está en aptitud de garantizar.

Keynes encuentra que las circunstancias objetivas y subjetivas que determinan la inclinación a consumir, cambian lentamente. Esa es la razón de que las modificaciones a corto plazo en el consumo, dependan de la amplitud de los ingresos. Toda persona consecuente debería derivar de ahí la conclusión de la necesidad de elevar el salario, y por consecuencia de abatir el ingreso del empresario, con la mira de incrementar el consumo general. Pero como ya se ha dicho, para Keynes las ganancias del capitalista privado son el factor principal del progreso económico y él, fiel

a su clase, no quiere atentar contra esa entidad sagrada, ni se atreve a proponerlo.

Sin embargo, el incremento del consumo es una necesidad extrema, desde el punto de vista de Keynes. Y en tales condiciones, no encuentra mejor solución que... hacer un llamado a las clases poseedoras, a fin de que aumenten su consumo, es decir, incitarlas al lujo y la prodigalidad. Nuestro autor se aparta de los clásicos de la economía política burguesa que preconizaba la reducción del consumo no productivo, y tomando el camino contrario recomienda con fuerza este último.

La edificación de pirámides, los temblores de tierra, y aun las guerras —dice Keynes— pueden cooperar al incremento de la riqueza, si la preparación de nuestros hombres públicos partidarios de la economía política clásica, impide que se haga algo mejor.¹¹

Rechazando las enseñanzas clásicas, Keynes encuentra que entre los mercantilistas —en Malthus, que recomendaba la prodigalidad— hay muchas cosas justas. Keynes recuerda que:

En 1598, Laffemas luchó contra los que se oponían al uso de artículos franceses de seda, afirmando que los compradores de productos franceses de lujo daban por ese camino medios de subsistencia a los pobres, que de otra suerte morirían de hambre. En 1662, Petty justificaba las diversiones, los espectáculos suntuosos, el levantamiento de arcos de triunfo, etc., diciendo que los derroches que significan, iban a dar a la bolsa de los cerveceros, panaderos, sastres, zapateros y otros. Fortrey justifica el lujo en la indumentaria. Schrötter (1686) atacó las reglas severas sobre la limitación del lujo. Barbon (1690) decía que la prodigalidad es un vicio perjudicial para quien lo practica, pero no para el comercio... La avaricia, en cambio, es un vicio ne-

¹¹ *Ibid.*, p. 129.

fasto para quienes lo padecen, y para el comercio. En 1695, Cary ha demostrado que si todo el mundo gastara más, todos recibirían grandes ingresos y podrían vivir mejor".¹²

Keynes hace referencia a la célebre "Fábula de Las Abejas" de Mandewill, que demuestra que toda la civilización depende de las aficiones al vicio!!!

He ahí cómo, a mediados del siglo xx, del siglo "de la abundancia y la miseria", se alza la consigna de un consumo pródigo, no productivo; y sabios economistas que en la ciencia burguesa gozan de una autoridad excepcional, quieren convencer a los trabajadores de que el aumento de los gastos no productivos de los capitalistas, sirve a los intereses de los obreros.

Keynes querría que no solamente los particulares hicieran esa clase de gastos, sino que el Estado mismo no titubeara en gastar con fines absolutamente improductivos. He aquí cómo termina su capítulo consagrado a la inclinación a consumir:

El antiguo Egipto fue doblemente afortunado y sin duda alguna su fabulosa riqueza se debió al hecho de que se basaba en *dos* actividades: la construcción de pirámides y la extracción de metales preciosos (Keynes considera que los gastos causados por la extracción de metales preciosos son gastos no productivos. I.T.)... En la Edad Media se construían catedrales y se celebraban grandes honras fúnebres. Dos pirámides o dos misas de réquiem valen el doble que una pirámide o una misa. Pero no sucede lo mismo tratándose de dos ferrocarriles entre Londres y York. Somos tan sensibles y estamos tan acostumbrados a procurar parecernos a financieros prudentes —de esos que meticulosamente piensan en todo antes de aumentar la carga "financiera" de la posteridad construyéndole casas

¹² *Ibid.*, pp. 358 y ss.

habitación—, que no contamos con ese medio fácil para desprendernos de las angustias del desempleo.¹³

Por otra parte, Keynes no finca grandes esperanzas en una inclinación mayor a consumir. La prodigalidad de la burguesía es en los momentos actuales bastante grande y todavía se pueden incrementar los gastos improductivos del Estado (un equivalente de la construcción de pirámide), pero tales gastos del Estado no pueden alcanzar proporciones muy considerables. Esa es la razón de que Keynes subraye muchas veces que el factor principal que determina la ocupación, lo constituyen las inversiones.

Es absolutamente claro que para determinar la ley conforme a la cual se efectúan las inversiones, es necesario estudiar las relaciones reales que se engendran en el proceso de la producción, estudiar en su conjunto el proceso de la reproducción capitalista, así como las interferencias de diversas clases que surgen en ese proceso.

Sin embargo, aún en el análisis del problema de las inversiones, Keynes, fiel a su metodología que se rehusa a estudiar el proceso material de la producción, recurre al análisis de la psicología de los inversores y de los motivos de su actividad y además, presenta esos motivos psicológicos como independientes de las relaciones reales.

Keynes estima que la incitación a invertir está determinada por dos factores: la eficacia marginal del capital y el nivel de la tasa de interés. *La eficacia marginal del capital, según Keynes, se mide por la renta que se espera obtener de las inversiones.* Por consiguiente, las proporciones de las inversiones depende de la estimación de la renta que es posible obtener.

¿Cómo se determina esta estimación?

En parte se determina por hechos actuales, del presente. Sin embargo, estos hechos no tienen una importancia deci-

¹³ *Ibid.*, p. 131.

siva. Keynes encuentra que lo decisivo es lo que se espera del porvenir; por más que en cuanto a su previsión se carezca de bases firmes, de suerte que la estimación de la coyuntura por realizar, resulta extremadamente indeterminada.

El hecho más destacado —dice Keynes— es lo extremadamente precario del conocimiento en que se basa nuestra estimación de las ganancias en perspectiva. Nuestro conocimiento de los factores que determinaran el rendimiento futuro de las inversiones, es completamente insignificante.¹⁴

La estimación de la ganancia futura, para cuyo conocimiento real hay una base muy escasa, es extremadamente incierta e indeterminada, lo que por sí sólo debilita el estímulo a invertir. Además, según Keynes, la situación actual es de tal naturaleza que estimula no tanto las inversiones como la especulación.

Keynes subraya que:

Con la separación, característica en esta época, entre la propiedad de las empresas y su dirección, aparece un factor nuevo que facilita a veces las inversiones, pero mina en otras, al mismo tiempo, la estabilidad del sistema".¹⁵

Ese hecho nuevo consiste en la existencia de la Bolsa, donde, a juicio de Keynes, se determinan las proporciones de las inversiones y su orientación.

Keynes hace una caracterización detallada del juego de la Bolsa, donde según él las estimaciones se llevan a cabo, por una parte, bajo la influencia de personas ignorantes, y por otra, bajo el influjo de los especuladores profesionales, interesados no tanto en inversiones reales como en la posi-

¹⁴ *Ibid.*, p. 149.

¹⁵ *Ibid.*, p. 150.

bilidad de asignarse ganancias importantes en el juego de bolsa.

El fin social de la inversión calificada de capitales, debería ser la derrota de las fuerzas oscuras del tiempo y la ignorancia, que nos ocultan nuestro porvenir. Hoy día, el fin de la inversión calificada, es, según la frase tan exacta de los norteamericanos, engañar al que se deja, ser más listo que la masa y saber encajar al prójimo la moneda falsa o depreciada que tenemos¹⁶.

En seguida, el autor pinta la manera como en realidad se efectúan las inversiones:

Esta batalla de viveza, que conduce más bien a anticipar lo que por varios meses será valorización convencional, que a prever el rendimiento de una inversión durante varios años; ni siquiera exige la presencia de corderos entre el público, para alimentar a los lobos profesionales, sino que se desenvuelve entre los profesionales mismos. . . Es, por decirlo así, como el juego del anillo: pasatiempo en que el vencedor es el que ha sabido decir "la palabra" a tiempo, ni antes ni después; o como en otro, el que ha sabido hacer pasar "la prenda" a su vecino, antes de que acabe el juego, o el que ha podido encontrar una silla desocupada antes de que calle la música. Estos juegos pueden desarrollarse dentro de una atmósfera rica en sensaciones y emoción, a pesar de que todos los jugadores saben ya cuál es la "prenda" que va de mano en mano, o que forzosamente faltará una silla al detenerse la música. O bien, para cambiar un poco la metáfora, cabe identificar las inversiones por profesionales, con esos concursos que hacen los periódicos, en que los concursantes deben escoger las seis caras

¹⁶ *Ibid.*, p. 155.

más bonitas entre un centenar de fotografías, dándose el premio a aquel que escoja a las personas que obtengan mayor número de votos entre los participantes. En esas condiciones, cada concursante debe escoger, no los rostros que le parezcan más hermosos, sino aquellos que a su juicio satisfagan más los gustos de *todos los otros concursantes*. *No se trata de escoger los que sean verdaderamente más hermosos, a juicio del que escoge, y ni siquiera, tampoco, los que en su fuero interno tenga cada quien por más bellos*".¹⁷

Todos estos razonamientos sobre la Bolsa, por espirituales que sean sus observaciones acerca de los rasgos del juego bolsístico, nos muestran a Keynes como un economista vulgar, que estudia los fenómenos superficiales y que, ante la multitud y la diversidad de los fenómenos observados, es incapaz de establecer los factores objetivos que los condicionan. A primera vista, puede parecer que las estimaciones que se hacen en la Bolsa no tienen ningún lazo con el movimiento real del capital. Sin embargo, se trata sólo de una apariencia, pues en la realidad, esas estimaciones están determinadas por el movimiento del proceso real de la reproducción.

Todos los razonamientos de Keynes sobre la Bolsa y el juego de ella, no lo acercan en forma alguna a la solución del problema de las inversiones. Para resolver este problema, Keynes recurre al análisis de la esfera de la circulación, y con ello concentra toda su atención sobre el movimiento de las cotizaciones de los valores, y del capital ficticio. Keynes se preocupa exclusivamente por el movimiento del capital... ficticio, sin relación alguna con el movimiento del capital real. Resulta de ahí que el movimiento de las inversiones se representa como un proceso desordenado, en el que el papel decisivo lo juega al azar.

Para fijar su atención en el análisis de los motivos que inspiran a las personas que se interesan en economizar, y

¹⁷ *Ibid.*, pp. 155-156.

suponiendo, además, que esos motivos se establecen arbitrariamente y sin ninguna liga con los procesos económicos reales, sino con independencia de ellos; Keynes tiene que llegar de modo inevitable a la conclusión de que no existen leyes objetivas en el movimiento de las inversiones.

El carácter pseudocientífico de la concepción de Keynes y la vacuidad de su teoría quedan, así, evidenciados por completo.

En los juicios de Keynes sobre uno de los factores que determinan la incitación a invertir —y por consecuencia, la ocupación—, se exhibe al mismo tiempo que una cierta condenación del capitalismo actual, el sentimiento de que existe un desarreglo profundo en el sistema. Se reconoce que estamos en realidad frente a una situación sin salida. En todo caso, la salida evidentemente no está del lado de la iniciativa y la empresa privadas, y Keynes llama al Estado para que intervenga en el proceso de las inversiones, porque según él, es ese el único modo de poner orden en este campo, que le parece extremadamente desordenado y absolutamente inestable.

Sin embargo, Keynes no está lejos de la verdad cuando traza los caracteres de la inestabilidad del capitalismo y de la falta de base para llegar a la ocupación plena. Parecería que de ahí, a concluir que el capitalismo padece una incapacidad orgánica para asegurar la ocupación plena, no hay más que un paso. Parecería que todo sabio consecuente, estaría obligado a llegar a la conclusión de que se necesita reemplazar el capitalismo por otro sistema social que no tenga los rasgos de los que habla Keynes con ironía. Pero Keynes no puede llegar a semejante conclusión, porque odia al socialismo y es incapaz de superar los límites del pensamiento capitalista.

Y el otro factor del que depende la incitación a invertir, o sea, la tasa de interés, según Keynes es justamente “un fenómeno psicológico por excelencia”.¹³

Ya sea que analice la eficacia marginal del capital o

¹³ *Ibid.*, p. 202.

que examine la tasa de interés, Keynes no juzga necesario determinar, antes que todo, la naturaleza y la fuente de la tasa de interés. No quiere comprender que la fuente de la tasa de interés, debe buscarse en la explotación capitalista, que la tasa de interés, que constituye una parte de la ganancia capitalista, es la consecuencia de la apropiación del producto del trabajo ajeno, por los propietarios de los instrumentos de producción.

Keynes desenvuelve su teoría de la tasa de interés de la siguiente manera: aquella parte del ingreso que no se utiliza para el consumo, es la que se ahorra. Esta parte puede guardarse en forma de liquidez máxima, es decir, en forma de dinero o de préstamo. En este último caso, el que ahorra recibe una tasa de interés, que no es otra cosa que “una retribución que le recompensa el verse privado de la liquidez durante cierto tiempo”.¹⁹ De lo anterior, desprende que el nivel de la tasa de interés, en un momento dado, depende de la tendencia a guardar los ahorros en forma líquida, o como dice Keynes, de “la preferencia por la liquidez”.

La tasa de interés, sostiene, siendo una retribución para el que presta —que se ve privado de liquidez—, da la medida del deseo de aquellos que, teniendo dinero en efectivo, no quieren perder el control sobre él.²⁰

No podemos detenernos aquí en el análisis que hace Keynes de los motivos psicológicos que influyen sobre la preferencia por la liquidez: motivos de negocios, motivos de prudencia y motivos especulativos. Basta hacer notar, simplemente, que el autor encuentra la condición de la existencia de esa preferencia, en el carácter indeterminado de las tasas futuras de interés. El nivel de la tasa, lo mismo que la eficacia marginal del capital, dependen de las expectativas, y estas expectativas, como lo indica Keynes, se fundan no.

¹⁹ *Ibid.*, p. 167.

²⁰ *Ibid.*

en la opinión mejor, sino en la estimación del mercado, determinada por la psicología de la masa”.

De este modo, el segundo factor de que depende la incitación a invertir, resulta ser también inestable y sometido a fluctuaciones.

De este modo, el segundo factor de que depende la incitación está limitada por la masa de moneda en circulación. Es evidente por completo que, mientras más moneda en circulación haya, más es posible “preferir la liquidez”; y por el contrario, mientras menos moneda circule, resulta menos fácil “preferir la liquidez”.

Por lo tanto, el nivel de la tasa de interés, según Keynes, está determinado no sólo por los motivos psicológicos de preferencia por la liquidez, sino también por la masa de moneda en circulación.

Conforme a la teoría de Keynes, por consiguiente, la tasa está ligada al movimiento de la moneda y no al movimiento del capital de crédito. En esta cuestión, Keynes vuelve a levantar la teoría —cuyo carácter erróneo había sido ya descubierto por Marx—, de que el nivel de la tasa está determinado, no por la oferta y la demanda de capital de crédito, sino por la relación entre la preferencia por la liquidez y la masa de moneda en circulación.

La tasa de interés —dice Keynes— no es el “precio” que pone a la demanda de recursos para invertir, en equilibrio con la aceptación a renunciar a un consumo inmediato. Es el “precio” que equilibra el deseo de conservar presente la riqueza como dinero, con la cantidad de moneda existente.²¹

Esta manera de abordar el problema de la tasa de interés, poniendo en sustitución la categoría moneda en vez de la categoría capital de crédito, castrando el contenido capitalista de la categoría de la tasa y desvaneciendo las con-

²¹ *Ibid.*, p. 167.

tradiciones antagónicas del capital, permite a Keynes confrontar la tasa y la ganancia, como si se tratara de magnitudes independientes una de otra, cosa que constituye una alteración flagrante de las relaciones reales dentro del capitalismo.

Entre todos los factores que según Keynes influyen directa o indirectamente sobre los volúmenes de las inversiones, la tasa es un factor relativamente determinado, en la medida en que depende de la masa de moneda en circulación. De ahí que entre todas las medidas que Keynes y sus continuadores preconizan, las de carácter financiero se vean revestidas de la mayor importancia.

Keynes sostiene el punto de vista, ya refutado desde hace largo tiempo, de que la masa de moneda en circulación está determinada completamente por los organismos financieros. Por consiguiente, el nivel de la tasa está determinado en cierta medida por los propios organismos financieros, que al establecer el nivel de la tasa, influyen sobre la incitación a invertir. A su vez, la incitación a invertir está determinada por la relación entre la eficiencia marginal del capital y la tasa de los préstamos. Evidentemente, en condiciones firmes e invariables, mientras más baja sea la tasa de interés, mayor será la incitación a invertir. Es así como encuentra su justificación ideológica la política de una tasa baja de interés. Para Keynes, el ideal sería reducir a coro la tasa y hacer desaparecer a los rentistas.

Casi no es necesario subrayar hasta qué punto son especiosas todas estas demostraciones teóricas sobre la posibilidad de resolver el problema de las inversiones, y más todavía el problema de la ocupación plena, mediante "manipulaciones" en el campo de las finanzas, o más exactamente, en el campo de la circulación monetaria.

Keynes asume una actitud "crítica" frente a la tasa de interés y frente a los rentistas. En la etapa del imperialismo y de la dominación del capital financiero, cuando los ingresos de los rentistas alcanzan proporciones excepcionales, "criticar" la tasa y hablar de la posibilidad de hacer desaparecer a los rentistas del cuadro de condiciones del modo

de producción capitalista, es "criticar" al capitalismo desde un punto de vista pequeñoburgués y sembrar ilusiones nefastas al afirmar que es posible destruir las formas más parasitarias del capital, conservando las relaciones de la producción capitalista.

Como se sabe, y Keynes lo sabía también, el desarrollo del capitalismo se caracteriza por un descenso del margen de la ganancia. Pero simultáneamente a esto se produce la acumulación capitalista en grado extremo. A juicio de Keynes, todo esto lleva a un abatimiento de la eficacia marginal del capital, y por tanto, a dificultades siempre crecientes para las inversiones industriales. Según Keynes, la sociedad capitalista no puede vencer estas dificultades, sobre la base del *laissez-faire*.

En todas las épocas, la verdadera clave de los problemas económicos, ha sido la debilidad de la tendencia a invertir. En la época actual se puede explicar la debilidad de esta tendencia, principalmente por la amplitud de las grandes acumulaciones existentes, mientras en otros tiempos los riesgos y el azar jugaban sin duda un mayor papel. Pero el resultado es el mismo. El desco de las personas, de aumentar sus riquezas propias renunciando a consumir, ha sido habitualmente más fuerte que la incitación a los empresarios a aumentar la riqueza nacional mediante la ocupación de obreros para la producción de bienes durables.²²

Según Keynes no es posible, por más tiempo, incitar a invertir, si no es mediante la intervención del Estado, el cual puede influir sobre la economía, de la manera siguiente:

1. Con una política bancaria adecuada, que favorezca el establecimiento de la tasa a un nivel más bajo que la eficacia marginal del capital;

²² *Ibid.*, p. 343.

2. Alentando las inversiones, mediante inversiones del Estado, en aquellos casos de resistencia de los inversores privados.

No es difícil ver que todos los razonamientos de Keynes referentes al problema de las inversiones, son análogos a sus razonamientos relativos al problema del consumo. En este caso como en el anterior, lo que hace es analizar los fenómenos superficiales y no las relaciones fundamentales de la producción.

Hasta aquí hemos hablado de las opiniones de Keynes sobre los fenómenos generales del capitalismo actual, viendo las características de su teoría general de la ocupación. De esta teoría general se desprende la explicación de Keynes sobre los ciclos y las crisis.

La esencia de su teoría de los ciclos y las crisis se puede resumir así: todos los factores que determinan la ocupación—inclinación a consumir; incitación a invertir, que a su vez depende de la eficacia marginal del capital; tasa de interés—, juegan cierto papel en el movimiento del ciclo industrial. Sin embargo, el papel decisivo lo juega la incitación a invertir, y las fluctuaciones del ciclo están determinadas por la fluctuación de la eficacia marginal del capital.

Si se estudia —dice Keynes— cualquier ejemplo real del ciclo económico en sus detalles, podrá verse que es extremadamente complicado y que se requieren todos los elementos de nuestro análisis para alcanzar una explicación cabal. Encontraremos, en particular, que las fluctuaciones en la inclinación a consumir, la preferencia por la liquidez y la eficacia marginal del capital, desempeñan un papel. Pero como voy a demostrarlo, la característica más importante del ciclo económico (la regularidad periódica que justifica su nombre) se debe sobre todo a las fluctuaciones de la eficacia marginal del capital.²³

²³ *Ibid.*, p. 313.

En cuanto a la eficacia marginal del capital que se basa en lo que se espera del porvenir, resulta ser completamente indeterminada, pues durante la espera el terreno es altamente inestable.

¿Cómo explica Keynes “la ofensiva de la crisis, que habitualmente estalla por sorpresa y de un modo impetuoso”?

Para responder a esta cuestión, examina Keynes lo que sucede antes de la crisis, en el periodo de bonanza. Según Keynes, la bonanza está caracterizada por la espera optimista de ingresos futuros, cuando las inversiones son muy grandes. Pero en ese momento, al mismo tiempo, acontece que los excedentes de producción, aumentan y la tasa de interés sube, lo cual crea el terreno propicio para un debilitamiento de las perspectivas optimistas y una disminución de la eficacia marginal del capital. Por lo que hace a la economía actual, en que el mercado de las inversiones está sometido a la influencia de compradores ignorantes que no saben lo que compran, y de especulaciones, más interesados en prever cualquier cambio de atmósfera capaz de influir sobre el mercado que en calcular el rendimiento futuro de las inversiones; es rasgo característico que el “crash” sea rápido y catastrófico, tan pronto se produce el desencanto.

La crisis se explica, pues, por las expectativas pesimistas que suceden a las estimaciones optimistas, por el cambio de la eficacia marginal del capital. Esto conduce a una reducción o una paralización de las inversiones y, por consecuencia, al hundimiento de la coyuntura. La fase siguiente del ciclo se caracteriza por abundancia de capital fijo y de reservas materiales, e insuficiencia de capital circulante. Pero poco a poco, se liquidan las reservas y se deprecia el capital fijo, que se vuelve cada vez más escaso. Baja entonces la tasa de interés, favoreciendo un aumento de la eficacia marginal del capital. Por ese camino, la estimación optimista se hace poco a poco más fuerte que la tendencia pesimista y se reanudan las inversiones, hasta que aparece un nuevo cambio brusco en la eficacia marginal del capital.

La crisis, pues, no se desprende de los caracteres fundamentales del modo de producción capitalista, ni de las con-

diciones específicas del mercado. Las crisis están condicionadas por la psicología específica de los inversores capitalistas. Cabe actuar sobre las condiciones del mercado y sobre la psicología, pero esta acción, para ser efectiva, debe renunciar al principio del *laissez-faire*.

Dentro del *laissez-faire* —dice Keynes— no es posible evitar las grandes fluctuaciones de la ocupación, a menos que se produzcan cambios igualmente profundos en la psicología misma de los inversores, cosa que no es de esperarse. De ahí derivó la conclusión de que no se puede dejar impunemente la regularización del volumen de las inversiones en manos de los particulares.²⁴

Keynes estima, como base de toda su teoría, que el principal medio para influir sobre la coyuntura es influir sobre las inversiones. Pero al mismo tiempo, juzga necesario incrementar el consumo, pues en el supuesto de que se aumentaran solamente las inversiones, eso no bastaría para utilizar todos los ahorros.

Para no pocos economistas (Haberler, por ejemplo), y no sin fundamento, la teoría de Keynes resume las diversas teorías psicológicas. Pero es necesario añadir que en la teoría de Keynes se mezclan de una manera ecléctica, lo mismo la teoría de la sobrecapitalización que la del subconsumo.

Tal es en resumen la teoría de las crisis de Keynes. Como es fácil ver, no se distingue por la profundidad del análisis. Lo mismo que su teoría general de la ocupación, su estudio de los ciclos y las crisis se basa en el análisis de fenómenos superficiales, en el análisis del campo de la circulación.

Con su teoría, no sólo no resuelve Keynes el problema de las crisis, sino que ni siquiera se acerca a una solución.

Sin un análisis de las relaciones fundamentales de la

²⁴ *Ibid.*, p. 320.

producción capitalista, sin una concepción sobre las fuentes reales y el carácter de la acumulación capitalista, es imposible comprender el problema de la ocupación, así como las causas de las fluctuaciones cíclicas. Keynes no comprende, o no quiere comprender, la esencia de las relaciones fundamentales de la producción capitalista, la esencia de la explotación capitalista, y en consecuencia se halla incapacitado para realizar un análisis realmente científico. La pobreza de sus proposiciones prácticas no es sino el resultado de su análisis pseudocientífico. La famosa “revolución en la ciencia” efectuada por Keynes, se nos revela como la cosa más superficial e insignificante.

El propio Keynes dice de su teoría de la ocupación, que es moderadamente conservadora. En numerosas ocasiones subraya que la intervención del Estado no debe conducir a un debilitamiento de la empresa privada, sino por el contrario, debe significar la salvación del sistema existente y estimular a la empresa privada. Subraya que:

Aun cuando la ampliación de las funciones del gobierno —que tiene por objetivo ajustar entre sí la inclinación a consumir y la incitación a invertir—, pueda aparecer a los ojos de un publicista del siglo XIX o de un financiero norteamericano de nuestras días, como un quebrantamiento terrorífico del individualismo; yo, por el contrario, asumo su defensa porque es el único medio práctico de evitar la ruina de todo el sistema económico existente, y la condición indispensable para el funcionamiento fructífero de la iniciativa individual”.²⁵

La teoría de Keynes es la base de las más variadas concepciones sobre “capitalismo planificado”. Beveridge y una serie de economistas del laborismo inglés, así como Hausen, Chase y muchos otros en los Estados Unidos, propagan con celo el pensamiento de que la inestabilidad, que reconocen

²⁵ *Ibid.*, p. 380.

existe en el capitalismo actual, puede ser eliminada, y que las constantes fluctuaciones de la coyuntura económica pueden ser suprimidas o atenuadas, si el Estado entra a participar activamente en la economía, si se encarga de cuidar que la renta nacional se utilice convenientemente, que los ahorros se dirijan hacia las inversiones industriales, que las inversiones sean juiciosas, etc... Se pretende que tales resultados serían asequibles a través de medidas financieras de distintas clases, sobre las cuales Hansen insiste de un modo especial, actuando sobre la orientación de las inversiones privadas, o por medio de inversiones directas del Estado, tesis que Beveridge defiende de modo especial.

No nos es posible extendernos aquí sobre los numerosos proyectos y proposiciones de "planificación" de la economía capitalista. Todos ellos parten del hecho de que la regularización —o como gustan denominarla los economistas burgueses, la planificación de la economía capitalista— es posible. Sin embargo, todos los partidarios de la economía "planificada" o "mixta", estiman necesario conservar la propiedad privada de los medios de producción, la libertad de empresa privada, y el lucro capitalista como factor principal del progreso económico.

Casi no es necesario demostrar qué insensatas son las ideas de capitalismo "planificado", cuya imposibilidad ha sido demostrada por Stalin desde 1934, en su entrevista con H. G. Wells.

¿Qué es la economía planificada? ¿Cuáles son algunos de sus rasgos característicos? La economía planificada tiende a suprimir la desocupación. Admitamos que conservando el régimen capitalista, se lograra reducir la desocupación a un cierto *mínimum*. Pero ningún capitalista consentirá jamás, por nada del mundo, la completa liquidación del desempleo, la supresión del ejército de reserva constituido por los desocupados, cuyo destino es pasear sobre el mercado de trabajo, asegurando una mano de obra más barata. He ahí una primera falla de la "economía planifica-

da” de la sociedad burguesa. La economía planificada supone, además, que se intensifique la producción en aquellas ramas de la industria cuyos productos son particularmente necesarios a las masas populares. Y usted sabe que la extensión de la producción dentro del régimen capitalista, obedece a motivos completamente diferentes, que el capital se precipita hacia las ramas de la economía en que es más alta la tasa del lucro. Nunca podrá usted obligar a un capitalista a dañarse a sí mismo consintiendo en una tasa de lucro menor, sólo para satisfacer las necesidades del pueblo. Sin librarse de los capitalistas, sin destruir el principio de la propiedad privada de los medios de producción, no podrá usted crear una economía planificada.²⁶

La idea de planificar la economía capitalista tiene los mismos vicios que las teorías que descansan sobre esa base. Además, esta idea es extremadamente nefasta, porque tiende a justificar al capitalismo y a desviar a las grandes masas populares de la lucha para su derrocamiento.

El periodo de crisis general del capitalismo es un periodo de descomposición, de putrefacción del sistema, en el que todas las contradicciones del modo de producción capitalista se acentúan hasta el extremo, en el que aparece en plena evidencia el hecho de que las relaciones de producción capitalista frenan el desarrollo de las fuerzas productivas. El periodo de crisis general del capitalismo es un periodo de guerra, un periodo de agudización de la lucha imperialista por el reparto del mundo. El periodo de crisis general del capitalismo es un periodo de revoluciones, en el que las grandes masas de trabajadores se preparan, dentro de la lucha contra el sistema actual, para el socialismo, cuyas relaciones de producción permiten desenvolver las fuerzas productivas, sin límite e indefinidamente, dentro

²⁶ J. Stalin, *Cuestiones del eninismo*, E.S.I., 1949, tomo II, pp. 407-408.

del cual la explotación del hombre por el hombre es abolida, y se afirma la verdadera libertad del individuo.

El periodo de crisis general del capitalismo es también el periodo de la revolución socialista, victoriosa ya en la URSS.

En el XVI Congreso del Partido Comunista, Stalin ha indicado que la guerra imperialista de 1914-1918 y sus consecuencias:

han acentuado la putrefacción del capitalismo y comprometido su equilibrio; que en la actualidad vivimos en una época de guerra y de revoluciones; que el capitalismo no constituye ya el sistema *único y universal* de economía social; que al lado del sistema *capitalista* en la economía, existe el sistema *socialista*, que crece, que perdura, que se enfrenta al sistema capitalista y que, por el hecho mismo de su existencia, demuestra la descomposición del capitalismo, cuyos fundamentos destruye.²⁷

La economía política burguesa representa una de las formas de la movilización ideológica de la burguesía, para reforzar, para salvar al modo de producción capitalista, para luchar contra el socialismo.

Es interesante hacer notar que los economistas raras veces hablan de los monopolios. Por lo menos, no explican ni el papel ni la importancia de los monopolios industriales, cuyo desarrollo es el rasgo característico del periodo de crisis general del capitalismo. Y como es obvio, en la medida en que se defiende al capitalismo *actual* se defiende al capitalismo monopolista.

La diferencia entre las diversas tendencias de la economía política burguesa actual, reside en los métodos de lucha contra el socialismo, y estos métodos determinan el contenido de las teorías y de las proposiciones prácticas de los economistas burgueses actuales.

²⁷ *Ibid.*, tomo II, p. 89.

Una primera tendencia, conduce la lucha atacando de frente. Los economistas de esta tendencia no se preocupan un ápice al exhibirse como apologistas francos del capitalismo. Tratan de persuadir al lector de que el modo de producción no tiene defectos, de que sus pequeñas debilidades son transitorias y no obedecen sino al hecho de que de cuando en cuando, el Estado, y a menudo los sindicatos, ponen obstáculos a la explotación por las empresas, de los obreros asalariados. Para alcanzar sus fines, utilizan el arma envejecida, herrumbrosa ya, y desde largo tiempo desacreditada de la economía política vulgar. Estos economistas, del tipo de Hayek o Anderson, tratan de encubrir su insignificancia teórica con la autoridad de los clásicos de la economía política burguesa: Adam Smith y Ricardo. Sin embargo, no utilizan sino los aspectos más débiles de las enseñanzas de los clásicos de la economía política burguesa. En los primeros veinticinco años del siglo XIX, las enseñanzas de estos clásicos se distinguían por su novedad y por expresar las tendencias progresivas de la burguesía. La repetición de sus errores a mediados del siglo XX, revela la vacuidad teórica de la ciencia económica burguesa actual, que defiende los intereses reaccionarios de los monopolios capitalistas.

Una segunda tendencia, representada por Keynes, conduce la lucha contra el socialismo subrayando constantemente que tiene una actitud "crítica" frente al capitalismo. Sin embargo, su crítica es una crítica amistosa, es la crítica a ciertos *defectos* del modo de producción capitalista, crítica que no es sino una maniobra utilizada para defender al capitalismo. Se conduce la lucha contra el socialismo defendiendo la ilusión de que un capitalismo sin desempleo y sin crisis, un capitalismo "planificado", un "sistema mixto", son posibles. El nivel teórico de los trabajos de esa tendencia es bastante bajo. Esto proviene, desde luego, del hecho de que estudian hasta en su mayor detalle los fenómenos superficiales, mientras se abstienen de estudiar las relaciones fundamentales de la producción. Carecen de una concepción sobre la estructura de clase de la sociedad bur-

guesa. Consideran a la fuerza de trabajo como una mercancía ordinaria, y a las relaciones entre el capitalista y el obrero, como relaciones entre vendedor y comprador iguales entre sí. Se ven obligados a tratar de esa manera los problemas, para ocultar el carácter antagónico de las contradicciones existentes en el seno de la sociedad burguesa.

Estas dos tendencias de la economía política burguesa, expresan las ideas y defienden los intereses de la burguesía del periodo de crisis general del capitalismo, no obstante que perciben la inestabilidad y la debilidad del modo actual de la producción y se dan cuenta también de las fallas de su posición teórica. La burguesía del periodo de crisis general del capitalismo tiene un estado de ánimo totalmente pesimista. Keynes lo ha reflejado con fidelidad. Ha hecho una caracterización bastante clara de la burguesía actual, de su actividad y de los móviles de su conducta, a través de las investigaciones psicológicas que realizó. La filosofía económica de Keynes es la filosofía de la desesperación.

En el momento actual, las teorías burguesas sufren la prueba de la práctica.

El gobierno laborista de Inglaterra, por ejemplo, estableciendo una reglamentación de las inversiones de capitales, trata de poner en práctica la doctrina de Keynes, es decir, las ideas de una "economía capitalista planificada". Y en la práctica se ha revelado plenamente la esencia de esas ideas: de lo que se trata es de defender el lucro capitalista (como se ha visto, entre otras cosas, a la hora de la nacionalización del Banco de Inglaterra y de la industria carbonífera), y de someter los intereses obreros a los intereses de los monopolios capitalistas. Los hechos se encargan de demostrar con claridad que las tentativas de planificar el capitalismo no tienen ninguna perspectiva. El fracaso de la aplicación práctica del "capitalismo planificado" es la mejor refutación práctica también, de las ideas de Keynes y de sus émulos.

CAPITALISMO, KEYNESISMO Y SUBDESARROLLO*

RICARDO TORRES GAITÁN

1. *Antecedentes*

Con el objeto de situarnos en el tema que vamos a tratar, aludiremos a ciertos hechos que dieron origen al pensamiento keynesiano, el cual está ligado estrechamente a los estragos de la llamada Gran Depresión que tuvo lugar desde fines de 1929 hasta los años de 1933-34. No está por demás dejar sentado que esta depresión venía gestándose desde la Primera Guerra Mundial debido a que la contienda dejó tras de sí muchos desajustes en lo productivo y lo financiero.

Apuntaremos el cuadro que prevalecía en vísperas del estallido de la crisis: "Las señales de la prosperidad del país saltaban a la vista por todas partes. En la segunda mitad de la década de 1920, Norteamérica había encontrado trabajo para 45 millones de ciudadanos, a los que había pagado 77 mil millones en salarios, rentas, beneficios e intereses, en un desbordamiento de ingresos como el mundo no había conocido hasta entonces".¹

Veamos algunos de los juicios optimistas de las persona-

* Publicado originalmente en la revista *Problemas del Desarrollo*, Núm. 1. México, IIEc. UNAM. Octubre-Diciembre, 1969, p. 89-112.

¹ Robert L. Heilbroner, *Vida y doctrina de los grandes economistas*. Ediciones Aguilar, 1964, p. 239. (Trad. del inglés por Armando Lázaro Ros).

lidades más destacadas de los Estados Unidos causados por el desarrollo espectacular del capitalismo. Por ejemplo, Herbert Hoover dijo: "Con la ayuda de Dios no tardaremos en tener a la vista el día en que la pobreza habrá desaparecido de la nación".²

John J. Raskob, presidente del partido demócrata, escribió un artículo con el título "Todos debieran ser ricos". Por su parte el Presidente Calvin Coolidge, en su mensaje de despedida ante el parlamento de Estados Unidos en diciembre de 1928, dijo: "Jamás ha habido un parlamento en los Estados Unidos de América, que al analizar la situación de la Unión tuviera una perspectiva más favorable que hoy. En el país reinan la tranquilidad y el contento, una relación armónica entre capitalistas y asalariados, no hay luchas por los salarios y tenemos el máximo grado de prosperidad...".³

A su vez el señor Schab, presidente de la *Bethlehem Steel Corporation*, declaró: "digo con toda convicción que se han puesto los cimientos sobre los cuales puede desarrollarse una prosperidad que excederá todo lo que hemos conocido hasta ahora".⁴

Similares declaraciones hicieron el presidente de la *General Motors* y algunos directores de bancos. Sin embargo, la quiebra estaba "a la vuelta de la esquina" y en octubre de 1929 el mercado de valores se derrumbó, la ruina alcanzó a todos: se inició con los corredores de bolsa y los propietarios de las acciones que vieron descender el valor de sus papeles. Repetidamente aparecían en los diarios las noticias de suicidios causados por las pérdidas. Muchas fortunas se convirtieron en ruina en un santiamén, al grado de que aquel falso optimismo, aquella miopía para ver el problema del desarrollo de los Estados Unidos se volvió en los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1929 exactamente lo contrario.

² *Ibid.*, p. 240.

³ Eugenio Varga, *La crisis y sus consecuencias políticas*. Ediciones Europa-América. Barcelona. 2ª ed., 1935, p. 10.

⁴ *Ibid.*, p. 10. La cita es del *New York Times* del 29-X-1928.

A continuación, las circunstancias dieron origen a frases exactamente inversas. Hubo chistes bien elocuentes (dice Heilbroner) que reflejaban este desastre. Entre los más destacados menciona dos: que a quien comprara una acción de Coldman Sachs le regalaban una pistola, y que cuando un individuo llegaba a un hotel a solicitar una habitación, salía muy atento el empleado a preguntarle: ¿La quiere usted para dormir o para tirarse por el balcón? Esto pinta el dramatismo que existía en aquella época. A fines de 1929 podíamos decir, parafraseando a Irvin Fisher cuando describía los efectos de la inflación alemana, que las inflaciones durante el auge se parecían a la situación del individuo que se desprendía de un trigésimo piso, pero que dos metros antes de estrellarse en el suelo aún decía: ¡Hasta aquí no ha pasado nada todavía!

Esta miopía convertida pocos meses después —en los principios de 1930— en dramática, cuando la crisis ya estaba en su apogeo con efectos contrarios, manifestados por los incrementos continuos en el número de desocupados, contrastaban con los buenos años en que se solicitaba mano de obra y era libre la admisión de extranjeros para subsanar la escasez de ella. La ruina en dos meses fue considerable. Según el profesor Heilbroner, desaparecieron 40 000 millones de dólares en valores y a los tres años de iniciada la depresión las inversiones individuales en papeles se habían reducido en 80%. “En el conjunto de la nación la construcción de casas residenciales se redujo en 95%. Perdiéronse nueve millones de cuentas individuales de negocios. El volumen de salarios de la nación se redujo en 40%; los dividendos en 56% y los salarios, en 60%”.⁵

Ahora muchos eran pobres, ya no se oía la frase de que todos debemos ser ricos. Unas 24 000 familias de las más acaudaladas recibían una corriente de ingresos tres veces mayor que los 6 millones de familias de ingresos inferiores y cuyo ingreso promedio equivalía a unas 630 veces el ingreso medio de estas familias base. Solamente dichas

⁵ Heilbroner. *Ob. cit.*, p. 243,

familias, pese a sus pérdidas de fortunas, pudieron quedar en situación económica desahogada. Pero lo más angustioso consistía en la intolerable falta de trabajo. El desempleo masivo era como un espectro que se proyectaba siniestramente sobre el futuro.

En 1932 y 1933 que fue el descenso mayor de la depresión, a juzgar por el desempleo y la penuria, solían oírse expresiones como ésta: “¿Puede darme 10 centavos, por favor, o regalarme un café?” Había filas de gente esperando que se les obsequiara una taza de café porque su estómago estaba vacío. El ingreso había descendido a 39 000 millones de dólares o sea más de la mitad del correspondiente en la prosperidad, 4 años antes. Muchas fortunas se habían desvanecido y el nivel de vida retrocedía al de 20 años atrás; 14 millones de obreros sin trabajo deambulaban por el país o sentados por ahí, en cualquier parque. El espíritu optimista se había perdido, el desempleo era intolerable y no estaba especificado dentro de los males posibles del sistema económico, tan absurdo y paradójico que contrastaba con la teoría neoclásica que aún predominaba.

Recordemos que el neoclasicismo sostenía a pie juntillas que el sistema era capaz de darle ocupación a todo el mundo, con la condición de que los salarios fueran flexibles, y que si alguien no estaba empleado no se debía a que careciera de demanda de su trabajo, sino a la negativa de aceptar un salario inferior al que venía percibiendo, pero acorde con su productividad marginal. El factor que se abarata sustituye al factor caro y si el trabajo encarecía en relación al capital, la solución para aumentar su empleo era disminuir el salario real. Esta teoría sustentaba que el sistema económico era capaz de distribuir todo el ingreso generado en justa proporción a la aportación de cada factor, distribución tan equitativa que no había razón para considerar que existía explotación en el régimen de producción capitalista, ya que, gracias a la libre competencia, cada factor productivo percibía su porción correspondiente de ingreso en función de su aportación al

producto social. En consecuencia, los neoclásicos creían haber desmentido la teoría marxista de la explotación, cuando estaban a punto de obtener el más grande mentís de la historia a este respecto.

2. *El gran problema: el desempleo*

A partir de 1934, con la política del *New Deal* del Presidente Roosevelt, el gobierno de Estados Unidos había reconocido que la magnitud de la depresión estaba fuera del alcance de la capacidad privada para remediarla, entraban en el quinto año de la depresión y la actividad privada no daba muestras de reabsorber a los desempleados. Era necesario que grandes inversiones reanimaran la economía para suministrar demanda, llegándose a la conclusión de que sólo el gobierno podía hacerlo. El mismo Keynes estuvo en los Estados Unidos. En Washington hizo una declaración apremiando al gobierno a que ampliara el programa rooseveltiano. La parecía insuficiente que 10, 12 o 15 millones de dólares que el gobierno estaba invirtiendo pudieran resolver el problema. Había que “cebar la bomba” como se decía en los periódicos, es decir, echar más dinero a la circulación con el objeto de crear demanda y estimular al sistema.

Keynes había escrito que el papel de un ministro de hacienda consistía, en esas circunstancias, en llenar de billetes infinidad de botellas y sepultarlas muy hondo en el suelo y si era posible aprovechar los socavones de las minas y luego taparlas con el objeto de ver si así se estimulaba la inversión privada para dar la ocupación de sacar aquellas botellas con billetes. Enterradas esas botellas a una gran profundidad la iniciativa privada podía estimular el empleo, pero claro, Keynes decía que a esto debería llegarse si no se encontraba otro remedio. El proponía en primer lugar que era más cuerdo invertir en obras públicas, pero que si eso fallaba, debía llevarse la política a tal extremo que se llegara al entierro de botellas con billetes

para crear incentivos en destapar hoyos, promoviendo así la ocupación.

También se propuso, como sistema para distribuir ingresos, que hubiera individuos que fueran por delante abriendo agujeros y otros detrás tapándolos a fin de crear fuentes de empleo. Con la ayuda de la expansión monetaria y del gasto público ya en 1936 EUA había recuperado el ingreso en 50%, pero el desempleo aún subsistía para 9 millones de hombres y no fue sino al sobrevenir la Segunda Guerra Mundial, al elevarse los gastos del gobierno de 10 mil millones, allá por la crisis, hasta 103 mil millones de dólares, cuando quedó eliminado lo grueso del desempleo. Pero si el problema angustioso consistía en sostener un volumen de gastos que permitiera a la economía garantizar una demanda efectiva suficiente, después, con el gasto de guerra, se creó exactamente el fenómeno contrario, o sea presiones inflacionarias crecientes, hecho que ocasionó propuestas para una política de menor gasto y de mayor ahorro.

Los empresarios, cuando estaba en auge la política rooseveltiana, no entendían que la finalidad del gobierno era ayudar al mundo de los negocios privados e interpretaban esa intervención del estado como una intromisión que amenazaba a sus intereses. El mundo capitalista al que se deseaba salvar, era adverso a la política de gasto expansionario y a la intervención del estado en la economía, no obstante que con esta política pretendían la subsistencia del capitalismo.

Los empresarios argüían que el estado invadía campos que sólo debían corresponder a la empresa privada y consideraban que los derechos de los empresarios y el respeto a la propiedad privada empezaban a sufrir socavamientos y que esto era más perjudicial que reanimar el sistema. Le atribuían a esta política de gasto público designios de carácter socialista, y la inversión privada en vez de responder se retrajo, por considerar que la economía se enfilaba hacia el socialismo. Sin embargo, las autoridades concluyeron que ante la desesperación de aquellas masas que por tres o cuatro años padecieron el desempleo, no

podía ni debía aplazarse más esta situación. El Estado, presionado por los problemas que el desempleo planteaba, llegó al convencimiento de que con esta política económica salvaría a la empresa privada, conservando el régimen de producción. Además para el gobierno no era sólo un problema económico sino político y social que le impelía adoptar una política que permitiera eliminar el desempleo al máximo, aunque a los capitalistas parecía no importarles tanto la solución del desempleo cuanto el que dicha solución sencillamente los encaminara hacia el socialismo.

Posteriormente los capitalistas cambiaron de opinión al convencerse de que era un grave error situar a Keynes en el mismo campo que a los socialistas, al darse cuenta de que aquél sólo deseaba sacrificar una parte para salvar el todo. Es preferible, les decía Keynes, que agotemos nuestro saldo bancario antes que a nuestros ciudadanos. El objetivo consistía en fortalecer a la economía capitalista eliminando el desempleo; el instrumento, la inversión pública, aunque fuera abriendo hoyos que otros deberían tapar.

El medio concreto para realizar esta política de inversión pública debía ser el déficit presupuestario financiado con préstamos de la banca central. Estas inyecciones de ingresos monetarios generarían demanda, ya que ante la alta oferta de mercancías almacenadas o que se podían producir a corto plazo empleando recursos en paro, dicho incremento de ingresos monetarios no se traduciría en aumento de precios, en todo caso un leve incremento de precios aumentaría las perspectivas de las ganancias, estimulando así la inversión privada y la demanda de mano de obra. Además, con una política de dinero barato se creaba un estímulo más a la inversión privada, reforzando así la absorción de los desempleados. Esta fue la política reflacionaria.

3. *La insuficiencia de la demanda efectiva*

En el análisis de esta situación el problema fundamental o el punto de vista sustantivo de Keynes fue el de haberse referido al papel de la demanda efectiva. Por tal motivo, concentró su atención sobre la teoría de la ocupación y del ingreso. Partía de un hecho: el capitalismo maduro tenía una tendencia persistente a incrementar el consumo en una proporción menor respecto al ingreso, a consecuencia de ello, acusaba una tendencia persistente hacia el mayor incremento del ahorro y lo peor era que se carecía de incentivos para que este ahorro fuera invertido.

La teoría keynesiana puede resumirse en un cuadro, con todas las limitaciones de este tipo de exposición, que sólo incluye las ideas fundamentales. Cuando habla Keynes del consumo observa que a medida que el ingreso aumenta, el consumidor va satisfaciendo sus necesidades más urgentes con tendencia cada vez más acentuada a consumir un porcentaje menor de su ingreso, convirtiendo el resto en ahorro. En este aspecto se basó en la conocida "ley de Engel", llamada así en honor del economista alemán Lorents Ernest Engel que la descubrió.⁶ Concluyó que el capitalismo es capaz de generar un volumen importante de ahorros que por no ser íntegramente destinados a la inversión afectan el nivel del consumo y reducen la demanda efectiva. El obstáculo: el ahorro no se convertía (como habían supuesto los neoclásicos) totalmente en inversión. Los economistas suecos Lindal y Myrdal encontraron que el ahorro y la inversión no necesariamente coincidían, porque la igualdad conocida era *ex post* y no *ex ante*. Se observa que el ahorro crece más que proporcionalmente al ingreso, a medida que éste aumenta, y que no todo el ahorro se convierte en inversión, creciendo menos ésta que aquél. Por este hecho queda un vacío, una diferencia, que al no ser invertida reduce el ingreso y la reducción de éste disminuye el ahorro en los periodos

⁶ *Diccionario económico de nuestro tiempo*, p. 212.

siguientes hasta nivelarlo con la inversión, pero a cambio del descenso en el nivel de empleo. Lo anterior sucede porque al superar la oferta global a la demanda efectiva la producción se vuelve incosteable. En esta forma se dieron cuenta de que la crisis que agobiaba por los años 30, se debía a que el sistema había sido capaz de crear un gran aparato productivo, para el cual no se encontraba demanda suficiente cuando operaba a toda capacidad, y a que al sobrevenir la desocupación, baja más la demanda, se retrae más la inversión y vuelve a repercutir negativamente sobre el ingreso y el empleo dado por los efectos inversos del multiplicador.

Si el ingreso aumenta en forma sostenida, surge una diferencia entre el gasto total y el ingreso. Por esta diferencia, continuamente crece la cantidad de mercancías no vendidas y representadas por incrementos de inventarios. No es ahorro en el sentido auténtico porque no se invierte, ya que el aumento de existencias no tiene efectos multiplicadores de ingreso ni aumenta la capacidad productiva.

La "ley psicológica fundamental", como la llamara Keynes, tuvo para él, como complemento, lo siguiente:

Descubrir que la desocupación era involuntaria lo condujo a reconocer la falsedad del principio clásico de la ocupación plena, que aun defendían los neoclásicos. Negó también la "Ley de Say" porque resultaba evidente que no todo el ingreso era gastado.

Para los clásicos y los neoclásicos, el ahorro era igual a la inversión, porque uno y otra estaban regulados por el tipo de interés. Si éste era alto, en corto plazo incrementaba el ahorro y a la inversa, por lo que nunca había escasez de ahorro ni problema para invertirlo todo si se aceptaba la tasa de interés del momento.

Keynes demostró que no siempre todo el ahorro se invierte y que a su vez puede haber una inversión superior al ahorro, tal como sucede con el déficit gubernamental financiado con expansión monetaria. Al mismo tiempo desechó la teoría de que la tasa de interés regulaba la oferta y la demanda de fondos. Consideró que el poder público

estaba obligado a intervenir y en estas ideas suyas se inspiró la política rooseveltiana del *New Deal*, pues antes de ésta existía la arraigada convicción de la abstención del Estado en los asuntos económicos. Aunque siempre hubo regulación por parte del Estado, nunca se le concibió como empresario, como inversionista. Pero ante el desempleo sin solución, el Estado decidió invertir en lo que fuera, con tal de promover y sostener el empleo al mayor nivel.

Para Keynes la tarea del Estado era bien clara: cubrir con gasto público la diferencia entre la demanda efectiva y el ingreso generado. Para esto fue sugerido el empleo de varias medidas:

- a) Intervención del Estado con propósitos de fomentar la ocupación.
- b) Efectuar inversión pública para distribuir ingresos y crear demanda, financiada con expansión monetaria y, si era preciso, renunciar al patrón oro.
- c) Reducir la tasa de interés para estimular la inversión privada aun cuando dicha tasa llegara a cero. Se consideraba al rentista como elemento retardatario.
- d) Promover grandes obras públicas aunque colectivamente no fueran las más útiles pero que distribuyeran ingresos y generaran demanda, alentando así el multiplicador del empleo.
- e) Aun resultaba aconsejable nacionalizar industrias que estuvieran en paro.

Como fuente de ingresos se aconsejó el déficit presupuestario sin perjuicio de una política impositiva que capacitara al Estado a contrarrestar su déficit continuo. A Keynes finalmente le sucedió con su análisis lo mismo que a David Ricardo y a Schumpeter, quienes concluyeron que el sistema tenía que cambiar, pero desviaron su atención hacia la solución del estado económico estacionario el primero, o hacia un socialismo evolutivo el segundo. El único que precisó qué clase de sistema debía suceder al capita-

lismo fue Carlos Marx, mientras que Keynes concluyó que el capitalismo aún tenía probabilidades de expansión.

Eso es atribuible en parte a ciertos errores de enfoque de Keynes como son:

1o. Buscar la causa del fracaso del capitalismo en la esfera de la circulación y la distribución y no en las relaciones sociales de producción. Por ello sólo propuso medidas para incrementar el empleo y la demanda, pero de ninguna manera cambios que atacaran la raíz de los males del capitalismo. Se le acusa de haber eludido la acción de los monopolios cuando el Estado ya había reconocido sus efectos nocivos al dictar leyes *antitrust*, en Inglaterra y EUA.

2o. Dar mucha importancia a las relaciones que existen entre ahorradores e inversionistas y no al conflicto entre capitalistas y asalariados, ya que es evidente que la falla del sistema radica en las relaciones entre patronos y asalariados. Por lo tanto, los últimos factores determinantes del sistema no son, como él supuso, factores psicológicos (como las propensiones al consumo, las perspectivas de utilidades y la preferencia por la liquidez), sino relaciones de producción perfectamente establecidas y factores tan concretos como la disminución de los salarios reales para ampliar los márgenes de las ganancias. Las deficiencias del sistema se deben a que las empresas están perfectamente planificadas con fines de ganancia, pero hay anarquía en la producción global que enraiza en dichas relaciones y en la lucha competitiva. En concreto Keynes no pretende afectar las bases del sistema, sino simplemente prolongar su funcionamiento. Le preocupa el desempleo y no la injusticia del sistema, por tal razón debía favorecerse todo lo que contribuyera a crear empleos sin importar que fuese mediante reducción de los salarios reales o con sacrificio del pequeño rentista. Si le inquietaba la defectuosa distribución del ingreso era porque comprimía el consumo y el empleo.

Ante los escasos efectos de la expansión (llamada política *reflacionaria* porque ante el desempleo se traducía más en aumentos de la demanda que de los precios) se consideró falsa la teoría cuantitativa del dinero al no operar los efectos

inflacionarios de la expansión monetaria con desempleo. Sólo con pleno empleo se produce la inflación. Sin embargo, debía favorecerse a los asalariados porque gastaban en consumo todo su ingreso así como a los empresarios que invertían y creaban empleos. El Estado debía continuar su política de gasto compensatorio.

Veamos el modelo keynesiano de conjunto.

4) *El modelo y sus fundamentos*

Los factores determinantes del sistema económico son de tres clases.

1. *Las condiciones*, que se suponen dadas a un corto plazo:
 - a) la estructura social, que determina la distribución del ingreso,
 - b) la cantidad y destreza de la mano de obra disponible,
 - c) la cantidad y calidad del equipo de capital existente,
 - d) la estructura del consumo dada por los gustos y costumbres de los consumidores, y
 - e) el estado de la técnica, el grado de competencia, etc.
2. *Las variables independientes*, que no están determinadas por el modelo:
 - a) la propensión psicológica a consumir,
 - b) las conjeturas psicológicas sobre el futuro rendimiento de los capitales,
 - c) la actitud psicológica hacia la liquidez,
 - d) la cantidad de dinero determinada por los bancos, y
 - e) la unidad de los salarios, entre otras.
3. *Las variables dependientes*, determinadas por las condiciones y por las variables independientes, son el volumen de ocupación, producción e ingreso.

Las tres primeras variables independientes actúan sobre las inversiones, y éstas y la cantidad de dinero determinan el empleo y el ingreso de un país. Por su lado, la ocupación sólo puede aumentar si crece la demanda efectiva, o sea si aumenta la propensión a consumir y se estimulan las inversiones. Los niveles del ingreso se determinan por el nivel de la inversión y la propensión al consumo $Y = f(I, s')$. Sin embargo, la inversión se toma como dada y determinada por factores que quedan fuera de la teoría. En consecuencia, el nivel de equilibrio del ingreso debe ser tal que el ahorro coincida con la inversión ($S = I$). Por su parte, la inversión está determinada por la eficiencia marginal del capital (E) y la tasa de interés (i). La inversión se suspende cuando E e i se igualan en el margen. A su vez $i = f(M, L)$, o sea que la tasa de interés es función de la cantidad de moneda y la preferencia por la liquidez. Dentro de este contexto hay una interdependencia entre todas estas variables: Y, i, s, I y la oferta y la demanda de dinero.

El modelo keynesiano pone en relieve las relaciones que existen entre el ingreso y el consumo, y entre el ahorro y la inversión a través de tres instrumentos de análisis:

- 1) La función consumo: relación entre el consumo y el ingreso, dada por la propensión a consumir.
- 2) El principio del multiplicador, que indica el efecto de un gasto de inversión adicional sobre el nivel del ingreso nacional, a través de los gastos en consumo:

$$K = \frac{1}{s'}$$
 o lo que es igual $\frac{1}{1-c'}$, en donde s' y c' representan las propensiones al ahorro y al consumo, respectivamente.

- 3) El principio de aceleración o de la demanda derivada que considera el efecto que las variaciones de la demanda de bienes de consumo ejercen sobre la demanda de bienes instrumentales. Pro este principio está sustentado en los supuestos siguientes:
 - a) la constancia de la relación capital-producto,
 - b) que no haya capacidad ociosa, y

- c) que la relación entre la demanda de bienes finales y la demanda de bienes de producción adicionales esté apoyada en la perspectiva de que la demanda de bienes terminados, además de ser amplia, se considere duradera.

Las tres variables fundamentales del sistema keynesiano son:

- 1) La propensión al consumo (ya definida).
- 2) La eficiencia marginal del capital: relación entre los gastos en nuevo capital, y los rendimientos netos esperados de él (o sea descontada la tasa de interés).
- 3) La preferencia por la liquidez: relación negativa entre el mantenimiento de saldos ociosos por parte de la comunidad y el tipo de interés.

De la parte conceptual, del instrumental keynesiano y del mecanismo de su funcionamiento podemos desprender un modelo como éste:

- | | |
|-----------------------|--|
| 1) $Y = f(E)$ | 1) $Y =$ ingreso |
| 2) $E = f(D)$ | 2) $E =$ empleo |
| 3) $D = f(G_c + G_I)$ | 3) $D =$ demanda efectiva |
| 4) $G_c = f(Y, c')$ | 4) $G_c =$ gasto en consumo |
| 5) $G_I = f(u, i)$ | 5) $G_I =$ gasto en inversión |
| 6) $u = f(D, s)$ | 6) $c' =$ propensión al consumo* |
| 7) $i = f(M, L)$ | 7) $u =$ eficiencia marginal del capital |
| | 8) $i =$ tasa de interés |
| | 9) $s =$ salario real* |
| | 10) $M =$ oferta monetaria* |
| | 11) $L =$ preferencia por liquidez* |

* Las iniciales de estas ecuaciones corresponden a variables exógenas.

El modelo se integra de 7 variables endógenas y 7 ecuaciones y por lo tanto, forma un sistema completo.

En este modelo se está considerando una técnica dada, corto plazo y alta desocupación. No hay comercio exterior ni gastos del gobierno. En consecuencia, c' no está afectada por la política fiscal ni por el intercambio con otras economías.

Este modelo tiene como base de sustentación la igualdad siguiente: $Y = C + I$, ecuación en la que se considera que todo el ahorro se transforma en inversión. Pero esta ecuación es engañosa si suponemos que representa relaciones causales que responden a un aspecto conceptual con el que se pretende reflejar la realidad. Una simple ecuación de identidad proporciona un pobre y falso conocimiento de la realidad si mediante subterfugios se aplican sus relaciones *ex post*, que son meramente clasificatorias, a relaciones *ex ante* que son de carácter causal. Cuando se hace figurar el incremento de inventarios como inversión se está dando a las mercancías no vendidas una categoría que no corresponde a la realidad, ya que representa justamente lo contrario: la inversión distribuye ingresos, crea demanda y aumenta la capacidad productiva, y el incremento de inventarios no tiene esos efectos y está demostrando justamente lo contrario. De similar manera, al satisfacer un aumento de la demanda efectiva con disminución de inventarios, se hace una falsa interpretación al considerar que todo queda resuelto con afirmar que se efectuó una desinversión. Como dice Fritz Machlup en su artículo "Los Precios Relativos y el Cambio Agregado en el Análisis de la Devaluación", comentando una fórmula de S. S. Alexander:⁷ "La combinación de inversión planificada y de acumulación de inventarios no planificados en un solo término es una pista engañosa sugerida por la ecuación".

A su vez una reducción en el consumo y en la inversión planificada puede neutralizarse por un aumento en la acumulación de inventarios no planeados.

⁷ "Effects of a Devaluation on a Trade Balance". International Monetary Fund, *Staff Papers*. Abr. 1952, II, pp. 263-678.

Desde otro ángulo, la fórmula no es necesariamente cierta porque suele incluir toda clase de desperdicio y de gasto en material bélico destinado a la destrucción, que resulta ser parte del consumo y de la inversión. $Y = C + I$, no pasa de ser una tautología cuyos conceptos del segundo miembro incluyen todo lo que sea, con tal de no alterar la igualdad que supone. Dicha igualdad no pasa de pretender representar un equilibrio estático y engañoso, ya que el llamado consumo global no equivale al consumo social sino a algo más, representado por el "consumo innecesario" de una clase frente a la insatisfacción de otras. Hay desviaciones de bienes y servicios que no son inversión ni consumo en el sentido económico, sino costo social, consecuencia de un sistema económico que funciona bajo el incentivo del lucro y que necesita de la desviación del consumo y de la inversión a fin de mantener el equilibrio.

El excedente de capital productivo no empleado o destinado a producir material bélico, al lado del consumo conspicuo y del desperdicio de satisfactores creados, distorsionan los conceptos que integran la fórmula. No todo el excedente económico se traduce en inversión, ni toda la inversión es la socialmente deseada.

La fórmula es tan simplista que ni siquiera se acerca a una igualdad como ésta: $Y = C + C' + I + I' + d$. En donde C' , I y d expresan el consumo desviado, la inversión no efectuada y el desperdicio, respectivamente.

La fórmula $Y = C + I$ considera que todo lo que no es consumo es ahorro y que todo el ahorro se invierte y esto último resulta falso a todas luces, al incluir las existencias no vendidas como ahorro y naturalmente como inversión, o sea que forman parte de una demanda efectiva que no se realizó y cuyo excedente de mercancías hubo de ser almacenado.

Para que el ingreso no descienda en verdad se necesitaría una demanda efectiva equivalente, de la cual no formara parte la producción almacenada por falta de mercado. *Se desprende que no sólo hay insuficiencia de la demanda efectiva sino también deficiencia en la definición.*

A su vez, la fórmula como ecuación de equilibrio puede ser falsa, porque no necesariamente todo el ingreso se incorpora a la corriente de gastos, ya que una parte suele ser atesorada. Sin embargo, la eliminación del atesoramiento es una condición necesaria para el equilibrio eseático, pero insuficiente respecto al logro de un equilibrio dinámico.

Impedir el atesoramiento no evita el desempleo. En una economía que crece, por fuerza se vuelve necesario un aumento constante del gasto, debido al doble efecto de la inversión a corto plazo, como generador de ingresos vía el multiplicador de ingresos y por sus efectos en cuanto al aumento de la capacidad productiva. Ambos efectos demandan incrementos continuos del gasto en proporción al aumento de la capacidad productiva y de la oferta adicional correspondiente, tal y como lo indica el modelo de Domar.⁸

5) *Los cuatro efectos de la inversión*

No basta pues que se cumpla el principio enunciado por la señora Robinson de que todo el salario se gaste y que todo el ahorro se invierta, a menos que se procure un equilibrio de estancamiento, que a todas luces resulta indeseable. Lo que en la realidad se procura es un crecimiento continuo, en el cual la inversión es la variable más dinámica e importante a corto plazo, y el cambio tecnológico el factor más dinámico e importante a largo plazo. Veamos:

En cuanto a la inversión tenemos que considerar al menos 4 efectos. A los dos ya mencionados (incremento del ingreso que aumenta la demanda, y el incremento de capacidad productiva, que expansiona la oferta),⁹ debemos agregar el efecto sobre la demanda de mano de obra, ya que

⁸ Evsey D. Domar, "Análisis Teórico del Desarrollo Económico: un Enfoque Econométrico". *El Trimestre Económico*, México, vol. XXV, Núm. 2, abril-junio de 1958.

⁹ Henry Bruton, *Nuevas aportaciones a la teoría del crecimiento*, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, México, primera edición, 1960, p. 19.

el incremento de la capacidad productiva (como dice Anató Murad, *requiere de trabajo adicional*. "Las necesidades gemelas de incrementar constantemente las nuevas inversiones y de incrementar continuamente la renta no podían, por consiguiente, ser atendidas sin una permanente expansión de la oferta de trabajo para producir y manejar sin cesar cantidades crecientes de capital".¹⁰ Además de que el incremento de la población al aumentar la fuerza de trabajo y al ser empleada ésta se vuelve un factor positivo al desarrollo económico, tenemos todavía un efecto más de la inversión. Éste consiste en que los tres efectos anteriores, a largo plazo, conducen al *desarrollo tecnológico*, pues de lo contrario, con técnica constante, la inversión se enfrenta a un muro infranqueable para su expansión y es el cambio de equipos exigido por el empleo de nuevas técnicas aunado al cambio de la estructura de la demanda por la variedad de nuevos y mejores satisfactores, los que conllevan a la apertura de nuevos campos para la inversión.

En los siglos XVIII y XIX, uno de los factores determinantes de la acumulación de capital fue el descubrimiento y la explotación de recursos naturales (sin negar que hubo a la vez progreso técnico); en el presente siglo es la aplicación de técnicas continuamente renovadas (que sustituyen a los mismos recursos naturales), el factor preponderante y que mayormente propicia la necesidad de ampliar la acumulación de capital. Este principio acelerador que une sus efectos al multiplicador de inversión podemos expresarlo así: un incremento de la inversión produce un incremento del ingreso tanto mayor cuanto menor sea la propensión al ahorro. El incremento del ingreso promueve incrementos del consumo, y si éste es de magnitud considerable y no hay equipos de capital ociosos, conduce a un incremento de la producción de bienes para la acumulación de capital productivo (fabricación de equipo).

Enfocado dinámicamente este aspecto más bien existe

¹⁰ Kenneth K. Kurihara. *Economía poskeynesiana*, p. 258. Aguilar, S. A. de Ediciones, 1969. (Trad. del inglés por Jesús Ruiz de Cenzano Loza).

l una acción recíproca entre la inversión y la incorporación de nueva tecnología (o la absorción de ésta por las economías que no la crean), sólo que en su devenir la tecnología adquiere cada vez más la preponderancia respecto a la inversión como factor dinámico del desarrollo económico, porque a medida que el industrialismo progresa sólo el cambio tecnológico abre nuevas posibilidades para la expansión.

El cambio tecnológico es indispensable para aumentar la productividad, y las innovaciones tecnológicas¹¹ por fuerza requieren de fabricación de equipos diferentes. Por consiguiente no es necesario, para que el principio de aceleración funcione, que esté empleada toda la capacidad existente. Basta con la obsolescencia de buena parte del equipo, ante una nueva técnica de producción, para que surja el estímulo a la fabricación de nuevo instrumental productivo sin el previo cambio masivo del consumo y más bien con vistas a introducir cambios en la estructura de la demanda.

En este caso es el cambio técnico la fuerza dinámica que estimula la demanda de crecientes cantidades de acumulación de capital, aun cuando la población y el ingreso personal estén creciendo a una tasa suficiente para ampliar el mercado de la producción obtenida con el nivel medio de tecnología existente en explotación. La competencia entre los empresarios obliga también al empleo de nuevas tecnologías aun cuando no se hayan agotado todas las posibilidades de la técnica anterior. El desarrollo económico fundamentalmente se produce por efectos de las variables paramétricas y sobresale cada vez más la innovación técnica. Esta variable, que en lo esencial depende de las perspectivas de utilidades, de la propensión al consumo, seguramente que en una economía planificada que produzca con

¹¹ El cambio técnico y las innovaciones tecnológicas responden a la expresión de un conocimiento continuamente superado en cuanto habilidad productiva que se concreta en mayor eficiencia y rendimiento de la fuerza de trabajo. O como suele decirse corresponde al *know-how*. Véase Nicolás Kaldor, "El Crecimiento Económico y el Problema de la Inflación". *El Trimestre Económico*, vol. XXVIII, núm. 109, enero-marzo de 1961, p. 101.

fines de satisfacer necesidades sociales deberá transformarse en una variable dependiente y relativamente previsible.

La acumulación de capital y el cambio técnico, vistos a largo plazo y analizados en sus relaciones y correlaciones, se estimulan mutua e históricamente. Sin el cambio técnico la humanidad se hubiera estancado y sin la acumulación de instrumentos de producción aquél hubiera sido imposible. La preponderancia de un factor sobre el otro ha debido variar. Agotadas las posibilidades de una técnica dada, surge la posibilidad y la necesidad de mayor acumulación de capital asociada a innovaciones tecnológicas. A su vez agotado cierto nivel de acumulación de capital asociado a una técnica dada, el cambio técnico adquiere el papel central que antes tuviera la acumulación de capital.

Es innecesario aclarar que una fuerza de trabajo más y más preparada es indispensable para obtener no sólo la tecnología y producir el excedente económico para la acumulación de capital, sino para manejar instrumentos más y más complicados, y que sólo es otro aspecto relacionado al hecho de que la fuerza de trabajo es el agente activo y dinámico por excelencia. Centro motor y creador, es a la vez causa y la razón de ser de toda actividad económica.

A este respecto, no se ha dado aún la debida atención a esta actividad recíproca: si el desarrollo material propicia la cultura, a su vez seres humanos más preparados propician el desarrollo económico y social. Evidente resulta que la mejor inversión es la que se destina al desenvolvimiento pleno de los seres humanos, creándoles así actitudes y aptitudes frente y para el progreso, eliminando prejuicios e indolencias, al prepararlos y habilitarlos para el trabajo organizado.

Para que la educación y la preparación de las masas constituyan eficaces instrumentos del progreso en general, se requiere inversión. Afrontar este problema resulta esencial en todos los países con retraso económico, porque las riquezas poseídas si no van acompañadas de una población preparada para explotarlas racionalmente se convierten en imán para los explotadores de otros países. Con esta agra-

vante: los grupos más preparados de un país económicamente atrasado, suelen desviar sus energías hacia la "política", a las operaciones de agio y a las especulativas, cuando no al ausentismo, acentuando así el problema de la escasez del ahorro en contraste con las cuantiosas necesidades de inversión. En estas circunstancias, el ser humano en vez de ser factor determinante como agente singular del progreso se convierte en obstáculo.

Esto en lo que se refiere al aumento de la capacidad productiva a largo plazo. Pero ésta requiere del crecimiento de la demanda. Si del lado de la demanda es indispensable que aumente el volumen de los salarios y del lado de la oferta que haya más producto, ambos aspectos sólo se logran si hay progreso técnico que permita aumentar la productividad y el pago de mayores salarios reales en una economía lucrativa o disponer de un mayor producto neto en economías socialistas. La acumulación de capital se vuelve crucial y el progreso técnico más aún, visto a largo plazo, porque el crecimiento continuo de la actividad económica exige que la tasa de acumulación sea sostenida a cierto nivel, y que no sufra recesos que interrumpen el crecimiento. Para ello, la tasa de acumulación de capital debe superar al incremento de la población con objeto de que puedan sostenerse incrementos de la población con objeto de que puedan sostenerse incrementos de la productividad y del ingreso real que se traduzcan en incrementos de los niveles de vida.

Por otro lado, si en las primeras etapas del desarrollo capitalista fue suficiente su realización por medio de la acumulación de capital y para la cual bastaron más o menos técnicas que ahora nos parecen rudimentarias, actualmente en los países más desarrollados la acumulación de capital requiere que el progreso técnico sea tan dinámico que absorba grandes cantidades de inversiones y ambos factores asociados producen un potencial económico muy grande para el que no se genera el correspondiente mercado civil suficiente, pese a los grandes conglomerados que aún viven en la miseria. En lo futuro la elevación de los niveles de vida de éstos será la que abra posibilidades de expansión

a la economía mundial. En este proceso la demanda ha de jugar papel decisivo y constituir el soporte principal del progreso material que se concreta en acumulación de capital y las innovaciones tecnológicas.

Desde otro punto de vista, el modelo keynesiano puede verse desde los siguientes ángulos:¹²

- a) como teoría general del ingreso y del empleo;
- b) como un aparato metodológico conceptual y de análisis, y
- c) como un sistema de política económica.

Ante todo Keynes arremetió en contra de la "ley de Say" y del supuesto de la ocupación plena. Los resultados que la realidad acusaba eran demasiado evidentes para seguir confiando en que el sistema era capaz de distribuir ingresos suficientes para que la sociedad adquiriera la totalidad del producto generado y, por su parte, el desempleo masivo resultaba elocuente por sí mismo. El profundo desequilibrio y casi-quebra del sistema no dejaban lugar a dudas. Los almacenamientos de mercancías en espera de compradores y los amplios recursos ociosos contrastaban (a la vez que eran su resultado) con el descenso del consumo y la miseria en general. Ya no se escuchaba que el equilibrio de la economía fuera el cometido de la teoría y la política económica. Lo que en estas condiciones interesaba era la búsqueda de una explicación y Keynes consideró que el análisis económico debía proceder a *investigar las variables que determinan el volumen del empleo y del ingreso*, para luego proceder a la búsqueda de una solución.

Ante la explicación de que la causa radicaba en la insuficiencia de la demanda efectiva, la solución principal que Keynes aconsejó fue el impulso a la demanda global y crear incentivos a los inversionistas. Pero, ¿cuáles son las variables que concretamente determinan el consumo y la in-

¹² Véase a Eraldo Fossati, *Política económica racional*, Ediciones Aguilar, Madrid, 1961, p. 79. (Trad. del italiano por Francisco Albert).

versión? Aquí es donde conviene recordar que para Keynes el funcionamiento del sistema económico depende de ciertas variables independientes (la función consumo, la eficiencia marginal del capital, la preferencia por la liquidez, la cantidad de moneda y los salarios) que son las que determinan las variables dependientes finales: el volumen de producción, de ingreso y de ocupación.

Varios autores, empeñados en dinamizar el sistema keynesiano y su aparato metodológico, han construido modelos para desarrollar sobre todo los efectos de la inversión, no sólo en cuanto que crea demanda, sino respecto a otros efectos como los siguientes:

Además de la expansión del ingreso y de la demanda, aumenta también la capacidad productiva, y por este efecto y el anterior se ha llevado el análisis más lejos para considerar que si la inversión genera demanda y aumenta la capacidad productiva, se infiere que el ingreso del año siguiente tiene que ser mayor para que genere la demanda adicional que permita absorber el incremento de la oferta correspondiente al empleo de la capacidad productiva incrementada. Esto requiere que los salarios y el ingreso global tengan que crecer también continuamente, de lo contrario el crecimiento se suspende. Ya no es un problema de llenar solamente la brecha que queda entre la suma del consumo y la inversión respecto al ingreso generado, sino de encontrar colocación remunerada a todo el ahorro. Pero éste una vez invertido también genera capacidad productiva y surge la necesidad de encontrar a su vez mercado para la producción adicional. Dicho mercado lo han encontrado a través de los mecanismos del desperdicio y del gasto para producir materiales bélicos.

Claro que con esta solución se han logrado volúmenes crecientes de ocupación, pero el beneficio social no ha caminado al paso con el potencial económico y lo que es más ni el incremento de la población se convierte en un factor grave aún, los gastos bélicos crecen en forma constante. Pero ni así han podido emplear todos los incrementos de la capacidad de inversión. Esta falla esencialmente radica en

que el empleo de los recursos no está destinado enteramente a la producción de bienes y servicios para el consumo civil, ni el incremento de la población se convierte en un factor positivo del desarrollo económico, en virtud de los obstáculos propios de la organización económica que impiden aprovechar toda la fuerza de trabajo.

El capitalismo se ha caracterizado por estancamiento y depresión con exceso de ahorro y paro a los que luego siguen expansiones y auges con inversión excesiva. Riqueza y pobreza se conjugan con la prosperidad y la escasez, dependiendo de la tasa de ganancia y de sus perspectivas. No se razona si existe algún derecho a que el sector empresarial por la simple perspectiva pesimista en cuanto a la tasa de ganancia, deje sin empleo recursos que por eso mismo acentúan la miseria de buena parte de la población, pues a juzgar por el instrumental keynesiano son las perspectivas de utilidades o la falta de ellas las que crean optimismo o pesimismo en los inversionistas, hecho que ocasiona el auge o la depresión. Es un precio exagerado el que la población paga por la libertad económica de quienes todo lo poseen y son egoístas y viven ayunos de la responsabilidad social que les compete. En su madurez el capitalismo adolece de deficiencias inherentes a su grado de desarrollo y Keynes ha venido a ser para el capitalismo el médico de su senectud. Un médico muy eficiente en cuanto que contribuyó a prolongarle la vida.

6) *Las áreas subdesarrolladas: desarrollo y crecimiento económico*

El esquema keynesiano nos ofrece una teoría y una política para atacar los males de las economías de crecimiento, las ya desarrolladas y de alto consumo. Éstas se caracterizan, ante todo, porque no pretenden cambiar las bases de la estructura económica ni afectar los intereses establecidos. Más bien pretenden perpetuar éstos propiciando una actividad económica creciente. Diferente tiene que ser la política encaminada a lograr la eliminación del subdesarrollo, porque

este objetivo exige precisamente cambios de la estructura productiva y demanda soluciones a problemas que secularmente se han incubado y desarrollado en las zonas marginadas del progreso y explotadas por los países que se desarrollaron primero. Sus problemas y las soluciones propias para eliminar el atraso económico requieren de largo plazo, cuyas tareas esencialmente consisten en eliminar los obstáculos que se oponen a la modernización de la agricultura, a la industrialización de sus materias primas, al mejoramiento de las técnicas de producción y a la integración de los servicios básicos y, como corolario, a transformar las relaciones de producción existentes.

El crecimiento y el desarrollo se realizan en dos planos diferentes que corresponden a estructuras bien distintas. Uno, el crecimiento económico, se obtiene dentro de una estructura económica que ha roto las trabas feudales y en la que el nivel de actividad pasa de un plano a otro sin que dicha estructura esencialmente se altere; el otro, el desarrollo económico, debe de moverse de un nivel de organización a otro diferente y superior que implique cambios estructurales —o sea, sustitución de una organización por otra. En lugar de la desocupación involuntaria propia de los países desarrollados, en los subdesarrollados existe una elevada desocupación disfrazada que tiene carácter crónico. Mientras que en los primeros se trata de utilizar factores de producción ya existentes, en los segundos hay que crearlos y además adiestrar la mano de obra en diferentes niveles. Aquéllas son economías monetarias, de ocupación o desocupación, y éstos se caracterizan además de por el alto empleo disfrazado, porque aún existen unidades de autoconsumo, escaso capital y ausencia de empresariado.

El ambiente y la estructura no es similar para que podamos aplicar el mismo análisis y las mismas medidas a dos casos diferentes. Considero que es más útil la teoría clásica que la keynesiana para economías con alto subempleo, característica esencial del subdesarrollo. En ningún caso es mejor aplicable el siguiente párrafo de Keynes: "sostendré que los postulados de la teoría clásica sólo son

aplicables a un caso especial, y no en general, porque las condiciones que supone son un caso extremo de todas las posiciones posibles de equilibrio. Más aún, las características del caso especial supuesto por la teoría clásica nos muestra que no son las de la sociedad económica en que hoy vivimos, razón por la que sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales".¹³ Creo que este párrafo se puede aplicar desde el punto de vista del subdesarrollo, para una situación tan especial como la que corresponde al mundo en que nosotros vivimos. Por lo tanto, nos corresponde estudiar y resolver nuestros problemas aplicando el instrumental teórico y analítico recogiendo del pensamiento ajeno aquello que juzguemos más conveniente.

Otra limitación del keynesismo para los países subdesarrollados es que ha surgido para combatir la desocupación cíclica y lograr el empleo pleno en países opulentos. En nuestros países no es un problema absorber desocupación involuntaria aprovechando la capacidad productiva ociosa que no existe, sino que el problema radica en eliminar la ocupación disfrazada y absorber la desocupación secular por falta de equipo. A este respecto el economista hindú B. K. R. V. Rao¹⁴ nos dice que el incremento del ingreso vía multiplicador que muchas veces se ha querido aplicar a todos los países se traduce, en economías subdesarrolladas, en aumento de precios más que en ingresos reales, porque los incrementos de ingresos monetarios sólo tienen el efecto de aumentar los precios planteando problemas en vez de resolverlos. Aduce como causa que la elasticidad de oferta ante incrementos del ingreso monetario no genera oferta y sí demanda que no puede ser satisfecha debido a que el

¹³ John Maynard Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, séptima edición en español, p. 5. (Trad. de Eduardo Hornedo, revisión de Angel Martín Pérez).

¹⁴ "La Inversión, la Renta y el Multiplicador en una Economía Subdesarrollada", en *La economía del subdesarrollo*. Colección de A. N. Agarwala y S. P. Singh. Editorial Tecnos, Madrid, 1963, p. 175.

aparato productivo está fundamentalmente estructurado sobre la base de economía rural, cuya elasticidad de oferta no puede **responder** al incremento de la demanda provocada por una **expansión** monetaria. En consecuencia, los incrementos del ingreso monetario no tienen el mismo efecto que cuando se trata de economías con alta desocupación en las que el problema suele radicar precisamente en que la demanda ha fallado.

Es evidente que en los países más desarrollados las clases dominantes están conformes con su estructura económica y sólo pretenden regular su funcionamiento con el fin de alcanzar un crecimiento autosostenido. Su problema consiste en fomentar la demanda necesaria que permita el empleo de los recursos existentes y su continua acumulación.

La desocupación involuntaria está asociada a una economía de libre empresa, a una economía de cambio, a una economía industrial con elasticidad de oferta y generalmente con exceso de capacidad en industrias de bienes de consumo. A esta circunstancia se debe que cualquier aumento de ingreso se convierta en aumento de la demanda, del empleo y de la oferta a corto plazo. Por lo que en realidad rige una ley anti-Say: es al demanda la que crea la oferta y no la oferta a la demanda.

En concreto, se trata de dos grupos de países: los que aspiran al crecimiento dentro de su *status*, enfrentando desajustes de corto plazo, y los que buscan *eliminar los obstáculos* que impiden el desarrollo de las fuerzas productivas lo que implica, ante todo, cambios radicales que requieren un plazo tan largo como el necesario para eliminar el retraso **secular**. Se enfrentan más bien a desequilibrios entre los sectores urbano y rural, **entre las diferentes regiones** de cada país y a desequilibrios crónicos frente al exterior. Estos países ante todo tratan de eliminar el alto subempleo que es un desequilibrio entre el crecimiento de la fuerza de trabajo y el escaso equipo de producción que impide aprovechar la dinámica del crecimiento de la población como fuerza productiva y como mercado para los productos, dado por el

doble efecto de su número aunado al incremento de sus ingresos.

El esquema keynesiano en concreto no ofrece solución a los problemas del subdesarrollo, ni a los mismos países industriales (excepto transitoriamente con gasto irracional), pues ya hemos dicho que de tapar hoyos para crear demanda se ha pasado a producir instrumentos destructivos, llegando así al contrasentido de emplear el potencial económico para la destrucción, el despilfarro y el subyugamiento de los países débiles que intentan liberarse de la tutela ancestral. Abundan los modelos económicos que se desprenden de su instrumental haciendo esfuerzos por volverlos dinámicos y adaptarlos a otras circunstancias.

La situación anterior es bien diferente a la que predomina en las áreas en desarrollo y en las subdesarrolladas, agobiadas por el subempleo crónico y cierto desempleo secular, y cuyo objetivo consiste en cambiar la estructura económica y social. Su primer problema consiste en eliminar los obstáculos que impiden crear capacidad productiva. Por lo que la función esencial de la política del desarrollo deberá consistir no sólo en eliminar obstáculos sino en crear capacidad de oferta, a diferencia del crecimiento cuya política consiste en aprovechar su capacidad productiva y combatir la insuficiencia de la demanda efectiva.

Las diferencias en cuanto al enfoque radican en lo siguiente: los factores que a corto plazo son considerados como datos en los países industrializados, se vuelven factores dinámicos para el desarrollo del subdesarrollo, tales como alterar las relaciones de producción y operar cambios estructurales e institucionales (incluido el cambio técnico y el social). Se pretende producir un cambio dinámico surgido de una economía estática para obtener algo cualitativamente diferente. Se tiene frente a sí un proceso por realizar y no simplemente un fenómeno por describir.

El papel que juega la política keynesiana en el capitalismo actual tiene al menos un doble cometido. Sostener un alto nivel de ocupación con estabilidad, pretendiendo eliminar

el efecto de las fluctuaciones cíclicas, y sostener la demanda efectiva aunque sea con elevados gastos bélicos.

Ahora bien, el hecho de que durante la Gran Depresión se descubriera que había una tremenda disparidad entre producto y gasto, atribuida a que los ahorros no se convertían a cierto plazo totalmente en inversiones, ha llevado a ciertos comentaristas del keynesismo a la afirmación de que las ideas de Keynes partieron de una apreciación errónea fundamental: en lugar de ver un conflicto de intereses o más bien una contradicción en el sistema que surgía de las fuerzas productivas y de sus relaciones de producción, tradujo esta relación en un desajuste entre ahorradores e inversionistas y que, por ello, con este enfoque equivocado concluyó que la salvación del régimen capitalista consistía en estimular a la inversión en tal magnitud que borrarla la brecha entre ingreso y gasto. No era, pues, un desajuste entre ahorradores e inversionistas, sino un conflicto entre capitalistas y asalariados que surgía de relaciones de producción capitalista.

Otro error atribuido al enfoque keynesiano se debe al empeño de buscar la causa del fracaso del funcionamiento de la economía capitalista en la esfera de la circulación y de la distribución, considerando ambos aspectos independientes del sistema de producción. Las relaciones sociales de producción las pasó por alto y trató el problema no como algo estructural y de largo plazo, sino como un fenómeno coyuntural, circunstancial y de corto plazo.

Adicionalmente a la desigualdad entre el ahorro y la inversión que inevitablemente conducía a una insuficiencia de la demanda efectiva, la inversión presenta dos defectos específicos: por un lado, acusa fluctuaciones bruscas a corto plazo y, por otro lado, la tasa de ganancia y con ésta la tasa de inversión, tendía ser menor, con lo cual el capitalismo enfrentaba un dilema: coexistencia de un deseo creciente hacia un ahorro mayor a la vez que una tendencia persistente a invertir menos. Este doble aspecto causaba el descenso de la ganancia y de la demanda efectiva, y cuando la tasa de ganancia afecta al régimen de producción capitalis-

ta, todos sabemos que se está afectando el corazón mismo de un sistema que funciona en torno del lucro.

La utilidad del keynesismo para el régimen capitalista ha consistido en que alargó su vitalidad. Su contribución fundamental consistió en descubrir la insuficiencia de la demanda efectiva inherente al funcionamiento de un capitalismo maduro y esta aportación constituyó el núcleo central de su análisis que lo llevó finalmente a proponer medidas para salvar al régimen de producción. La medida esencial consistió en que ante la disparidad entre producto y el gasto globales, aconsejó el gasto público para llenar la brecha o el *gap*, como suele llamársele. Con base en estos hechos, se han ideado enfoques que antes se desconocían, como ejemplo: el tipo de cambio, la tasa de interés, el nivel de los precios y de los salarios, entre otras variables, que antes eran los instrumentos, y la meta consistía en la incógnita. Ahora se parte a la inversa, se fija la meta, digamos, una tasa de desarrollo del 5 o 7% anual y luego se eligen los instrumentos para cuyo objetivo se suele usar la política de inversiones, la arancelaria y crediticia, a fin de alcanzar la meta programada. Con este cambio de enfoque las variables dependientes se convierten en variables objetivos.

Es obvio que el esquema keynesiano resulta inapropiado para resolver los problemas de los países subdesarrollados cuyo problema básicamente es bien distinto por requerir de gasto para fomentar el consumo civil y de amplios recursos para la acumulación de capital productivo y la absorción de técnicas de producción. El gasto bélico ni siquiera es solución a largo plazo para los países más industrializados.¹⁵ El gasto irracional que puede ir desde emprender

¹⁵ Conviene no pasar inadvertido que si para los clásicos y los neoclásicos era la oferta lo que determinaba el gasto y la demanda, para Keynes las cosas suceden al revés, es el gasto la variable que determina la producción y la oferta. Sin embargo, a partir de la II Guerra Mundial la insuficiencia de la demanda ha dejado de ser punto crítico por atacar y, a medida que los gastos bélicos se han incrementado en la posguerra, la inflación ha planteado un problema

obras públicas y de asistencia social hasta producir instrumentos destructivos o bien gastar con fines menos inhumanos como el derroche y los almacenamientos de mercancías, no puede constituir base firme de ninguna economía. La economía capitalista no tiene destino constructivo alguno en tanto sea sostenida con soportes de esta naturaleza. La organización económica del mundo se enfila hacia una economía socialista con planificación. Sólo así los recursos llegarán a emplearse por la humanidad para los objetivos más elevados como son los del bienestar material y cultural.

inverso: frenar la expansión del gasto civil y de los precios. El cambio de circunstancias ha obligado a enfrentar un problema que más bien requiere de regimentación, en vista de la insuficiencia de las políticas monetaria y fiscal. La cuestión ahora radica en un problema de estructura de un capitalismo incapacitado para emplear el potencial económico en la disminución de la miseria de un mundo en transición que requiere de planificación de la producción para atender la demanda civil.

HANSEN Y LA CRISIS DEL CAPITALISMO*

PAUL M. SWEEZY

I

Raramente cuestionará nadie que los problemas fundamentales que enfrenta Estados Unidos actualmente son económicos. Tampoco negará nadie que una solución exitosa de esos problemas requiere como primera condición un entendimiento claro de su naturaleza. Es por esta razón que el nuevo libro del profesor Hansen debe mirarse como uno de los más importantes salidos de la pluma de un economista norteamericano en los últimos años. Con esto no pretendo decir que el profesor Hansen ha producido un docto tratado referente a cada aspecto de la escena económica actual, porque no es así. Quizá es más importante lo que ha hecho: ha establecido en una forma inteligible para el lector no profesional ideas que van a la raíz de muchas de nuestras dificultades y que deben ayudarnos a establecer planes inteligentes para vencerlas.

La tesis central del profesor Hansen puede resumirse de la manera siguiente: En una sociedad como la nuestra, se lleva adelante en todo momento más o menos una

* La Parte I es un análisis de *Full Recovery or Stagnation?* (New York, 1938) de Alvin H. Hansen, aparecido en *The Nation*, el 19 de noviembre de 1938; la Parte II es un análisis de *Fiscal Policy and Business Cycle* de Hansen (New York, 1941) que apareció también en *The Nation* el 27 de septiembre de 1941.

cierta cantidad de gasto en adición al capital real de la comunidad, por lo menos igual a la cantidad de ahorro del ingreso corriente. Si no lo hay, este ahorro simplemente reduce la cantidad de consumo corriente y de ahí, indirectamente, la necesidad de inversión. En otras palabras, debe haber salidas para la nueva inversión de capital, adecuadas para absorber lo que la comunidad quiere ahorrar si no queremos tener una permanente depresión. Pero el curso de los acontecimientos en las últimas décadas ha sido extremadamente desfavorable a este respecto. No se abren nuevos territorios para asentamiento y explotación, la población es ahora prácticamente estable y pronto comenzará a decaer en varios países occidentales; no hay a la vista innovaciones de la técnica industrial que requieran vastas inversiones de capital. En resumen, la era de expansión económica ha tocado a su fin, un hecho que agrava la dificultad de encontrar suficiente cantidad de salidas de inversión. Estos son hechos duros sobre los que hay que meditar. Como dice el profesor Hansen, "muchos de nosotros estamos en desacuerdo con las formas corrientes de vida económica. Pero en cada edad existe algo más o menos inevitable respecto al flujo de los acontecimientos históricos".

Las implicaciones de estos hechos hacia la política pública son fundamentales. Es extremadamente dudoso que los gastos de capital por los hombres de negocios en busca de beneficios vuelvan alguna vez a alcanzar una figura adecuada como para sostener un ingreso nacional satisfactorio. Se puede dudar de que alguna vez hayan sido adecuados. El profesor Hansen demuestra que la prosperidad de la década del 20 se asentó en una asombrosa extensión de gastos de capital de naturaleza no-negociable (*non-business*), por ejemplo, construcción residencial y construcción de caminos. Pero si los gastos no-negociables fueron necesarios incluso en los primeros tiempos, cuánta más verdad hay en que el campo para la expansión de los negocios ha sido radicalmente cortado. "Cuando uno ve el problema de esta manera", dice el profesor Hansen, "el rol de la deuda pública y de gastos gubernamentales, y verda-

deramente toda la cuestión impositiva, toma un aspecto bastante diferente del que tenía en el siglo XIX." Creo que esto es lo más contundente que se puede decir.

Si el análisis del profesor Hansen es brillante y profundo, sus propósitos políticos son decepcionantes. La falta no radica en él como individuo sino en la tradición de pensamiento —economía ortodoxa— con la que se identifica. De acuerdo con la forma ortodoxa de mirar las cosas, el sistema económico se puede analizar y sus fallas arreglar en completa abstracción de la clase de sociedad a la que ayudó a nacer. Hasta dónde el capitalismo puede sobrevivir dice el profesor Hansen. "no es tanto cuestión de lucha de clases; es más bien una cuestión del funcionamiento inherente al sistema". Pero la base del sistema es un grupo de relaciones de propiedad que traen consigo un grupo de relaciones de poder, el cual, a su vez, inevitablemente da lugar a la lucha de clases. Aquí nuevamente no es cuestión de que nos guste o no; intentar entender el capitalismo en abstracción de la lucha de clases es perder el nudo del problema tal como existe en el mundo real.

Esto no significa que los economistas ortodoxos no sean capaces de contribuir con análisis parciales extremadamente valiosos: el libro del profesor Hansen es una viva prueba de lo contrario. No obstante, significa que esos análisis parciales no logran llevar consigo sugerencias para una acción final exitosa. Creo que este punto es tan importante que me gustaría ilustrar lo que digo con un ejemplo específico del libro del profesor Hansen.

En su ensayo *Economic Bases of Peace*, el profesor Hansen brinda un análisis admirablemente claro de una de las fuerzas económicas que llevan a las naciones agresoras a buscar nuevos territorios, nominalmente, su urgente necesidad de materias primas básicas. La contestación liberal habitual es: Bueno, entonces, dejémoslos comprar materias primas; el precio es el mismo para ellos que para los demás. Pero, como demuestra el profesor Hansen, el problema no es el precio sino el simple hecho de que no tienen dinero con qué pagarlo. Y mientras las restricciones de comercio

son tales que ellos no pueden exportar, es claro que no pueden adquirir suficiente moneda. De esto concluye el profesor Hansen que el remedio es un retorno, en la medida y tan pronto como sea posible, al comercio libre. La conclusión es tan lógica como fútil. Ignora completamente el hecho de que las clases dominantes (o, en la terminología Vebleniana, los intereses creados) han erigido en cada país las barreras al comercio para poder monopolizar el mercado local. Predicar libre comercio a aquellos que viven de la protección es como predicar el suicidio a un hombre saludable. Las agresiones actuales son comentario suficiente a las prédicas similares de ayer.

Pero supongo que es demasiado pedir a un economista ortodoxo que sea más que un buen economista ortodoxo; y *Full Recovery or Stagnation?* demuestra que el profesor Hansen es todo eso. Cualquiera que aparte sus préconcepciones y prejuicios y estudie este libro cuidadosamente ganará enormemente en entendimiento de los problemas mundiales, incluso aunque se quede preguntando cómo resolverlos.

II

Después de más de cien años de devoción a la apologética superficial y elegantes impertinencias, la economía política burguesa ha experimentado, en la última década, un renacimiento genuino. La crisis mundial del capitalismo, que se ha extendido ya sobre un cuarto de siglo de guerra, revolución y profundos disturbios económicos, y la cual está incluso ahora llegando a un climax en la Segunda Guerra Mundial, ha forzado a los economistas a avanzar con una apreciación crítica de la forma de operar de la sociedad en que viven. Ningún norteamericano ha contribuido más a este renacimiento de la economía científica que el profesor Alvin H. Hansen; su último libro, y en mucho sentido el más importante, merece por lo tanto la máxima atención de cada estudiante de los problemas mundiales.

Fiscal Policy and Business Cycles, como varios trabajos anteriores del mismo autor, no es un tratado integrado, no está escrito exclusivamente en su mayor parte para el especialista económico. Es más bien una serie de ensayos conectados pero sin embargo independientes que cubren una vasta serie de tópicos, a veces impersonalmente, ocasionalmente con todos los adornos de la teoría formal, pero siempre original y sugestivamente. Esa independencia esencial de las partes lleva consigo una serie de repeticiones de importantes principios, lo cual, no obstante, no debe tomarse en cuenta como una debilidad. El estilo en general es directo y sin pretensiones; lo que se pierde en gracia se recupera en inteligibilidad y concisión.

La primera parte es un intento de ubicar la depresión y la recuperación parcial de la década del treinta en una perspectiva histórica correcta. Muchas de las ideas son ya familiares a quienes hayan estudiado el muy conocido testimonio de Hansen TNEC, pero acá están colocadas con mayor detalle y con mayor soporte de los hechos evidentes. Los capítulos IV y V son de particular valor en aclarar conceptos erróneos ampliamente populares. En el primero, Hansen muestra que la política del New Deal, fue compuesta en gran parte por operaciones de salvataje y que tenían poco en común con un plan económico constructivo; en el segundo, subraya propiamente los factores especiales y probablemente divergentes que ayudaron a suavizar la depresión y el alcance de la recuperación en Gran Bretaña, tales factores como los déficits acumulados de la relativamente deprimida década del veinte, el abandono del libre comercio, la disponibilidad de importaciones muy baratas de países altamente agrícolas, etc.

La segunda parte está consagrada al "rol cambiante de la política fiscal". La estructura americana de impuestos es severamente criticada precisamente en los puntos más apropiados, por ejemplo: la traba colosal que constituye en el nivel del consumo. Se da pleno alcance al rol vital que ha jugado la deuda pública desde los mismos comienzos del capitalismo; de acuerdo a ello los datos accesorios

llegan como una revelación para aquellos que toman su retrato de la realidad del espejo distorsionado de la prensa moderna. La deuda nacional actual de los Estados Unidos, sobre la cual recientemente hemos oído tanto clamor, es poco más que la mitad de nuestra renta nacional; en contraste, la deuda Inglesa en 1818, después de las guerras napoleónicas, y nuevamente en 1923, después de la Guerra Mundial, alcanzó el doble del ingreso nacional.

La tercera parte contiene los más difíciles capítulos teóricos. Aquí la relación de ingreso, consumo e inversión está sujeta a una investigación analítica teórica y empírica. Hansen infiere las vías profundas de nuestro orden económico: en favor de la expansión de capital y en contra de la expansión del consumo. Más aún, hace de esto la piedra fundamental de su explicación de nuestro dilema económico presente, y ve mucho más claramente que ningún otro escritor burgués que esta dificultad no será cambiada de ningún modo por la eterna panacea del economista vulgar, el sistema competitivo de libertad de precios. El capítulo XV requiere ser leído por todos aquellos que planean salvar el mundo "a la Thurman Arnold". La conclusión de esta parte es que siempre debemos tener más inversiones, si no por negocios entonces por gobierno, si queremos evitar un estado de depresión crónica en el futuro.

La cuarta parte examina "Incentivos de inversión, pasado y presente", y llega a la conclusión que el rol del gobierno con toda probabilidad será mayor en el futuro de lo que lo fue en el pasado.

La quinta parte, se refiere a problemas de defensa, es más limitada que el resto del libro; es también menos substancial y, sin duda, menos importante.

Lo que puede decirse como crítica de este estimulante libro es menos una cuestión de detalles que de enfoque fundamental. (Los detalles se pueden dejar sin peligro en manos de un gran número de economistas profesionales que indudablemente hallarán a Hansen demasiado arriestgado y franco para su gusto.) Hansen entiende muy bien qué está

mal en nuestra economía actual, y ello es para bien. Pero si uno se hace la pregunta de este libro: *¿Por qué* los hechos se han convertido en lo que son?, no se encontrarán demasiadas vías de respuesta. El mundo moderno es muy complejo; se requieren arreglos rápidos, pero ciertos hábitos y sendas institucionales se han quedado en el camino. Para tratar esos problemas necesitamos “una ingeniería social arrojada”, y esto será posible sólo si tenemos el requisito previo de “visión y coraje”. Por eso, en el análisis final la crisis presente del mundo es una crisis de inteligencia. Esta es la implicación inevitable de la posición de Hansen.

Lo que Hansen *no* ve, y en esto por supuesto que no es de ninguna manera peculiar, es que los problemas económicos que él tan diestramente describe y analiza constituyen una manifestación de la naturaleza real del sistema capitalista en sí. El capital, fuerza dominante en la sociedad busca su propio auto-expansión y le interesa un bledo de una economía laboral pareja, o del consumo de las masas si ellas se interponen en el camino. Quizá haya poco en el análisis de Hansen que sea realmente contradictorio con dicha interpretación, ¡pero qué diferencia hace a la conclusión! No hay falta de inteligencia en el mundo; el problema es que la mayor parte de ella puede ser comprada por gente cuyos fines son enteramente diferentes de aquellos que Hansen toma tan fácilmente por garantidos. No hay falta de coraje y de visión en el mundo; el problema es que la mayor parte de él es traicionado haciéndolo luchar del lado de esa frustración económica que Hansen justamente considera el mal fundamental de nuestro tiempo. En realidad el futuro es más claro y más oscuro de lo que él admite: más claro, porque desestima la ingeniosidad de la raza humana; más oscuro porque desestima el poder del capital.

En resumen, no obstante, la suya es una mirada menos optimista, porque hay poca evidencia de que la inteligencia de la raza humana haya cambiado en varios miles de años, mientras que el poder del capital tiene a lo sumo unos pocos cientos de años.

LAS ULTIMAS DECADAS DEL PENSAMIENTO BURGUES*

ALONSO AGUILAR

1) *Expresiones recientes del pensamiento económico*

Sería imposible en un breviario como el presente, aún examinar de prisa las corrientes teóricas contemporáneas de mayor importancia en el campo económico. Nos limitaremos, por lo tanto, a señalar la dirección principal de algunas de ellas, con el propósito de recordar los cauces que la ciencia económica parece haber tomado en el último cuarto de siglo.

Con el neclasicismo marshalliano llegó a su fin una larga etapa en que, frente a contados disidentes, el grueso del pensamiento académico de los economistas burgueses se desarrolló en un marco unitario y armónico. Lo único que no exhibía armonía alguna era la realidad; pero la realidad, como hemos visto, poco o nada interesaba a la economía ortodoxa. A partir de Keynes, y sobre todo en los años posteriores a la aparición de la *Teoría General*, la unidad empezó visiblemente a quebrantarse ante el impacto de profundos desequilibrios, nuevas y legítimas aspiraciones de cambio social y hechos tan espectaculares como el triunfo del socialismo y el rápido desarrollo económico

* Fragmento del libro *Economía Política y Lucha Social*. México, Editorial Nuestro Tiempo.

en la URSS, la creciente hegemonía de los monopolios y la afirmación del capitalismo de estado en el “mundo libre”, la devastación sin precedentes ocasionada por el nazifascismo y la segunda guerra mundial y el impulso de los movimientos de liberación nacional en Latinoamérica, Asia y Africa. El equilibrio económico dejó de darse por supuesto como algo inherente al sistema, y la preocupación ante una perspectiva de estancamiento invitó a replantear problemas fundamentales y aún a abandonar viejos dogmas. La depresión de los años treinta había desgarrado de tal modo al sistema que en todas partes se sentía la necesidad de explicar lo acontecido, y sobre todo de evitar su repetición, de garantizar un desarrollo satisfactorio e incluso de convencer a millones de seres de que los sacrificios y las privaciones impuestas por la segunda guerra mundial no habían sido estériles.

¿Hacia dónde llevar el análisis económico, a partir del momento en que los hechos exhibieron de manera irrefutable la inconsistencia de la teoría? ¿Debía buscarse la solución de los nuevos problemas tratando de restaurar las condiciones vigentes en una etapa anterior? ¿Cómo lograr los altos y aun crecientes niveles de inversión necesarios para evitar el estancamiento? ¿Sería conveniente o aun indispensable recurrir a la planificación económica? Frente a éstas y otras interrogantes comenzaron a tomar cuerpo diversas posiciones que, de manera tosca y esquemática, recordaremos en las páginas que siguen.

2) *Retorno al liberalismo y al neoclasicismo*

Una posición consistió en sugerir que si las cosas se habían aparatado del viejo modelo surgido en la fase propiamente competitiva del capitalismo, más que ajustar el modelo a las nuevas realidades debíase modificar éstas y hacerlas funcionar como lo habían hecho en el pasado, aunque ciertos autores optaron por un retorno, no al liberalismo individualista sino al neoclasicismo tradicional y

otros se condujeron como si, en rigor, nada hubiera cambiado. El eje común de tales posiciones consistía en dos entidades íntimamente ligadas entre sí: el mercado libre y la acción soberana del consumidor. Si el capitalismo occidental lograba afirmarlas, restablecería también los mecanismos automáticos de ajuste que tan eficientemente habían operado a lo largo del siglo XIX. ¿Y qué decir de la planificación, de la que algunos empezaban a hablar con entusiasmo? ¿Era realmente una alternativa frente a las soluciones ortodoxas? Los economistas ultraliberales, que sin duda fueron a la vez los más conservadores, no lo creían así.

Ludwig Von Mises fue el primer economista europeo que, con un empeño digno en verdad de mejor causa, descargó sus prejuicios contra la planificación económica. A partir de la justa idea de que el socialismo significaría la liquidación del mercado y del mecanismo tradicional de los precios, desde 1920 sostuvo que bajo una economía planificada sería imposible tomar decisiones económicas racionales, pues no pudiendo hacerse un cálculo, tampoco podría determinarse qué producir, en qué cantidades, a través de qué métodos, etc. Asociando indisolublemente y de manera irracional la noción misma de racionalidad al capitalismo competitivo, Von Mises, expresaba:

Cada paso que nos separa de la propiedad privada de los medios de producción y del uso del dinero, nos aleja también de la economía racional... Y en seguida añadía: Sin cálculo económico no hay economía. Por consiguiente, en un estado socialista en el que es imposible efectuar cálculos económicos no puede haber conforme al sentido que nosotros le damos al término —ninguna economía... Lo único que puede hacerse [bajo el socialismo] es andar a tientas en la oscuridad. El socialismo significa la abolición de la economía racional.¹

¹ Cit. por Alonso Aguilar M., en *Apuntes de teoría y técnica*

Años más tarde, cuando la experiencia soviética demostró que la “imposibilidad” señalada por Von Mises sólo exhibía su incapacidad personal para comprender el funcionamiento de una nueva estructura económica, el profesor Von Hayek y otros economistas llevaron la crítica a un plano parcialmente distinto: en teoría, admitían, planificar era posible; pero en la práctica nunca podría tal sistema funcionar en forma adecuada, porque a fin de que los consumidores dispusieran libremente de su ingreso las autoridades económicas centrales —en ausencia del mercado— tendrían que hacer centenares de miles de operaciones, ya que “...a cada momento, cada decisión tendría que basarse en la solución de un número igual de ecuaciones diferenciales simultáneas, y esta sola tarea, con cualesquiera de los medios conocidos... , no podría acometerse en el curso de toda una vida...”²

Tal razonamiento, como se encargarían de demostrarlo los profesores Barone, Taylor, Lange, Landauer y otros,³ tampoco era válido, pero se utilizaría para reivindicar la teoría de la libre empresa, y para soslayar la realidad del capitalismo monopolista y crear la ilusión de que era posible volver al reino abstracto del equilibrio perfecto, si tan solo se dejaba al mercado y a los consumidores actuar espontáneamente y sin interferencia alguna. “En el mercado de una sociedad capitalista —sostenía Von Mises— el hombre común es el consumidor soberano cuyas compras o abstención de comprar determinan, en última instancia, qué producir, en qué cantidad y de qué calidad...” Concebido así el mecanismo de los precios, la propiedad privada y el control de los medios de producción resultaban una útil “función social”; y el capitalismo un

de la *planificación económica*, Edic., en mimeógrafo. Escuela Nacional de Economía, México, 1965.

² Cit. por el autor de este breviario en *Ibid.*, Cap. X.

³ Véase: F. Von Hayek y otros, *Collectivist economic planning*. Taylor y Lange, *On the economic theory of socialism* y F. Landauer, *Teoría de la planificación económica*.

sistema en que la explotación desaparecería como por encanto, hasta volverse un medio para "...proveer al hombre común de la oportunidad de gozar de los frutos del esfuerzo de otros..." "Lo que da a los individuos —creía firmemente el autor— tanta libertad como es compatible con la vida en sociedad es el funcionamiento de una economía de mercado. Las constituciones y las declaraciones de derechos no crean la libertad. Simplemente protegen aquella que el sistema económico competitivo otorga..."⁴

Quienes intentaban restaurar las condiciones de los viejos, buenos tiempos del capitalismo libre concurrencia, no sólo pretendían detener el proceso histórico sino revertirlo; trataban, estérilmente, de hacer retroceder al sistema por lo menos un siglo, sin reparar en los factores, en el fondo estructurales, que habían determinado el curso de las cosas.

3) *¡Muera la economía política! ¡Viva la soberanía del consumidor!*

A partir de los años de la segunda guerra mundial, las posiciones neoliberales tendieron —en una nueva variante de la *welfare economica*— a lograr el máximo bienestar social; pero en vez de que ello se tradujera al menos en discusiones serias en torno a cómo lograr un mejor reparto de la riqueza social, derivó en un formalismo abstracto y en un retorno al neclasicismo y el subjetivismo especulativo, que elevó las decisiones del consumidor al rango de un principio rector inviolable y soberano. "El consumidor, es, por así decirlo —expresaría el profesor Samuelson—, el rey... cada uno es un elector que usa sus votos para conseguir aquello que quiere que se haga..."⁵

⁴ L. Von Mises, *The anti-capitalist mentality*. Londres, 1956, pp. 40 y 99-100.

⁵ Paul A. Samuelson, *Economics*, Cit. por J. K. Galbraith, en *The new industrial state*, Nueva York, 1967, p. 221.

Y el profesor inglés Hicks, siguiendo en parte a Samuelson, afirmaría:

... Marshall sigue siendo un clásico; casi todo lo que él dice en su Libro III mantiene su validez... 'Si el objetivo general del sistema económico es la satisfacción de las necesidades individuales y si la satisfacción de las necesidades individuales se concibe como la maximización de la utilidad, ¿no puede concebirse el objetivo del sistema como la maximización de la utilidad, de la utilidad universal, como la llamó Edgeworth?'.⁶

Tal formulación, en realidad, que, como dice Dobb puede considerarse una "prima cercana" de la teoría subjetiva del valor, pretende ser aplicable a cualquier sistema económico, aunque sus principales teoremas no van "más allá del reino de la tautología." Sus enunciados —que al igual que en otros esquemas neoclásicos exhiben una lógica interna cuya única falla consiste en que no tiene relación alguna con la realidad— son sencillos: lo que interesa maximizar es el bienestar social, el que se identifica a la suma de las satisfacciones de los deseos de cada consumidor; el deseo de éstos se expresa a través del mercado y del mecanismo de los precios, lo que asegura que los consumidores puedan decidir y expresar "libremente" lo que prefieren adquirir y, en consecuencia, la forma en que deban utilizarse y combinarse los recursos productivos para lograr una producción que permita satisfacer la demanda.

La democracia "económica" que esta doctrina postula, no tiene mayor realidad que la democracia "política" que suele asociarse al funcionamiento de los regímenes electorales tradicionales. En ambos casos el sufragio es un derecho de *clase*; se *vota* con dinero, o lo que es lo mismo, se *compran* los votos, —lo que no es, por cierto, ni democrático ni justo; y al margen de la influencia que en las

⁶ J. R. Hicks, *Revisión de la teoría de la demanda*, México, 1958, pp. 13 y 18.

decisiones de los consumidores ejercen los diferentes niveles de precios y sobre todo el abismo que separa los ingresos de ricos y pobres, la doctrina que examinamos da por supuesto un régimen de competencia perfecta que la teoría moderna ha postergado y que en la práctica nunca existió.

Recordando una vieja y justa crítica, Barbara Wooton señala que "...en la urna del mercado se permite votar varias veces..."; y lo que es más grave: —cabría añadir— mientras unos votan tanta veces como quieren, otros no pueden siquiera concurrir a la casilla a ejercer su función de "elector" o sólo ofrecen, a cambio de su derecho a votar, una parte de lo que los "electores" más prósperos pueden pagar. Parecería que, más que tratarse de un mecanismo democrático, la "elección" de que nos habla se asemeja a un sorteo en que todos tienen el "mismo" derecho a participar, pero en donde las desigualdades económicas determinan, en última instancia, que muchos no puedan siquiera comprar el billete y por tanto aspirar al premio, pues por "democrática" que una lotería sea, nadie obtienen en ella un premio sin comprar billete. Precisamente por eso los críticos de la teoría de referencia advierten "...que... la demanda monetaria de un artículo [es] un índice muy inseguro de la intensidad con que éste se desea, [y] desechan a menudo con sarcasmo la primera premisa de la teoría de la soberanía del consumidor."⁷

Podrían hacerse otras muchas y no menos fundadas objeciones a tal teoría: desde recordar que en una economía de monopolios y oligopolios la soberanía se desplaza del consumidor al productor, o sea del comprador al vendedor, hasta subrayar que el mercado, el mercado que conocemos, no el que han ideado los economistas ortodoxos anteriores y posteriores a Keynes, más que ser un mecanismo que asegure máxima racionalidad al proceso económico es una expresión de creciente irracionalidad, como dramá-

⁷ Barbara Wooton, *Libertad con planificación*, México, 1946, p. 80.

ticamente lo comprueban el subdesarrollo, y el volumen enorme del desperdicio, la publicidad, el desempleo y la militarización de la economía en los países capitalistas.⁸

En resumen, en las más recientes versiones de la “economía del bienestar”, la Economía pierde su carácter de ciencia social; acaba por divorciarse totalmente del proceso económico; deja de referirse a relaciones e interrelaciones humanas, y se convierte, como ya vimos en la definición del profesor Robbins, en una disciplina “de la conducta”, preocupada esencialmente por las “preferencias de los consumidores” y por la eficacia en el logro de ciertos fines, sin que importe la naturaleza ni el alcance de éstos. Conforme a tal concepción no es extraño que Von Mises escriba: “De la Economía Política de la escuela clásica emerge la teoría general de la acción humana... , la Economía deviene así una parte, aunque hasta ahora la más elaborada de una ciencia universal: la praxeología.” O, dicho en las palabras del profesor Lange: “...la Economía Política deja de ser una ciencia empírica que se ocupa de fenómenos reales y se convierte en una ‘lógica de la elección’ formal, en la que el único criterio para establecer la verdad es el acuerdo entre los teoremas y los axiomas adoptados.” “El estudio de las leyes económicas que operan en la realidad objetiva es

⁸ M. Dobb destaca, entre otras limitaciones, que la teoría se desenvuelve en un marco estático, interesándose sobre todo en “la elección óptima entre distintas posiciones de desequilibrio”, sin reparar en los problemas fundamentales que plantea el proceso de desarrollo. Cuando el debate se traslada a un marco dinámico, surgen tres diferencias principales: a) Las interdependencias de rama o sector, que en la teoría del equilibrio asumen la forma de “economías externas”, adquieren gran importancia en la teoría del desarrollo, ya que el cambio en un sector de la economía depende de cambios simultáneos en otros; b) el curso mismo de sus perspectivas, y c) ciertos elementos que figuran como datos *dados* en la teoría del equilibrio, se tornan variables —e incluso variables dependientes— en la teoría del desarrollo. Véase M. Dobb. *Economic growth and planning*, Cambridge, 1959. Los estudiantes que tengan interés en eu tema, pueden encontrar una breve referencia al mismo en mis *Apuntes de teoría y técnica de la planificación económica*, Capítulo X.

reemplazado por la formulación de principios praxeológicos de conducta”⁹ que aseguren la obtención de la máxima utilidad.

Con razón dice el propio autor que “la transformación de la economía subjetiva en una rama de la praxeología —transformación que para algunos marca el momento en que la Economía llega a su mayoría de edad— es el último paso en el proceso de liquidación de la Economía Política.”¹⁰

Lord Keynes, como hemos visto, llega a la conclusión de que, dejado a su suerte, el capitalismo puede no ser capaz de utilizar plenamente los recursos productivos. Hansen va un poco más lejos, y al comprobar que no están ya presentes las condiciones que en otras épocas actuaron como estímulo a la inversión, afina la teoría del estancamiento y trata de encontrar las formas prácticas, la política económica a que deba recurrirse para mantener un alto nivel de ocupación. Los liberales ortodoxos se aferran a la ilusión de que sólo revirtiendo el proceso, o sea reviviendo los ya lejanos días del *laissez-faire* será posible escapar a la inestabilidad, las crisis y el estancamiento, y los praxeólogos del “bienestar”, en vez de empeñarse laboriosamente en desatar el nudo gordiano de la Economía, optan por cortarlo, pues a ello equivale romper todo vínculo con la realidad. Y en lugar de avanzar hacia el futuro, encarar con decisión los problemas presentes o siquiera retroceder y buscar soluciones en el pasado resuelven evadir los hechos, olvidarse de ellos y hacer de la economía teórica una dimensión imaginaria, un juego abstracto y esotérico de números y fórmulas, cuya supuesta universalidad no impide servir los muy concretos y con frecuencia no menos mezquinos intereses de la clase en el poder.

Mientras los economistas del “bienestar” toman ese extraño camino en el que nadie debe inquirir de dónde se viene o a dónde se va, en el que el origen y el fin de la acción,

⁹ Oscar Lange, pp. 239 y 240.

¹⁰ *Ibid.*, p. 247.

y aun las causas que determinan y las leyes que rigen los fenómenos sociales se dejan de lado, para reparar únicamente en los medios, en medios que irónicamente se suponen escasos aunque en la realidad sean objeto de crónico y dramático subempleo, otra corriente, más cercana al keynesismo, reintroduce al análisis sistemático ciertos problemas del crecimiento económico a largo plazo.

4) *El modelo macroeconómico de Harrod-Domar*

La corriente de que hablamos toma cuerpo, principalmente, en la obra de Roy F. Harrod y Evsey D. Domar, y adopta la forma de un modelo de crecimiento, no de una teoría del desarrollo.

Lo que importa a estos autores no es cómo expandir las fuerzas productivas y modificar el cuadro estructural o siquiera institucional propio de un país económicamente atrasado, sino determinar cuáles son las condiciones necesarias para mantener, a largo plazo, un alto nivel de empleo.¹¹ El modelo parte, en consecuencia, de que la ocupación plena existe, y aun supone como constantes, relaciones tan importantes como la tasa de ahorros y el coeficiente de capital.

Tanto Harrod como Domar subrayan el doble papel de la inversión en el proceso económico: generar ingreso y estimular la demanda, por un lado, y por el otro expandir la capacidad productiva y la oferta. Ambos autores son conscientes, además, de que, dada esa doble influencia ejercida por la inversión, el equilibrio "dinámico" del sistema sólo puede lograrse en tanto el crecimiento del ingreso corres-

¹¹ En las palabras del profesor Domar: "Nuestro problema puede... formularse así: suponiendo, como punto de partida, que la producción y la capacidad de producción se hallen en equilibrio, ¿Bajo qué condiciones podrá preservarse a lo largo del tiempo ese equilibrio?" O en otras palabras: ¿a qué tasa debieran ambos crecer para evitar tanto la inflación como el desempleo? E. D. Domar, *Essays in the theory of economic growth*, Oxford University Press, 1957, p. 19.

ponda a la ampliación de la capacidad productiva, pues de no ser así, las relaciones entre el ahorro y la inversión sufrirán desajustes que se traducirán unas veces en fuertes presiones inflacionarias y otras en descensos de la producción y el nivel de empleo.

Planteado así el problema los autores de referencia formulan dos ecuaciones que, si bien difieren en los símbolos que emplean y en ciertos aspectos secundarios, responden en el fondo a la idea común —a la que, a propósito, arribaron casi simultáneamente y con independencia uno del otro—, de que, supuestas una tasa determinada de ahorro o inversión (s) y un coeficiente de capital (Cr), o relación capital-producto, el ingreso debe aumentar a un ritmo que asegure la utilización de la creciente capacidad de producción, es decir, a una tasa que, en la expresión de Harrod (*warranted rate of growth*) “garantice” el pleno empleo de esa capacidad.¹² De donde resulta la ecuación del “crecimiento equilibrado”, o sea: $Gw Cr = s$.¹³ En el modelo del profesor Domar la ecuación correspondiente toma otra forma, aunque expresa en realidad el mismo proceso:¹⁴ $\frac{\Delta}{I} = \alpha \sigma$.

¹² R. F. Harrod, *Towards a dynamic economics*, Londres, 1948 p. 81.

¹³ Cabe hacer notar que Cr denota el coeficiente de capital que se requiere para garantizar el equilibrio, o sea la relación resultante de dividir el capital necesario entre el incremento de producción que con él se espera lograr. Este concepto “descansa en la idea de que la producción existente puede sostenerse en el capital existente, en tanto que, para sostener una producción adicional se requiere un capital adicional.” De acuerdo con ello: “ Cr es, naturalmente, una noción marginal”, que puede no ser igual al coeficiente medio de capital. Y, sin embargo, agrega Harrod, siendo Cr una condición del crecimiento estable, “tenemos que suponer que... no cambia al incrementarse el ingreso...” *Ibid.*, pp. 82 a 84.

¹⁴ Aquí $\frac{\Delta}{I}$ o sea la tasa de crecimiento del ingreso, es igual al producto de la tasa de inversión (α) y la relación producto capital o sea σ .

Lo que aquí se supone es un sistema de relaciones en que el incremento anual de la capacidad de producción crece al mismo ritmo que el ingreso; es decir: la tasa de inversión aumenta al ritmo que lo hace la tasa de crecimiento del ingreso, pues éste es un múltiplo de aquélla. De donde se deduce que "...el mantenimiento de un estado continuo de plena ocupación requiere que la inversión y el ingreso crezcan a una tasa anual relativa (a interés compuesto) igual al producto de la propensión a ahorrar y la productividad media de la inversión",¹⁵ o sea la relación producto-capital.

El logro de esta tasa de crecimiento, necesaria para mantener el equilibrio, no es sencillo. Requiere un proceso acumulativo en que —como señala Domar— la economía se expande continuamente. Harrod reconoce, por su parte, que tal proceso es inestable, ya que ciertas "fuerzas centrífugas" actúan para alejar al sistema de la tasa que garantiza el equilibrio (Gw), y hacer que ésta no coincida con la tasa real (G), o con la "natural" de crecimiento (Gn), o con aquella permitida por el "incremento de la población y el progreso técnico...", es decir, de la producción per cápita lo que trae consigo continuos desajustes.

Ambos admiten a la vez, sin embargo, que el crecimiento equilibrado es posible, aun en casos en que ciertos factores —Domar alude concretamente a los monopolios— impidan emplear debidamente el capital o la mano de obra disponibles, gracias al efecto combinado y compensador del multiplicador y el principio de aceleración, o sea lo que Hansen llama: "*leverage effect*", proceso en el que una inversión primaria o autónoma incrementa el nivel de empleo y de ingreso, y a la vez determina un aumento del ingreso y una expansión "inducida" o "derivada" de la inversión.

Pese a la aparente armonía del modelo que examinamos, su estructura interna ha suscitado múltiples y serias dudas. Al margen de que, como dice el propio Domar,

¹⁵ E. D. Domar, *Ob. cit.*, pp. 90-92.

¹⁶ R. F. Harrod, *Ob. cit.*, pp. 86 a 87.

se trata de un modelo "simbólico y altamente simplificado", que obviamente no incluye factores esenciales en el proceso de desarrollo —y que debiera por tanto ser visto como solamente uno de los extremos de "...un puente, cuya construcción nos llevara algún día a una teoría razonable del crecimiento"—,¹⁷ los elementos mismos del modelo no son, ni mucho menos, irrefutables.

Los teóricos del crecimiento —señala, por ejemplo, uno de sus críticos— deberían demostrar por qué Cr y s son constantes e invariables... Mientras esto no sea explicado las conclusiones evidentes, aunque expresadas de un modo complejo que producen una gran impresión, con el empleo de terminología especial, con la traducción del álgebra al idioma inglés y a la inversa, permanecen sólo como declaraciones no comprobadas.¹⁸

Desde un enfoque similar podría objetarse alguno otro de los supuestos en que descansa el modelo, y, acaso especialmente, la suposición de que la inversión opera en forma automática, sin rezagos debidos a ajustes necesarios y aun a desajustes inevitables. En ese y otros aspectos prevalece un mecanicismo, por desgracia frecuente en ciertos análisis económicos, que en buena medida condiciona sus resultados. A. Fainisky considera que "la conclusión más importante... consiste en que el ritmo garantizado del crecimiento es una magnitud constante (ya que s y Cr son, a su vez, también constantes), lo que significa que el desarrollo estable que asegura el empleo total es posible —según la teoría del profesor Harrod— únicamente en el caso de que el ingreso crezca en una progresión geométrica..." o sea a un ritmo cada vez más

¹⁷ E. D. Domar, *Ob. cit.*, pp. 18-19.

¹⁸ J. C. Jauger, *American Economic Review*, marzo de 1954, p. 59. *Cit.* por A. Fainisky, en *Crítica de las teorías neoclásicas y keynesiana* (Ediciones Historia y Sociedad), México, 1967, p. 70.

rápido.¹⁹ El mismo autor, tras de recordar que, como se ha señalado a menudo, el modelo es demasiado general, añade que al propio tiempo tiene un alcance limitado, particular, ya que “refleja sólo una parte del problema de la realización social, o sea, el... de la parte de la plusvalía que se acumula...”.²⁰ A lo que podría agregarse que, al margen de su alcance, el modelo sugiere que todo el proceso de reproducción y de formación del capital se desenvuelve en un marco de relaciones uniformes que no se da en la realidad y que resulta inadecuado en un análisis que pretende ser dinámico. La incomprensión de las relaciones reales existentes entre las variables de que se hace depender el equilibrio, es probablemente el origen de las fallas principales: de la rigidez y el formalismo del modelo, de que el progreso técnico se divorcie de la acumulación de capital y se convierta artificialmente en un factor autónomo del crecimiento, de que el incremento de la producción se asocie a la acción aislada de ciertos coeficientes marginales y de que la compleja, cambiante, contradictoria interinfluencia de la inversión y el ingreso o la producción y el consumo, se sustituya por indicadores fijos, pretenciosamente exactos, que sólo una mágica combinación del multiplicador y el acelerador podría producir.

No obstante la fe de sus autores en la capacidad del sistema para crecer indefinidamente en el futuro, es tal la distancia que separa la anarquía capitalista real de las condiciones ideales del “equilibrio dinámico”, que más bien podría pensarse en que el modelo Harrod-Domar demuestra la imposibilidad del sistema de lograr un equilibrio a largo, o incluso a corto plazo, que suponga un nivel de ocupación plena. A este respecto es interesante la opinión de la señora Robinson, cuando señala que la diferencia observada por Harrod entre la tasa actual de crecimiento y la tasa “natural”, podría servir de base a

¹⁹ *Ibid.*, p. 65.

²⁰ *Ibid.*, p. 68.

un fructuoso análisis de la tendencia al estancamiento de la economía norteamericana, como posible consecuencia “de la incapacidad de la industria para expandir la oferta de empleos al ritmo al que crece la fuerza de trabajo.”²¹ Pero el seguir esta vertiente probablemente conduciría no sólo a rutas que “se alejan alarmantemente del trillado camino del análisis del equilibrio”, sino incluso al campo de la teoría marxista de la acumulación del capital, pues es al través de ésta como puede entenderse por qué la industria capitalista es incapaz de garantizar la ocupación plena aun en las fases de prosperidad.

Algunos autores sostienen que el análisis de Harrod-Domar, precisamente por ser dinámico, resulta especialmente útil para los países subdesarrollados. Así, el profesor Higgins comenta que el ensayo de Harrod, *Towards a Dynamic Economics*, “contiene los atributos principales de una teoría realmente dinámica”, pues explica tendencias seculares, o sea aquello que constituye la “característica distintiva de una economía dinámica.”²² Si bien las adiciones del economista inglés y del profesor Domar —sobre todo en torno a la capacidad productiva y a la influencia de sus cambios sobre el crecimiento del ingreso— implican una adaptación del instrumental keynesiano a ciertos problemas del desarrollo, los más importantes, o sea los de carácter propiamente estructural, quedan casi totalmente al margen del “crecimiento equilibrado”. En efecto, en ningún momento se repara en los cambios cualitativos de las relaciones de producción, en la estructura de clases, en la dependencia y menos aún en su interinfluencia o en la forma en que, conjunta y separadamente, influyen sobre la dinámica global y sectorial del proceso económico en un país en desarrollo, como tampoco se examina la composición de la inversión ni los desplazamientos de recursos reales que supone el logro del “equilibrio dinámico” y los serios problemas que tal des-

²¹ J. Robinson, *Economic philosophy...*, pp. 108-109.

²² Benjamín Higgins, *Economic development*, Nueva York, 1959, p. 145.

plazamiento plantea.²³ Esto no sólo es claro para muchos economistas del tercer mundo, sino que es también reconocido en las naciones industriales, por los investigadores más objetivos:

Los modelos agregados —indica el profesor Perroux, refiriéndose precisamente a los de Harrod, Domar y Hicks— que no prestan ya grandes servicios a la política económica de los países desarrollados, son completamente inadecuados para los países subdesarrollados. . . Es conveniente criticar esos modelos en forma explícita y analítica porque están demasiado difundidos. . . , [y] son peligrosos para las economías mal articuladas, dependientes y que sufren ese injustificable desperdicio de fuerzas humanas que resulta provechoso para las clases dominantes.

La liberación completa de estas economías necesita no sólo de energía política; exige también herramientas intelectuales apropiadas, que sólo podrán ser forjadas por los mismos interesados.²⁴

Si bien tal afirmación es incontrovertible, parece igualmente innegable que el sistema de análisis Harrod-Domar ha ejercido bastante influencia, sobre todo en los planteamientos oficiales en boga en no pocos países subdesarrollados, derivando a menudo en inaceptables y tendenciosas simplificaciones, que a la postre sólo han servido para justificar la dependencia tecnológica y financiera respecto al exterior, y la incapacidad de la clase dominante para movilizar y utilizar mejor los recursos disponibles. La influencia de que hablamos se ha producido a veces directamente y, acaso en mayor medida, al través

²³ Una crítica interesante en torno a esos problemas es la de Adolph Lowe: "Structural analysis of real capital formation", en, *Capital formation and economic growth*. Princeton University Press, 1955.

²⁴ *Los modelos matemáticos del crecimiento*. Cit. por Jorge Bravo Bresani en *Desarrollo y subdesarrollo*, Lima, 1967, p. 112.

de planteamientos teóricos y recomendaciones prácticas que no sería difícil encontrar en los trabajos de economistas como Arthus Lewis, Nurkse, Rosenstein-Rodan, Mandelbaum, Leibenstein, Kindleberger, y aun Tinbergen, Prebisch, Singer, Myrdal y otros.

Incluso no han faltado quienes, atraídos probablemente por la simplicidad del modelo, pretendan utilizarlo con fines de planificación, como si las transformaciones estructurales que ésta supone pudieran escamotearse y sustituirse con sencillas combinaciones aritméticas y un buen equipo de computadoras electrónicas.

5) *Los modelos de Kaldor y Sraffa.*

No podríamos detenernos, en este pequeño libro, a examinar los supuestos en que descansan y el *modus operandi* de otros modelos macroeconómicos formulados en años recientes; nos limitaremos a hacer una breve referencia a dos de ellos, a saber: los elaborados por los profesores Nicholas Kaldor y Piero Sraffa.

Kaldor parte del señalamiento de que el análisis teórico del crecimiento económico no debe limitarse a tomar como parámetros la propensión al ahorro, la corriente de innovaciones y el aumento de la población, y a establecer las relaciones que supuestamente deban darse entre ellos para hacer posible una tasa sostenida de desarrollo global. Hoy se conoce que tales parámetros no son variables independientes respecto a la tasa de crecimiento de la producción, sino que ésta es el fruto de "la interacción recíproca de fuerzas que sólo pueden representarse adecuadamente en forma de simples relaciones funcionales, más que a través de relaciones constantes." Con base en algunas de esas relaciones funcionales —que de ser posible deben comprobarse empíricamente—, el profesor Kaldor construye un modelo en el que la tasa de crecimiento del ingreso real del sistema depende, cuando la ocupación es constante, de los cambios en el nivel de productividad, y cuando es

variable, de la acción combinada de dicho factor y de la proporción en que se modifique el volumen de la población económicamente activa.

El modelo de Kaldor puede considerarse similar al de Harrod-Domar, aunque en ciertos aspectos exhibe modalidades propias que lo apartan de él, y en general de la corriente keynesiana. El propio autor señala como rasgos específicos, a la vez que supuestos importantes de su análisis, los siguientes:

1) Que en una economía en expansión, el factor que en un momento dado limita el nivel general de producción es la disponibilidad de recursos y no la demanda efectiva; lo que implica considerar que, en un modelo de crecimiento a largo plazo, no puede trabajarse sobre la hipótesis del equilibrio keynesiano, en que hay subempleo de recursos.

2) El modelo no distingue entre los cambios en la técnica y en el nivel de productividad que puedan resultar de alteraciones en la relación capital-trabajo, de aquellos que procedan de ciertas innovaciones. Supone una estrecha relación entre la acumulación y el avance técnico y un estado de cosas en que la lentitud o rapidez de tal avance expresa, respectivamente, una baja o una alta tasa de formación de capital.²⁵

3) El motor principal del proceso económico es “la

²⁵ A diferencia de otros autores, que asignan al avance tecnológico el carácter de una variable independiente que opera al margen y aun por encima de la acumulación de capital, el profesor Kaldor califica tal posición de “arbitraria y superficial” y expresa: “...en vez de suponer que una tasa dada de incremento de la productividad se atribuya a un progreso técnico que, por así decir, se sobrepone al crecimiento de productividad resultante de la acumulación de capital, postularemos una sola relación entre el crecimiento del capital y de la productividad que incorpora la influencia de ambos factores”. N. Kaldor, “A model of economic growth”, *The Economic Journal*, Londres, diciembre de 1957. (Casi todas nuestras referencias al modelo del profesor Kaldor se basan en el examen de este ensayo, del que, a la vez, proceden las citas textuales que hacemos de opiniones del autor).

aptitud para absorber el avance técnico, combinada con la decisión de invertir capital en los negocios". Para que la producción crezca —señala Kaldor— es preciso que lo haga también la capacidad de producción, lo que a su vez supone cierta confianza en que el mercado se ensanche. O en otras palabras, el crecimiento sostenido requiere que la producción aumente a consecuencia de la inversión y que ésta lo haga, a su vez, en respuesta al incremento de la producción, lo que en realidad exhibe la interacción de las dos funciones esenciales del modelo, es decir: la de progreso técnico y la de inversión. Esta última descansa también en ciertos supuestos que, en resumen, "implican... que la inversión de cualquier periodo sea función, por un lado del cambio habido en la producción en el periodo previo, y por el otro, del cambio en la tasa de ganancias del capital invertido..."

4) La política monetaria juega un papel "puramente pasivo", en el sentido de que la tasa de interés se mueve, a largo plazo, de acuerdo con la tasa de ganancia, y, por último,

5) El modelo no considera los desplazamientos en la selección de técnicas que puedan resultar de cambios en la importancia relativa de las utilidades y los salarios y de alteraciones en la tasa de ganancias, o específicamente, en la tasa de interés.

La aplicación del modelo a la realidad capitalista permite, según el profesor Kaldor, observar que el sistema ha recorrido dos fases cuyas características difieren apreciablemente entre sí. En la primera de ellas se opera un gran incremento de productividad, elevándose en forma "dramática la función de progreso técnico" y con ella el ahorro, la inversión, la relación capital-producto y la tasa de crecimiento demográfico, en tanto que los salarios reales quedan a la zaga del aumento de productividad y de las ganancias.

Mas a partir del momento en que el capital alcanza el nivel "deseado", el comportamiento del sistema cambia

sustancialmente: aquí ya no son las ganancias un excedente sobre los salarios sino más bien éstos los que se convierten en un residuo, o sea en la diferencia entre la producción y la tasa de ganancias que resulte, “a la manera keynesiana, de las propensiones a invertir y ahorrar.” En adelante, los salarios aumentarán, “automáticamente”, al ritmo a que lo haga la productividad; y como el sistema “tenderá a una posición de equilibrio, en que la tasa de crecimiento del capital sea igual a la de crecimiento del ingreso, la relación capital-producto y la tasa de ganancias tenderán también a ser constantes...”

Todo lo cual demuestra, a juicio del profesor Kaldor, que la concentración de la producción no tiene como contrapartida un aumento en la tasa de ganancias (respecto al ingreso), y que su participación ha inclusive disminuido en décadas recientes y es menor que a fines del siglo XIX. “Y pese a la extraordinaria severidad y duración de la depresión de los años treinta, el problema de ‘realización de la plusvalía’ no parece ser hoy más crónico que en tiempos de Marx.”

Más adelante volveremos sobre esta importante cuestión. Aquí sólo señalaré que, como han dicho Baran y Sweezy, lo conclusión del profesor Kaldor parece indicar cierta “confusión conceptual” de su parte, pues toma la ganancia de los capitalistas en una acepción muy restringida y no como análoga al excedente, y por el otro, basa su juicio en estadísticas que excluyen de las ganancias la parte de éstas que no se invierte ni se consume, pero “cuyas huellas en los registros estadísticos se expresan paradójicamente en el desempleo y el exceso de capacidad productiva.”²⁶

El modelo del profesor Sraffa es diferente del anterior y, en general, de los del tipo Harrod-Donnar, y en vez de desenvolverse en el marco de la teoría marginalista vuel-

²⁶ Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly capital*, Nueva York, 1966, pp. 75 a 76. Hay traducción al español, Siglo XXI, editores.

ve, en cierto modo, a algunos de los planteamientos fundamentales de la escuela clásica. En efecto, repara en aquellas modalidades del proceso económico que “no dependen de cambios en la escala de producción o en las proporciones en que se combinan los “factores.”²⁷ y aunque en él no se discute “la teoría marginalista del valor y la distribución”, su autor considera que “puede servir de base para una crítica de tal teoría”.

Sraffa elabora, en primer término, un modelo de reproducción simple muy sencillo, en el que sólo se producen e intercambian dos bienes que juegan a la vez el papel de medios de producción y de sostenimiento de quienes los producen, y cuyos valores de cambio dependen de las relaciones de producción existentes entre los mismos.

En segundo término, el autor formula una hipótesis en que, al final del proceso, la producción es mayor que al principio, o sea en la que hay un excedente, y en la que los precios se fijan conforme a nuevas relaciones de cambio que permitan la reposición de los insumos —materiales primas, salarios, etc.— así como una tasa de ganancias proporcional a los medios de producción, o sea el capital invertido en cada actividad. Los precios o valores de cambio de los productos “básicos” (que para el autor son aquellos que directa o indirectamente intervienen en la producción de *todas* las mercancías), “. . . dependen tanto del *uso* que se haga de ellos en la producción de otros productos básicos, como de la medida en que tales mercancías entren en su producción”.

Sraffa supone que el ingreso nacional o producto neto consiste en un conjunto de mercancías o en una “mercancía compuesta” que equivale a la unidad y que se reparte en salarios y ganancias que, a su vez, oscilan entre 1 y 0. Cuando los salarios son iguales a 1, ello significa que ab-

²⁷ Las citas que en este apartado hacemos de la teoría de Sraffa proceden de su ensayo *Production of commodities by means of commodities*, Cambridge University, 1960. Hay traducción al español. Editorial Oikos, Barcelona.

sorben todo el ingreso y que, por tanto, no hay utilidades. En tal caso los valores de las mercancías dependen de las cantidades de trabajo que, directa e indirectamente, se emplean para producirlas. Pero ante cualquier descenso relativo de los salarios surgen las utilidades y se alteran las relaciones previas, debido a “las diferentes proporciones en que se utilizan trabajo y medios de producción en las diversas actividades”, explicación que, por cierto, coincide fundamentalmente con la dada por Marx al introducir el concepto de “precios de producción”.

Si tales proporciones no cambiaran, los precios relativos permanecerían al nivel original; mas apenas se modifican, la escala precia resulta digamos “deficitaria” para ciertas actividades y “superavitaria” para otras. Lo primero ocurre a aquellas en que la proporción de salarios a medios de producción es más baja y lo segundo a aquellas en que, por el contrario, dicha proporción es más alta. Entre unas y otras hay una especie de línea fronteriza de equilibrio, en la que la proporción de salarios a medios de producción es la que permite que “el producto de la reducción de salarios provea exactamente lo que se requiere para cubrir las utilidades a la tasa general prevaleciente”.

De haber alguna actividad —prosigue el autor—: 1) que empleara trabajo y medios de producción en esa proporción, de modo que un descenso de los salarios —a los precios iniciales— produjera el equilibrio entre salarios y ganancias, 2) suponiendo, además, que el conjunto de los medios de producción empleados en ellas fueran a su vez producidos por trabajo y medios de producción repartidos en la misma proporción, y 3) por último, que éstos se obtuvieran de la misma manera, y así en cada uno de los bienes precedentes, el valor de la mercancía obtenida en tal actividad no se alteraría a consecuencia de un alza o baja de los salarios.

¿Existe en la realidad una mercadería semejante? Sraffa considera que, individualmente, no la hay; pero que una “mercancía compuesta” —cuya construcción parece viable— podría hacer sus veces y aun resultar más flexible y ade-

cuada. Para ello tendría que determinarse, a través de un sistema de ecuaciones simultáneas, una relación o proporción entre las diversas mercancías que resultara igual para la composición del producto y de los medios de producción.²⁸ Tal relación o *ratio* es clave en el sistema *tipo* de que hablamos, pues una vez establecida en términos físicos a cierto nivel (digamos 1:2 o 1:4), las variaciones de precios o de salarios no la harían cambiar. ¿Pero cuál es —pregunta el profesor Meek— “...el mecanismo mágico que nos ha permitido obtener este sorprendente resultado? Éste se ha logrado porque las fracciones elegidas como multiplicadores del sistema fueron astutamente seleccionadas, para que en el nuevo sistema resultante la proporción en que las dos mercancías se producen (20:500), fuera la misma a aquélla en que ambos bienes integraban los medios de producción (16:400).”²⁹ O como dice el autor del modelo: “los multiplicadores deben ser tales que las cantidades que resulten de las diversas mercancías exhiban en el lado derecho de las ecuaciones (esto es, como productos) las mismas relaciones que en los agregados de la izquierda (o sea como medios de producción).”³⁰

Ahora bien, ¿cómo se dividiría el producto neto entre salarios y utilidades y cómo se determinaría la tasa de éstas? De acuerdo, nos dice el profesor Sraffa, con la proporción en que tales utilidades concurrieran en dicho producto, ya que esa misma proporción se mantendría respecto a la relación *tipo* (*standard ratio*), o sea la existente entre el producto neto y los medios de producción. Es

²⁸ Refiriéndose a un sistema de tres productos, el profesor Sraffa da como ejemplo el caso en que la relación de cambio fuera: 1 unidad de hierro: 1.5 de carbón: 2 de trigo, y en que, por consiguiente, tales productos participaran respectivamente con 180: 270: 360 en la producción y con 150: 225 y 300 en la composición de los medios de producción. Véase, *ob. cit.*, pp. 19 a 21.

²⁹ Véase el interesante artículo de Ronald L. Meek: “La rehabilitación de la economía clásica realizada por Sraffa”, *Investigación Económica*, México, enero-marzo de 1969, p. 17.

³⁰ *Ibid.*, pp. 24-25.

decir, si esta relación fuese de 20% y las ganancias absorbieran la cuarta parte del producto neto, la tasa correspondiente sería de 5%; en caso de participar con la mitad sería del 10% y, así, sucesivamente. Lo que demuestra, aquí también, que la tasa de ganancias es una relación de cantidades de mercancías que fácilmente puede establecerse si se conoce la magnitud de la relación *tipo* y de los salarios y que entre ellas y éstas hay una relación inversa que, diríamos nosotros, exhibe el irreductible antagonismo entre los capitalistas que perciben ganancias y quienes trabajan a cambio de salarios.

Tales relaciones no son exclusivas del sistema ideal *tipo* elegido para la explicación del modelo. Existen también en la realidad del sistema económico, aunque con proporciones o valores diferentes. Convencido de ello Sraffa se entrega a la no fácil tarea de demostrarlo y a comprobar que hay siempre una manera, y nunca más de una, de transformar un sistema económico dado en un sistema *tipo*: en otras palabras, que siempre hay ...un juego de multiplicadores que, si se aplican a las varias ecuaciones o actividades que componen el sistema lograrán modificarlas de tal modo que las relaciones existentes entre las mercancías que integran el conjunto de medios de producción y el producto total sean idénticas”.

¿Cuáles son el alcance teórico y la mejor manera de ubicar el modelo examinado en estas líneas? Las opiniones al respecto no son uniformes. Harrod, por ejemplo, observa cierta semejanza entre la primera parte de tal análisis y el esquema marxista de la reproducción simple; y aunque califica la publicación de la obra de Sraffa como un “notable acontecimiento” y como un trabajo de “gran originalidad”, con muchos pasajes de “hermosa elegancia”; repetidamente critica a su autor por no prestar atención al estudio de la “composición de la demanda de los consumidores” y al análisis de “la productividad marginal”. Piensa, inclusive, que en vez de llevar adelante su crítica a la economía marginalista, debería Sraffa acercarse su

análisis al de la teoría tradicional, en algo así como un régimen de coexistencia pacífica.³¹

Napoleoni, por su parte, al mismo tiempo que reconoce que “el gran interés teórico de este análisis... consiste en el retorno explícito a la tradición clásica —en sus aspectos ricardiano-marxistas—...”, comenta que el sentido en que Sraffa emplea conceptos tales como el de beneficio, salario, consumo y otros es diferente, y aun sostiene que, para salvar las contradicciones en que incurrieron los clásicos, el autor “...lleva su análisis completamente fuera de la teoría del valor-trabajo... en la que, como parece más evidente en Marx, se encontraba el origen de las dificultades formales de la teoría clásica”.³²

El hecho, empero, es que el análisis de Sraffa implica un retorno a la tradición objetiva: al estudio de la mercancía, de la producción como el centro del proceso económico y de las relaciones de trabajo como relaciones sociales. El beneficio deja de ser la “justa” retribución de la “abstinencia” o la “espera” del capitalista y reaparece como un excedente, como una parte del valor creado por el trabajo. Y a partir de ese momento, aunque el razonamiento lógico de Sraffa no se acompaña de una fundamentación histórica semejante a la ofrecida por Marx, el fenómeno de la explotación entra de nuevo al escenario teórico de la economía y obliga a dar una explicación racional de la ganancia.

Es bien sabido que, en una economía capitalista, los precios se desvían de los valores correspondientes debido al efecto que ejerce la tasa de ganancia. Pues bien, “...si puede demostrarse —señala Meek— que la tasa promedio de utilidades está determinada por ...razones de trabajo..., podemos concluir... que las desviaciones de las

³¹ Véase el comentario de Roy F. Harrod a *Production of commodities...* aparecido en *Economic Journal*, Londres, diciembre de 1961.

³² Claudio Napoleoni, *El pensamiento económico en el siglo xx*, Barcelona, 1964, p. 178.

razones [o relaciones] de los precios de equilibrio respecto a las razones de trabajo incorporado, son a su vez una función de cantidades de 'trabajo incorporado'... 'Sraffa postula precisamente la misma relación entre la tasa promedio de utilidades y *las condiciones productivas de su sector estándar (o tipo)* que Marx a su vez postula entre la tasa promedio de utilidades y *las condiciones productivas en el sector de "composición orgánica de capital promedio"*. En realidad, lo que ambos economistas tratan de demostrar es que, dados los salarios, la tasa promedio de utilidades, y por lo tanto las desviaciones entre las razones de precios y las de trabajo incorporado, están determinadas por la razón de trabajo directo a trabajo indirecto en el sector cuyas condiciones de producción representan una especie de 'promedio' de las prevalecientes en el conjunto de la economía".³³

³³ *Ibid.*, pp. 20 y 22.

EL REFORMISMO SOCIALDEMÓCRATA DE JOHN STRACHEY*

ARTURO GUILLÉN**

“Es muy posible que alguien convencido de la victoria final del socialismo, se ponga en cambio al servicio de la lucha contra el mismo. El conocimiento de las leyes del devenir de la sociedad que da el marxismo garantiza siempre una superioridad al que lo hace suyo, y los más peligrosos, entre los adversarios del socialismo, son seguramente los que han saboreado mejor el fruto de su conocimiento”.

RUDOLF HILFERDING¹

Marxista en su juventud, ministro de Guerra del gobierno inglés en la posguerra, John Strachey es autor de una vasta obra que el presente trabajo no pretende analizar exhaustivamente. Sus fines son más modestos. Se trata de evaluar

* Publicado originalmente en la revista *Problemas del Desarrollo* Núm. 30. México IIEc. UNAM Mayo-Julio de 1977, p. 26-58.

** Versión ampliada y corregida de la conferencia sustentada el 29 de septiembre de 1976 en el ciclo de “Teorías Contemporáneas del Capitalismo”, organizado por el Seminario de Planificación y Desarrollo de la Facultad de Economía de la UNAM. Mi reconocimiento a los compañeros Fernando Rosa, Clara Aranda y Gregorio Vidal por los comentarios hechos al presente texto.

¹ Rudolf Hilferding. Prólogo. *El capital financiero*. México, ediciones El Caballito, 1973.

críticamente sólo dos de las obras más importantes de su periodo «revisionista»: *El capitalismo contemporáneo* (1956) y *El fin del imperio* (1959).² Ambas constituyen una unidad y representan su visión de conjunto de la fase imperialista del capitalismo. Por la importancia de los temas abordaré sus ideas sobre los siguientes aspectos, que son ampliamente tratados en sus trabajos:

- 1) Los cambios en el funcionamiento de las leyes del capitalismo en la fase actual.
- 2) La pauperización del proletariado, bajo el capitalismo.
- 3) La inestabilidad del sistema y su tendencia a las crisis generales de sobreproducción.
- 4) El imperialismo y el problema colonial; y
- 5) El carácter del estado capitalista y la transición al socialismo.

Strachey y la «Internacional Reformista»

A primera vista podría parecer que el examen de los trabajos de John Strachey acerca de las teorías contemporáneas del capitalismo, tiene un interés secundario. Pero resulta todo lo contrario. La evaluación de su obra reviste gran importancia teórica y política ya que sus planteamientos han influido poderosamente en los partidos socialdemócratas de la «Internacional Socialista» que agrupa a toda

² Algunas de las obras de Strachey son: *La amenaza del fascismo*. Madrid, 1934. *The coming struggle for power*. London, Gollancz, 1936. *Teoría y práctica del socialismo*. México, UNA, 1937. *What are we to do*. New York, Random House, 1940. *El gran despertar; del imperialismo a la libertad*, Buenos Aires, Asoc. Argentina por la Libertad, 1963. *The challenge of democracy*, London Encounter, 1965. *¿A dónde va el capitalismo?* Vilassar de Mar, España, Eds. de Occidente, 1965. *Naturaleza de las crisis*, México, Ediciones El Caballito, 1973. Algunos de los pocos trabajos en los que se evalúa críticamente el pensamiento de Strachey son: Alonso Aguilar, *Economía política y lucha social*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1973. Karataev y Ryndina. *Doctrinas económicas*, t. 2. Editorial Grijalbo, México, 1964. Oskar Lange.

una gama que va desde el Partido Socialista de François Mitterand de Francia, hasta el partido gobernante de Israel, bastión ideológico del imperialismo norteamericano.

Lejos de ser un cadáver político, la socialdemocracia es una fuerza política real y actuante al servicio de la burguesía, que controla o participa en los gobiernos de varios países capitalistas importantes (Alemania Federal, Austria, Portugal, Israel, entre otros), además de mantener una considerable influencia orgánica e ideológica en el seno del proletariado. Últimamente la socialdemocracia ha demostrado un creciente interés por extender su radio de acción de su tradicional ámbito europeo a América Latina. En mayo de 1976, se celebraron en México y Caracas sendas reuniones de la Internacional Socialista (o más apropiadamente, la Internacional Reformista), en las que aparte de asistir sus líderes más connotados: Willy Brandt de Alemania Federal, Olof Palme de Suecia, Mario Soares de Portugal, Bruno Kreisky de Austria, etcétera, también participaron los entonces presidentes de México y Venezuela, Echeverría y Pérez; los representantes de los partidos burgueses latinoamericanos: el PRI de México, Acción Democrática de Venezuela, Partido Liberal de Colombia, Partido Radical de Chile y Partido de Liberación Nacional de Costa Rica. Este interés fue refrendado con la visita al gobierno de México y a la sede del PRI del líder socialista francés François Mitterand.

El carácter burgués de la socialdemocracia no es algo nuevo. Como Lenin señala, el surgimiento del oportunismo en el seno de las organizaciones obreras, su aburguesamiento y la traición de los partidos social-demócratas de la Segunda Internacional son fenómenos estrechamente vinculados al nacimiento y desarrollo del imperialismo:

En nuestro siglo no se puede prescindir de las masas; pero en la época de la imprenta y del parlamentarismo *no es posible* llevar tras de sí a las masas sin un sistema, ampliamente ramificado, metódicamente aplicado, sólidamente organizado de adulaciones, de mentiras, de trapicheos, de prestidigitación con palabrejas

populares y de moda, de promesas a diestra y siniestra de toda clase de reformas y beneficios para los obreros, con tal de que renuncien a la lucha revolucionaria por derribar a la burguesía.³

En ese sistema “sólidamente organizado de adulación y mentiras” la socialdemocracia ha jugado un papel central. Bujarin, uno de los principales teóricos bolcheviques, la consideraba como uno de los aparatos ideológicos del estado burgués en la fase imperialista. Según él:

La traición de los partidos socialistas se expresó directamente en su paso al servicio del estado burgués, en su verdadera estatización por este estado *imperialista*, en su transformación en «secciones obreras» de la máquina militar. La *estatización de estas organizaciones* tuvo como equivalente ideológico la peculiar estatización burguesa de la mentalidad proletaria.⁴

La socialdemocracia contemporánea no sólo constituye —como en los tiempos de la II Internacional de Bernstein y Kautsky con la que rompieron Lenin, Rosa Luxemburgo, Liebknecht y otros líderes del marxismo revolucionario— una alternativa reformista de la burguesía para hacer frente al ascenso del movimiento revolucionario mundial; es un verdadero aparato estatal, sólidamente ramificado, que juega un rol de primera importancia en la reproducción de la ideología burguesa en el seno del proletariado.

Por la influencia que tiene en los sectores más rezagados de los trabajadores desde el punto de vista de la forja de una conciencia proletaria, y sin descartar las posibilidades de alianza en algunas luchas por demandas de carácter democrático-burgués, la lucha a fondo contra las posiciones de los partidos y líderes socialdemócratas es una tarea que

³ V. I. Lenin. “El imperialismo y la escisión del socialismo”, en *El imperialismo y los imperialistas*. Ed. Progreso, Moscú, p. 119.

⁴ Nicolai Bujarin, *Teoría económica del periodo de transición*. Córdoba, 1972, Cuadernos de Pasado y Presente Núm. 29, p. 24.

los marxistas y las organizaciones revolucionarias deben realizar sin tregua. Tan importante como la lucha-teórico-ideológica en contra de las posiciones burguesas más abiertas y reaccionarias es la desmistificación de los cánticos dulzones de los «liberales» socialdemócratas.

La «última etapa» ... de la socialdemocracia

Como la mayoría de los pensadores revisionistas que emigran del marxismo para servir a los intereses de la burguesía, Strachey tiende al eclecticismo y trata a toda costa de combinar y equilibrar su abierto y evidente anticomunismo con la presunción de seguir siendo marxista.⁵ Conserva el materialismo histórico como método de análisis, reconoce la importancia de las aportaciones de Marx y Engels al trabajo científico, y en su crítica a los teóricos burgueses más trasnochados y reaccionarios se ve en la necesidad de recurrir al marxismo.⁶

⁵ El anticomunismo clarea por doquier en los trabajos de Strachey. Por ejemplo, no sólo califica de «débil» la política de «al borde de la guerra» de Foster Dulles, secretario de Estado del presidente norteamericano Eisenhower, sino que considera que a pesar de que en su opinión el imperialismo capitalista está desapareciendo, “el mundo desarrollado está dividido en los grupos hostiles del comunismo y del capitalismo; el mundo subdesarrollado se divide, ora por uno, ora por otro. Ni siquiera puede imaginarse nada más descabellado que el despojarnos de una defensa armada en un mundo como éste”. *El fin del imperio*. México, 1962, Fondo de Cultura Económica, p. 258. En *El capitalismo contemporáneo* compara el fascismo con el comunismo y señala que “ambos han contenido un grado de compulsión mediante la violencia física, y todo lo que acompaña a esto, a manera de constricción mental, ante el cual el mundo todavía retrocede horrorizado”. *El capitalismo contemporáneo*. Fondo de Cultura Económica, pp. 175-176.

⁶ Esta actitud de Strachey queda en evidencia, por ejemplo, en su crítica a Karl Popper y la «escuela antihistoricista». “Debo admitir —dice— que me aferro a la anticuada concepción, que el profesor Popper y sus partidarios tachan de ‘reaccionaria y mística’ de que si se quiere cambiar y mejorar algo, no es una mala idea, ante todo, estudiar cómo se desarrolló y cuál es su significación

En el capítulo segundo de *El capitalismo contemporáneo*, sin duda alguna el capítulo más importante de esa obra, Strachey nos da la base sobre la cual giran todas sus argumentaciones en torno a su teoría de la última fase del capitalismo. De manera resumida, las principales tesis sostenidas en esa parte de la obra son las siguientes:

1. La competencia capitalista conduce a una economía controlada por “grandes y pocas unidades económicas”. Tales unidades gigantescas son actualmente las instituciones económicas dominantes, aunque en alguna manera universales, de nuestro periodo”.⁷
2. La dominación de las economías capitalistas por unas cuantas grandes empresas no sólo es un cambio de grado sino que afecta la naturaleza misma de la competencia, pues “los precios de ser los datos objetivos que se alteran automáticamente sin la intervención de ninguna voluntad humana, se convierten en objetos *que pueden ser alterados dentro de ciertos límites*, por las decisiones conscientes de ciertos grupos de hombres [...] y en la medida que este poder (sobre los precios) existe permite a tales firmas *afectar el nivel de sus propias ganancias*”.⁸
3. El alto grado de concentración ahonda el desarrollo desigual del sistema “en dos campos, primero respecto de las distintas actividades de cada país y, segundo, respecto de un país en relación con otros países”.⁹
4. En la «última fase del capitalismo» se agravan los desequilibrios y el sistema se vuelve más inestable porque “una economía de grandes y pocas unidades tiende a perder el mecanismo autorregulador tosco pero eficaz, penoso pero efectivo en última instancia, de la etapa verdaderamente competitiva del capitalismo”.¹⁰

presente y futura. En una palabra su historia”. John Strachey. *El fin del imperio*. Ob. cit., p. 390.

⁷ John Strachey. *El capitalismo...* Ob. cit., p. 27.

⁸ *Ibid.*, p. 35 y 36.

⁹ *Ibid.*, p. 37.

¹⁰ *Ibid.*, p. 40.

5. Debido a ello el estado debe intervenir en la economía, mantener la demanda total, evitar las tendencias inflacionarias, influir en la distribución de los recursos productivos y emprender, inclusive, la producción directa en diversas actividades económicas.
6. El «capitalismo contemporáneo» agudiza el proceso de separación de la propiedad y control de las empresas. “Nació la clase moderna con categoría de accionistas [...] Y este nuevo género de seres tuvo y tiene la característica distintiva de que poseen, pero no dirigen, la masa principal de la actividad económica del país. Otro nuevo género de hombres, el de los gerentes y directores, que dirigen pero no poseen, tuvo en consecuencia que nacer”.¹¹
7. Los gerentes y directores de las grandes empresas ya no buscan obtener la máxima ganancia, porque “si hubieran intentado dirigir las empresas gigantescas de nuestros días de acuerdo con la tradición estricta de los capitalistas individuales, buscando, con unidad de intención elevar al máximo sus utilidades, habrían desgarrado todo el tejido social en unos pocos años”.¹²
8. “La economía se ha vuelto mucho más susceptible a la medición estadística y, por consiguiente, al control que antes (pues) todo lo mensurable, en cierta manera por lo menos, ha de llegar a ser controlable”.¹³

Como puede verse, la argumentación de Strachey no deja de ser habilidosa pues contiene una serie de tesis correctas acerca del funcionamiento del capitalismo de nuestros días. Reconoce que los monopolios se han vuelto dominantes; acepta que el proceso de monopolización es irreversible; aunque no profundiza ni siquiera mínimamente en la forma en que opera la ley del valor en la fase imperialista, advierte que el alto grado de concentración y centralización entrafia

¹¹ *Ibid.*, p. 42.

¹² *Ibid.*, p. 44.

¹³ *Ibid.*, p. 44.

no sólo cambios cuantitativos, sino cualitativos; y, finalmente, reconoce que se agravan los desequilibrios del sistema. Hasta aquí, ninguna objeción puede ponerse a su análisis. Pero como podrá verse, ya en este mismo capítulo desliza una serie de elementos *ideológicos*, que le permitirán, más adelante, hacer la apología del capitalismo monopolista de estado.

Al igual que J. K. Galbraith, Raymond Aron y otros representantes connotados del «neocapitalismo»,¹⁴ trata de convencernos de que los capitalistas dejan de controlar la marcha de las empresas y éstas quedan en manos de los directores y altos funcionarios —de la «tecnoestructura» en términos de Galbraith—, que se encuentran separados de la propiedad de los medios de producción y orientan a las empresas a fines distintos al de maximizar las ganancias.

Strachey olvida que la maximización de las ganancias no es sólo un fin *subjetivo* de los capitalistas que se altere porque los dueños del capital puedan dejar de controlar el proceso de producción, sino también y sobretodo, una necesidad *objetiva* del modo de producción capitalista. La competencia incluida la competencia monopolística, obliga a las empresas a reducir al mínimo sus costos de producción y elevar al máximo sus ingresos.

El capitalista —decía Marx— sólo es respetable en cuanto personificación del capital. Como tal, comparte con el avaro el instinto absoluto de enriquecerse. Pero lo que en éste no es más que una manía individual, es en el capitalista el resultado del mecanismo social, del que él no es más que un resorte. Además el desarrollo de la producción capitalista convierte en ley de necesidad el incremento constante del capital

¹⁴ Para una crítica de las teorías del neocapitalismo véase: Paul Baran y Paul Sweezy. *El capital monopolista*. México, Siglo Veintiuno Editores; Paul M. Sweezy. "Teorías sobre el neocapitalismo", en *El capitalismo moderno*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1973. Alonso Aguilar. "El capitalismo opulento de J. K. Galbraith", en este mismo libro, pp.

invertido en una empresa industrial y la concurrencia impone a todo capitalista individual las leyes inmanentes del régimen capitalista de producción como leyes coercitivas impuestas desde fuera.¹⁵

Por otro lado, aunque el proceso de concentración y centralización del capital reclama una mayor división técnica del trabajo que hace que la oligarquía delegue ciertas funciones y responsabilidades en una serie de funcionarios (directores, asesores, técnicos de alto nivel, etcétera), está lejos de haber perdido el control sobre la marcha de los negocios. La mayoría de los grandes accionistas no sólo son presidentes o miembros de los consejos de administración de los conglomerados sino que, en muchos casos, conservan la dirección general de los mismos.

La virginidad de clase de la «tecnoestructura» está también muy lejos de la realidad. Los altos funcionarios de las empresas monopolistas son todos ellos burgueses porque son accionistas de las empresas que dirigen; son dueños de otros negocios de menor significación; cumplen su función directiva en nombre y con la representación de *Monsieur le capital* y, como controlan el proceso de trabajo, están en condiciones de apropiarse de una parte de la plusvalía creada por los trabajadores productivos, en forma de elevadísimos sueldos, comisiones, viáticos, gastos de representación, gratificaciones especiales, etcétera.

Igualmente controvertible resulta la idea de que todo lo que es mensurable es controlable. Si bien la concentración de la producción y el desarrollo de técnicas de medición estadística han coadyuvado a mejorar la programación en el seno de la empresa, la anarquía de la producción capitalista como en todo permanece y se exacerba. Por lo demás, el uso en el interior de las empresas de mejores técnicas de programación y control se traduce en un mayor grado de explotación y enajenación de los trabajadores.

¹⁵ Carlos Marx. *El Capital*. Tomo I, F.C.E. México, 1959, p. 499.

A pesar de la mayor información estadística y de la elaboración de programas generales de desarrollo de carácter indicativo, los capitalistas siguen tomando las decisiones fundamentales en forma aislada y en función de sus intereses particulares. Si la incertidumbre respecto a sus competidores disminuye aunque no desaparezca, siguen sin conocer en forma oportuna lo que sucede en otras ramas de la economía y el comportamiento de las variables macroeconómicas (producto, ingreso, inversión, etcétera).

Aunque la *ley del valor* se manifiesta de una manera distinta a la de la fase librecompetitiva, esta ley objetiva fundamental, independiente de la voluntad de los individuos, sigue rigiendo el intercambio de las mercancías. La controlabilidad de la economía no depende solamente de la existencia de sistemas estadísticos y contables, sino de la sustitución de la anarquía de las relaciones de producción capitalistas por el desarrollo planificado, bajo relaciones socialistas.

A diferencia de los revisionistas de comienzos de siglo que veían en los monopolios el camino hacia el suavizamiento de las contradicciones objetivas del modo de producción capitalista, Strachey considera que aquéllos hacen más inestable el sistema. ¡Difícilmente podría decir otra cosa un «marxista» que vivió la gran depresión de 1929-1934! Pero al igual que ellos, alimenta la ilusión de una posible transformación del capitalismo.

La nueva etapa puede ser mucho peor que la antigua si no se la controla, solamente o no en interés de los monopolistas pero [...] puede superar a la antigua etapa, en estabilidad y equidad, si se le controla adecuadamente y en interés de la población en su conjunto.¹⁶

Como veremos más adelante, piensa que dicho «control» puede ser ejercido si a través de la lucha democrática, los

¹⁶ John Strachey. *El capitalismo... Ob. cit.* p. 47.

partidos con base obrera logran establecer una redistribución del ingreso y una mayor participación del estado, las que además de favorecer a las masas curan al capitalismo de sus males graves. Y por último, como con el *Fin del imperio* romperá totalmente con la teoría leninista del imperialismo, huye desde el principio por el tejado y se niega a llamar imperialismo a la nueva etapa del capitalismo porque

estos nombres a menudo han expresado mejor los deseos, los prejuicios y las pasiones de los que les han acuñado que el carácter de la cosa descrita.¹⁷

Así, prefiere llamarle «la última etapa del capitalismo» sin importarle en este caso si este ambiguo término expresa o no “el carácter de la cosa descrita”.

La «ley» de la integración absoluta de Strachey al imperialismo

Con el fin de asegurar la lógica interna de su «teoría», Strachey se ve en la necesidad de tergiversar la teoría marxista. Según él, Marx plantea que conforme se desarrolla el capitalismo hay un empobrecimiento absoluto de los trabajadores.

Marx enseñó —dice Strachey— no sólo que era imposible que los asalariados elevaran su estándar de vida bajo el capitalismo: fue más allá y anunció que su estándar debía declinar constantemente.¹⁸

Strachey considera que al convertir la pauperización en una ley irreversible, Marx sostiene una posición similar a la de Lasalle, quien creía que los salarios estaban sujetos a una ley de bronce y no podían aumentar en el marco

¹⁷ *Ibid.*, p. 47.

¹⁸ *Ibid.*, p. 111.

del capitalismo. Los hechos —concluye— han demostrado que Marx se equivocó, porque los salarios reales de los trabajadores de los principales países capitalistas han aumentado en vez de disminuir.¹⁹

Para probar que Marx predijo el empobrecimiento absoluto de los trabajadores se vale de dos citas, la primera del *Manifiesto comunista* y la otra de *El capital*. En ellas, Marx afirma lo siguiente:

El trabajador moderno [...] en vez de elevarse con el progreso de la industria se hunde cada vez más por debajo de las condiciones de existencia de su propia clase. Se convierte en pobre y la pobreza se desarrolla más rápidamente que la población y la riqueza.²⁰

Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación —afirma en *El capital*—, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación.²¹

Por principio de cuentas, Strachey recurre al viejo truco revisionista de sacar las citas de su contexto y omitir otras cuestiones cruciales del problema, con el avieso fin de que los lectores se dejen ganar por la *forma* de las oraciones y no

¹⁹ Tiene razón Alonso Aguilar cuando observa que: “No deja de ser curioso en vez de reconocerse que el proceso capitalista —es decir, la concentración de la producción y del capital, el tránsito hacia el capital monopolista, las crisis económicas, el nacimiento del socialismo, etcétera— se ha desarrollado en general conforme a las extraordinarias previsiones de Marx y en un sentido más amplio del socialismo científico, más de un economista se solaza en subrayar que en tal o cual aspecto concreto las previsiones marxistas han resultado falsas [...] Resulta muy sospechoso [...] que los críticos de Marx tengan que tergiversar a menudo lo dicho por éste para demostrar que son ellos los que tienen la razón. Y esto es, lamentablemente, lo que hace el señor Strachey”. Alonso Aguilar M. *Economía política...* p. 159.

²⁰ Carlos Marx y Federico Engels. *Manifiesto comunista*. Citado en John Strachey. *Ibid.*, p. 111.

²¹ Carlos Marx. *El capital*. Citado en John Strachey. *Ibid.*, p. 111.

por su *contenido*. En ambos casos, Marx y Engels no se refieren al nivel de los salarios. En la cita del *Manifiesto*, se refieren al ejército de reserva y su afirmación, por lo tanto, es totalmente válida. En *El capital*, Marx habla de que al desenvolverse el capitalismo, al acumularse el capital, se reproducen las relaciones sociales de producción; por un lado, un número relativamente menor de capitalistas y, por el otro, un número cada vez mayor de proletarios. ¡Nada más que eso! Marx nunca planteó una pauperización absoluta de los trabajadores ni consideró el valor de la fuerza de trabajo como una constante. Al igual que Ricardo, creía que éste contiene un elemento histórico, lo que hace que no esté por fuerza circunscrito al *mínimum* fisiológico. Al analizar el valor de la fuerza de trabajo, Marx señala:

[...] el *volumen de las llamadas necesidades naturales*, así como el modo de satisfacerlas, son de suyo un *producto histórico* que depende, por tanto, en gran parte, del nivel de cultura de un país, y sobre todo, entre otras cosas, de las condiciones, los hábitos y las exigencias con que se haya formado la clase de los obreros libres. A diferencia de las otras mercancías, la valoración de la fuerza de trabajo encierra, pues, un elemento histórico moral.²²

Además, como lo demuestran las partes de su obra en las que aborda el proceso de acumulación de capital, siempre tuvo en mente la posibilidad de que, en condiciones de rápida acumulación, aumentarían los salarios reales del proletariado.

En *Trabajo asalariado y capital*, expone con toda claridad, la esencia de su teoría de la pauperización:

[...] al crecer el capital productivo, crece la demanda de trabajo y crece también, por tanto, el

²² Carlos Marx. *El capital*, T. 1, p. 124.

precio del trabajo, el salario [...] Un aumento sensible del salario presupone un crecimiento veloz del capital productivo, provoca un desarrollo no menos veloz de riquezas, de lujo, de necesidades y goces sociales. Por tanto, aunque los goces del obrero hayan aumentado, la satisfacción social que producen es ahora menor, comparada con los goces mayores del capitalista, inasequibles para el obrero, y con el nivel de desarrollo de la sociedad en general.²³

También en *El capital* plantea ideas similares. En el capítulo XIII del tomo I, al analizar los efectos de la acumulación en la demanda de fuerza de trabajo, señala:

Como bajo el estímulo del afán de enriquecerse, por ejemplo, al abrirse nuevos mercados, nuevas esferas de inversión de capitales a consecuencia del desarrollo de nuevas necesidades sociales, etcétera, la *escala* de la *acumulación* puede ampliarse repentinamente con sólo variar la distribución de la plusvalía o del producto en capital y renta, las necesidades de acumulación del capital pueden sobrepujar el incremento de la fuerza de trabajo o del número de obreros, la demanda de obreros puede preponderar sobre la oferta, haciendo con ello subir los salarios.²⁴

Y concluye así:

Pero, así como el hecho de que algunos esclavos anduviesen mejor vestidos y mejor alimentados, de que disfrutasen de un trato mejor y de un peculio más abundante, no destruía el régimen de la esclavitud ni hacía desaparecer la explotación del esclavo, el que algunos obreros, individualmente, vivan mejor, no suprime tampoco la explotación del obrero asalariado.

²³ Carlos Marx. "Trabajo asalariado y capital", en *Obras escogidas*. Ed. Progreso, Moscú, 1969, p. 85.

²⁴ Carlos Marx. *El capital*, *Ob. cit.*, t. 1. p. 518.

El hecho de que el trabajo suba de precio por efecto de la acumulación de capital, sólo quiere decir que el volumen y el peso de las cadenas de oro que el obrero asalariado se ha forjado ya para sí mismo, pueden tenerle sujeto sin mantenerse tan tirantes.²⁵

Como se ve no hay en Marx ninguna ley de bronce de los salarios. Acepta que históricamente puede aumentar el valor de la fuerza de trabajo y que en condiciones de rápida acumulación, propias de las fases de auge del ciclo económico, el precio de la fuerza de trabajo tiende a separarse de su valor, pero el crecimiento del ejército industrial de reserva, acompañante inseparable de la acumulación y resultado de la tendencia al aumento en la composición orgánica del capital, hace que el salario, alto o bajo, se mantenga siempre dentro de los límites que permiten a los capitalistas obtener una ganancia «remunerativa».²⁶

Sigue siendo válida la afirmación de Marx de que:

[...] el alza del precio del trabajo se mueve siempre dentro de los límites que no sólo dejan intangible las bases del sistema capitalista, sino que además garantizan su reproducción a una escala cada vez más alta. La ley de la acumulación capitalista, que se pretende mistificar convirtiéndola en una ley natural (se refiere a los economistas burgueses defensores de la teoría del fondo de trabajo AG), no expresa, por tanto, más que una cosa: que su naturaleza excluye toda reducción del grado de explotación del trabajo o toda alza de precio de éste que pueda hacer peligrar seriamente la reproducción constante del régimen ca-

²⁵ *Ibid.*, pp. 521-522.

²⁶ “La superpoblación relativa —afirma Marx— es, por tanto el fondo sobre el cual se mueve la ley de la oferta y la demanda de trabajo. Gracias a ella, el radio de acción de esta ley se encierra dentro de límites que conviene en absoluto a la codicia y despotismo del capital”. *Ibid.*, p. 541.

pitalista y la reproducción del capital sobre una escala cada vez más alta.²⁷

En síntesis, Marx nunca supone que el salario tenga que ser cada vez más bajo, sino sólo que sea de una magnitud tal (baja o alta) que permita una tasa de plusvalía que posibilite una ganancia que el capitalista considere remunerativa. Lo que sí hay en Marx, es una teoría de la pauperización *relativa*. Aunque los salarios reales pueden incrementarse en determinados periodos, su ritmo de crecimiento, es por lo general, inferior al crecimiento de plusvalía. En otras palabras, salarios reales ascendentes pueden implicar salarios relativos ($V / V + P$) descendentes o, lo que es lo mismo, dichos salarios significan un aumento en la tasa general de explotación.²⁸

La ley de la pauperización relativa que Strachey atribuye a marxistas posteriores a Marx —Lenin entre ellos— que trataron de enmendar los errores del «maestro», es también negada por él. Para probarlo, en lugar de la indagación teórica prefiere el camino más fácil pero también más engañoso de la comprobación estadística. Tomando principalmente como base los estudios de Jay y Colin Clark, Strachey llega a la conclusión de que la ley no ha operado, porque la participación de los salarios en el ingreso nacional en los principales países capitalistas se ha mantenido

²⁷ *Ibid.*, p. 524.

²⁸ "...ni el salario nominal, es decir la suma de dinero por la que el obrero se vende al capitalista, ni el salario real, o sea la cantidad de mercancías que puede comprar con ese dinero, agotan las relaciones que encierra el salario. El salario se halla determinado además y sobre todo, por su relación con la ganancia obtenida por el capital: es un salario relativo, proporcional. El salario real expresa el precio del trabajo en relación con el precio de las demás mercancías; el salario relativo acusa, por el contrario, la parte del nuevo valor creado por el trabajo, que percibe el trabajo directo, en proporción a la parte del valor que se incorpora al trabajo acumulado, es decir al capital". Carlos Marx. *Trabajo asalariado y capital*. Ob. cit., pp. 86-87.

prácticamente estable a lo largo de un siglo (desde la mitad del siglo XIX hasta mediados del siglo actual).

Aparte de insuficiencias técnicas y metodológicas, las estadísticas del ingreso nacional son un instrumento inadecuado para demostrar la validez o invalidez de la teoría de la pauperización relativa, entre otras, por las siguientes razones:

- 1) Incluyen como salarios los sueldos de los altos directivos de las empresas monopolistas y del estado, los que lejos de estar regidos por las leyes que determinan el valor de la fuerza de trabajo son formas de distribución de la plusvalía.
- 2) Dejan de lado el hecho de que si bien la participación de los salarios permanece estable, conforme se desarrolla el capitalismo se agudiza la contradicción fundamental apropiación privada-producción social y el número de proletarios que perciben el mismo porcentaje es cada vez mayor mientras que el número de capitalistas que usufructúan la plusvalía es relativamente menor.
- 3) Ignoran que los salarios que reciben los trabajadores del comercio, la banca, la burocracia, los servicios, y en general, los sectores improductivos que se expanden enormemente en la fase imperialista, constituyen transferencia de plusvalía generada en el sector productivo de la economía en procesos de producción anteriores.
- 4) Con el fin, entre otros, de evadir impuestos, los conglomerados transnacionales elevan artificialmente los precios de los instrumentos de producción y de los productos intermedios que intercambian con sus filiales y «dosinflan» así, contablemente sus utilidades al trasladar una parte a los costos de producción. El mismo efecto tiene la política de las empresas de convertir en gastos de diverso tipo (gastos de representación, honorarios, etcétera), una parte significativa de las ganancias.

Por otro lado, el «marxista» Strachey omite totalmente el hecho de que independientemente de que el nivel de los salarios reales aumente o disminuya, el desarrollo del capitalismo ahonda enormemente la enajenación de los trabajadores. Quizás el señor Strachey no se dio cuenta que unos párrafos atrás de la cita del Tomo I de *El capital*, con la que pretende probar la “teoría marxista del crecimiento absoluto”, Marx señala la correspondencia en el marco del capitalismo, entre el crecimiento de la productividad y la enajenación del trabajador, es decir, el proceso de divorcio de los productores directos y sus productos:

Todos los métodos encaminados a intensificar la fuerza productiva social del trabajo se realizan a expensas del obrero individual; todos los medios enderezados al desarrollo de la producción se truecan en medios de explotación y esclavizamiento del productor, mutilan al obrero convirtiéndolo en un hombre fragmentario, la bajan a la categoría de apéndice de la máquina, destruyen con la tortura de su trabajo el contenido de éste, le enajenan las potencias espirituales del proceso de trabajo en la medida en que a éste se incorpora la ciencia como potencia independiente, corrompen las condiciones bajo las cuales trabaja, le someten, durante la ejecución de su trabajo al despotismo más odioso y más mezquino; convierten todas las horas de su vida en horas de trabajo; lanzan a sus mujeres y a sus hijos bajo la rueda trituradora del capital. A medida que se acumula el capital, tiene necesariamente que empeorar la situación del obrero, *cualquiera que sea su retribución*, ya sea ésta alta o baja.²⁹

En la fase imperialista, la necesidad que tienen los monopolios, como toda empresa capitalista, de «racionalizar» el proceso de trabajo para maximizar sus ganancias, hace

²⁹ Carlos Marx, *El capital*, p. 546-547.

que, bajo el impulso de la llamada «revolución empresarial» y de la revolución científico-técnica, se profundice como nunca la brecha entre el trabajo manual e intelectual y se acelere al máximo la división técnica del trabajo, convirtiendo a los obreros, y también a los trabajadores de oficina, en una pieza más dedicada a producir artículos útiles o inútiles desde un punto de vista social (¡poco importa!), sin ningún control alguno de los medios de producción y del proceso de producción en su conjunto.³⁰

Según Strachey, la tendencia a la pauperización ha sido contrarrestada por la acción defensiva de los sindicatos y la intervención económica permanente del estado en la vida económica. Así:

El capitalismo posee, de hecho una tendencia innata a una desigualdad extrema y sin cesar creciente... Si el sistema se hubiera atendido al consejo de sus teóricos y se hubiera dejado que todo llegara a donde pudiera, el destino hubiera sido esa catástrofe revolucionaria final que Marx previó... No se le alcanzó que otras fuerzas, en esencia políticas (¡La socialdemocracia alemana, al Partido laborista inglés y el sector "liberal" del Partido Demócrata Norteamericano! AG), surgirían en las sociedades capitalistas avanzadas a sobrepasar las tendencias inherentes del sistema.³¹

O lo que es lo mismo: el tránsito pacífico desde el sindicalismo burgués hasta el socialismo. Como buen apologeta del capitalismo monopolista de estado considera que la participación directa del estado en la esfera de la producción y circulación de las mercancías, su función reguladora, la aplicación de una política fiscal supuestamente

³⁰ Un excelente análisis sobre los cambios ocurridos en el proceso de trabajo capitalista en la fase imperialista es el libro de Harry Braverman. *Trabajo y capital monopolista*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1975, 413 pp.

³¹ John Strachey. *El capitalismo... ob. cit.*, p. 163.

redistributiva y la lucha sindical por demandas económicas (salarios, mejores condiciones de vida y trabajo, etcétera) y por demandas políticas de contenido burgués como la participación obrera en los parlamentos burgueses por la participación misma, han permitido elevar a tal punto los salarios reales que los salarios relativos han permanecido inalterables.

Sin dejar de reconocer que en ciertos periodos y ciertos países los salarios reales han aumentado de manera notable, la ley de la pauperización relativa no ha dejado de actuar. En la fase monopolista del capitalismo, los aumentos de la productividad del trabajo en lugar de traducirse en una reducción de los precios de las mercancías, se materializan en ganancias crecientes, siendo incluso posible aumentar los salarios reales de los trabajadores.³² La ley de la tendencia creciente de los excedentes de Baran y Sweezy que ha sido válida en un periodo bastante largo de la fase imperialista que quizás esté por terminar, constituye la mejor prueba de carácter teórico de la certeza de la ley marxista de la pauperización relativa.³³

Por último, es necesario consignar que la imagen presentada por Strachey de un capitalismo capaz de elevar sustancialmente los salarios reales se ve oscurecida por los siguientes hechos:

- 1) A pesar del aumento de los salarios reales conseguido en los países desarrollados, una franja importante del proletariado, sobretudo las llamadas minorías (mexicanos, portorriqueños, negros, en los Estados Unidos; árabes, portugueses, griegos y españoles en los países europeos), viven en condiciones de auténtica miseria.

³² Algunas ideas sobre la operación de la ley del valor de la fase imperialista pueden verse en el trabajo del autor. *Ley del valor e imperialismo*. Materiales de trabajo del Seminario de Teoría del Desarrollo. Núm. 7 IIEC-UNAM, 1978.

³³ Véase Paul Baran y Paul Sweezy. *El capital monopolista*. Ob. cit.

- 2) En el marco de la crisis capitalista actual la que, en nuestra opinión, se trata de la crisis del capitalismo monopolista de estado,³⁴ los salarios reales han caído prácticamente, aunque de manera desigual, en todos los países capitalistas.³⁵
- 3) En los países mal llamados subdesarrollados, aparte de que ha habido periodos bastante amplios de empobrecimiento absoluto del proletariado, el valor de la fuerza de trabajo es sensiblemente más bajo que en las metrópolis imperialistas. Salvo un pequeño sector de trabajadores ubicados en las ramas y empresas más dinámicas y que reciben salarios relativamente más altos, el grueso de la población trabajadora del campo y de la ciudad reproducen su fuerza de trabajo en condiciones infrahumanas de alimentación, vestido, habitación salud y educación.

El bajo valor de la fuerza de trabajo en la periferia del sistema capitalista es, en términos generales, el resultado de los obstáculos que históricamente han impedido un proceso de acumulación de capital similar al del capitalismo clásico. El lento e inestable ritmo de acumulación resta velocidad al proceso de destrucción de las formas de producción no capitalistas, limita la capacidad de absorción de la fuerza de trabajo y eleva enormemente el tamaño y altera la composición del ejército de reserva.³⁸

³⁴ "La crisis actual es propiamente la crisis del capitalismo monopolista de estado, una crisis de fase que muestra que la participación del estado capitalista en el proceso de acumulación de capital no sólo tropieza con serios obstáculos para enfrentar con éxito las contradicciones del modo de producción capitalista, sino que es, en buena medida, una de las causas, principales de los problemas actuales". "La crisis capitalista. Auges efímeros, depresión prolongada". *Revista Estrategia*, Núm. 13, México, p. 43.

³⁵ Durante la depresión 1974-75, por ejemplo, los salarios reales de los trabajadores norteamericanos descendieron 9%, *Ibid.*, p. 31.

³⁶ Sobre las trabas a la acumulación, véase del autor. "Obstáculos

La tergiversación por parte del señor Strachey de la teoría marxista y su negación de la ley de la pauperización relativa es, no cabe duda, la expresión de su integración absoluta a los intereses de la burguesía mundial y el imperialismo.

La vieja historia de un idílico capitalismo sin crisis

En la explicación de la tendencia del capitalismo a caer cíclicamente en crisis generales de sobreproducción y su incapacidad para asegurar la ocupación plena de la fuerza de trabajo y los medios de producción, Strachey nos repite el mismo cuento: si el sistema se dejara a su propia lógica se volvería cada vez más inestable.

...la actividad económica —afirma—, tanto en los capitalismos de competencia como en los de la última etapa, si se abandonan a sí mismos, debe oscilar ampliamente, con todas las consecuencias sociales, políticas y humanas que tales amplias oscilaciones deben tener. Y esto es así, en el fondo, porque el engranaje principal de tales sociedades, la fuerza que mueve todas sus demás partes, son las decisiones de invertir de sus empresarios (industriales o colectivos). Bajo un capitalismo no modificado ese engranaje principal es impulsado por el motivo de la obtención de las ganancias.³⁷

Sin embargo, como ya sabemos, a juicio del señor Strachey el capitalismo se ha modificado y no conduce ya a crisis severas. En primer lugar, las grandes empresas oligo-

a la acumulación de capital en los países subdesarrollados". *Revista Problemas del Desarrollo* Núm. 20, IIEC, UNAM, México, y Alonso Aguilar. "Algunas contradicciones del proceso de acumulación de capital". *Capitalismo, mercado interno y acumulación de capital*. Ed. Nuestro Tiempo. México, 1976.

³⁷ John Strachey, *El capitalismo...* *Ob. cit.*, p. 217.

pólicas acumulan más rápidamente que las empresas de la fase libre competitiva, porque más que buscar altas ganancias están interesadas en aumentar su radio de influencia y poder.

A mediados del siglo xx (sucede) un notable proceso en los principales capitalismo de la última etapa. Esto se debe en parte a que las decisiones fatales de invertir o no invertir ya no las toma la misma categoría de personas que las tomó en la etapa anterior, competidora, del capitalismo [...] En el capitalismo de la última etapa [...] todo esto ha cambiado [...] Los hombres que toman las decisiones fatales —invertir o no invertir [...] son actualmente, en primer lugar, los directores de los grandes oligopolios y de las compañías públicas. Y como acabamos de señalar, deciden de acuerdo con una mezcla extremadamente compleja de motivos, de los que el deseo de elevar al máximo las ganancias es tan sólo uno entre muchos.³⁸

Strachey cree que otro factor importante que ha conducido a un capitalismo sin crisis, es el papel central que juega el estado en el proceso de acumulación de capital. La «presión democrática» de los trabajadores ha obligado al estado a llevar a la práctica una política de ocupación plena. Considera que aunque la propiedad privada no haya sido aún abolida, la participación del estado en la acumulación ha provocado un proceso de «socialización de la inversión» —similar al previsto por Keynes— y ha resuelto la crónica incapacidad del capitalismo para convertir en capital productivo la plusvalía producida. Según él, los estados capitalistas pueden estimular a través de sus gastos la demanda global o, en su caso, complementar la inversión privada con obras públicas o actuando directamente como empresarios.

³⁸ *Ibid.*, p. 218-219.

Finalmente, considera que la lucha sindical de los trabajadores frente al capital ha permitido contrarrestar no sólo la pauperización del proletariado, sino también, vencer la tendencia innata del sistema al subconsumo y la sobreacumulación. En su opinión, Marx atribuía las crisis cíclicas de sobreproducción a la miseria de las masas y predijo que el capitalismo:

no sólo se derrumbaría por razón del rencor político de los trabajadores reducidos al nivel de subsistencia, o por debajo del mismo, sino también por razón de la némesis económica que la acumulación llevada hasta este extremo acarrearía sobre él. Ya que la masa asalariada de la población quedaría demasiado pobre para comprar los bienes de consumo cuya producción constituía el propósito último del siempre creciente surtido de nuevos medios de producción... [Sin embargo] llegamos a la paradójica conclusión de que, justamente, ha sido la lucha de las fuerzas democráticas contra el capitalismo la que ha salvado el sistema, no sólo logrando mejores condiciones de vida para los asalariados, sino también manteniendo abierto el mercado indispensable para el producto final, que la tendencia autodestructiva cada vez más desigual del ingreso nacional habría de otra manera cerrado.³⁹

El capitalismo de la última etapa, concluye Strachey, se ha transformado y vuelto más estable que el de la fase libre competitiva:

[...] nuestra sociedad contemporánea, considerada en su conjunto, puede demostrar que es un organismo más estable, controlado y dirigible que el capitalismo del *laissez faire* del siglo XIX. De cualquier modo, la experiencia reciente, aunque breve, nos ha da derecho a considerarlo posible.⁴⁰

³⁹ *Ibid.*, p. 166 y 196.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 222.

Por principio de cuentas, es necesario señalar que el burdo intento del señor Strachey por convertir a Marx en un vulgar subconsumista sismondiano es una más de sus tergiversaciones. Si bien es cierto que Marx señala repetidamente que el mantenimiento del consumo de las masas en un nivel compatible con la obtención de ganancias remunerativas para los capitalistas, es uno de los límites con los que tropieza el crecimiento de las fuerzas productivas, siempre rechazó las explicaciones de Sismondi y Rodbertus en el sentido de que las crisis estallan como consecuencia de un bajo consumo final. En el tomo III de *El capital* señala con toda claridad:

Es una pura tautología el decir que las crisis se producen por falta de capacidad de pago del consumo [...] El que las mercancías no puedan venderse, no significa otra cosa sino que no se encuentran compradores que puedan pagarlas [...] pero si se quiere dar a esta tautología un sentido más hondo diciendo que la clase obrera percibe una parte muy pequeña de su propio producto y que el mal se remedia tan pronto como perciba una parte mayor, es decir, que sus salarios aumenten, habrá que objetar a esto tan sólo que las crisis se preparan cada vez por un periodo en que el salario sube en general y la clase obrera [...] recibe una mayor participación en la parte del producto anual destinado al consumo.⁴¹

En la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, Marx plantea también que el mercado puede crecer permaneciendo estable y aún decreciente el consumo del proletariado, a costa del consumo productivo y el consumo de lujo de los capitalistas.

La masa de artículos que entra en el ingreso bruto (V + P) puede aumentar sin un aumento conco-

⁴¹ Carlos Marx. *El capital*, t. II, p. 312.

mitante en la parte de esta masa destinada al capital variable. Esta última puede inclusive hacerse más pequeña. En este caso es más lo consumido como ingresos por los capitalistas, propietarios, sus dependientes, las clases, el estado, la clase de los intermediarios, etcétera.⁴²

En síntesis, no hay en Marx una teoría de las crisis basada en el subconsumo de las masas. La contradicción entre la capacidad de producir y la capacidad de consumir es considerada por él en su sentido más amplio, es decir, tomando el consumo *final* y el consumo *productivo* en su conjunto. La contradicción producción-consumo es una contradicción importante, pero secundaria y determinada.⁴³ Si el problema del subconsumo no se restringe al consumo de los trabajadores, sino se extiende —y no puede ser de otra manera— al consumo de medios de producción y fuerza de trabajo, inmediatamente tienen que entrar en consideración elementos ligados al nivel de la tasa de ganancia. Para Marx, la contradicción fundamental de la

⁴² Carlos Marx. "Historia crítica de las teorías de la plusvalía". Citado en Paul M. Sweezy. *Teoría del desarrollo capitalista*. Fondo de Cultura Económica, México, p. 312.

⁴³ "La producción —afirma Marx— es inmediatamente consumo, el consumo es inmediatamente producción. Cada uno es inmediatamente su opuesto. Pero al mismo tiempo tiene lugar un movimiento mediador entre los dos. La producción es mediador del consumo, cuyos materiales crea y sin los cuales a éste le faltaría el objeto. Pero el consumo es también mediador de la producción, en cuanto crea para los productos el sujeto para el cual ellos son producto... El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, sino que constituyen las articulaciones de una totalidad, diferenciaciones dentro de una unidad... se comprende que el intercambio y el consumo no pueden ser lo trascendente... Una producción determinada, por lo tanto, determina un consumo, una distribución, un intercambio determinados y relaciones recíprocas determinadas, en determinados momentos". Carlos Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. Tomo I, Siglo Veintiuno editores, México, 1972, p. 11 y 20. (Se agregaron cursivas).

acumulación capitalista es la ley de tendencia descendente de la tasa de ganancia. No deja de ser extraño que los teóricos subconsumistas siempre empeñados en ganar a Marx para su causa, dejen de lado esta tajante afirmación de los *Grundrisse*:

Es ésta (la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia) en todo respecto, la ley *más importante* de la moderna economía política y la esencial para comprender las relaciones más dificultosas. Es desde el punto de vista histórico la ley *más importante*.⁴⁴

En cuanto a la afirmación de que “las decisiones fatales de invertir” ya no las toman los capitalistas sino los directores de los grandes consorcios y el objetivo principal, ya no es la maximización de las ganancias, hemos señalado arriba que la separación entre la propiedad y el control es solamente parte del proceso de la división técnica del trabajo y no altera las motivaciones básicas del sistema. Aunque los directivos de las empresas monopolistas tengan presentes otros objetivos como el crecimiento a largo plazo de las empresas, dichos objetivos están relacionados y condicionados por el móvil fundamental del modo de producción capitalista: la obtención de la máxima ganancia.

Respecto al importante papel que en la fase del capitalismo monopolista de estado asume el estado en el proceso de acumulación de capital y, por tanto, en la reproducción de las relaciones sociales de producción, Strachey omite totalmente el hecho de que el auge de la posguerra se logró en gran medida al precio de la exacerbación de la «irracionalidad» del sistema mediante todo tipo de gastos improductivos, principalmente militares. Por otra parte, si bien el tránsito del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de estado permitió al sistema suavizar temporalmente las contradicciones objetivas del modo de producción, se ha convertido, finalmente, en una de las causas

⁴⁴ Carlos Marx. *Ibid.* Tomo II, p. 281.

principales de la crisis actual, que comienza a fines de la década de los sesenta. No sólo la contradicción fundamental de la acumulación —la ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia— se ha manifestado de nuevo con todo vigor, sino que han surgido nuevas contradicciones antes desconocidas por el capitalismo, como la inflación *crónica*.

La época en que fue escrito el libro de Strachey era apropiada para que los defensores del capitalismo pudieran mostrarse optimistas sobre el desenvolvimiento futuro del sistema. Pero no es éste el caso de los tiempos actuales de crisis. Para las chácharas de Mr. Strachey acerca de un capitalismo sin crisis, sigue siendo válido lo que decía Marx refiriéndose a los economistas «vulgares» de su tiempo:

la repetición periódica de las crisis ha rebajado las necedades de Say y otros al rango de una fraseología buena para ser usada en tiempo de prosperidad, pero inservible en épocas de crisis.⁴⁵

El imperialismo se evapora

El fin del imperio (1959) es la culminación del rompimiento de Strachey con el marxismo. Su libro, que toma como base las tesis centrales de *El capitalismo contemporáneo*, tiene como objetivo demostrar que el capitalismo de nuestros días está dejando de ser y en algunos casos concretos, como Inglaterra, ha dejado ya de ser imperialista.

Todo parte de su propia definición de imperialismo. Vimos ya que en *El capitalismo contemporáneo* rechaza toda posibilidad de llamar imperialismo a la «última etapa del capitalismo».⁴⁶ El imperialismo existe en todas las

⁴⁵ Carlos Marx. *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Tomo II, Ediciones Venceremos. La Habana 1965. p. 31.

⁴⁶ Véanse notas 16 y 17.

épocas del desarrollo de la sociedad humana, expresa Strachey desde el prólogo:

...por imperialismo entiendo el proceso por el cual pueblos o naciones conquistan, someten y luego dominan permanentemente (ya sea de *jure* o de *facto*) a otros pueblos o naciones. Entiendo por imperio la situación que de esta manera se establece.⁴⁷

En la definición de Strachey, el imperialismo deja de ser la fase monopolista del capitalismo para convertirse en la política de dominación ejercida por un pueblo sobre otro. De esta forma, considera imperialista lo mismo a la Roma de la esclavitud que a las potencias coloniales del mercantilismo (España, Portugal, etcétera) o a lo que él llama «los imperios capitalistas plenamente desarrollados» de nuestros días. Incluso, habla de los imperios soviético y chino, dando así, los fundamentos de la «teoría» de los dos imperialismos, tan en boga en la verborrea «tercermundista» de nuestros días.

No se conforma solamente con despojar a la categoría imperialismo de su *especificidad histórica*, olvidando, como decía Bujarin, que “el imperialismo es una política de conquista, pero no toda política de conquista es imperialismo”,⁴⁸ sino que, en su explicación del «imperialismo moderno» se ve nuevamente impulsado a recurrir a su acostumbrado «método» de la tergiversación. Ahora su víctima es Lenin y el truco consiste en equipararlo con Hobson y en ignorar las diferencias radicales que existen entre el análisis importante y precursor de éste pero insuficiente e incorrecto y el análisis *científico* de Lenin.

Hobson creía que el afán de las naciones capitalistas más desarrolladas por apoderarse del mundo obedecía a que el bajo nivel de consumo de las masas era una traba para la

⁴⁷ John Strachey. *El fin del imperio*, p. 7.

⁴⁸ Nicolás I. Bujarin. *El imperialismo y la economía mundial*. Cuadernos de Pasado y Presente, Núm. 21 Córdoba, 1971, p. 145.

realización del producto en el mercado interior. Este obstáculo las impulsaba a la conquista de mercados exteriores y, por tanto, a la dominación imperialista de otros territorios.

Según Strachey, este enfoque del fenómeno imperialista es compartido por Lenin. Sin aportar ahora siquiera una cita, dice que

éste consideró que los capitalismo se habían vuelto imperialistas, esencialmente, en razón de su inherente incapacidad de colocar lucrativamente sus productos en el interior del país capitalista.⁴⁹

Strachey cree que esta situación ya no se presenta en la actualidad. Como el capitalismo se ha «transformado» y logrado elevar el nivel de vida de las masas, se está produciendo un proceso de «desimperialismo» que vuelve innecesario la posesión de colonias, ya que ahora el desarrollo del capitalismo puede descansar en el mercado interno. Si los «imperios capitalistas»

pueden modificarse, como algunos de ellos lo han hecho durante los últimos 25 años ... entonces se tornan capaces de vivir y comerciar con gran éxito, con países a los que no intentan conquistar. La prueba de esto es que sociedades capitalistas altamente desarrolladas, como la de Inglaterra, en los últimos catorce años se han desprendido de lo que es, con mucho, la mayor parte de sus imperios, y al mismo tiempo han elevado realmente el nivel de vida de sus poblaciones en grado notable.⁵⁰

Así pues —concluye— el error de Lenin no fue el de haber inventado un dilema para el capitalismo que en realidad no existía. No cabe duda que había tal dilema. Lo que no supo ver es que había una salida, que no fuese el imperialismo, que consistía en la elevación adecuada y sostenida del consumo de las

⁴⁹ John Strachey. *El fin del imperio*, p. 118.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 389.

nueve décimas partes no capitalistas de la población... Lenin fue hijo de su tiempo. Su 'modelo' no era de ninguna manera irrealista, por lo que respecta a la Inglaterra de 1900-14, en la que vivió durante un tiempo y a la que estudió intensamente. Por desgracia, generalizó el pasajero equilibrio de fuerzas sociales de la Inglaterra eduardiana hasta concertirlo en una ley rígida aplicable a todos los capitalismo modernos, de todos los tiempos y lugares.⁵¹

En síntesis, para Strachey el análisis de Lenin es válido solamente para el capitalismo de comienzos de siglo pero no para el actual. Sin quererlo ni buscarlo, los principales países capitalistas han encontrado, a través de la lucha democrática de las masas, la fórmula mágica con la cual contrarrestar la tendencia a la pauperización, resolver los problemas de subconsumo, volver ociosa la posesión de colonias y hacer desaparecer el imperialismo. Todo sería perfecto si no estuviera fundado en una mistificación de la teoría leninista y de la realidad misma.

La teoría del imperialismo de Lenin es todo, menos una teoría basada en el subconsumo de las masas. En ella, la exportación de capital y el reparto económico y territorial del mundo y, por tanto, el tránsito de la fase librecompetitiva a la fase imperialista, están determinados por el alto grado de concentración y centralización del capital alcanzado por el sistema capitalista.

...La transformación de la competencia en monopolios —afirma Lenin— constituye uno de los fenómenos más importantes —por no decir *el más importante*— de la economía del capitalismo de los últimos tiempos.⁵²

⁵¹ *Ibid.*, p. 133.

⁵² V. I. Lenin. "El imperialismo, fase superior del capitalismo" *Obras escogidas*, tomo 1, p. 700 (cursivas mías).

Los cinco rasgos fundamentales del imperialismo definidos por Lenin son fenómenos estrecha y dialécticamente vinculados. El fin del reparto territorial del mundo no se puede entender sin el reparto económico realizado por los monopolios; éste resulta del todo incomprensible si no se toma en cuenta la importancia que adquiere la exportación de capital en esta fase, y ésta, a su vez, requiere como prerrequisito de un cierto grado de monopolización de la banca y la industria. Por lo tanto, el factor que determina en última instancia todo el proceso y va a producir modificaciones importantes en el funcionamiento de las leyes generales del modo de producción capitalista es la elevada concentración y centralización del capital y la sustitución de la libre competencia por el dominio de los monopolios.

Es cierto que en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, al abordar el problema de la exportación de capital, Lenin incurre en el error de atribuirla, en una primera instancia, a la sobresaturación de capital. En efecto señala:

En el umbral del siglo xx asistimos a la formación de monopolios de otro género: primero, uniones monopolistas de capitales en todos los países de capitalismo desarrollado; segundo, situación monopolista de unos países ricos, en los cuales la acumulación de capital habría alcanzado proporciones gigantescas. Surgió un enorme exceso de capital en los países avanzados.⁵³

Sin embargo, a pesar de que coloca la sobresaturación de capital como elemento causal de la exportación de capital, en ningún momento atribuye ésta a la imposibilidad de realizar el producto por los bajos salarios de los trabajadores, sino a un conjunto de factores entre los que señala la necesidad de controlar las fuentes de materias

⁵³ V. I. Lenin. *El imperialismo fase...* Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1975, p. 77.

primas y la existencia en el exterior de tasas de ganancias más altas, salarios más bajos y mayor cantidad de tierras ociosas.

La exportación de capital, aunque influida por las contradicciones de la acumulación capitalista y la necesidad de contrarrestarlas, no está determinada por ellas. La acumulación de capital, en cuanto reproducción ampliada, necesita expandirse constantemente y no puede, por tanto, restringirse a un marco local, regional o nacional. En su polémica con los populistas rusos, Lenin lo señala claramente y, de paso, rechaza categóricamente cualquier interpretación subconsumista del desarrollo del mercado exterior.

La necesidad de mercado exterior para un país capitalista no se halla determinada en modo alguno por las leyes que rigen la realización del producto social (y en particular de la plusvalía), sino en primer lugar por el hecho de que el capitalismo sólo aparece como resultado de una circulación de mercancías muy desarrollada, que rebase las fronteras del estado. Por eso no es posible concebir una nación capitalista sin comercio exterior, ni tal nación capitalista ha existido nunca.⁵⁴

La formación de un mercado mundial de mercancías y capitales no es, pues, una consecuencia de problemas de subconsumo ni de la baja tendencial de la tasa de ganancia ni de cualquier otra explicación unilateral que se le quiera dar el problema, sino un rasgo de la producción capitalista que se consolida en la fase imperialista. El surgimiento de empresas monopolistas hace posible su operación a escala internacional y, a diferencia de lo que piensa Strachey, intensifica la exportación de capital y la dominación imperialistas, en vez de eliminarlas.⁵⁵

⁵⁴ V. I. Lenin. *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Editorial Progreso, Moscú, 1974, p. 52.

⁵⁵ Sobre los factores que impulsan a la exportación de capital,

Por otro lado, conviene señalar que Strachey deja totalmente de lado el hecho de que para hacer frente y «resolver» los problemas de realización —que insistimos, no se derivan de que los trabajadores reciban bajos salarios— el sistema más que recurrir a la elevación de los salarios reales o al mercado exterior, se ha basado en la exacerbación de toda clase de gastos improductivos, llevados a cabo por los monopolios y el estado (publicidad, gastos militares, etcétera).

Sin duda el punto más débil en la explicación de Strachey del fenómeno del imperialismo es el considerar como categorías equivalentes colonialismo e imperialismo. En su opinión, el imperialismo capitalista comenzó a desaparecer de la faz de la tierra con el proceso de descolonización que cobra vigor a partir de la segunda guerra mundial. Gracias a la elevación de los salarios reales de los trabajadores de los países imperialistas, la posesión de colonias deja de ser una necesidad del sistema, el imperialismo se evapora, y los imperialistas se convierten en dóciles corderos “capaces de vivir y comerciar, en gran éxito, con países a los que no intentan conquistar”.

Desde comienzos del siglo, Lenin y otros teóricos del imperialismo se dieron cuenta de que si bien el tránsito a la fase monopolista aceleraba enormemente las conquistas coloniales, la dominación imperialista se podía ejercer sobre países políticamente independientes. En el propio *Imperialismo, fase superior*, Lenin señala cómo la dependencia comercial y financiera se establece no sólo en las colonias sino también en las semicolonias y en los países políticamente independientes, como los de América Latina; incluso, se refiere al caso extremo de Portugal que era a la vez potencia colonial y país dominado por Inglaterra.

Los países africanos y asiáticos que lograron su independencia política con la aprobación de sus antiguos amos coloniales son todos ellos países dependientes del imperia-

véase el interesante artículo de Harry Magdof. “Imperialismo sin colonias”. *Ensayos sobre el Imperialismo*. México, Editorial Nuestro Tiempo.

lismo. La consolidación de los lazos de dependencia estructural entre las metrópolis imperialistas y el mundo subdesarrollado y el ascenso en éste de luchas de liberación nacional que en algunos casos han conducido a revoluciones socialistas triunfantes, han obligado a los países imperialistas a impulsar un proceso de descolonización, bajo su control y en su propio beneficio. El proceso de descolonización no significa el fin del imperialismo, sino sólomente una remodelación de la política imperialista. ¡Se ha eliminado la dominación *de jure*, señor Strachey, pero permanece férreamente la dominación de *facto*! Para decirlo con palabras de Magdoff:

Sería erróneo afirmar que el imperialismo moderno hubiera sido posible sin el colonialismo. Y sin embargo, el fin del colonialismo no implica de ninguna manera, el fin del imperialismo. La explicación de esta aparente paradoja, es que el colonialismo, considerado como la aplicación directa de la fuerza militar y política era esencial para remodelar las instituciones sociales y económicas de muchas naciones dependientes en vista de las necesidades de los centros metropolitanos. Sin embargo, una vez alcanzada esta remodelación las fuerzas económicas —los precios internacionales, el mercado y los sistemas financieros— fueron suficientes para perpetuar e inclusive intensificar las relaciones de dominio y explotación entre la nación madre y la colonia. En estas circunstancias, a la colonia se le podía garantizar la independencia política formal sin cambios esenciales, y sin estorbar muy seriamente los intereses que habían llevado originalmente a la conquista de la colonia.⁵⁶

La teoría leninista del imperialismo sigue siendo válida para explicar el imperialismo actual. Independientemente de algunas insuficiencias parciales de su análisis y de los cambios ocurridos en el sistema imperialista desde la

⁵⁶ Harry Magdoff. *Ibid.*

muerte de Lenin que sería un grave error menospreciar, los cinco rasgos fundamentales definidos por él siguen estando presentes: aunque bajo nuevas formas, continúa incontenible el avance del proceso de concentración y centralización del capital, el desarrollo del capital financiero y la exportación de capital; y se mantiene la lucha de los monopolios por repartirse el mercado internacional y de las potencias imperialistas por ampliar sus esferas de influencia.

La obsesión de Strachey por «demostrar» que el capitalismo puede contrarrestar permanentemente sus contradicciones y reformarse hasta convertirse en un sistema que beneficie a las masas y libere a los pueblos subdesarrollados del mundo, no es más que una deformación de la realidad. Si bien el sistema ha logrado en algunos periodos «suavizar» sus contradicciones objetivas, su desarrollo, en cuanto agudiza la contradicción fundamental apropiación privada-producción social, expresión capitalista de la contradicción relaciones de producción-fuerzas productivas, agrava los problemas de la acumulación capitalista y deja al descubierto el carácter históricamente transitorio del capitalismo. El imperialismo no sólo es la fase superior, sino también la fase última del modo de producción capitalista. Decía Lenin en 1917:

En realidad el imperialismo no reforma, *ni puede reformar*, el capitalismo de abajo arriba. El imperialismo complica y exacerba las contradicciones del capitalismo, «mezcla» los monopolios con la libre competencia, *pero no puede eliminar* el intercambio, el mercado, la competencia, las crisis, etcétera.

El imperialismo es el capitalismo caducante, pero no caduco; moribundo pero no muerto. La peculiaridad más esencial del imperialismo en general no son los monopolios puros, sino los monopolios junto con el intercambio, el mercado, la competencia y las crisis.⁵⁷

⁵⁷ V. I. Lenin. De los materiales sobre la revisión del programa del partido. *El imperialismo y los imperialistas*. Op. cit., p. 133.

El Estado y el dulce y pacífico tránsito al socialismo

Pocas cuestiones deslindan tan nítidamente las trincheras de la revolución y el reformismo como la del estado. La concepción de Strachey al respecto no deja dudas sobre cuál es la trinchera en la que presta sus servicios. Aunque acepta de mala gana la tesis marxista-leninista de que el estado capitalista es un instrumento de la burguesía, llega a la conclusión de que eso fue cierto hasta el momento en que el proletariado comenzó a conquistar el poder político en el seno mismo de las sociedades capitalistas desarrolladas.

...lo que nunca tomó en cuenta Marx —y menos todavía Lenin— fue la posibilidad de que los asalariados ejercieran una influencia y poder siempre crecientes a través de las instituciones democráticas... poder que representa cada vez más dominio sobre el estado. Si es posible semejante desplazamiento o transferencia de poder de una clase a otra, es evidente dentro de la propia definición de Marx —que el estado debe dejar de ser el instrumento exclusivo de la burguesía y empezar a transformarse primero en un instrumento que se disputan las clases rivales y, finalmente —cuando los asalariados consolidan su poder político, si es que lo consiguen—, es un instrumento propio de los asalariados.⁵⁸

En su opinión, este proceso de transferencia gradual y pacífica del poder se está dando en Inglaterra, pero también en Estados Unidos y otros países de Europa occidental; la influencia del proletariado inglés en el estado es tan acentuada que:

ya no corresponde a la realidad definir al estado como un instrumento exclusivo de la burguesía británica. Por supuesto, las influencias burguesas sobre

⁵⁸ John Strachey. *El Capitalismo...*, p. 11.

el estado son aún poderosas, y en algunos casos particulares demuestran seguir siendo decisivas. Pero en otros ya no sucede así: actualmente puede observarse con mucha frecuencia que el estado británico en su política impositiva, en el control sobre la industria y en su política de gastos en servicios sociales actúa evidentemente a favor de los intereses de los asalariados y no de la burguesía.⁵⁹

En la «última etapa» del capitalismo, afirma, se produce una suerte de contradicción entre la «democracia» —que Strachey la entiende como “las genuinas elecciones libres, mediante el sufragio universal... [los] sindicatos y sociedades cooperativas cada vez más eficaces y también... la libertad de expresión, de reunión y el gobierno de las leyes”,⁶⁰— y la tendencia objetiva a la monopolización económica. La acción de la «democracia», conduce a la difusión del poder político y al traspaso gradual de éste a los trabajadores, mientras que el desarrollo de los oligopolios, por el contrario, centraliza el poder económico. La situación de los países desarrollados «democráticos», entonces, es una en la que el poder económico de la burguesía se encuentra separado del poder político o al menos no lo controla totalmente, porque la democracia se ha encargado de entregar al proletariado, carente de poder económico, parcelas crecientes de poder político. ¡Cualquier semejanza con las tesis del PRI mexicano es mera coincidencia!

Así, la alternativa futura del capitalismo es democracia o totalitarismo. Todo depende de qué fuerzas políticas pesen más: la de la burguesía o la de los trabajadores.

...el proceso es enormemente complejo y prolongado. No procede en forma sostenida y regular. Algunas veces la burguesía recupera algún terreno, y otros el proceso se acelera. Pero a través de la década, la

⁵⁹ *Ibid.*, p. 11.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 10.

transferencia progresiva del poder (a los asalariados) es, en mi opinión, un hecho inequívoco”.⁶¹

Aunque la lucha por la democracia representativa se enfrenta a la tenaz resistencia de los oligopolios, llevará lenta, gradual pero firmemente al socialismo, a un «socialismo democrático» diferente al «totalitarismo de los países comunistas» que concilie la propiedad social con las libertades individuales.

no hay que dudar —concluye Strachey— que la democracia, *si puede conservarse a sí misma*, transformará de hecho el capitalismo de la última etapa hasta hacerlo desaparecer de la existencia.⁶²

En primer lugar, es necesario señalar que el tránsito del capitalismo de la fase de la libre competencia al imperialismo, lejos de conducir a la democratización del poder político refuerza su carácter de clase. En el terreno de la estructura social, el proceso de concentración y centralización del capital significa el traslado del poder de la burguesía en su conjunto a la oligarquía financiera, su estrato dominante. En la fase imperialista se refuerza y se ensanchan enormemente los aparatos ideológicos y represivos del estado, debido principalmente a la agudización de la lucha de clases y las contradicciones del capitalismo; la exacerbación de las pugnas interimperialistas, la necesidad de mantener bajo su control a los pueblos subdesarrollados del mundo; y, a partir de 1917 con el triunfo de la revolución bolchevique, por la influencia decisiva que ejerce el surgimiento y desarrollo de la contradicción capitalismo-socialismo.⁶³ El desarrollo del imperialismo, la conversión

⁶¹ *Ibid.*, p. 13.

⁶² *Ibid.*, p. 270.

⁶³ “... el imperialismo —decía Lenin—, la época del capital bancario, la época de los gigantescos monopolios capitalistas, la época de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado, revela un extraordinario fortalecimiento de la

del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de estado, la fusión de los monopolios privados y el estado en un *mecanismo único* y el rol decisivo que juega éste en el proceso de acumulación de capital, no significan que la oligarquía pierda el poder político. Por el contrario, el capitalismo monopolista de estado expresa la *necesidad* y la *capacidad* de la oligarquía de usar el aparato estatal para sus propios fines y, principalmente, para asegurar la reproducción de las relaciones de producción.

No hay, como piensa el señor Strachey, un proceso de separación del poder económico y del poder político ni éste está pasando a manos de los trabajadores. El que los estados capitalistas, impelidos por la lucha de clases y por el mejoramiento en los niveles de vida de los trabajadores de los países socialistas, lleven a cabo un conjunto de medidas que benefician a las masas no modifica en lo más mínimo su carácter burgués. Con el fin de asegurar su dominación política y reproducir las relaciones sociales de explotación asalariada, legitimarse ante todas las clases de la sociedad y *aparecer* como un poder neutro situado por encima de ellas, la clase dominante se ve en la necesidad de ofrecer ciertas concesiones a las masas e incluso de llevar a cabo, cuando la situación económica o política lo permita y reclame, medidas que afecten a la propia burguesía.

Lo que Strachey entiende como “transferencia del poder de una clase a otra”, no es más que la expresión de la *autonomía relativa* del estado. Como todos los niveles de la superestructura, el estado mantiene una independencia relativa respecto de la base económica.⁶⁴ La autonomía rela-

‘máquina del Estado’ un desarrollo inaudito de su aparato burocrático y militar, en relación con el aumento de la represión contra el proletariado, así en los países monárquicos como en los países republicanos más libres”. V. I. Lenin, *El Estado y la revolución*. Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1968, p. 39.

⁶⁴ En una carta de 1890 dirigida a Bloch, Engels señalaba la relación dialéctica *base económica-superestructura-base económica* y cerraba el paso a los ataques al marxismo que lo acusaban de

tiva del estado es una autonomía *funcional* no de clase; tiene que ver con la necesidad del estado de actuar en términos de los intereses, no de burgueses u oligarcas particulares, sino de *la clase* en su conjunto. Esta autonomía es, por tanto, origen de desacuerdos y fricciones en el seno de la clase dominante, que *aparecen* muchas veces como contradicciones entre la burguesía y el estado.

Por otra parte, su concepto de democracia es una visión siglodieciochesca del problema, comprensible para gritarse en la Bastilla en 1789 pero totalmente inadecuada para explicar el sistema político del capitalismo actual. Strachey hace equivalentes los conceptos democracia y libertad. En realidad, cualquier tipo de democracia es la negación de la libertad e implica la dictadura: la democracia burguesa es la dictadura de la minoría sobre la mayoría; la democracia proletaria, dictadura de la mayoría sobre la minoría. La libertad sólo es posible en una sociedad comunista altamente desarrollada en la que las clases sociales hayan desaparecido.

Por lo común —decía Lenin— se considera que los conceptos ‘libertad’ y ‘democracia’ son idénticos y se les emplea con frecuencia el uno en lugar del otro. Con mucha frecuencia los marxistas vulgares [con

mecanicista. “Según la concepción materialista de la historia —decía— el elemento determinante de la historia es *en última instancia* la producción y reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto; por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es el *único* determinante, lo transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda. La situación económica es la base, pero las diversas partes de la superestructura —las formas políticas de la lucha de clases y sus consecuencias, las constituciones establecidas por la clase victoriosa después de ganar la batalla, etc., las formas jurídicas, filosóficas, ideas religiosas y su desarrollo ulterior hasta convertirse en sistemas de dogmas— también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas y en muchos casos preponderan en la determinación de su forma.” *Correspondencia completa de C. Marx-F. Engels*. Tomo II. Editor Rojo. Bogotá, 1973, pp. 486-487.

Kautsky, Plejanov y Compañía al frente] razonan precisamente así: En realidad, la democracia excluye la libertad, la dialéctica [la marcha] del desarrollo es la siguiente: desde el absolutismo hacia la democracia burguesa, desde la democracia burguesa hacia la proletaria, desde la proletaria hacia ninguna.⁶⁵

Por amplio que sea el margen de acción que permita la democracia burguesa, la lucha de los trabajadores en los sindicatos, en las elecciones y en los parlamentos no puede conducir por sí misma gradualmente al socialismo. Como lo ha demostrado la experiencia de Chile, ninguna especificidad histórica ni tradición democrática pueden obviar el enfrentamiento violento entre la burguesía y el proletariado y la necesidad de sustituir la dictadura de la burguesía por la dictadura del proletariado. Al rechazar esta ley de la lucha de clases, Sir John Strachey pone en evidencia su inegable militancia revisionista y proporciona lineamientos teóricos invaluable para la política reformista de la socialdemocracia internacional, ahora emulada, por supuestas razones tácticas y gramaticales, por los partidos «eurocomunistas» de Francia, España e Italia.

⁶⁵ V. I. Lenin, *El marxismo y el estado*. Editorial Progreso, Moscú, p. 23.

EL CAPITALISMO OPULENTO DE JOHN KENNETH GALBRAITH*

ALONSO AGUILAR M.

1) *De Keynes a Galbraith*

En uno de los pasajes probablemente más citados de su famosa *Teoría general*, afirma Keynes que

...las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad el mundo está gobernado por poco más que esto. Los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto... [Los funcionarios públicos, los políticos y aún los agitadores —añade— suelen también aplicar ideas que no son las más novedosas]. Pero tarde o temprano, son las ideas y no los intereses creados las que presentan peligros, tanto para mal como para bien.¹

* Publicado originalmente en la revista *Problemas del Desarrollo* Núm. 1. México, IIEc, UNAM. Octubre-Diciembre, 1969. p. 113-140.

¹ J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. México, 1943, p. 367.

En el contexto de la *Teoría general* y aun de la filosofía económica keynesiana en su conjunto, tales afirmaciones no son sorprendentes. Corresponden a la postura idealista del autor y expresan su convicción de que son las ideas, no los hechos o los intereses antagónicos característicos de una sociedad de clases, el factor condicionante del progreso y el atraso económico. En el atribulado capitalismo de los años treinta tal era, además, la condición para sostener que no es el sistema el que funciona mal sino las viejas, anacrónicas ideas del *laissez-faire*, que inexplicablemente se habían conservado en la caja de herramientas de los economistas ortodoxos, sobre todo británicos, y que resultaban ya inservibles para un diagnóstico adecuado.

La profunda depresión que siguió al colapso de 1929, con sus millares de fábricas paradas, centenares de miles de toneladas de productos destruidos y millones de trabajadores sin empleo, no obedeció, según Lord Keynes, a contradicciones del sistema productivo sino más bien a las ideas erróneas hasta entonces prevalecientes. El origen del mal estaba en “los clásicos”.²

Desde los tiempos de Say y Ricardo los economistas clásicos han enseñado que la oferta crea su propia demanda... [es decir] que el total de los costos de producción debe necesariamente gastarse por completo, directa o indirectamente, en comprar los productos.³

Y aunque “es verdad que Malthus se opuso con vehemencia a la doctrina de Ricardo...”, como no pudo explicar... cómo y por qué la demanda efectiva

² Con esta expresión Keynes designa, tanto a los economistas ingleses que postulaban la teoría objetiva del valor, como a Juan Bautista Say, Stuart Mill y sus continuadores, y aun a los economistas neoclásicos británicos de fines del siglo XIX y primer tercio del XX —digamos de Marshall al profesor Pigou—, no obstante que, en más de un aspecto fundamental, sus posiciones no sólo fueron diferentes sino opuestas a las de los clásicos.

³ J. M. Keynes, *Teoría general*..., p. 31.

podría ser deficiente o excesiva... Ricardo conquistó a Inglaterra de una manera tan cabal como la Santa Inquisición a España... El gran enigma de la demanda efectiva... se desvaneció de la literatura económica... [y] sólo pudo vivir furtivamente disfrazada en las regiones del bajo mundo de Carlos Marx, Silvio Gessel y el mayor Douglas".⁴

Keynes no se interesó en indagar por qué, después de un siglo de fluctuaciones cíclicas en la economía británica y de casi siete décadas de crecientes y cada vez más graves desajustes económicos en Europa y Estados Unidos, ciertos economistas siguieron sosteniendo que el desempleo sólo podía surgir excepcional, transitoria y parcialmente, en tanto el propio mecanismo autorregulador del mercado se encargaba de restablecer el equilibrio a través de la competencia. Se limitó a calificar a tales economistas de "cándidos" "...que predicán que todo pasa del mejor modo en el más perfecto posible de los mundos, a condición de que dejemos las cosas en libertad..."⁵ Descartó la posibilidad de que tal actitud expresara más malicia que candidez; divorció las ideas de los intereses creados y ni siquiera se acercó —a la manera en que Marshall aconsejaba a los jóvenes economistas de su tiempo recorrer los barrios obreros— al "bajo mundo" de Marx, sin dar a éste el crédito académico obligado y aun aludiendo desdeñosamente a su obra, Keynes tomó de varios economistas los elementos principales de su crítica a la ley de Say, por lo que ésta no fue, ciertamente, original.⁶ Malthus y Sismondi la habían hecho un siglo atrás y, años después, Marx la redondearía y llevaría más allá de una versión meramente

⁴ *Ibid.*, p. 43.

⁵ *Ibid.*, p. 44.

⁶ A pesar de ello, con frecuencia se subraya la importancia de tal crítica, afirmándose que "Keynes destruyó, y casi sin dejar huella, las conclusiones que habían sido derivadas de la Ley de Say." Galbraith, *El capitalismo americano*, Barcelona, 1956.

infraconsumista, en el primer intento de la economía moderna para explicar científicamente las crisis económicas.⁷

Keynes sabía que su crítica a “los clásicos” no era especialmente novedosa; pero sabía también que cumplía el propósito de exonerar al capitalismo de sus fallas más graves y, en un momento álgido, de desviar la atención pública hacia una víctima inocente. Negar la depresión después de la crisis del 29 habría sido insensato: sólo podía

⁷ “La concepción del insulso Say —escribió Marx—, adoptada por Ricardo pero originada en realidad de Mill... según la cual no puede existir sobreproducción o, por lo menos, no puede existir un abarrotamiento (*glut*) general del mercado, obedeciendo a la idea de que se cambian productos por productos, o, para decirlo con las palabras de James Mill, a la idea de que existe un «equilibrio metafísico entre vendedores y compradores», idea que fue desarrollándose hasta desembocar en la tesis de... la identidad de la oferta y la demanda...” (p. 484) “Es cierto —agrega Marx— que Ricardo, personalmente, no tenía, en rigor, conocimiento de lo que eran las crisis, las crisis generales, las crisis del mercado mundial nacidas del propio proceso de producción... (p. 488) “Los fenómenos históricos posteriores, especialmente la periodicidad casi regular de las crisis... ya no permitieron a los sucesores de Ricardo seguir negando los hechos o interpretarlos como hechos puramente fortuitos...” (p. 489) “La repetición periódica de las crisis ha rebajado las necesidades de Say y otros al rango de una fraseología buena para ser usada en tiempos de prosperidad, pero inservible en épocas de crisis...” (p. 49). Y yendo a la fuente de las contradicciones de una economía de mercado, indica el propio autor: “la apologética se empeña en falsear las relaciones económicas más simples, y especialmente en sostener la unidad frente a la contradicción...” “No, nos dice el apologeta de la economía, las crisis no pueden producirse, precisamente, porque existe esta unidad. Lo que, a su vez, equivale a sostener... que la unidad de factores contrapuestos excluye la contradicción...” ((p. 491 y 492) “Por este camino es como se descartan discursivamente las crisis: olvidando o negando las premisas primordiales de la producción capitalista, la existencia del producto como mercancía, el desdoblamiento de ésta en mercancía y dinero, las fases de la separación en el cambio de las mercancías que de aquél se deriva y, finalmente, la relación entre el dinero o la mercancía y el trabajo asalariado”. Por eso consideraba Marx que tales ideas eran “...buenas para un Say, pero indignas de un Ricardo” (p. 494). Carlos Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, tomo II, México, 1944.

haberse hecho con riesgo de convertir el descontento de las masas en una posible explosión revolucionaria. Postular ante millones de obreros que llevaban años sin encontrar trabajo que el “desempleo involuntario” era imposible, exigía divorciarse de la realidad incluso más allá de lo que un economista burgués puede darse el lujo de hacer. Lo mejor era reconocer la realidad y la necesidad de enfrentarse a ella; y para no lesionar a la clase dominante, en vez de asociar la crisis y la depresión al capitalismo —término al que, por cierto, sólo hace Keynes alguna referencia incidental en las trescientas y pico de apretadas páginas de su *Teoría*—, nada mejor que culpar a alguno de esos economistas difuntos cuyas ideas suelen convertirse en una intolerable esclavitud. Libre ya del dogma “clásico” podría explicar teóricamente el subempleo de los recursos como algo “normal” y, a partir principalmente de la experiencia del *New Deal* y de la agresiva política de gasto militar que el nazismo alemán pondría en marcha desde 1933, y sobre todo desde 1936, instrumentar la política económica que, primero para combatir la depresión y más tarde para mantener un alto nivel de ingreso y ocupación, se tendería a adoptar en casi todos los países capitalistas y especialmente en los más industrializados.

La influencia de Keynes a partir de la publicación de su principal obra fue indudablemente grande; lo que, por cierto, él ya anticipaba: “Creo que estoy escribiendo —decía en una carta a Bernard Shaw— un libro sobre teoría económica que revolucionará en gran manera... —en el curso de los próximos diez años— la visión que el mundo tiene de los problemas económicos”.⁸

Y aunque el planteamiento teórico de Keynes nunca pasó de una revolución palaciega, al pronunciarse contra ciertos valores tradicionalmente aceptados por la burguesía

⁸ *Cit.* por J. K. Galbraith, *ob. cit.*, Y en la misma carta anunciaba que “los cimientos ricardianos del marxismo serán barridos”, sin reparar en que, como lo comprueba la nota anterior (7), el primero en criticar severamente a Ricardo por aceptar la ley de Say había sido el propio Marx.

británica —como por ejemplo el ahorro y la supuesta virtud de la frugalidad, la tendencia del sistema al equilibrio y al pleno empleo de los recursos productivos y las teorías más socorridas del dinero, la ocupación, el ciclo económico, el estado y el comercio exterior—, concitó de momento la reserva y aún la desconfianza de ciertos grupos.

La economía teórica inglesa había caído a menudo en abstracciones y formalizaciones tan distintas de los problemas y procesos económicos reales, siempre dinámicos y contradictorias, que el *élan* renovador del keynesismo fue acogido con simpatía por los jóvenes liberales y, en general, por quienes comprendían que los rígidos esquemas neoclásicos no podían explicar y menos aún contribuir a resolver los problemas que la depresión había hecho aflorar dramáticamente. Mas al comprobar los conservadores que la *nueva economía* y la política económica basada en ella no sólo no afectaba sino que incluso era benéfica a sus intereses,⁹ empezaron a volverse keynesianos, y desde el profesor Pigou,¹⁰ que había sido tan criticado por el autor de la *Teoría*, hasta el general Eisenhower, a quien los republicanos de Estados Unidos veían como un celoso y enérgico guardián de la tradición, acabaron por reconocer las virtudes de la nueva doctrina y del papel que la misma asignaba al Estado.¹¹ En manos de los defensores del es-

⁹ Véase: J. K. Galbraith, *The affluent society*, Boston, 1958, pp. 190-191.

¹⁰ El profesor Pigou, quien durante algún tiempo fue un severo crítico de Keynes, hacia el año cincuenta expresó que la concepción fundamental de Keynes, resumida en su teoría de la ocupación (capítulo 18), entraña una "...muy importante contribución... al análisis económico...". A. C. Pigou, *Keynes's general theory*, Londres, 1959, p. 20.

¹¹ "El gobierno —informaba Eisenhower al Congreso de su país en 1954— debe emplear su vasto poder para ayudar a mantener el nivel de ocupación y el poder adquisitivo, así como para mantener precios adecuadamente estables..." Y añadía: "...no se trata de una responsabilidad que se presente ocasionalmente, sino que es constante..." Cit. por J. K. Galbraith, en *La economía y el arte de la controversia*, Barcelona, 1960.

tablishment, el keynesismo se convirtió rápidamente en la nueva ortodoxia,¹² y la idea de mantener un alto nivel de empleo y producción a través de medidas monetarias y fiscales llegó a ser un lugar común entre economistas y aun entre modestos funcionarios y empleados públicos. Insensiblemente, a la vez, el tenue aspecto crítico de la doctrina keynesiana se fue desdibujando: el “control social” de la inversión nunca llegó a establecerse, los rentistas sobrevivieron a la eutanasia con que piadosamente se les ane-nazaba, los capitalistas no se conformaron con “tiranizar” los saldos de sus cuentas bancarias sino que extendieron sus dominios y esferas de influencia y su política de explotación dentro y fuera de sus países.¹³ Y, mientras todo ello ocurría al lado, e incluso dentro de la propia corriente keynesiana, en pleno auge de los monopolios las formulaciones neoclásicas vuelven a ponerse de moda, surge la vieja economía subjetiva y se reivindica sospechosamente la maltrecha soberanía del consumidor.

En ese ambiente y en tal perspectiva, entre ideas viejas, intereses creados y nuevas inquietudes juveniles en los países “neocapitalistas”, surge y se desenvuelve el pensamiento económico del profesor John, Kenneth Galbraith, en parte como un desarrollo natural del keynesismo y en ciertos aspectos como expresión de otro momento en la vida del sistema, de un momento en que muchos de los tonos sombríos de la época de Keynes se han tornado aparentemente alegres, en que el capitalismo parece haberse librado de la amenaza de la depresión para caer en la inflación crónica y en que una nueva realidad reclama, como treinta años atrás, que algún economista oficial se percate de ella y trate de explicarla con un mínimo de racionalidad.

¹² Ya en 1944, año en que por cierto las fórmulas propuestas por Keynes fueron incorporadas al “Libro Blanco” en que se bosquejaba la política económica que Inglaterra adoptaría en la posguerra, una revista financiera de ese propio país decía: “Actualmente, todos somos keynesianos”. *The Banker*, diciembre de 1944, p. 107.

¹³ Véase: J. M. Keynes, *ob. cit.*, p. 359.

2) *Crítica a la “sabiduría convencional”*

La obra de Galbraith es sin duda importante y digna de estudio. En el relativamente corto lapso de quince años publica siete libros de magnitud y alcance variables,¹⁴ a lo largo de los cuales va forjándose una teoría cuyos trazos finales se precisan en *El nuevo estado industrial*. La obra no es sólo significativa por su volumen sino porque tiene unidad, porque en ella se examinan cuestiones del mayor interés y porque, a diferencia de otros economistas, que paradójicamente emplean las palabras y a veces el lenguaje matemático para no entenderse con los demás, Galbraith escribe para ser comprendido. Y justo es reconocer que escribe bien y en no pocos pasajes con ingenio y lucidez. “La obscuridad —dice— acaso nunca denota complejidad de la materia central, y ciertamente nunca expresa superioridad académica. Lo que usualmente significa es, o inhabilidad para escribir en un inglés claro —y esto más a menudo— un pensamiento confuso e incompleto”.¹⁵ En un momento en que algunos economistas pretenden hacer de la economía algo incomprensible y de la incapacidad para razonar lógicamente una virtud académica, resulta oportuna una crítica tan autorizada como la de Galbraith y estimulante confirmar que, aun ciertos profesores de Harvard, pueden, si se lo proponen, decir cosas sensatas e inteligibles sobre problemas económicos reales.

Galbraith arranca, a la manera de Keynes, de una crítica a las ideas económicas dominantes en los círculos académicos anglosajones. Como su antecesor inglés repite las bien conocidas objeciones a la Ley de los Mercados de Say, pero va más lejos en el rechazo de lo que él llama la “sabiduría convencional”. La sabiduría convencional “. . . no es patrimonio exclusivo de ningún grupo político”.¹⁶ Es un

¹⁴ *American capitalism, The great crash, The affluent society, The liberal hour, Economics and the art of controversy, Economic development, y The new industrial state.*

¹⁵ J. K. Galbraith, *The new industrial state*, p. 411.

¹⁶ *The affluent society*, Boston, 1958, p. 9.

fenómeno que en parte se explica en virtud de la dificultad de comprobar los hechos sociales y de la posibilidad de que, dentro de ciertos límites, cada quien sostenga lo que le parezca aunque, a la postre, sea la propia realidad la que se encargue de exhibir la invigencia de tales ideas.¹⁷ Entre tanto, lo que importa es que éstas se acepten, que sugieran estabilidad, que se impongan sobre otras y que aun no siendo novedosas se difundan en los círculos más exclusivos. La sabiduría convencional es, en cierta medida, “un rito religioso, un acto de afirmación como leer las Escrituras o ir a la iglesia”.¹⁸ Convencional fue durante mucho tiempo defender el equilibrio presupuestal o la no intervención del estado en la economía, como lo es hoy el keynesismo, “cuya obsolescencia se halla en nuestros días bien avanzada”.¹⁹

La primera idea convencional de que debemos librarnos para entender lo que es hoy la economía norteamericana, es la que la competencia sigue funcionando a la manera clásica. El productor ya no vende a los precios que el mercado le fija. El papel y las formas que asume la competencia, han cambiado radicalmente, y la eficiencia del sistema —cualquiera que pueda ser— ya no es producto de la acción del viejo mecanismo coordinador que en otros tiempos fue el mercado. “...Una gran distancia separa el oligopolio de la competencia del modelo competitivo...” “Los precios ya no son una fuerza impersonal que elige el hombre eficiente, que lo compele a adoptar la forma y escala más eficientes de operaciones y que desbanca al ineficiente e incapaz”.²⁰ Todo esto, desde luego, no es

¹⁷ El hombre de sabiduría convencional —dice el autor con gracia— “se expone a ser devastado por los hechos. Pero para entonces puede ya haber muerto. Solamente la posteridad es injusta...” con él. “Y todo lo que hace la posteridad es enterrarlo en el olvido.” *Ibid.*, p. 19.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 7, 10, 11 y 13.

¹⁹ *Ibid.*, p. 18.

²⁰ *El capitalismo americano*, pp. 84 y 86. Sobre el planteamiento que al respecto hace el autor, véanse en particular, los capítulos II y IV.

nuevo; pero lo interesante es que un autor como Galbraith lo acepte.

La competencia de precios no es el único baluarte de la sabiduría convencional: otro es el logro de un alto nivel de producción. “Todo lo que incrementa el producto a partir de un volumen dado de recursos incrementa el bienestar”. De la producción dependen la estabilidad económica e inclusive política, el triunfo electoral y la seguridad militar, y por ello la producción —señala Galbraith— es el programa —y la nueva alquimia— de los liberales. En el marco de la ortodoxia keynesiana “lo que importa es producir. La cuestión del reparto del producto... es a todas luces secundaria”.²¹

Pero el “último reducto” de la sabiduría convencional es la teoría de la demanda del consumidor. Esta teoría descansa en dos pilares: 1) “. . . que la urgencia de las necesidades no disminuye apreciablemente en tanto más se satisfacen, pues a las necesidades físicas suceden los deseos psicológicos”, y 2) “que las necesidades se originan en la personalidad del consumidor y, en todo caso, son datos dados para el economista. . .”, al que sólo deben interesar “maximizar los bienes que satisfacen [tales] necesidades”.

En las palabras del profesor Samuelson “el consumidor es, por así decirlo, el rey. . .”,²² el motor del sistema, la entidad en la cual surgen las necesidades y desde la que, a través del mercado y los precios, se determina la forma en que ha de actuar el productor. La soberanía del consumidor es indiscutible, y sus deseos, por tanto, deben ser plenamente satisfechos, así sean caprichosos o extravagantes. Para lograr tal cosa nada mejor que distribuir el gasto de modo de que la utilidad marginal sea más o menos la misma en las diferentes alternativas,²³ y ase-

²¹ *The affluent society* . . . , pp. 141, 189 y 190.

²² *Cit.* por J. K. Galbraith, *The New Industrial State*.

²³ O como dice el profesor Samuelson: “cada artículo —digamos el azúcar— se consume hasta el punto en que la utilidad marginal de cada dólar «o centavo» que se gaste en él sea exactamente igual a la utilidad marginal de un dólar «o de un centavo que a su vez

gurar que, en respuesta a la libre elección del consumidor, se logre la mejor combinación de los recursos productivos.²⁴

La comparación del grado de urgencia de las satisfacciones marginales plantea tales problemas y resulta tan difícil de probar, que la sabiduría convencional vuelve a ese hecho —dice Galbraith— su mejor defensa. “Y sin embargo queda en pie una falla en la argumentación. Si las necesidades del individuo han de considerarse urgentes deben ser originales y responder a su iniciativa. La urgencia no existe si le son impuestas por otro. Y sobre todo no deben derivar del proceso de producción a través del cual se satisfacen”. En otras palabras: “no se puede postular que la producción satisface las necesidades si éstas son precisamente [creadas] por tal producción”.²⁵

Esto es lo que ocurre en una sociedad opulenta: “. . . las necesidades son crecientemente creadas por el proceso a través del cual se satisfacen. . .” hasta llegar a depender de los productores mismos, quienes activamente las estimulan por medio de la publicidad y una enorme organización de ventas, lo que provoca el llamado “efecto dependencia”. Las implicaciones teóricas de este hecho para la “economía del bienestar” son obvias: aun admitiendo que el “efecto dependencia” sólo opere en un sector de la economía —que en la práctica es por cierto fundamental— “dado que la demanda. . . no existiría de no ser creada, su utilidad o urgencia, de no mediar tal estímulo, sería igual a cero”. Es decir, “. . . si consideramos tal producción como marginal, podemos decir que la utilidad marginal de la producción total presente, ex publicidad y promoción de

se gaste en cualquier otro producto, por ejemplo sal». . . Paul A. Samuelson, *Economics*, cit., por J. K. Galbraith en *The new industrial state*, p. 223.

²⁴ Al respecto, Galbraith recuerda que, en la teoría tradicional, se llega a la conclusión de que “. . . la asignación óptima de los factores resulta de que la interferencia con el mercado sea mínima”. J. K. Galbraith. *Ibid.*, nota al pie de la página 58.

²⁵ J. K. Galbraith, *The affluent society*, pp. 152-153,

ventas, es cero".²⁶ Lo que en otras palabras significa que el comportamiento del consumidor no sólo es el eje o la guía del mercado y del sistema económico, sino que está sometido a tales presiones y puede llegar a ser tan ajeno a las necesidades propias de cada individuo, que más bien parecería exhibir "...las preferencias del Instructor"²⁷

No deja de ser desconcertante —como lo reconoce el profesor Galbraith— que en muchas escuelas de Economía sigan repitiéndose los viejos dogmas de la economía marginalista, mientras la realidad toma caminos diferentes y aun opuestos a los que supone la teoría. En ésta, como en otras cuestiones importantes, Galbraith deja atrás a Keynes, quien —como el lector recordará— más que objetar el análisis "clásico" rechazaba los "supuestos tácticos" que le servían de base. Si aceptamos que "el volumen de la producción —pensaba, en efecto, Keynes— ... está determinado por fuerzas exteriores al esquema clásico... , no hay objeción que oponer contra su análisis de la manera en que el interés personal determinará lo que se produce, en qué proporciones se combinarán los factores de la producción con tal fin y cómo se distribuirá entre ellos el valor del producto final".²⁸

3) *La teoría de Galbraith*

Hasta aquí hemos recogido los principales elementos de la crítica del profesor Galbraith a la "sabiduría convencional", por lo que podemos ahora situar más fácilmente y sobre una mejor base su teoría del capitalismo industrial norteamericano.

La vida económica moderna —dice el autor— se caracteriza por el cambio. Sus manifestaciones son múltiples: una tecnología cada vez más compleja y eficiente, nuevas

²⁶ *Ibid.*, p. 160.

²⁷ J. K. Galbraith, *The new industrial state*, p. 224.

²⁸ J. M. Keynes, *Teoría general...*, p. 333.

formas de organización y dirección de la producción, dominio evidente de las grandes empresas, creciente intervención del estado en la economía, ausencia de depresiones cíclicas, expansión masiva de la publicidad y de los modernos sistemas de venta, debilitamiento de los sindicatos obreros y un rápido desarrollo de la educación superior. Para comprender el impacto de tales cambios es preciso examinarlos conjunta y no separadamente.

La nueva tecnología requiere un personal altamente capacitado y grandes inversiones de capital, que a su vez suponen extender el lapso que va desde que se proyecta hacer algo hasta que es posible venderlo. En tales cambios descansa la corporación, la que es necesaria para proveer el capital y el adiestramiento requeridos. Para disminuir los riesgos a niveles razonables, la corporación, con ayuda del estado, tiene que asegurar al máximo sus abastecimientos y regular la demanda de sus productos, sobre todo en una sociedad de afluencia económica en que el consumidor ha satisfecho sus necesidades básicas y goza, por ende, de mayor libertad para gastar el excedente. En tal sociedad el proceso económico ya no se desenvuelve bajo la acción del mercado. Como hemos visto, en vez de ser el consumidor quien, a través de tal mecanismo indique al productor lo que debe hacer, es éste el que, mediante un sistema de planificación, subordina al comprador a sus intereses. Esto no ocurre en todo el sistema, pero sí en sus sectores más importantes, o sea en aquellos en que, bajo la hegemonía de la gran corporación se combinan enormes masas de capital con las técnicas más avanzadas. Tales sectores simbolizan la nueva economía e incluso constituyen el "Sistema Industrial", el que, por su parte, es "el rasgo dominante del «Nuevo Estado Industrial»".

"Los imperativos de la tecnología y la organización, no el reflejo de la ideología, son los factores determinantes de la forma que asume la sociedad económica".²⁹ La tecnología, en particular, altera la duración e imprime mayor

²⁹ J. K. Galbraith, *The new industrial state*, p. 19.

inflexibilidad al proceso productivo, a la vez que origina una creciente necesidad de capital, de mano de obra especializada, de organización y planificación. Las exigencias tecnológicas obligan a la gran empresa incluso a “buscar la ayuda y la protección del Estado”.³⁰

“La planificación existe porque [el mecanismo de los precios]... ha dejado de ser confiable” y no constituye una guía adecuada. “El comportamiento del mercado debe [por ello] ser modificado con alguna dosis de planificación, y una “determinación autoritaria del precio”, lo que el “sistema industrial” logra principalmente a través de una acción estratégica sobre el mercado que supone la integración vertical, el control de los precios y aun de los volúmenes vendidos, así como la celebración de contratos a largo plazo entre productores y compradores que ayuden a contrarrestar la incertidumbre del mercado.”³¹

Lo que determina la necesidad de “precios estables y de una demanda asegurada” es la nueva tecnología y el capital que ésta requiere. Y lo mismo sucede con el tamaño de la empresa, pues una tecnología moderna obliga a una gran magnitud de planta. “El enemigo del mercado [en consecuencia], no es una ideología determinada sino el ingeniero”.³²

Para hacer grandes inversiones se necesitan ahorros cuantiosos. Bajo el “estado industrial” éstos tienden a ser abundantes; pero se requiere de la “planificación” para asegurar que se inviertan. Los ahorros no provienen ya de fuentes individuales sino de las grandes empresas. “Las decisiones que proveen a la comunidad de las tres cuartas partes de sus ahorros proceden... principalmente de los directores de unos cuantos cientos de corporaciones.” Las decisiones de inversión corresponden también a esas grandes empresas.³³ Y como el mercado no dispone de mecanismos

³⁰ *Ibid.*, p. 32.

³¹ *Ibid.*, pp. 34, 36, 38, 39 y 40.

³² *Ibid.*, p. 44.

³³ *Ibid.*, pp. 52 y 53. La creciente importancia del “ahorro de las empresas” y la práctica inexistencia de ahorros en la mayor

para coordinar las decisiones de quienes ahorran y quienes invierten, la intervención del Estado, destinada especialmente a evitar que el ahorro supere a la inversión, debe considerarse “una necesidad integral de la moderna planificación industrial”.³⁴

“En las últimas tres décadas...” el innegable poder de las corporaciones se “ha desplazado crecientemente de los propietarios a los directores...”,³⁵ por lo que la influencia de los accionistas es ya “un mito”. Así como en otra etapa el poder pasó de los terratenientes a los capitalistas, bajo el “sistema industrial” se ha trasladado de éstos a los administradores y técnicos, o sea a un “nuevo factor de producción” requerido por la tecnología moderna y la propia planificación”.³⁶

Galbraith designa a esa nueva organización, bajo cuyo control se hallan las grandes empresas y por consiguiente el sistema económico: la tecnoestructura. Consiste ésta en un equipo de directores, administradores y técnicos de alto nivel que operan con la mayor autonomía, y que a diferencia de los viejos empresarios recaban informaciones esenciales, proyectan, ejecutan y actúan colectivamente. La tecnoestructura está al frente de gigantes corporaciones cuya magnitud no obedece a factores económicos. “El tamaño de la *General Motors* —comenta el autor— está al servicio no del monopolio o de las economías de escala sino de la planificación. Y para esta planificación... no hay límite superior máximo que pueda considerarse el tamaño deseable. Podría ser que mientras fuese más grande resultara mejor...”³⁷ La libertad de la corporación se defiende como “un derecho sagrado” y la intervención del gobierno

parte de la población, aun en un país tan rico como Estados Unidos, pone, a propósito, en entredicho el concepto keynesiano de la función consumo y el valor real de una de las propensiones psicológicas fundamentales en su teoría de la ocupación.

³⁴ *Ibid.*, p. 54.

³⁵ *Ibid.*, pp. 60 y 61.

³⁶ *Ibid.*, pp. 65-70.

³⁷ *Ibid.*, pp. 87-88.

e incluso de los accionistas en sus asuntos internos” se considera perjudicial. El respeto a la autonomía de la corporación contribuye a que sus resultados sean más favorables.

En el sistema industrial existe una contradicción: las empresas pequeñas y medianas dependen del mercado y operan impulsadas por el móvil de lucro. La tecnoestructura, en cambio, descansa en la planificación, ‘por lo que ya no hay, *a priori*, una razón para creer que la “maximización de las ganancias deba ser objetivo” de la misma.³⁸ La “maximización de las utilidades entraña una contradicción sustancial: que quienes estén a cargo [de la corporación] renuncien a una retribución personal para incrementarla en favor de otros”. Todavía más, la tecnoestructura “limita el impulso personal hacia la ganancia”,³⁹ y sus miembros no obtienen lo que supuestamente deben maximizar. Por eso parece más razonable que lo que tiendan a lograr al máximo sea “el éxito en la organización”, sobre todo si se recuerda que la corporación “trasciende al mercado” y es “un instrumento de la planificación”.⁴⁰

¿Y si la corporación no busca ya la ganancia, cuál es su principal meta y cuáles sus nuevas motivaciones? Entre los complejos móviles de la tecnoestructura destacan la identificación y la adaptación, no la retribución económica. Los fines de la corporación reflejan los de la tecnoestructura y los intereses de la sociedad tienden a ser los de la corporación, la que esencialmente busca seguridad, autonomía, progreso técnico, mayor producción y una ganancia mínima, o cuando más, **satisfactoria**. La corporación tiene, por otra parte, que identificarse con intereses de la sociedad, tales como la libertad, la seguridad, el bienestar, el arte, etc.⁴¹

³⁸ *Ibid.*, p. 122.

³⁹ *Ibid.*, pp. 126 y 128.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 132 y 136.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 158, 171, 172 y 173. Una de las fallas a nuestro juicio más graves en la teoría de Galbraith consiste en que no advierte que lo que él considera “identificación y adaptación” no

Para alcanzar sus objetivos la corporación estrecha sus relaciones con el estado y éste se vuelve el eje de un vasto sector público, que si bien puede desagradar a ciertos empresarios es indispensable para asegurar la expansión del "sistema industrial". "Para la corporación madura —comenta Galbraith— [la intervención gubernamental no sólo no es perjudicial] sino que más bien refleja el acomodo del Estado a sus necesidades", un acomodo "altamente favorable" y que "si es accidental, [desde el punto de vista de dicha corporación] constituye una de las coyunturas circunstanciales más felices en la historia".⁴²

Bajo esa estrecha asociación no es extraño que la tecnoestructura concentre incluso un gran poder político y que sus decisiones ejerzan mucha influencia sobre las actividades económicas y sobre los programas militares, ya que "la planificación del sistema alcanza su fase más alta de des-

son a menudo otra cosa que formas peculiares de enajenación. El autor parece sugerir que la libertad política y la organización democrática supuestamente existentes en Estados Unidos impiden dicha enajenación. Pero surgen de inmediato varias dudas: ¿será cierto que en un sistema en el que, como el propio Galbraith lo demuestra, no existe ya la libertad económica, si existen, en cambio, la democracia y las garantías políticas de que se rodeó al ciudadano de la época del capitalismo competitivo? La segunda duda es aún más seria: el autor da la impresión de no comprender que la fuente de la enajenación no es, en última instancia, si existe o no tal o cual grado de libertad política sino si el hombre, como creador de riqueza, puede o no disponer de ella para satisfacer sus necesidades y organizar racionalmente su vida, o si ha de ser esclavo de esa riqueza y del orden social que se levanta sobre su propia explotación. Sólo así se puede entender al fenómeno de la enajenación y el código moral de los monopolios, en el que la ganancia se identifica arbitrariamente con la eficiencia, ésta con el bienestar, y el sometimiento a los intereses de la burguesía como la expresión más acabada del servicio a la patria. Resulta realmente increíble que una persona que admite que alrededor de la mitad de la producción norteamericana está en poder de unos cuantos cientos de empresas privadas, no comprenda la profunda enajenación que ese régimen de propiedad entraña y la que por sí sola está presente en el *slogan* aquel de "lo que es bueno para la *General Motors* lo es también para el país."

⁴² *Ibid.*, pp. 312 y 313.

arrollo en conjunción con la fabricación de armamentos modernos".⁴³ Para militarizar la economía se necesita, sin embargo, racionalizar de algún modo tan grave decisión. Y nada mejor que la "guerra fría". Durante dos décadas ésta ha sido —Galbraith lo admite— la justificación del militarismo norteamericano. "La incompatibilidad de los sistemas, y el evangelismo asociado a ello —afirma—, condujo directamente a la competencia militar". El comunismo amenaza la libertad individual y sobre tal base se levanta la consigna [típicamente macartista] de "*rather dead than red*".⁴⁴ Pero la prosperidad así conseguida entraña graves peligros. Y aunque Galbraith es consciente de que aumentar los gastos militares es más fácil que reducirlos y de que cualquier disminución severa "entraría agudamente en conflicto con el sistema industrial", considera que es preciso responder a "las necesidades tecnológicas y de planificación del sistema industrial por medios menos mortales que la competencia armamentista."⁴⁵

Otro peligro consiste en la inflación que resulta de una política expansiva, fuertemente deficitaria, de crecientes gastos militares y un sector en que todavía influyen las fuerzas del mercado. La idea de que para corregir la inflación basta producir más, es errónea, según Galbraith. La demanda misma se origina en la producción. Si ésta absorbe la capacidad existente al incrementarla requería mayor capacidad, y mientras es posible hacer frente al aumento de la demanda, "el esfuerzo para elevar la producción se torna un factor de presión adicional. . . que influye en el aumento inflacionario de los precios".⁴⁶

¿Y cómo hacer frente a los peligros que entraña el "sistema industrial"? ¿En qué dirección encaminar el esfuerzo renovador y a quién confiarlo? "El primer paso hacia la libertad consiste en conocer las fuerzas que a uno lo constri-

⁴³ *Ibid.*, p. 334.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 335-337.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 340 y 346.

⁴⁶ J. K. Galbraith, *The affluent society*, pp. 215 y 216.

ñen.”⁴⁷ ¿Debiera plantearse, entonces, a partir de aquí, si el capitalismo puede o no resolver los problemas fundamentales y ofrecer, por ejemplo, prosperidad para todos sin recurrir sistemáticamente al desperdicio y a cada vez mayores gastos militares? No; “el futuro del sistema industrial —nos dice el profesor Galbraith— no se discute, en parte por el poder que ejerce sobre las creencias y porque, tácitamente, ha logrado con éxito excluir la noción de que es un fenómeno transitorio, o lo que equivaldría a decir, imperfecto.”⁴⁸

En cuanto a la fuerza capaz de lograr un cambio el autor cree que es al “estrato educacional y científico al que debemos dirigirnos en busca de la iniciativa política necesaria”. La iniciativa no puede proceder del sistema industrial... ni vendrá de los sindicatos obreros...” “Se puede decir, sin embargo, con seguridad, que el futuro de... la sociedad moderna depende de la voluntad y efectividad con que la comunidad intelectual... y en particular el sector educativo y científico, asuma las responsabilidades de la acción y la dirección políticas”.⁴⁹

4) ¿Un capitalismo sin capitalistas?

La teoría del profesor Galbraith es indudablemente sugestiva. Su tono polémico, las justas críticas a ciertas posturas anacrónicas y la decisión y aun aparente audacia con que defiende sus ideas, le han permitido conquistar un sitio especial entre los economistas anglosajones. David McCord Wright lo ha señalado como “uno de los enemigos más efectivos del capitalismo y de la democracia”.⁵⁰ Arthur M. Schlesinger ha dicho que *El nuevo estado industrial* abre nuevas rutas. La *Saturday Review* considera que “no sólo desafía el pensamiento sobre nuestra manera de vivir,

⁴⁷ J. K. Galbraith, *The new industrial state*, p. 351.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 396.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 387 y 388.

⁵⁰ Cit. en la introducción a *El capitalismo americano*, p. 30.

sino nuestra propia manera de vivir”, y *The New York Times* lo ha calificado como un libro “controvertible... , obviamente importante... y revolucionario”.⁵¹ Uno de sus críticos, en cambio, sostiene que “Galbraith es un apóstol de lo que suele llamarse, principalmente en Europa, «neocapitalismo»...”,⁵² en tanto que otro piensa que su obra es una nueva demostración de las limitaciones “...de un tipo de liberalismo que constituye, no una alternativa, sino una variante del conservatismo que el profesor Galbraith pretende condenar”.⁵³

Acaso el mayor acierto del autor consiste en aceptar que la economía norteamericana de hoy está dominada por alrededor de 500 gigantescas corporaciones que contribuyen con cerca de la mitad de la producción total de bienes y servicios, lo que demuestra que el “sistema industrial” descansa en lo que él mismo llama “un puñado de vendedores”.⁵⁴ No menos razón le asiste al comentar que, no obstante tal hecho, todavía es común que “en la enseñanza y en la construcción de modelos teóricos se ignore a la corporación moderna”.⁵⁵ Y tanto más extraña resulta esa posición si se repara en que “la Economía, como disciplina, se ha acomodado creciente y sutilmente a los fines del Sistema Industrial...”.⁵⁶

A diferencia de lo que postulan los economistas neoclásicos, el predominio de las grandes empresas no constituye para Galbraith una interferencia artificial que altere, deforme o incluso haga imposible una adecuada asignación de los recursos, ni es tampoco un hecho transitorio o excep-

⁵¹ Las opiniones transcritas aparecen en la portada de la edición de *The new industrial state*, publicada en Nueva York por The New American Library.

⁵² Tom Kemp, en *Science and Society*, vol. XXIX, núm. 4, otoño de 1965.

⁵³ Ralph Milliband, “Professor Galbraith and American Capitalism”, en *The Socialist Register*, 1968, Nueva York, 1968.

⁵⁴ J. K. Galbraith, *The new industrial state*, pp. 14 y 190.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 132.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 301.

cional. La corporación no sólo no opera deficientemente sino que lo hace mejor que el mercado y es la forma de organización que más conviene a una sociedad opulenta. A partir de este tipo de formulaciones el análisis del profesor Galbraith se mueve, a nuestro juicio, a un nivel y en una dirección que con frecuencia exhiben actitudes apologéticas, que a la postre sólo tienden a defender al “sistema industrial”.

La corporación tiene, como Galbraith lo subraya, relación con el desarrollo tecnológico y la necesidad de manejar masas crecientes de capital o de mejorar la organización del proceso productivo. Pero dejarla en ese contexto y aun suponerla una mera función de tales hechos resulta inadmisibles. Los monopolios no han surgido, ni mucho menos, simplemente de los “imperativos de la tecnología”, del mismo modo que la magnitud de las empresas no es un requisito de la planificación.⁵⁷

Presentar a los gigantescos consorcios norteamericanos de hoy como fruto y aun instrumentos de la planificación, y a ésta como simple expresión de una exigencia tecnológica aparte de ser típicamente apologético implica distorsionar

⁵⁷ “La más obvia exigencia —afirma al respecto el autor— de una planificación efectiva es una gran magnitud”. *Ibid.*, p. 85. Y el tono apologético es aún más definido en pasajes como éstos: “...el convenio que impide la competencia de precios no detiene las innovaciones técnicas. Estas siguen siendo una de las armas importantes de la rivalidad...” “De lo que se deduce que en una industria, para que ésta pueda progresar, debe haber algún elemento de monopolio.” “Caben escasas dudas —añade— de que el oligopolio, tanto en teoría como en la práctica, tiene acusada tendencia hacia el cambio...” Sentada así la tesis, no hay sino un corto paso para defender a las grandes empresas ya no en la teoría sino en la práctica: “La industria del petróleo —recuerda el profesor Galbraith— es sin disputa un oligopolio... Durante años ha sido repetidamente atacada de violar las leyes anti-trust; rara vez se ha visto libre de la sospecha de que mantiene precios por encima del nivel que correspondería a una más rigurosa competencia...” Y sin embargo “...es evidentemente progresiva, casi tanto, tal vez, cuanto gustosamente lo señalan los muy atractivos folletos de sus compañías miembros...” J. K. Galbraith, *El capitalismo americano*, pp. 129-131.

la realidad y conferir a ciertas categorías un significado totalmente arbitrario. El enemigo del mercado no es, como cree el profesor Galbraith, “el ingeniero”, sino el propio mercado. El monopolio no surge de la falta de competencia sino de lo contrario; es decir, del desarrollo desigual, anárquico y contradictorio de la fase competitiva del capitalismo y de la forma en que se concentra la producción y se desenvuelve la acumulación de capital.⁵⁸ O sea que, lejos de que el monopolio y el oligopolio sean el reflejo de una economía planificada, constituyen más bien la culminación de la anarquía y el símbolo de un capitalismo maduro y decadente en el que si bien la producción afirma cada vez más su carácter social, el fruto del esfuerzo de quienes trabajan se reparte conforme al injusto patrón de un régimen de clases en el que subsiste e incluso se fortalece la propiedad privada. Aun admitiendo, por lo tanto, que las grandes empresas realizan cierta programación —qué en Estados Unidos no llega siquiera a una forma inocua de planificación indicativa— y que operan de manera distinta a la del pequeño y mediano empresario tradicional, divorciarlas del mercado y del funcionamiento defectuoso del sistema de precios y asociarlas a los mecanismos propios de una economía planificada, equivale a caer en esas ahistóricas, extrañas, desconcertantes comparaciones del profesor Rostow según las cuales la Unión Soviética, por ejemplo, va en camino hacia “la madurez capitalista” propia de una sociedad de altos niveles de consumo, o a creer que la planificación es una mera técnica monopolística de neutralización o interferencia del mercado o un simple instrumento de optimización, como las computadoras electrónicas del Pentágono norteamericano que se utilizan para... *racionalizar* (con los re-

⁵⁸ Algunos críticos de Galbraith creen que el monopolio es solamente expresión y fruto de una política errónea. “En resumen —escribe, por ejemplo, el profesor Walter Adams— en la medida en que son criaturas del poder político y no el producto de la evolución natural de las cosas, no hay nada inevitable en torno a su supervivencia ni tampoco respecto a la política que los impulsa y preserva.” *American Economic Review, Papers and Proceedings*, vol. LVIII, mayo de 1968, pp. 652 y sigs.

sultados que están a la vista de todos) la relación numérica que debe haber entre soldados norteamericanos y tropas mercenarias, por un lado, y guerrilleros y patriotas, por el otro, en el bien *planificado* genocidio de Vietnam.

Pretender que la moderna corporación capitalista y la planificación socialista son dos variantes de un mismo fenómeno implica olvidar que, mientras el monopolio surge en una economía de mercado y llega a ser típico de la época del imperialismo, la planificación sólo aparece cuando el capitalismo ha sido destruido como formación económica dominante. Las formas de integración empleadas por el monopolio, los mecanismos de control de precios y salarios o aquellos que tienden a asegurar el abastecimiento de ciertos productos son situaciones típicas del capitalismo monopolista, que recuerdan más bien algunas de las medidas adoptadas en la Alemania nazi de la época de Hitler.

El que las grandes empresas tengan un creciente poder y se valgan de nuevos instrumentos para operar en condiciones más satisfactorias no obedece, por otra parte, a meras consideraciones técnicas sino a factores más complejos, principalmente socioeconómicos. La magnitud de tales empresas, el carácter de su organización interna, sus sistemas de dirección, su estrecho contacto con el Estado y a la vez la autonomía que de él reclaman, la medida en que alienan y simultáneamente estorban ciertos avances técnicos, sus sistemas de venta y la forma en que contribuyen a elevar artificialmente el nivel de la demanda, aun a costa de dilapidar una porción sustancial del excedente en gastos improductivos;⁵⁹ todo ello resulta de un proceso histórico en el que si bien los monopolios son inevitables —no por supuestas leyes naturales sino por leyes económicas específi-

⁵⁹ "...el capitalismo monopolista frena el progreso técnico. . . A pesar de un progreso de los conocimientos científicos y técnicos sin precedentes en el historia... la producción industrial [norte] americana no ha aumentado a un ritmo... que corresponda a las nuevas posibilidades; de 1947 a 1957, este ritmo ha sido de 3.7% de media anual, mientras que ha alcanzado el 15.5% en la URSS. . ." Charles O. Bettelheim, en *¿A dónde va el capitalismo?* editado por Shigeto Tsuru, Barcelona, 1967, p. 84.

cas del desarrollo capitalista—, lo que no resulta inevitable ni eterno, por fortuna, es el capitalismo.

Cuando se plantean tales cuestiones no faltan quienes, demagógicamente, aseguran que el capitalismo propiamente dicho ha dejado de existir,⁶⁰ para dar paso a un sistema en que la lucha de clases ha desaparecido, las crisis económicas no son ya un problema, y la inseguridad, la injusticia y la pobreza afectan cada vez a un menor número de seres humanos. Galbraith mismo, con su "*affluent society*", es un exponente de esas ideas; pero su teoría tiene modalidades propias que conviene precisar.

En contraste con la mojigatería de esos economistas de salón para quienes citar a Marx —no digamos estudiarlo— constituye la peor herejía, Galbraith tributa no pocos elogios al autor de *El capital*, pero sólo para sostener, unas páginas más adelante, que el marxismo ha dejado de tener vigencia en nuestros días porque la tasa de ganancias no tiende a descender. el *laissez-faire* es ya un anacronismo, la inseguridad, la desigualdad y la miseria no parecen amenazar —como supuestamente Marx lo pensaba— el edificio social, y ni el autor de la doctrina ni son continuadores previeron que, en vez de una revolución, las cosas podrían mejorar con una política presupuestal deficitaria.⁶¹

Sin reparar en que el *laissez-faire* y el creciente intervencionismo de estado, la libre concurrencia y el monopolio, las empresas privadas tradicionales y el ámbito cada vez más vasto del sector público, los viejos métodos individuales y empíricos y las nuevas formas de dirección de los negocios, la evidente anarquía de antes y la supuesta planificación de hoy, no son rasgos característicos de dos siste-

⁶⁰ Entre muchas otras obras al respecto podrían mencionarse *El capitalismo contemporáneo*, de John Strachey, México, 1960, y *The open philosophy and the open society*, de Maurice Cornforth, Nueva York, 1968. Sobre la crítica a Strachey véase en este mismo libro, Arturo Guillén "El reformismo social demócrata de John". (Nota del Ed.).

⁶¹ Véase: J. K. Galbraith, *The affluent society*, pp. 74, 77 y 67.

mas sociales distintos sino fases sucesivas y contradictorias del desarrollo de un mismo sistema,⁶² Galbraith, en vez de negar que el capitalismo haya desaparecido, lo que hace es presentárnoslo enteramente remozado, libre al fin de muchos de sus viejos vicios y como un sistema en el que, paradójicamente, los capitalistas han dejado de ser la clase dominante, pues las empresas que concentran gran parte de la riqueza social y de la producción anual no están ya en sus manos. El poder corporativo no reside ya en el individuo sino en el grupo, y aunque legalmente son los propietarios los titulares de los derechos de dominio, “los imperativos de la tecnología y la planificación desplazan [el poder real de decisión] a la tecnoestructura.”⁶³

El profesor Galbraith no nos dice cuándo y cómo perdieron el poder económico los capitalistas. Mas en un rápido tratamiento del tema deja ver que así como en otra etapa del desarrollo social los terratenientes tuvieron que replegarse ante el creciente empuje de los capitalistas, bajo el “sistema industrial” éstos han sido desplazados por la tecnoestructura, lo que ha alterado profundamente todas las motivaciones de la sociedad. Antes, en efecto, lo que más interesaba a los empresarios era la ganancia, incluso la máxima ganancia, porque actuaban conforme a un mezquino egoísmo. Desde que la tecnoestructura tomó el poder de decisión (aunque la retribución económica sigue teniendo importancia hasta cierto nivel), los principales móviles de su conducta son “la identificación y la adaptación”.

Para evaluar mejor este aspecto de la teoría de Galbraith conviene recordar qué es la tecnoestructura. En un pasaje de su último libro el autor nos dice que se trata de lo que

⁶² Ya Engels decía: “El estado moderno, cualquiera que sea su forma, es esencialmente una máquina capitalista. En tanto controla mayores fuerzas productivas, más se convierte en el cuerpo colectivo real de todos los capitalistas, y más ciudadanos somete a su explotación.” Pero al margen de esos cambios “los trabajadores siguen siendo trabajadores asalariados... y las relaciones capitalistas no son abolidas...” Cit. por M. Cornforth en *The open philosophy...*, p. 191.

⁶³ J. K. Galbraith, *The new industrial state*, p. 109.

bien podría denominarse: “un nuevo factor de producción”, entendido como una “asociación de hombres de diferente experiencia, conocimientos y talento”.⁶⁴ En un estudio anterior es más explícito y va más lejos en la formulación de su tesis: “En los tiempos modernos y especialmente en Estados Unidos —afirma—, la clase ociosa... ha desaparecido...”, “...ha sido reemplazada por otra mucho más amplia... cuyo surgimiento hemos dejado de apreciar... y a la que podríamos simplemente llamar la *Nueva Clase*...”⁶⁵

¿Actúa esta clase en respuesta al móvil de lucro? “Se insultaría al funcionario ejecutivo de una empresa o al científico al sugerirle —responde Galbraith— que su motivación principal en la vida es el pago que recibe”.⁶⁶ Lo que a tal clase interesa esencialmente es perpetuarse... a través de la educación.

Parecería, en efecto, que estamos frente a un capitalismo totalmente nuevo y cada vez más alejado de las “pesimistas” profecías de Marx: un capitalismo con otra estructura de clases y sin capitalistas ociosos que, seguramente, *eran* lo peor del sistema. Mas si se examina la cuestión planteada por Galbraith con cierto cuidado, pronto empiezan a aflorar las fallas de su tesis. Se puede aceptar que las formas de organización y dirección de las empresas han cambiado radicalmente y aun tomar mucho de lo que dice el autor al respecto. Pero el problema surge cuando se intenta aclarar quién tiene el poder en las grandes corporaciones y si tales elementos constituyen realmente una nueva clase social.

El poder en la corporación moderna descansa esencialmente en un pequeño grupo de personas que conocen la empresa a fondo, sean o no los más altos funcionarios, y que, al menos en parte, están estrechamente en contacto con los principales accionistas y aun suelen serlo algunos de ellos. En las palabras de Baran y Sweezy: “...el poder real es de-

⁶⁴ *Ibid.*, p. 69.

⁶⁵ J. K. Galbraith, *The affluent society*, p. 340.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 342 a 344.

tentado por quienes, desde dentro, dedican todo su tiempo a la corporación y para quienes, el éxito de ésta, está ligado a sus intereses y sus carreras.”⁶⁷ Los integrantes de ese poderoso sector de la tecnoestructura suelen estar en él por su gran fortuna personal, por ciertas relaciones familiares o por formar parte o estar íntimamente en contacto con algún grupo tradicionalmente fuerte en la corporación, aunque se admite que tales factores han perdido importancia y que, específicamente el peso de los viejos grupos de poder —Rocefeller, Ford, Morgan, etc.— no es ya el de otros tiempos.⁶⁸

Tan cierto como que esos grupos ya no juegan el papel de antes y que las formas de dirección de las grandes empresas han cambiado, es que el móvil de la corporación sigue siendo esencialmente el lucro, que el poder no reside en toda la llamada tecnoestructura —sino en un pequeño y relativamente cerrado sector de la misma— y que, tomada en su conjunto, ésta no es una nueva clase social sino un complejo de intereses diversos y aun contradictorios, en parte asociados a la clase dominante y en parte ligados a los trabajadores.

En un reciente estudio sobre la política de un grupo representativo de grandes empresas norteamericanas, que incluyó una cuidadosa revisión de numerosos informes y documentos internos de las propias empresas, un autor llegó a la conclusión de que “una estrategia fundamental de esta literatura... consiste en el enfoque sistemático en torno a la reducción de costos, la expansión del ingreso y el incremento de las utilidades”. “Mi tesis acerca del comportamiento de las empresas —señalaba al formular sus conclusiones— podría brevemente describirse como «una búsqueda... sistemática de las ganancias más altas posibles»...”, advirtiéndose que, en tiempos difíciles, los esfuerzos en tal dirección se acentúan, dada la tenaz resis-

⁶⁷ Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly capital*, Nueva York, 1966, p. 16. Existe traducción al español, Siglo XXI editores.

⁶⁸ Véase: *Ibid.*, p. 16.

tencia de las empresas a reducir sus ganancias como posible fórmula de ajuste.⁶⁹ El interés en lograr las mayores utilidades no significa, naturalmente, que el empresario las persiga a cualquier precio. En la práctica —como aclaran Baran y Sweezy—, se trata de ganar lo más que sea posible en una situación dada y siempre y cuando, obviamente, aprovechar las oportunidades de lucro hoy no signifique arruinar las de mañana.⁷⁰ Lo fundamental, sin embargo, para construir una teoría correcta de la corporación es comprender que ésta no queda atrás de nadie en cuanto a capacidad para obtener utilidades y que es incluso la maximización de éstas el principal criterio racionalizador de la gran empresa capitalista,⁷¹ y paradójicamente, la principal causa de la irracionalidad del sistema.

Galbraith parece no advertir que el logro de una situación estable y “satisfactoria” y, con mayor razón aún, del éxito o el aumento de la producción y de las ventas no sólo no riñe con el móvil de lucro sino que tales pueden ser algunas de las formas que éste adopte. Y el autor menosprecia asimismo el hecho, confirmado en diversos estudios, de que a menudo el ingreso de los altos funcionarios de las empresas se mueve estrechamente en relación al precio de las acciones de las mismas, lo que comprueba que —como dice Magdoff— “. . . el casino de juego de Nueva York puede, después de todo, ser de alguna utilidad para tales ejecutivos, como lo es para los accionistas. Y una cosa que el mercado de valores adora es un volumen de ganancias que au-

⁶⁹ Véase: James S. Earley, “Marginal Policies of «Excellently Managed» Companies”, *The American Economic Review*, marzo de 1956. Cit. por Baran y Sweezy, *ob. cit.*, pp. 24, 25 y 26.

⁷⁰ Véase: *Ibid.*, p. 27.

⁷¹ “Si la maximización de las ganancias no es el elemento rector —escribe el profesor Edwards S. Mason— ¿cómo se asignan entonces los recursos en forma más productiva, qué relación tienen los precios con la escasez relativa de ciertos factores y cómo se retribuye a éstos según su contribución a la producción?” “The apologetics of «Managerialism»”, *The Journal of Business*, enero, 1958. Cit. por Baran y Sweezy, *ibid.*, p. 22.

mente con rapidez, especialmente cuando corresponde a una tasa creciente de utilidades.”⁷²

¿Significa el hecho de que el afán de lucro siga siendo fundamental, que todos los miembros de la llamada tecnoestructura actúen en respuesta a él? De ninguna manera. Apenas se comprende que la tecnoestructura no es una nueva clase, como lo cree el profesor Galbraith, sino una entidad con estratos altos, intermedios y bajos e intereses encontrados, se vuelve más fácil entender su funcionamiento, así como el papel de la corporación bajo el “neocapitalismo”. “. . . El estrato directivo [de las empresas] —indican Baran y Sweezy— es la porción más activa e influyente de la clase propietaria”, “los directores figuran entre los grandes accionistas, y debido a las posiciones estratégicas que ocupan, actúan como protectores y voceros de los grandes propietarios. Lejos de ser una clase separada, constituyen en realidad el principal estrato. . .” de la clase dominante.⁷³

E igualmente cierto es que muchos miembros de la tecnoestructura, aun siendo o no voceros de esa clase, carecen

⁷² Harry Magdoff, “Rationalizing the Irrational”, en *The Nation*, Nueva York, septiembre 18 de 1967. “. . . Si nos interesa más el análisis *objetivo* de la conducta del capitalismo que la opinión subjetiva de los capitalistas sobre sus actividades, —comenta Tsuru— hay que concluir que, aun cuando la principal consideración es la llamada «maximización de la seguridad» el punto crucial es todavía el de *garantizar* la rentabilidad del capital invertido y que la naturaleza intrínseca del capital, que los empuja a buscar su propia expansión generando una plusvalía bajo la forma de beneficio, hoy todavía no ha cambiado esencialmente.” Shigeto Tsuru “¿Ha cambiado el Capitalismo?”, *ob. cit.* p. 48. El propio Strachey, sin duda uno de los más destacados teóricos del neocapitalismo, reconoce en la última fase del desarrollo del sistema, “la tendencia. . . hacia utilidades crecientes. . .” (*Contemporary capitalism*, p. 225). Y ello es explicable, —creemos nosotros— pues el solo hecho de que la competencia de precios deje en gran medida de operar —no así el empeño en bajar los costos— implica entre otras cosas que el margen entre costos y precios se amplíe a partir del momento en el que, al no funcionar el viejo mecanismo regulador, deja de estar presente la tendencia a la igualación de la tasa de ganancias,

⁷³ Baran y Sweezy, *ob. cit.*, pp. 34-35.

de acciones de las empresas en que prestan sus servicios y no son propiamente dueños de medios de producción. Constituyen en realidad el sector de la tecnoestructura que trabaja, es decir: los técnicos, obreros altamente calificados y ciertos empleados administrativos que, pese al nivel de su retribución, forman parte de la clase asalariada. En ese extremo, en consecuencia, tampoco hay una nueva clase que, como algunos aseguran, desborde el esquema teórico marxista. En todo caso hay meras diferencias de *status* (en el sentido Weberiano), y lo que se aprecia es más bien la influencia combinada, por una parte de la proletarización del sector profesional, y por la otra del aburguesamiento y la condición privilegiada que, como Lenin apuntó hace más de medio siglo, suele darse en ciertos estratos obreros en los países imperialistas. Esa doble influencia, y desde luego los cambios en la estructura de la ocupación, “más trabajadores de cuello blanco y menos de cuello azul” —que dialécticamente expresan tanto el dinamismo del sistema como su incapacidad para llevar el desarrollo de las fuerzas productivas más allá de ciertos límites—, son los factores que fundamentalmente explican la presencia y los caracteres de la tecnoestructura. En otros términos, así como la cada vez más estrecha relación de los trabajadores a las nuevas técnicas está ligada al aumento de la composición orgánica del capital, o si se prefiere, al alto nivel de la relación capital-trabajo, la multiplicidad de actividades y ocupaciones improductivas obedece a la imposibilidad de que el sistema absorba racionalmente su potencial económico y humano.

Pero la racionalidad no es lo que más preocupa al profesor Galbraith. Aunque en varios pasajes de su obra critica con razón la divisa keynesiana de producir por producir y en otros denuncia lo absurdo que es sostener que mientras la educación es improductiva el fabricar excusados o papel higiénico para las escuelas es, en cambio, productivo,⁷⁴ en el fondo no intenta siquiera determinar las causas

⁷⁴ Véase: *The affluent society*, p. 184.

del desperdicio en la economía norteamericana. “A muchos compañeros míos economistas les será difícil compartir —escribe— la serenidad con que yo enjuicio aquí —y pudo haber dicho: definiendo— los costos de venta y los llamados despilfarros de distribución. . .” Y con una serenidad realmente grande y un desdén no menor hacia un problema fundamental, en otro momento se limita a expresar: “La proliferación entre nosotros de la actividad de venta es la contrapartida de la relativa opulencia. En gran parte es inevitable dado el alto nivel de bienestar. Puede que sea despilfarro, pero un despilfarro que se da porque la comunidad la pasa demasiado bien para preocuparse.”⁷⁵ Lo que revela que el autor no toma en cuenta que la proposición inversa es probablemente más cierta, es decir, que el desperdicio y en general los enormes gastos improductivos son los que *crean la opulencia*.

¿Y cómo evitar que la creciente fuerza de los vendedores y su convicción de que la competencia de precios es autodestructiva resulten en la explotación del consumidor? La posición del autor no parece, al respecto, suficientemente clara. La revisión de sus principales obras sugiere que su pensamiento ha evolucionado y que mientras hace unos años sostenía que el nuevo mecanismo regulador del sistema eran los “poderes compensatorios” —en esencia, la acción defensiva y organizada de los propios consumidores y la protección que ellos lograran del estado—,⁷⁶ ahora parece pensar que la fuerza del movimiento sindical se ha reducido y que el equilibrio del sistema descansa esencialmente en la acción “planificada” de la tecnoestructura, en una producción que —dado el debilitamiento de los capitalistas— responda crecientemente a fines sociales, y desde luego, en la capacidad del sistema para absorber los enormes ahorros de una sociedad opulenta, sin provocar presiones inflacionarias excesivas.

Aun sin atribuir al capitalismo monopolista —como lo

⁷⁵ *El capitalismo americano*, pp. 138 y 143.

⁷⁶ Véase: *Ibid*, Caps. 9 y 10.

hacen Baran y Sweezy—,⁷⁷ una tendencia del excedente a crecer, Galbraith reconoce que el problema de absorber ese excedente es la clave del progreso económico en un país rico, en donde, al menos en tiempos de paz, es “excepcional” que la inversión exceda al ahorro disponible. Y en una expresión que elocuentemente exhibe la gravedad del problema, señala que la “paradoja del ahorro” consiste en que “los pasos que aseguran su utilización sirven al mismo tiempo para incrementar su oferta”.⁷⁸

El fenómeno está muy lejos de ser una mera paradoja. En rigor, se trata nada menos que del problema económico esencial del capitalismo opulento, de un problema a través del cual se expresan las más graves contradicciones del sistema y se advierte que la magnitud de los obstáculos por superar es hoy incomparablemente mayor que, digamos, hace apenas tres décadas, cuando Keynes aconsejaba estimular artificialmente la demanda para escapar a la gran depresión. Y precisamente por ello cabría preguntar: si en condiciones como las actuales, con una regulación permanente del poder de compra mediante la publicidad, la promoción de ventas, el crédito a los consumidores y la multiplicación de toda clase de actividades innecesarias, y con una dosis creciente, además, de desperdicio en la producción y de destrucción de enormes recursos a través de una sucesión ininterrumpida de “guerras locales” a lo largo de veinte años —Corea, Vietnam, Laos, etc.— y de costosos programas espaciales, el sistema no ha logrado la ocupación plena de sus recursos y la absorción cabal de su cada vez mayor “ahorro”, ¿cómo pensar que pueda conseguirlo destinando su capacidad productiva a fines pacíficos y realmente útiles para la comunidad, lo que de hecho está vedado al capitalismo desde hace décadas?

Galbraith parece ser consciente de que sin estímulos artificiales permanentes el nivel de la demanda siempre será inferior al necesario. Pero el problema del capitalismo opu-

⁷⁷ Véase: *El capital monopolista*, especialmente los capítulos 3 y 4.

⁷⁸ *The new industrial state*, p. 55.

lento no es ya solamente ese: ahora es además indispensable que del lado de la oferta entren en acción otras fuerzas, nuevos mecanismos esterilizadores que a través de un gigantesco desperdicio y de una constante, ya no sólo cíclica destrucción de riqueza, aseguren que la producción no crezca más allá de ciertos límites, y al margen de la extrema irracionalidad y aun del crimen que entraña fincar la prosperidad de los países imperialistas y en general de la burguesía del “mundo libre” en el desperdicio, la explotación e incluso la destrucción y la muerte de millones de seres humanos, ni así encuentra el capitalismo monopolista solución a sus más graves problemas económicos. Pese al masivo estímulo artificial de la demanda y a las múltiples formas en que deliberadamente se limitan la producción y la capacidad productiva, el problema de absorción del excedente sigue en pie; y como en buena medida el potencial de inversión se realiza por vías totalmente improductivas y a menudo inflacionarias, surge de ahí la paradoja adicional de que aun trabajando el sistema bien abajo del pleno empleo de sus recursos y manteniéndose concretamente la inversión a un nivel inferior al del ahorro, el alza de los precios es ininterrumpida, la inflación se generaliza y el remedio sólo contribuye, en última instancia, a acentuar los profundos desajustes del “sistema industrial”. Pensar, en tal virtud, que “el sector educacional y científico” ha de ser la fuerza política capaz de afrontar los peligros que esa situación entraña es a todas luces inaceptable, sobre todo si se tiene presente —y aquí las contradicciones del profesor Galbraith afloran a cada momento— que no se contempla siquiera la posibilidad de que el pueblo intervenga masivamente en el proceso de cambio, ni que al esencia de éste consista en una transformación profunda del sistema.

“Nada es más importante en nuestro tiempo⁷⁹ —dice el autor— que comprender que la política exterior norteamericana, que como hemos visto entraña serios peligros, está en parte basada en «las necesidades del sistema industrial»”.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 342.

¿Significa tal cosa que sea preciso buscar la solución del problema mediante fórmulas que impliquen cambios de estructura? Nada de eso. Ni la clase obrera, según él, se interesa en impugnar el “sistema industrial”. Persuadida la opinión pública de que la política de guerra fría es inevitable, el “discrepar parece excéntrico e irresponsable”.⁸⁰

¿Cómo, entonces, lograr que esa política se abandone y que la destrucción masiva de hoy se convierta mañana en lo contrario? El profesor Galbraith parece hallarse en un callejón sin salida. Pese a haber iniciado su largo recorrido señalando la importancia del cambio en el proceso socio-económico, ahora se detiene precisamente ante la línea que debería cruzar sin temor: ¡Bienvenido lo que sea necesario o deseable, para hacer funcionar mejor el “sistema industrial”, o sea para preservar el *status* imperante; pero más allá de ese límite, nada! ¡como si la historia de nuestros días se agotara en el capitalismo monopolista y sus contradicciones insalvables! Pensar en cambiar el sistema, sugiere a menudo Galbraith, sería utópico; pero lo utópico es precisamente el planteamiento que él nos propone como realista. Mientras haya propiedad privada habrá explotación y desigualdad social. Mientras haya monopolios —y en torno a esta cuestión Galbraith advierte la inconsistencia de los neo-liberales que creen en el retorno a la libre competencia—, habrá capitalistas que concentren buena parte de la riqueza existente. El capitalismo sin capitalistas es sólo una imagen idílica a través de la cual se pretende convencer a los pueblos de que el sistema se ha renovado; pero la eutanasia de los accionistas parece aún más remota que la de los rentistas de que hablaba Keynes.

Convencer a quienes viven en los *ghettos* negros, a los trabajadores agrícolas del sur de Estados Unidos, a los centenares de miles de familias —en todas las grandes ciudades norteamericanas— que aún no disponen de una vivienda decente, a las minorías nacionales de origen mexicano, cubano o puertorriqueño que sufren a diario la discriminación

⁸⁰ *Ibid.*, p. 339.

más indignante, que el capitalismo se ha humanizado desde que los capitalistas fueron “desplazados del poder” por los tecnócratas y los economistas a su servicio, es algo que ni los agentes de relaciones públicas de los grandes monopolios —con su enorme y parasitario aparato de “persuasión”— pueden lograr.

Y menos todavía podrían aceptar tal imagen los pueblos de Latinoamérica, Asia y África, que a consecuencia del capitalismo, el imperialismo y el capitalismo deforme y dependiente —que en ese marco histórico tenía que surgir— viven hoy en medio de la miseria y el abandono. Si al profesor Galbraith no le preocupa la suerte de los sectores explotados más directamente por el “sistema industrial”, mucho menos le importa la situación del llamado, y para él lejano, “tercer mundo”. Parece increíble que un economista de su talla, que intenta elaborar una teoría seria del capitalismo monopolista norteamericano, excluya de su modelo a ese enorme sector del sistema que tanto ha contribuido con sus recursos materiales y la pobreza de sus habitantes a hacer posible la afluencia estadounidense. Mas a los pueblos atrasados sólo se les recuerda que son parte del sistema que los monopolios llaman cínicamente “mundo libre” cuando a la metrópoli imperialista le conviene imponerles alguna nueva carga.

El “sistema” del profesor Galbraith no es una sociedad internacional abierta, contradictoria, en que los intereses de unas clases y unos pueblos choquen con los de otros. Es más bien un sistema nacional cerrado, armonioso y tan exclusivo como esos clubes elegantes en que sólo se admiten socios ricos. A propósito del pesimismo de los economistas clásicos, en una de sus obras señala que: “El hombre occidental, como resultado de una insospechada preferencia por la comodidad sobre la procreación... ha evitado este ciclo de pobreza”.⁸¹ Ahora podemos comprender mejor el alcance de su teoría. De lo que trata es de explicar las condiciones del “hombre occidental”, de un hombre cuyo mundo

⁸¹ *El capitalismo americano*, p. 143.

empieza y termina, al parecer, en las condiciones privilegiadas del capitalismo norteamericano o, cuando más, de otros o cinco países industriales de Europa. Ahora se entiende por qué los pueblos de Latinoamérica y África no figuran en el esquema de la opulencia: porque son pueblos “orientales” o simplemente pueblos ignorantes que “prefieren” la procreación a la comodidad. En todo caso, en el peculiar análisis de nuestro autor los pobres nada tienen que ver con los ricos y con la opulencia en que éstos viven.

De lo dicho hasta aquí resulta claro que Galbraith no ofrece una explicación del subdesarrollo, que en buena parte es la otra cara del “sistema industrial”. Se limita a sugerir que son tantos los factores en juego que es muy difícil determinar las causas del atraso y, sin embargo, no duda en subrayar las ventajas que ofrece la alternativa “no marxista”, o sea el camino capitalista del desarrollo. Las corporaciones, como sucede en Estados Unidos, debieran ser el eje y a la vez el factor más dinámico del progreso; mas para lograrlo es preciso recordar que las grandes empresas no son objetos inanimados o inertes sino entidades con “personalidad”. “Es preciso hacer hincapié —escribe el autor— en que la personalidad de la corporación se ve dañada tanto por la intervención bien intencionada como por la mal intencionada”.⁸² Lo que importa no son las intenciones sino evitar cualquier interferencia y tener presente que “el cuerpo de la corporación, como el individuo, sólo es eficaz se tiene libertad para perseguir ciertas metas. . .” Por eso es tan importante “proteger la personalidad de la corporación”⁸³ y asegurarle la autonomía sin la cual no podrá cumplir su cometido.

O sea que, si los países subdesarrollados dejan actuar a sus anchas a los grandes monopolios, principalmente norteamericanos, en vez de interferir con medidas intervencionistas que a la postre sólo lesionen la “personalidad” y afecten la necesaria “autonomía” de las corporaciones, pronto

⁸² J. K. Galbraith, *Economic development*, Londres, 1964, pp. 22, 34 y 91.

⁸³ *Ibid.*, pp. 95 y 98.

podrán librarse del atraso y enfilarse hacia el progreso y la opulencia. ¡Curiosa y extraña paradoja la que resulta de esta tesis, según la cual las víctimas de la explotación deben confiar, en primer término, en sus explotadores!

Y si ni con la “ayuda” se logra impulsar satisfactoriamente el desarrollo; si los ahorros no aumentan al ritmo requerido por un rápido crecimiento de la población, si, como acontece específicamente en la India, el potencial de inversión “no permite una aceptable expansión económica”, entonces —aconseja el profesor Galbraith— “el único remedio es el control de la población”. “Las naciones amenazadas por la explosión demográfica —generaliza— deben conformarse por ahora con emplear el método anticonceptivo más práctico disponible, producirlo y ofrecerlo en grandes cantidades, ponerlo en uso sin demora y juzgar del éxito del esfuerzo por los resultados. . .”⁸⁴

¿Tendrán razón quienes piensan que, en vez de fincar su progreso en el propio esfuerzo, en la independencia, en su liberación del capitalismo y del imperialismo como prerequisites para disponer racionalmente de los recursos que ahora aprovechan otros, los pueblos subdesarrollados deberían depender de una estrategia que esencialmente suponga usar anticonceptivos baratos y eficaces, procrear menos y dejar en libertad a los grandes monopolios extranjeros, para no herir su delicada “personalidad”? Porque éste no es un asunto académico, sino una cuestión crucial de cuya comprensión y trayectoria depende el porvenir de nuestros pueblos, preferimos dejar la respuesta a la conciencia del lector.

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 101 y 103.

LAS ETAPAS DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO DE W. ROSTOW*

P. A. BARAN y ERIC J. HOSBAWM

Sobre la cubierta de la obra escrita por W. W. Rostow que lleva por título *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*,¹ el editor anuncia el producto en los siguientes términos: “Este libro constituye una generalización que comprende todo el lapso de la historia moderna. Nos ofrece una relación del crecimiento económico basada en una teoría dinámica de la producción e interpretada en función de las sociedades reales. Nos ayuda a explicar los cambios históricos y a predecir las principales tendencias políticas y económicas; y nos proporciona los vínculos importantes que existen entre el comportamiento económico y el no económico que Carlos Marx no logró percibir.” El propio tono de propaganda que emplea el autor es igualmente estridente: “Estas etapas no son sólo descriptivas. No representan, simplemente, una forma de generalizar ciertas observaciones de los hechos relacionados con la secuela del desarrollo de las sociedades modernas. Poseen continuidad y lógica internas y tienen un fundamento analítico, arraigado en una teoría dinámica de la producción” (p. 25). La causa que provoca este entusiasmo no es únicamente la luz que, se supone, arroja la nueva teoría sobre

* Publicado originalmente en la revista *El Trimestre Económico*. Núm. 97. México, 1958, p. 63-71.

el proceso de la evolución social y económica, sino también el pretendido poder que tiene para aniquilar, de una vez por todas, al dragón marxista, con el cual tantas otras personas han librado combate sin poderlo matar. En la citada obra se exhorta al lector a que "note las semejanzas entre su análisis (el de Marx) y las etapas del crecimiento, así como las diferencias que existen entre los dos sistemas de pensamiento, examinándolas etapa por etapa".

Nos proponemos aceptar esta invitación y llevar a cabo la comparación que sugiere el profesor Rostow. En la primera sección del texto que presentamos a continuación se estudia la aportación que el sistema de las etapas-de-crecimiento hace a la teoría del desarrollo económico. La segunda sección tratará de dar respuesta a la cuestión de si el pensamiento marxista es capaz de sobrevivir a este novísimo ataque.

I

La atención que hayan podido despertar hasta ahora los escritos del profesor Rostow en la literatura sobre el desarrollo económico ha tenido por base algunos de sus estudios empíricos anteriores. Sus aportaciones teóricas han sido mediocres: se han concretado principalmente, de hecho, a diversos tipos de clasificación. ¿Cambia significativamente su más reciente esfuerzo esta situación?

El profesor Rostow presenta tres proposiciones. Primeramente, insiste en que es de índole histórica el problema del crecimiento y se debe considerar dentro de un sistema de formación de periodos históricos. En segundo lugar, hace resaltar (lo que quizá es su punto más notable) el hecho de que el crecimiento económico no constituye un proceso continuo y uniforme, sino discontinuo y lógico que depende de una transformación revolucionaria súbita, la del "impulso inicial hacia un crecimiento autosostenido". Tercero, subraya un aspecto particular de esta discontinuidad del crecimiento económico: el hecho de que no avanza mediante un

desarrollo equilibrado de todos los sectores de la economía, sino por los saltos sucesivos que dan hacia adelante los "sectores principales" de la economía.

Es indudable que estas ideas son valiosas, aunque difícilmente se puede decir que sean nuevas o que las haya creado el profesor Rostow. Quizá el primer descubrimiento de la economía política fue el de que las teorías del crecimiento deben ser históricas; lo que sucede es, sencillamente, que fue olvidado durante el siglo, poco más o menos, en que el concepto del crecimiento económico fue casi totalmente abandonado por la economía académica, pero menos por los marxistas que, a semejanza de los alemanes y de Schumpeter, aceptaron una gran parte del *Fragestellung* marxista sobre dicho tema. El "impulso inicial" no es otra cosa que un nombre distinto aplicado a la "revolución industrial", la que constituyó el concepto analítico básico de la historia económica moderna desde la época de Engels a la de Mantoux, hasta que fue suprimido, en el periodo comprendido entre las dos guerras, por las críticas gradualistas de Clapham, Ashton y otros. Igualmente antiguo es el argumento que se refiere a la desigualdad del desarrollo, ya que fue presentado por Marx, desarrollado por Lenin, y sirve de fundamento al análisis que Schumpeter y Kondratiev han realizado del desarrollo económico del siglo XIX.¹ Sin duda, el redescubrimiento de las verdades antiguas es una realización muy digna de crédito, especialmente en las "ciencias objetivistas" contemporáneas en donde, aparentemente, se acepta cualquier desatino a condición de que no se haya dicho antes, aun cuando ninguna de ellas, por sí mismas, merezca mayor aplauso.

Mas, cuando nos ponemos a considerar las demás realizaciones del profesor Rostow en el campo de la teoría del crecimiento, advertimos que sus deficiencias son demasiado evidentes. La primera y más grave es que su teoría de las "etapas" en realidad no nos dice nada fuera de indicarnos que existen tales etapas. Las otras cuatro etapas se encuen-

¹ Cf. también, *Production Trends in the United States since 1870*, por A. F. Burns, Nueva York, 1934.

tran comprendidas en la del "impulso inicial", y nada le agregan a ésta. Si se admite que hay una etapa de "impulso inicial", es obvio que debe haber una etapa antes de ésta, cuando no están presentes las condiciones necesarias para el crecimiento económico; otra, cuando existen las condiciones previas para el impulso inicial; otras más, que sigue a esta última, cuando "la economía pone de manifiesto la adquisición de la suficiente habilidad técnica y de empresa para fabricar aquello que necesite, aunque no todo lo producible" (la cual es la definición que hace Rostow de la etapa de la "madurez"); y todavía otra más, cuando la economía ha adquirido la capacidad suficiente para producir todo lo que necesita (p. 22).² En realidad, no existe ningún punto de partida ("impulso inicial") de ninguna clase, sea en la historia de la naturaleza de las sociedades o de las personas, que no se pueda considerar precedido y seguido por varias "etapas". Si se tiene inclinación por la simetría, todo lo que se tiene que hacer es cerciorarse de que sea non el número total de etapas, incluyendo a la del "impulso inicial".

Por tanto, una vez que tenemos un ángulo, obtenemos el pentágono en su totalidad. Naturalmente, este procedimiento tiene el defecto de que el análisis debe quedar circunscrito a su área. En consecuencia, la teoría rostoviana de las etapas, pese a sus pretensiones de gran alcance histórico y sociológico, reduce el crecimiento económico a un solo modelo. Todos y cada uno de los países, cualesquiera que sean sus demás características, es clasificable únicamente en lo

² A esta etapa la designa erróneamente Rostow, "la época del alto consumo en masa", ya que tanto por las necesidades lógicas de su sistema cuanto por sus propias observaciones sobre el tema (pp. 92-93) lo que la caracteriza no es fundamentalmente el consumo en masa (el cual sólo representa uno de los usos alternativos a que puede destinar sus recursos una sociedad) sino la *abundancia*. Este error de denominación no es, en modo alguno trivial; va asociado al tratamiento engañoso que da Rostow a la fase actual del desarrollo económico de los Estados Unidos, en la cual, más bien que el consumo en masa, son los *armamentos* los que representan el "sector principal" de la economía.

que respecta a su situación en la escala, cuyo escalón intermedio es la etapa de "impulso inicial". Esto confiere a las etapas rostovianas cierto aspecto de falsa generalidad, ya que parecen aplicarse a todas y cada una de las economías, tanto la de la URSS como la de los Estados Unidos, la de China como la del Brasil, lo cual, como ya veremos, no deja de tener sus inferencias ideológicas, aunque pasa por alto el hecho evidente de que, por universales que sean los problemas técnicos del crecimiento económico, los diferentes tipos sociales de organización económica pueden, o deben, resolverse de maneras muy distintas.

Con todo, aun dentro de sus límites sumamente estrechos, la teoría rostoviana no puede explicar ni predecir, sin presentar consideraciones que son inaplicables al sistema de las etapas; simplemente no logra especificar ningún mecanismo de la evolución que enlace las distintas etapas. No existe ninguna razón en particular para que la sociedad "tradicional" se convierta en una sociedad que produzca las "condiciones previas" del "impulso inicial". La exposición de Rostow es simplemente una condensación de lo que deben ser estas condiciones previas,³ y repite una versión de esa "respuesta clásica" cuya insuficiencia ha sido evidente desde hace mucho tiempo: la cual es una combinación del "descubrimiento y redescubrimiento de regiones que están fuera de la Europa occidental" y del "nuevo descubrimiento de otras regiones y el desarrollo del conocimiento y posición científicas" (p. 45). He aquí el *deus cum machina*. Tampoco hay razón alguna, dentro de las etapas rostovianas, de por qué las "condiciones previas" deven llevar al "impulso inicial" hacia la madurez, como se pone realmente de manifiesto por la dificultad del mismo Rostow para descubrir, tras prolongado *ex post facto*, si ha ocurrido o no

³ Y esto no con una gran perspicacia. Por tanto, se supone que el cambio en la agricultura crea las condiciones previas de la industrialización no solamente el de "suministrar al sector moderno de gran cantidad de alimentos, amplios mercados y una extensa oferta de fondos prestables" (p. 37), sino también, y quizás de manera decisiva, por medio de la expansión de su fuerza de trabajo.

una etapa de "impulso inicial".⁴ Realmente, el concepto rostoviano del "impulso inicial" carece de valor predictivo. En forma análoga, cuando trata de analizar la "estructura interna" (p. 46) del impulso inicial o de cualquiera otra etapa, la teoría rostoviana fracasa al hacer afirmaciones del tipo de que "dentro de un número muy grande de maneras diferentes, las cosas pueden suceder en cualquiera de éstas", lo que constituye una aportación bastante limitada al conocimiento.⁵

Las explicaciones y pronósticos que trata de hacer Rostow son, por consiguiente, poco más que una verborrea carente de relación con su teoría de las etapas o, en realidad, con cualquier teoría de la evolución económica y social que se basa generalmente en lo que podríamos denominar, haciéndole favor, como sociología y especulaciones políticas dignas de una tertulia de café. Lo más que se ha aproximado realmente en su esfuerzo por ofrecer una explicación de *por qué* ocurre el crecimiento económico, es cuando hace hincapié en la importancia del "nacionalismo reactivo" y en el papel decisivo de "un sistema de poder intrínsecamente competitivo" (pp. 109 y 151) en el que se hallan enreda-

⁴ Compárense las vacilaciones que se reflejan en las notas al calce de su cuadro de etapas de "impulso inicial" (pp. 52-53) y su incapacidad para decidir "si el periodo de impulso inicial será, en realidad, fructífero en las seis economías contemporáneas que se esfuerzan por realizarlo" (p. 60), así como su fracaso para hacer frente al fenómeno del retroceso que puede ocurrir después de los aparentes impulsos iniciales. Sin embargo, los críticos y, en especial los estadígrafos, deben resistir la fácil tentación, que así ofrece Rostow, para rechazar el concepto total del desarrollo económico por medio de la revolución industrial.

⁵ Por ejemplo: "Quizá lo más importante en relación con el comportamiento de estas variables, en casos históricos de impulso, sea que han adoptado muy distintas formas. No existe una norma única. Puede aumentar la tasa y la productividad de la inversión, y las consecuencias de esta alza pueden difundirse en un proceso de crecimiento general que se autorrefuerza, por muy distintas rutas técnicas y económicas, bajo la égida de muy diversos ambientes sociales, culturales y políticos, impulsados por una extensa variedad de estímulos humanos" (p. 62). O bien, podemos asegurar, pueden no aumentar y, quizás, no se difundan...

dos históricamente los Estados.⁶ La explicación tiende a ser circular (cuando un país tiene crecimiento económico es prueba de que en él existe nacionalismo reactivo)⁷ así como evasiva: cuando un país, que es evidentemente nacionalista *no* da principio a su etapa de impulso inicial, es porque “el nacionalismo puede seguir una cualquiera de diversas trayectorias” (p. 29). Además, hasta este tipo de explicación carece de fuerza por la negativa de Rostow a admitir en su análisis el motivo de lucro, denegación que no puede ocultar con una observación parentética ocasional en la que concede su existencia.⁸ No obstante, por deficiente que sea, la explicación del crecimiento económico por medio del nacionalismo y la lógica de la competencia internacional es en la que más se aproxima Rostow a un análisis del desarrollo económico que sea distinto de su redonomiación y clasificación.

Y, con todo, dicha explicación no es muy concienzuda; pues, además de cierta incapacidad para resolver algunos problemas importantes, el profesor Rostow da muestras de una sorprendente falta de capacidad hasta para reconocer su existencia y su significación. Por tanto, uno de los pro-

⁶ “El caso es el de una sociedad que se moderniza por sí misma como consecuencia de una reacción nacionalista en contra de la intromisión o la amenaza de intervención de potencias extranjeras más adelantadas” (p. 48).

⁷ Cf. las páginas 48-49 en las que hace un esfuerzo, sin mayor entusiasmo, por comparar la industrialización precursora de Inglaterra con este modelo, sin tener otro fundamento que el de que, de otro modo, ésta no se adaptaría al “caso general”. En consecuencia, debemos admitir que si una teoría de evolución económica no puede explicar el caso que más necesita explicar, o sea, el del primerísimo “impulso inicial” de la historia, entonces no es otra cosa que un pedazo de papel inútil, aunque el profesor Rostow no parece estar mucho muy enterado de esto. Cf. la página 41.

⁸ Cf. en la página 42. “Siempre ha estado presente el comerciante, que ve en la modernización la remoción de obstáculos para alcanzar mercados y utilidades mayores, y el logro de la alta jerarquía social que se le negó”, pero recomendamos de manera especial se cotejen las páginas notablemente deformadas en donde habla acerca del colonialismo (pp. 131-135),

blemas cruciales que tiene que afrontar tanto el teórico como el presunto proyectista del desarrollo económico bajo un régimen capitalista es el de que “los criterios respecto a la obtención máxima de utilidades privadas no coinciden necesariamente con los criterios para una tasa y norma de crecimiento en varios sectores” (pp. 66-67), ya que, de hecho, se puede demostrar que en una situación preindustrial o en regiones subdesarrolladas hay más probabilidades de que estos criterios sean divergentes a que no lo sean. Tanto el estadista como el administrador económico de un país retrasado saben que un siglo de capitalismo occidental no ha logrado hacer pasar a ningún país por el espacio que separa las economías adelantadas de las retrasadas: saben igualmente que se puede confiar en la inversión privada con fines de lucro para construir los hoteles para turistas de su país, pero no para sus fábricas de acero. En consecuencia, han tratado de imitar, cada vez más, el método soviético de lograr el crecimiento económico, que no adolece de esta desventaja, en vez de depender del método europeo o norteamericano del siglo XIX, que sí la tiene. Rostow no explica ninguno de estos hechos que determinan el problema real del desarrollo económico en las regiones subdesarrolladas, y ni siquiera parece percatarse de ellos, fuera de la mención casual ya citada. Por el contrario, el historiador debe explicar por qué razón, a pesar de esta divergencia o falta de coincidencia, un grupo reducido de países, alrededor del Atlántico del Norte, logró industrializarse sobre una base capitalista, durante los siglos XVIII y XIX. Rostow parece haberse olvidado igualmente de este problema.

Esta torpeza no es accidental. La verdad es que, la índole del enfoque del profesor Rostow lo imposibilita para resolver tales problemas, y hasta le dificulta reconocer su existencia, ya que si sostenemos que el motor principal del cambio económico en ningún tiempo fue la “obtención de utilidades máximas [en el sentido de] provecho económico” (pp. 176 ss.), no sólo no podemos tratar sino ni siquiera dar respuesta a las preguntas que se suscitan del hecho de que todo desarrollo económico entre la sociedad “tradicio-

nal” y la aparición de la URSS fue, en realidad, un desarrollo *capitalista* y que, por lo tanto, requiere de un análisis de las características específicas del *capitalismo*. Si nos abstraemos de todo lo que separa a “la Inglaterra de fines del siglo XVIII y de la Rusia de Khrushchev, del Japón del periodo Meiji y del Canadá en la época del auge ferroviario anterior a 1914, de los Estados Unidos de Alexander Hamilton y de la China de Mao, de la Alemania de Bismarck, y del Egipto de Nasser (p. 13), seremos incapaces de explicar por qué el Egipto de Nasser encuentra en la Rusia de Khrushchev una guía más provechosa para su desarrollo económico que en la Inglaterra del siglo XVIII. Si estamos impacientes por menospreciar el elemento del provecho económico que existe en la relación entre las economías adelantadas y las subordinadas (coloniales) (pp. 108-12, 137-38, 156), no podremos decir nada de provecho con respecto a los problemas derivados del hecho de que las economías subordinadas son dependientes de otras.

Podríamos preguntar: ¿por qué razón ha de adoptar una persona un enfoque teórico tan evidentemente defectuoso y contraproducente, en realidad? Podríamos indicar una respuesta plausible por lo menos. Por haberlo admitido él mismo, el profesor Rostow no se interesa esencialmente en obtener una teoría del desarrollo económico, sino en escribir un “manifiesto no comunista”. A diferencia de otros eruditos y más doctos (no diremos que más capacitados) hombres de ciencia que confrontan objetivos semejantes, él ha preferido abandonar no solamente las conclusiones y los argumentos de Marx, sino hasta el planteamiento básico del desarrollo económico tal como lo consideró Marx. Como hemos tratado de demostrar, ésta fue una decisión poco sensata, pues las cuestiones marxistas son fundamentales para cualquiera que trate de comprender el proceso del desarrollo económico. Lo que se necesita, por lo menos, es una *comprensión* de las proposiciones de Marx, y el profesor Rostow todavía tiene que elevarse a ese nivel.

II

Al hacer un examen de los dogmas principales de la teoría del crecimiento económico de Rostow (si es que acaso se puede decir que propone dicha *teoría* en su libro) encontramos que nada nos revela que pueda considerarse un aumento a nuestro conocimiento de la historia del desarrollo económico o un enriquecimiento de nuestra comprensión de los procesos que encierra. Pero Rostow nos ofrece algo mucho más ambicioso que “simplemente” una teoría nueva del crecimiento económico; propone también “una alternativa de gran alcance, realista y sólidamente basada, a la teoría de Marx relativa al modo como evolucionan las sociedades”. Examinemos, pues, este esfuerzo más reciente para arrojar a Marx al cesto de la basura. Sin embargo, como no es posible, ni sería de provecho escudriñar todas las malas interpretaciones y tergiversaciones al pensamiento de Marx que Rostow ha tratado de sintetizar en unas cuantas páginas, tendremos que limitarnos a dos problemas que el mismo Rostow considera esenciales para su Manifiesto.

El primero se refiere a la naturaleza del elemento motriz que impulsa a la evolución económica, social y política en el curso de la historia. Para esta cuestión fundamental el materialismo histórico nos ofrece una respuesta amplia y refinada. Está muy lejos de nosotros el tratar de emular a Rostow en la pretensión de que esta respuesta ofrezca soluciones exactas a todos los problemas suscitados por las pausas y sucesos intrincados de la historia. Lo que sí pretende el materialismo histórico es haber descubierto un *enfoque* indispensable para la comprensión de las pléyades de acontecimientos históricos, y haber concentrado su atención en la índole de las energías principales causantes de su nacimiento, transformación y desaparición. Lo expresaremos en forma condensada: estas energías se derivan de la tensión siempre presente entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, por una parte, y, por otra, las relaciones predominantes de la producción. Es indudable que ni las “fuerzas productivas” ni las “relaciones de la pro-

ducción” son ideas sencillas. La primera comprende el estado actual de racionalidad, de la ciencia y la tecnología, el modo de organización de la producción y el grado de desarrollo alcanzado por el hombre mismo: “la fuerza productiva más importante de todas” (Marx). La última se refiere a la manera de asignar los productos del trabajo humano, la situación social en que se lleva a cabo la producción, los principios de la distribución, los criterios, la ideología, el *Weltanschauung* que constituye el “éter general” (Marx) o medio ambiente dentro del cual funciona la sociedad en un momento dado. La pugna entre las dos, latente a veces y a veces activa, se debe a una diferencia fundamental en las “leyes del movimiento” de las fuerzas y las relaciones de la producción, respectivamente. Las fuerzas productivas tienden a ser sumamente dinámicas. Impelidas por la búsqueda humana de una vida mejor, por el crecimiento y expansión de los conocimientos y la racionalidad humanos, por el incremento de la población, las fuerzas productivas propenden de continuo a ganar en vigor, en profundidad y en su esfera de acción. En cambio, las relaciones de la producción tienden a ser persistentes y conservadoras. Los sistemas predominantes para la asignación de los recursos y en la organización social, y las instituciones políticas, favorecen a ciertas clases y discriminan, anulan y oprimen a otras. Ocasionan los intereses creados. Se momifican las maneras de pensar y ponen de manifiesto cierta terquedad y longevidad que origina lo que a veces se denominan “retrasos de la cultura”. Cuando el progreso de las fuerzas productivas se ve obstruido por la carga onerosa de los intereses reinantes y por las trabas del pensamiento dominante, uno u otro tiene que ceder; y como la clase dominante jamás está dispuesta a renunciar a sus privilegios consagrados por el tiempo (en parte, por causas de interés propio y, en parte, porque su propio horizonte está circunscrito, más o menos estrechamente, por la ideología que prevalece y santifica esos mismos privilegios), el choque tiende a resultar violento. Con esto no queremos decir que las relaciones anticuadas y retrógradas de la pro-

ducción *siempre* son destruidas y aniquiladas por medio de revoluciones. El proceso se desenvuelve en una extensa variedad de formas, las que dependen de las circunstancias que prevalecen en cada caso particular. Dentro de esta amplia gama de posibilidades se encuentran sublevaciones violentas de las "clases bajas" y transformaciones relativamente pacíficas de las "clases altas" como periodos de estancamiento prolongado, en los cuales el poder político, ideológico y social de las clases gobernantes es lo suficientemente fuerte para impedir la aparición de formas nuevas de organización económica y social, para bloquear o retardar el desarrollo económico de un país.

No obstante, el materialismo histórico de Marx insiste en que el desarrollo de las fuerzas productivas ha sido hasta ahora, el aspecto dominante del proceso histórico. Cualquiera que hayan sido sus vicisitudes, sean cuales fueren las contrariedades e interrupciones que ha experimentado en el curso de la historia, a la larga ha tendido a superar todos los obstáculos y a conquistar todas las estructuras políticas, sociales e ideológicas, subordinándolas a sus necesidades. Esta lucha continúa desigualmente entre las fuerzas productivas y las relaciones de la producción. Son menos frecuentes las conquistas rápidas y dramáticas que los largos periodos de asedio, en los que las victorias permanecen indecisas, imperfectas y no son permanentes. Los diferentes países ponen de manifiesto normas distintas, las que dependen de sus dimensiones, ubicación, de la fuerza y cohesión de sus clases gobernantes, del valor, la determinación y la dirección de los que carecen de todo privilegio; del grado de la influencia y apoyo del extranjero a que están expuestas ambas o cualquiera de ellas; de la trascendencia y poder de las ideologías predominantes (por ejemplo, la religión). Además, de un periodo a otro difiere muchísimo la trayectoria que sigue esta lucha y sus resultados. Bajo el régimen de la primera época del capitalismo competitivo eran muy distintos de lo que han llegado a ser en la era del imperialismo; con la presencia de un poderoso sector socialista del mundo, ya no son iguales a

como eran o habrían sido si éste faltara. Ningún sistema **incruento** de 5 (o 3 o 7) “etapas” puede justificar a la multitud y variedad de estructuras económicas, tecnológicas, políticas e ideológicas producidas por este incesante combate entre las fuerzas productivas y las relaciones de la producción. Lo que Marx, Engels y Lenin enseñaron a quienes tenían la ambición de aprender más que de hacer carrera recurriendo a la “refutación”, es que estos aspectos históricos no se pueden tratar mediante “una generalización que comprende todo el lapso de la historia moderna”, sino que se deben estudiar *concretamente* tomando debida cuenta de la riqueza de los factores y de las fuerzas que participan en la formación de cualquier caso histórico particular.

A fin de impedir cualquier mala interpretación posible, diremos que todo lo expuesto con anterioridad no pretende abogar porque se renuncie a la teoría en favor del afanoso empirismo. Más bien, sugiere la necesidad de una penetración recíproca de la teoría y la observación concreta, de la investigación empírica esclarecida por la teoría racional, y del trabajo teórico que absorbe su fuerza vital del estudio histórico. Consideremos, por ejemplo, uno de los muchos países subdesarrollados que existen. El hecho de encajarlo al molde estrecho de una de las “etapas” de Rostow no nos acerca más a la comprensión de la situación social y económica de dicho país ni nos da una clave de las perspectivas y posibilidades evolutivas del mismo. Para eso, lo que se necesita es una valoración, tan exacta como sea posible, de las fuerzas sociales y políticas que influyen en el país para su cambio y desarrollo (la situación económica y la estratificación del campesinado, sus tradiciones políticas y su estructura ideológica, el nivel económico y social, la diferenciación interna y las aspiraciones políticas de la burguesía, la medida de sus compromisos con intereses extranjeros y el grado de monopolio que predomina en sus empresas nacionales, la intimidad de su relación con los intereses de los terratenientes y el grado de su participación en el gobierno actual; las condiciones de vida y de trabajo, así como el nivel de la conciencia de clase del

sector obrero, y su fuerza política y como organización). Mas no se crea, de ningún modo, que ésta sea la tarea total. En el bando contrario se encuentran los grupos, instituciones, relaciones e ideologías que tratan de conservar el *statu quo*, obstruyendo los esfuerzos encaminados hacia su derrocamiento. Hay opulentos terratenientes y/o ricos campesinos; existe un sector de la clase capitalista firmemente arraigado en posiciones monopólicas y aliado con otros sectores privilegiados de la sociedad; hay que contar también la burocracia del gobierno que está entremezclada y depende de la institución militar; están los inversionistas extranjeros sostenidos por sus gobiernos nacionales respectivos y trabajando de consuno con sus paniaguados del país. Solamente un análisis minucioso materialista-histórico, que atraviese la niebla ideológica mantenida por la coalición predominante de intereses y que destruya los fetiches que producen y reproducen continuamente quiénes les interesa la conservación del *statu quo*, sólo un análisis de esa naturaleza puede tener la esperanza de desenredar la maraña de tendencias en pro y en contra, de fuerzas, influencias, convicciones y opiniones, impulsos y resistencias que explican el tipo de desarrollo social y económico. Y es precisamente a esta empresa *marxista* a la que el profesor Rostow nos ofrece su alternativa: asignar al país en cuestión una de sus "etapas" y luego especular con respecto a las "dos posibilidades" que tiene que confrontar dicho país: si pasará, o no, a la "etapa" siguiente. Ahora bien, si pasa a la "etapa" siguiente, tendrá que encarar nuevamente dos posibilidades: o permanece en ella por algún tiempo o retrocede nuevamente a su estado anterior.

Podemos considerar ahora, en forma condensada, el otro arranque del profesor Rostow en contra de Marx, por medio del cual pretende ofrecernos "los vínculos importantes entre el comportamiento económico y el no-económico, que Carlos Marx no logró percibir". Según la opinión manifiesta del profesor Rostow, esta empresa asestará el *coup de grâce* al pensamiento marxista, "ya que —nos asegura— para el marxismo es absolutamente esencial que los hom-

bres luchan y mueran por la propiedad" (p. 178). Lo que Carlos Marx, "hombre solitario, profundamente aislado de sus semejantes", no percibió, pero el profesor Rostow sí, es lo siguiente: "El hombre no sólo busca el provecho económico, sino también el poder, el ocio, las aventuras, al continuidad en la experiencia y la seguridad..." (p. 176). En resumen, la conducta humana pura no se ve como un hecho de realizaciones máximas, sino como un acto de comparación de objetivos humanos alternativos, y frecuentemente en pugna." Esta idea de comparación entre alternativas —que hace observar el profesor Rostow—, que se advierten al presentarse es más complicada y difícil que un simple propósito de realizaciones al máximo y no lleva una serie rígida e inevitable de etapas históricas" (p. 177). Nos resignamos a que esta "idea" bien pueda ser "complicada y difícil", pero también a que está singularmente desprovista de cualquier contenido descubrible. Resulta, en realidad, sorprendente ver cómo el profesor Rostow, después de haber construido un sistema ficticio que no guarda ninguna semejanza con el marxismo, descubre su incapacidad hasta para vencer a un enemigo semejante "escogido por él mismo".

En verdad, para decirlo francamente, toda su argumentación es demasiado inútil para que sirva siquiera como punto de partida de una discusión seria. Basta un conocimiento somero de los escritos más importantes de Marx, Engels y de los escritores marxistas más recientes, para darnos cuenta de lo inadecuado de la caricatura que hace Rostow del marxismo. Lejos de afirmar que "la historia está determinada exclusivamente por las fuerzas económicas", y más lejos aún de pasar inadvertidos "los vínculos importantes entre el comportamiento económico y el no-económico", la teoría del materialismo histórico, propuesta por Marx y sus partidarios, no es sino un esfuerzo poderoso para explorar los nexos múltiples, e históricamente variables, entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de la producción y la evolución de la conciencia, las emociones e ideologías de los hombres. Tanto es así, que la teoría

marxista de la ideología ha servido de punto de partida y como guía a toda una disciplina conocida con el nombre de "sociología del conocimiento", con toda la historia analítica de la religión, de la literatura, del arte y la ciencia obteniendo su inspiración de la misma fuente.

La teoría del enajenamiento de Marx, que anticipa una gran parte del desarrollo subsecuente de la psicología social, se encuentra formando el núcleo de la crítica y el estudio modernos de la cultura. La teoría política de Marx ha servido como una base conceptual para la mayor parte de lo que se considera de valor en la erudición histórica moderna europea y norteamericana; y la obra *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (por no mencionar más que una joya excelente de estudio histórico y sociológico), todavía deslumbra como modelo de un análisis amplio y penetrante de los "vínculos importantes entre el comportamiento económico y el no-económico", en relación con un caso histórico particular.

Mas todo esto escapa a la perspicacia de Rostow, quien no sólo es incapaz de hacer alguna aportación al estudio de los problemas importantes, sino que ni siquiera logra comprender el contexto dentro del cual se originan. Por lo que respecta al problema de los "vínculos entre el comportamiento económico y el no-económico" o, para el caso, de la explicación de cualquier actividad humana, sea económica o de otra índole, no es ni ha sido jamás que el hombre "equilibre alternativas" o no, o se "adhiera al principio de la obtención de utilidades máximas" (términos que, incidentalmente, si acaso significan algo, equivalen exactamente a lo mismo), como tampoco tiene ningún significado la cuestión de si el hombre posee o no "libre albedrío". Nadie que esté en su pleno juicio, sea marxista, materialista mecánico o idealista, ha negado jamás que los hombres tengan preferencias, ejerzan su voluntad, equilibren alternativas, o para el caso, muevan sus piernas al caminar. El problema es, y siempre ha sido, descubrir lo que determina la naturaleza de las alternativas asequibles a los hombres, lo que explica la índole de las metas que éstos se fijan en distintos

periodos del desarrollo histórico, lo que les hace desear lo que quieren en distintas sociedades y en diversas épocas. Para esta interrogación fundamental han habido varias respuestas. Ha sido la solución del teólogo que todos los actos y decisiones humanos están regidos por la voluntad omnipotente e inescrutable de Dios. El idealista, que sustituye la Deidad por el espíritu humano llega a una actitud muy semejante al ser incapaz de explicar la razón de los actos y operaciones del espíritu. Los partidarios del "psicologismo" consideran a la actividad humana como una emanación de la propia psiquis del hombre, la que en sí es un aspecto de una naturaleza humana eternamente constante.⁹ El materialista histórico considera los actos y motivaciones humanos como resultados complejos de una mutua acción dialéctica de los procesos bióticos y sociales, estos impulsados continuamente por el dinamismo de las fuerzas productivas y de las relaciones de la producción, así como las evoluciones ideológicas que provienen de éstas y que, a su vez, influyen en ellas. Sin embargo, el profesor Rostow tiene la solución más sencilla de todas: no sabe cuál es la respuesta ni tampoco parece preocuparle. Según él, todo puede suceder: el hombre va de aquí para allá, equilibra alternativas, escoge sus preferencias, lucha por el poder, y se encarga de elevar al máximo quién sabe cuántas cosas. Y ésta es la "teoría" nueva, original y sin precedentes que realiza lo que Carlos Marx no logró percibir.

Debemos dar una excusa al lector. Considerado en sí mismo, el Manifiesto de Rostow no requiere un examen prolongado. Si, a pesar de todo, hemos emprendido la tarea de escribirlo es a causa de las consideraciones del dominio de la sociología del conocimiento. En este sentido, el suyo es un documento importante, ya que nos demuestra, en for-

⁹ Si se desea consultar un estudio algo más amplio sobre este punto, Cf. "Marxism and Psychoanalysis", por Paul A. Baran, en *Monthly Review Press*, Nueva York, 1960. Existe traducción al español en Paul Baran. *El socialismo: única salida*, México, Editorial Nuestro Tiempo.

na particularmente sorprendente, el bajo nivel a que ha descendido el pensamiento social del Occidente en la era actual de la guerra fría.

ELEMENTOS PARA UNA TEORÍA LATINOAMERICANA DEL DESARROLLO*

ANTONIO GARCÍA

1) *El modelo metropolitano de desarrollo*

El notable retraso en la formación de un pensamiento crítico en América Latina explica el hecho de que ésta hubiese tenido que adoptar, colonialmente, la teoría científico-social exportada por la metrópoli y configurada de acuerdo con su propio contexto histórico —problemas, intereses, aspiraciones, sistemas de valores— y de acuerdo con los marcos singulares que definen el nivel de la *racionalidad científica*.

Por medio de este mecanismo de *cosificación* y exportación metropolitana de su pensamiento científico-social, la América Latina aprendió a pensar sobre ella misma como los economistas ingleses del siglo XIX y como los economistas, sociólogos o científicos políticos de los Estados Unidos, a partir de la primera posguerra mundial. Dentro de este contexto histórico de la segunda posguerra, la *teoría metropolitana sobre el subdesarrollo y el desarrollo* llegó a la América Latina como parte de un vasto y articulado proceso de *modernización capitalista*, promovido y estimulado como expresión de las relaciones político-culturales de de-

* Fragmento del libro *Atraso y Dependencia en América Latina. Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo*. Buenos Aires, Editorial El Ateneo, 1972. XXI - 267 p.

pendencia. Esa teoría fue el producto de una amplísima movilización de la *inteligencia científico-social ortodoxa* —esto es, la ideológicamente identificada con la perspectiva del mundo propia de la nación metropolitana— expresándose en la forma de un *modelo político de desarrollo* destinado a los países atrasados y capaz de crear la ilusión del desarrollo sin modificar los términos estructurales de *la dominación* (relaciones internas de clases sociales antagónicas) y de *la dependencia* (relaciones centro-periferia o nación hegemónica-países satelizados). Desde luego, la definición y sofisticación metodológica de un *modelo político de desarrollo*, elaborado *desde la nación* metropolitana para los países dependientes, ha supuesto la paulatina articulación de un complejo repertorio de elementos:

- a) *Una teoría sobre el subdesarrollo*, o sea, una explicación de las causas históricas y razones por las cuales los países atrasados no han ganado aún el estadio de los países capitalistas desarrollados (tasas de ahorro y de inversión, niveles de tecnología y de productividad, niveles de distribución social del ingreso, tipos de cultura y condiciones de vida), desde la singular perspectiva de la nación hegemónica;
- b) *Una teoría del desarrollo*, o sea, una suma congruente de elementos por medio de los cuales los países subdesarrollados pueden ganar la categoría histórica de países desarrollados, desde el punto de vista de ciertos coeficientes convencionales de ahorro, inversión y producto por habitante;
- c) *Una política de desarrollo*, o sea, una serie de formas convencionales de comportamiento político tanto de la nación metropolitana como del Estado y de las clases responsables de la conducción económica en los países subdesarrollados y de capitalismo dependiente; y
- d) *Unos objetivos finalistas o estratégicos del desarrollo*, desde el punto de vista de las relaciones internacionales de intercambio o de los procesos de modernización económica y social de los países atrasados, dentro de los

marcos sociales, económicos, culturales y políticos de la sociedad capitalista.

Estos elementos constituyen la vértebra de las ciencias sociales de la nación metropolitana y fueron enunciados —en la forma de un modelo político— por el economista W. W. Rostow en su obra *Las etapas del crecimiento económico*. La trascendencia de la formulación de Rostow radica en que *explica históricamente el subdesarrollo, enuncia una teoría del desarrollo y proyecta unas políticas de desarrollo, desde la perspectiva de la nación metropolitana y de las clases sociales controladoras de la riqueza y el poder en los países atrasados e identificadas esencialmente con aquélla en la concepción del objetivo finalista y de la naturaleza capitalista del desarrollo*. Esta óptica metropolitana define el contenido fundamental de la expresión *subdesarrollo* (en cualquiera de sus variables formales o semánticas), acogida oficialmente por las Naciones Unidas y calificada de moderna y dinámica aun por economistas europeos tan lúcidos como Gunnar Myrdal.¹ En la realidad, la expresión *subdes-*

¹ “Resulta interesante que en la actualidad —dice en *Teoría Económica y regiones subdesarrolladas*, Edición Fondo de Cultura Económica México, 1959, pág. 18 —todos nosotros nos refiramos a esta mayoría de países pobres como los ‘países subdesarrollados’. Este término dinámico, que ha alcanzado su actual preponderancia a raíz de la segunda Guerra Mundial, indica por sí mismo el gran cambio que se ha operado en la situación política mundial a que he hecho referencia, ya que la expresión que se acostumbra utilizar hasta la fecha reciente era el término estático de ‘países atrasados’.

“Ambos términos, al igual que sucede con todos los conceptos fundamentales de las ciencias sociales, están imbuidos de valor, y el que nos demos cuenta de este hecho contribuye a aclarar nuestros pensamientos en relación con estos problemas. La utilización del concepto ‘países subdesarrollados’ implica un juicio de valor: que constituye una meta aceptada de la política pública en que los países así designados deben desarrollarse económicamente. Es en este sentido como los pueblos de los países más pobres utilizan el término y tratan de que los pueblos de los países más ricos lo usen así. Cuando, a su vez, estos últimos aceptan este término y desechan al antiguo de ‘países atrasados’ están aceptando también la significación del término.”

arrollo es dinámica sólo en el sentido que le atribuye el modelo político a que se articula y sólo desde la peculiar perspectiva histórica de la nación metropolitana; en última instancia, supone y se fundamenta en el concepto implícito de que se subdesarrollo en cuanto no se han alcanzado los niveles estadísticos del país tomado como arquetipo del desarrollo. De allí que el desarrollo se mida, exclusivamente, de acuerdo con los patrones cuantitativos con que la nación metropolitana mide los términos de su *crecimiento económico*: producto o ingreso por habitante, distribución del ingreso entre las clases sociales y los sectores de la economía, niveles de tecnología y productividad. Semejante concepción formalista no sólo identifica *desarrollo* con ciertos niveles del producto global por habitante o con cierta distribución del ingreso nacional de acuerdo con los patrones vigentes en la nación metropolitana, sino que considera el desarrollo exclusivamente en términos de crecimiento económico.

El modelo político de Rostow —en cuanto tiene la naturaleza de una síntesis de las ciencias sociales que instrumentan las relaciones entre la nación metropolitana y los países dependientes— no sólo expresa las líneas maestras de la ideología metropolitana en relación con América Latina, Asia, África y ciertas áreas de Europa Occidental, sino que inspira políticas multinacionales como la Alianza para el Progreso y orienta el pensamiento de los científicos sociales desarrollistas de la América Latina.² Sin el menor sentido

² “Admito que la obra de Rostow —dice André G. Frank en *Desarrollo del subdesarrollo*, Edic. Revista Tlatoni, México, 1969, pág. 53, amerita una crítica más profunda en los campos empírico, político, teórico, que la que ha recibido hasta ahora. Principalmente, las etapas y las tesis de Rostow son incorrectas sobre todo porque no corresponden a la realidad pasada o presente de los países desarrollados cuyo desarrollo se supone que han de guiar. Queda explícito en Rostow, como implícito en Roselitz, que el subdesarrollo es la etapa original de las supuestas sociedades tradicionales, o sea, que no hubo etapas anteriores a la actual de subdesarrollo. Es mucho más explícito en Rostow que las sociedades actualmente desarrolladas fueron una vez subdesarrolladas. Pero todo esto es bastante contrario a los hechos. Todo este enfoque del desarrollo económico y del cambio cultural atribuye una his-

peyorativo, puede afirmarse que el *modelo rostowiano* guía las concepciones *cepalinas* sobre subdesarrollo/desarrollo y define las líneas de pensamiento político de su más notable orientador, el economista argentino Raúl Prebisch.

2) *El modelo político de Rostow*

Lo esencial en el *modelo rostowiano* es que explica el subdesarrollo como un problema de *estadios históricos* por los que atraviesan, necesariamente, todos los países del mundo —de acuerdo con unas ciertas líneas de evolución, a la manera positivista comteana— y que define el desarrollo como el simple efecto de unos procesos naturales o de unas políticas convencionales que tienden a elevar los niveles de ahorro, inversión, productividad y producto por habitante, sin cambios profundos y sin necesidad de alterar las relaciones de dominación y dependencia. El desarrollo es, *en sí mismo*, intrínsecamente, enfocado en sus términos formales, *un cambio y un tránsito de un estadio histórico a otro*. El núcleo de la teoría es que el problema operacional más importante en los países subdesarrollados es el de escasa *disponibilidad absoluta de recursos de ahorro y de tecnología*, pudiendo acelerarse el *despegue* —en el sentido rostowiano— por medio de transferencias convencionales y misionales *desde la nación metropolitana*, o mediante la elevación de los niveles del ahorro interno, público o privado. Dada la estructura de las relaciones internacionales de intercambio dentro del sistema capitalista —a nivel mundial o a nivel hemisférico—, *el papel básico en el desarrollo de los países subdesarrollados corresponde a la nación metropolitana*, operando por medio de la inversión privada directa, los préstamos públicos (incluyendo mecanismos multinacionales

toria a los países desarrollados, pero niega cualquier historia a los subdesarrollados. Evidentemente, los países que actualmente son subdesarrollados han tenido una historia no menor que la de los desarrollados; ninguno de aquéllos (¿la India?) es ahora lo que fue hace siglos o aún décadas atrás.”

como la ALPRO*), las transferencias de tecnología, la asistencia técnica y las donaciones. Desde una perspectiva global, las políticas de desarrollo que se derivan de este modelo son, estrictamente, las mismas que tienden a la consolidación histórica del *statu quo* y que se afirman sobre la posibilidad de desarrollarse sin cambiar las relaciones internas de clases ni las relaciones de dependencia: endeudamiento creciente en la nación metropolitana, fomento de inversión privada metropolitana, transferencia de las más refinadas y resguardadas tecnologías metropolitanas, integración de la industrialización básica a las importaciones de bienes de capital, estímulos fiscales y financieros destinados a transformar las clases dominantes latinoamericanas en un moderno elenco de empresarios capitalistas de modelo metropolitano.

A grandes rasgos, el modelo político de Rostow puede ser enunciado y articulado en estos términos:

I. Teoría formalista del subdesarrollo

- a) Concepción del subdesarrollo como un estadio o estación de tránsito porque atraviesan todos los países, en una cierta etapa de su historia.
- b) Definición del *estadio* histórico en razón de la *carencia absoluta* de recursos, fundamentalmente de ahorro, inversión y tecnología.
- c) Señalamiento de las bajas tasas de ahorro y de inversión como determinantes o expresivas del estadio de subdesarrollo, señalándose la importancia histórica del largo proceso de acumulación que precede al *despegue*.
- d) Caracterización del subdesarrollo por el *elevado peso de las economías primarias y por los bajos coeficientes del producto nacional por habitante, de acuerdo con unos patrones convencionales*.

* Alianza para el progreso, programa de asistencia promulgado en 1961 por el gobierno norteamericano de John F. Kennedy. (Nota del Ed.).

El elevado peso de las economías primarias comprende diversas áreas básicas:

- i) la de generación del Producto Bruto Interno,
- ii) la de composición de las exportaciones (alimentos y materias primas en un 70 u 80%), y
- iii) la de ocupación de la población activa.

II. Teoría del desarrollo

- a) El desarrollo consiste en una elevación sostenida de los niveles y tasas de ahorro e inversión mediante la *transferencia básica* de recursos de ahorro y tecnología desde la nación metropolitana hacia los países subdesarrollados y también mediante el incremento de las tasas internas de ahorro de esos países.
- b) La elevación de las tasas de ahorro e inversión tiene como efecto necesario el incremento del producto nacional por habitante hasta el nivel considerado convencionalmente como característico de los países desarrollados, suponiendo un proceso de *racionalización progresiva* de los métodos de uso de los recursos disponibles (humanos, físicos, culturales, tecnológicos, financieros).
- c) Ese proceso de tránsito del subdesarrollo al desarrollo adopta la forma de un crecimiento lineal y ascendente (tipo *comteano*), que se desenvuelve a través de tres fases o estadios históricos:
 - i) el ciclo secular de la acumulación;
 - ii) el ciclo del despegue, y
 - iii) el ciclo del desarrollo autosostenido.

III. Política de desarrollo

- a) El tránsito histórico del subdesarrollo al desarrollo se acelera mediante la utilización convencional de un *repertorio de políticas* adoptadas tanto por la nación metropolitana como por las clases sociales que ejercen la hegemonía interna en los países subdesarrollados.

- b) Dado que los recursos de ahorro y tecnología —en el mundo económico a que se articulan, históricamente, los países subdesarrollados —se concentran en la nación metropolitana, a ésta corresponde el papel fundamental en la etapa de despegue, por medio de *una política misional de transferencias*:
- i) de *ahorro* (inversiones privadas directas, préstamos públicos, donaciones);
 - ii) de *tecnologías* (patentes y marcas, asistencia técnica, investigación científica y tecnológica),
y
 - iii) de *modelos de organización*.
- c) La política de transferencias adopta dos grandes formas históricas:
- i) la de transferencias unilaterales de la nación metropolitana, y
 - ii) la multilateral o multinacional, como la expresada en el modelo político de la Alianza para el Progreso.
- d) La elevación de los niveles de ahorro interno se efectúa por medio de políticas de redistribución social del ingreso nacional (regulación de salarios, rentas o aparcerías, financiamiento de las instituciones de bienestar y seguridad social), de políticas tributarias y de políticas de estímulo a las diversas formas del ahorro institucional, dentro de las líneas de orientación del pensamiento keynesiano.

Las políticas tributarias tienden, teóricamente, a comprimir los consumos suntuarios de las clases ricas, transfiriendo parte de sus ingresos al presupuesto del Estado, o sea, elevando la capacidad de ahorro y de inversión del sector público. Estas políticas redistribucionistas, por medio de la tributación directa, constituyen el cuerpo más generalizado de recomendaciones de parte de los organismos internacionales (Naciones Unidas, Banco Mundial de Reconstrucción y Fomento, Banco Interamericano de Desarrollo) y de los economistas vinculados

a programas de asistencia, como N. Kaldor, R. Prebisch, L. Currie e Hirschman.

- e) Dentro del marco de estas concepciones, el ahorro institucional se expresa, fundamentalmente, en la forma generalizada de *depósito de ahorro*, cuya caracterización más importante es la de estar constituido por las clases más pobres de la sociedad latinoamericana (campesinos, obreros, artesanos, clases medias, etcétera). Este tipo singular de ahorro no sólo representa un método de reducción voluntaria de los consumos inmediatos de esas clases en procura de una mínima seguridad de consumo en el porvenir, sino una estrategia de preservación indirecta de los consumos suntuarios y de la liquidez de las clases que concentran una proporción muy elevada de propiedad, ingresos y poder en América Latina. Por medio del ahorro de las clases pobres (en forma de depósitos, de compra de acciones, de contribución a las reservas financieras de las instituciones de seguridad social, etc.) se intenta llenar el déficit de ahorro interno y evitar que las políticas fiscales del Estado incrementen las tasas de inversión compromiendo los consumos suntuarios de las clases ricas u obstaculizando la exportación de capital a la nación metropolitana, tal como ha sido señalado por economistas como Raúl Prebisch y Nicolás Kaldor³ Desde luego, el hecho de que las clases más pobres se conviertan en financiadoras de las clases más ricas y opulentas de la sociedad latinoamericana (banqueros, constructores, terratenientes, etc.) no constituye una anormalidad sino una forma regular de funcionamiento de este modelo político, en el que —a nivel de relaciones de depen-

³ En Colombia —país modelo de la Alianza para el Progreso— los depósitos de ahorro de las clases pobres ascienden a más de \$3,500 millones, o sea, a un nivel que sobrepasa el monto total del capital pagado y las reservas financieras de la banca comercial privada, nacional y extranjera.

dencia— no es la nación metropolitana la que transfiere una mayor cantidad de recursos netos de ahorro a los países atrasados, sino que son los países atrasados los que operan como financiadores netos del poder, el desarrollo y la opulencia de la nación metropolitana.

IV. *Efectos previstos de las políticas convencionales de desarrollo*

El efecto calculado de la aplicación del modelo político de Rostow es la elevación de las tasas de ahorro e inversión a niveles considerados óptimos, así como la *optimización inducida del empleo de los recursos disponibles* en la economía nacional y la consiguiente elevación del producto nacional por habitante hasta ese nivel definido convencionalmente como el característico de un país desarrollado.

De acuerdo con las *previsiones racionalistas* del esquema, el proceso de cambio seguiría una serie de pasos definidos matemáticamente en los programas de desarrollo:

- a) La elevación de las tasas de ahorro e inversión hasta los niveles previstos en la medida en que la nación metropolitana transfiere recursos y en que se acelera la acumulación interna por medio de las políticas tributarias y de los incentivos fiscales y financieros a la inversión, de acuerdo con la estrategia keynesiana de *acción indirecta*.
- b) El *efecto inducido* es el desencadenamiento de un proceso de optimización del empleo de los recursos movilizables en una dirección de desarrollo: la elevación de las tasas de ahorro haría posible el incremento de la inversión en las áreas más dinámicas de la economía, particularmente en la industria manufacturera y en el sector agroexportador. Esta corriente de inversión originaría una elevación de la productividad rural y una creciente

liberación de la fuerza de trabajo ocupada en las actividades primarias (de acuerdo con el modelo de la nación metropolitana, en el que la agricultura ocupa menos del 8% de la fuerza nacional de trabajo), transfiriéndose ésta a las actividades *secundarias y terciarias*. En razón de que estas actividades proyectan más directamente el proceso de modernización capitalista y registran más altos niveles de productividad y de ingresos, la transferencia de población activa a los sectores secundario y terciario ampliaría y profundizaría el mercado interno —de acuerdo con el modelo de la *sociedad de consumo*—, provocando no sólo una elevación circunstancial del producto nacional por habitante, sino generando un *proceso de desarrollo sostenido*. En este instante histórico se produciría el *cambio cuantitativo* de país subdesarrollado a país desarrollado.

En este esquema, el desarrollo se produce como un *proceso de elevación de los niveles históricos del ahorro, la inversión y la productividad*, esto es, como una serie de pasos de naturaleza cuantitativa, no cualitativa y estructural. De acuerdo con este modelo teórico, intenta resolverse el problema estratégico del desarrollo latinoamericano —africano o asiático— preservando las estructuras de dominación y dependencia.⁴

⁴ “Acaso el rasgo común que más sorprende y desconcierta en las teorías burguesas del desarrollo —dice Alonso Aguilar en *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, Edic. Universidad Nacional de México, México 1967, pág. 82— es el de que a pesar de los refinamientos metodológicos y técnicos de que se hace gala en ciertos planteamientos, lo que escapa a ellos es la realidad social del desarrollo y el subdesarrollo y su examen objetivo. Tales teorías parecen moverse en un mundo en que los fenómenos económicos resultan de leyes psicológicas inmutables, de propensiones extra-económicas, de motivaciones individuales, círculos viciosos, funciones lineales, o, en el mejor de los casos, procesos de causación circular...

“No es extraño, en tal virtud, que el observador encuentre con frecuencia incomprensibles tales esquemas y modelos teóricos, y

3) *Antecedentes críticos de la teoría latinoamericana del desarrollo*

Nada tiene de sorprendente que la teoría económica y las ciencias sociales representativas del pensamiento capitalista de Occidente —Nurkse, Kuznets, Viner, Wallich, Sombart, Lewis, para citar unos nombres de circulación latinoamericana— se hubiesen orientado en la misma o semejante dirección teórica e ideológica del *modelo político de desarrollo* enunciado por Rostow y ritualizado por las políticas del Estado norteamericano en América Yatina. De otra parte, este modelo político ha sido adoptado —con ciertas variables de empaque o de cobertura— por los gobiernos latinoamericanos de tipo tradicional y populista, por el elenco de economistas tecnocráticos y por agentes de Naciones Unidas de tanta influencia en la formación de un pensamiento económico latinoamericano como la CEPAL.

Sin embargo, el nuevo pensamiento científico social de la América Latina no se formó críticamente dentro de las líneas convencionales y ahistóricas de la teoría rostowiana, sino que empezó a expresarse, por medio de atisbos geniales, en José Carlos Mariátegui, Aníbal Ponce o José Ingenieros —en la década explosiva y creadora de los años veinte—, contando luego con el aporte de los más valiosos *científicos sociales heréticos* de la llamada cultura occidental, como Rosa Luxemburgo, Paul Baran, Paul Sweezy, Charles Bettelheim, Maurice Dobb, Leo Huberman, Oskar Lange, Joan Robinson y, en cierta medida, C. Wright Mills o Joseph Schumpeter.⁵ Casi todos los científicos sociales

se pregunte en dónde están en ellos el imperialismo, la presión asfixiante de los países fuertes sobre los débiles, la explotación brutal que muchos pueblos de los hoy atrasados han sufrido, las clases sociales y sus luchas irreconciliables, los cambios en la estructura social, el desperdicio y la corrupción; en donde está ese fenómeno complejo envolvente, profundo y vasto de la dependencia, cuya sola presencia condiciona toda posibilidad de desarrollo capaz de satisfacer las necesidades de los países económicamente atrasados; en donde está, en una palabra, la realidad.”

⁵ Dada la orientación ritualizada y convencional del pensa-

heréticos han penetrado, críticamente, primero en el mundo de las clases oprimidas —en el propio ámbito de las sociedades capitalistas desarrolladas y opulentas— y luego en el universo de las naciones cautivas, colonizadas o dependientes. Por el camino del análisis dialéctico, Rosa Luxemburgo, Baran o Sweezy descubrieron no sólo la morfología, sino las raíces históricas del atraso. Baran desarrolló en la *Economía política del crecimiento*, la teoría del *excedente económico*, por medio de la cual encontró una explicación científica al fenómeno del atraso de los países dependientes. Dentro del marco de la concepción marxista del capitalismo en la etapa del imperialismo —tal como lo hicieran Lenin⁶

miento desarrollista ortodoxo, se explica que los científicos sociales hayan perdido, paulatinamente, las facultades críticas y la capacidad de creación teórica, más o menos como ocurrió en el siglo XIX con la Ciencia Económica. “En sus comienzos —dice Paul Baran en la *Economía política del crecimiento*, Edic. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, pág. 20— la ciencia económica fue un esfuerzo intelectual revolucionario para encontrar y establecer los principios rectores de un sistema económico capaz en grado máximo de hacer avanzar la causa de la humanidad. Ultimamente se ha vuelto contra su propio pasado, transformándose en un mero intento para explicar y justificar el *statu quo* (condenando o suprimiendo, al mismo tiempo, todo esfuerzo de juzgar al orden económico existente conforme a patrones racionales, o de entender los orígenes de las condiciones prevalecientes y las potencialidades de desarrollo que éstas contienen). Como Marx hacía notar: “Los economistas nos explican el proceso de producción en condiciones dadas; lo que no explican, sin embargo, es cómo esas mismas condiciones son producidas, es decir, el movimiento histórico que las genera.” (Marx, *The Poverty of Philosophy*, Stuttgart - Berlín, 1921, pág. 86). Así, se dejó a la escuela “herética” de la ciencia económica y social toda preocupación sobre los cambios económicos y sociales.”

* El problema de las relaciones de dependencia —por medio de los mecanismos de la exportación de capital financiero— fue enunciado por Lenin en *El reparto del mundo entre las grandes potencias, El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, Edic. del Instituto Lenin, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, sin fecha, pág. 115, si bien se trata de una formulación hecha en vísperas de la primera Guerra Mundial. Dentro de este marco histórico se definió la noción leninista de la semicolonía.

y Rosa Luxemburgo⁷—, Baran demostró tanto el papel de los países atrasados en la conformación, expansión y opulencia de los países imperialistas, como la imposibilidad de desarrollo de los países atrasados en cuanto constituyen una constelación de sociedades dependientes.⁸

Desarrollando esta línea de pensamiento, André G. Frank logró definir, teóricamente, la *estructura del subdesarrollo*. “Esta parte del mundo actualmente subdesarrollado —dice en *Desarrollo del subdesarrollo*⁹— ha mantenido relaciones tan íntimas con la parte actualmente desarrollada, que esta relación destruyó totalmente la estructura social preexistente (tradicional o no), donde quiera que existió en Asia —recuérdese la India, que fue desindustrializada—, África —en donde la trata de esclavos transformó a la sociedad mucho antes de que el colonialismo lo hiciera de nuevo— y América Latina —donde las altas civilizaciones inca y azteca fueron arrasadas conjuntamente—; en estos con-

⁷ El aporte fundamental de Rosa Luxemburgo consistió en mostrar el papel esencial desempeñado por las *naciones no capitalistas* como *mercado suplementario* y elemento condicionante de la acumulación en el sistema capitalista, si bien partió de la hipótesis equivocada de identificar *países atrasados y dependientes* con *países no capitalistas*. “La acumulación es imposible —dice en su obra clásica, *La acumulación del capital, Estudio sobre la interpretación económica del imperialismo*, Edit. Cenit, Madrid 1933, pág. 568— en un medio exclusivamente capitalista. De ahí nace, desde el primer momento de la evolución capitalista, el impulso hacia la expansión de capas y países no capitalistas, la ruina de artesanos y campesinos, la proletarianización de las clases medias, la política colonial, apertura de mercado, exportación de capitales. Solo por la expansión constante de nuevos dominios de la producción y nuevos países ha sido posible la existencia y desarrollo del capitalismo.”

⁸ “La remoción de una gran parte del excedente económico corrientemente generado y previamente acumulado por los países afectados —dice Baran, *ob. cit.*, pág. 168— no podía sino causar un serio retroceso de su acumulación primaria de capital.. De ahí que los pueblos que cayeron en la órbita de expansión del capitalismo occidental se encontrasen con el ocaso del feudalismo y del capitalismo, sufriendo las peores características de ambos, y, como si fuese poco, con todo el impacto de la subyugación imperialista.”

⁹ *Ob. cit.*, pág. 54.

tinentes, la relación entre la metrópoli mercantilista y capitalista y estas colonias logró suplantar —o implantó en *tabula rasa*, como sucedió en Argentina, Brasil, las Indias Occidentales y otros lugares— la estructura social, política y económica que tienen actualmente.” La trascendencia teórica de este análisis ha consistido en que no sólo clarificó la imposibilidad del desarrollo dentro de los marcos de estas relaciones de dependencia —más o menos como la había expresado Charles Bettelheim en su concepción sobre “los países explotados, dominados y con economía deformada”¹⁰—, sino que dinamizó el concepto de subdesarrollo al demostrar que la tendencia histórica conducía al *creciente subdesarrollo*, o sea, en el lenguaje de Frank, al *desarrollo del subdesarrollo*.

4) *Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo*

Dentro de estos marcos conceptuales ha ido elaborándose una teoría latinoamericana de las ciencias sociales del desarrollo, caracterizada tanto por el esfuerzo de *integración de las perspectivas críticas* (económicas, sociológicas, políticas, antropológicas) como por la *metodología dialéctica* orientada hacia la *integración de los procesos históricos y la comprensión totalista* de la sociedad latinoamericana.¹¹

¹⁰ La problemática del subdesarrollo, conferencia pronunciada en la Universidad de Belgrado, 1961.

¹¹ “La importancia de la dialéctica en la comprensión de los procesos históricos —afirma Celso Furtado en *Dialectica do Desenvolvimento*, Río de Janeiro, Edit. Fundo de Cultura, S. A., 1964, pág. 15— deriva exactamente del hecho de que la historia, al nivel de los acontecimientos presentes del hombre, no puede ser reconstruida a partir del análisis de la multiplicidad de fenómenos que la integran. Entre tanto, el hombre, por la *praxis* individual, intuye del proceso histórico aquella visión sintética capaz de dar unidad a la multiplicidad. Partiendo de esa experiencia individual puede hablarse de dialéctica como instrumento de comprensión de los procesos históricos.”

Luckacs captó muy bien este punto de vista cuando afirmó que el problema central de la dialéctica es el conocimiento de la *totalidad del fenómeno histórico*, en *Histoire et Conscience de Classe*. “La

Sin esa capacidad de análisis de los problemas estructurales y sin esa facultad crítica de lograr una concepción coherente y totalista de la sociedad latinoamericana, en el tiempo y en el espacio, no podrían descubrirse las raíces históricas del subdesarrollo o del atraso —ni formularse una consecuente teoría del desarrollo— desde una doble perspectiva: la de las *relaciones de dependencia articulada a la estructura mundial del sistema* y la de las *relaciones sociales de dominación articuladas a la estructura interna de las clases*. Desde luego, esta diversidad de perspectivas no supone una separación formal y aislante entre los dos tipos de estructuras —existiendo una interrelación dialéctica entre ellas—, sino que responde a la necesidad de comprender la dinámica del proceso de subdesarrollo o atraso, examinándolo desde dos ópticas diferentes, una de *afuera-hacia adentro* y otra de *adentro-hacia afuera*. En este contexto teórico han ido definiéndose la frontera y el contenido de los conceptos, desechándose expresiones equívocas como la de subdesarrollo¹² y asignando a las nociones de *dependencia* y *dominación* el rango de categorías analíticas fundamentales en la elaboración de una teoría latinoamericana del desarrollo. La utilización de la expresión *atraso* no tiende a plantear el problema como una cuestión semántica, sino a establecer una

categoría de la *totalidad* (cuya impopularidad semántica se origina en la creencia de que forma parte de la fraseología del fascismo), como toda auténtica categoría— dice Georges Lukacs, *Existencialisme ou Marxisme*, París, Edic. Nagel, 1948, pág. 295—, refleja las relaciones reales. ‘Las condiciones de producción de toda sociedad forman un todo, escribió Marx. La categoría de la totalidad significa, de una parte, que la realidad objetiva es un todo coherente en el que cada elemento establece de un modo u otro relaciones con los otros elementos, y, de otra parte, esas relaciones forman en la propia realidad objetiva correlaciones concretas, conjuntos, unidades, reunidos entre ellos de maneras del todo diversas pero siempre determinadas.’”

¹² “La expresión ‘países subdesarrollados’ evoca de hecho —dice el profesor Bettlheim—, ideas que son científicamente falsas. Este término sugiere que los países que designa están simplemente retrasados en relación con los otros, designados, de otra parte, mediante la expresión países avanzados.”

primera diferenciación conceptual, definiendo aquella expresión en términos estructurales, esto es, formulando la ecuación *atraso/dependencia/dominación*. La ecuación forma parte, simultáneamente, del sistema de economía de los países capitalistas metropolitanos y del sistema de capitalismo dependiente (economía, estructura de clases, cultura, organización política) que caracteriza a los países colonizados o satelizados.

Estas formas de pensamiento científico-social exigieron que la América Latina ganase la capacidad de reflexionar críticamente sobre ella misma, superando tanto las actitudes escolásticas tradicionales como las nuevas formas de absolutismo crítico. De otra parte, también exigieron un dominio de métodos analíticos y de técnicas, en los campos de la economía, la ciencia política, la sociología, la antropología, sin los cuales no habría podido profundizarse en los fenómenos de la *dependencia*, la *dominación social*, la *marginalidad*, el *colonialismo interno*, etcétera. En esto consiste la trascendencia latinoamericana —y mundial— de los esfuerzos de teorización que realizan, desde América Latina, los mexicanos Jesús Silva Herzog, Pablo González Casanova, Alonso Aguilar, Fernando Carmona, Miguel Wionczek, Víctor L. Urquidí y Leopoldo Zea; los brasileños Darcy Ribeiro, Theotonio dos Santos, Francisco Weffort, Henrique Cardoso, Octavio Ianni, Celso Furtado y Helio Jaguaribe; los chilenos Osvaldo Sunkel, Aníbal Pinto, Jacques Chonchol, Pedro Vuscovik y Jorge Ahumada; los peruanos José Carlos Mariátegui, Raúl Haya de la Torre, Carlos Delgado, A. Salazar Bondy y Aníbal Quijano; los venezolanos Domingo Maza Zavala, Héctor Silva Michelena y Salvador de la Plaza; los argentinos Raúl Prebisch, Marcos Kaplan, Sergio Bagú, Jorge Graciarena, Dardo Cúneo, Pedro Paz y Tomás A. Vasconi; y los guatemaltecos Monteforte Toledo, Francisco Villagrán Kramer, Luis Cardoza y Aragón.

5) *Teoría estructural del atraso*

- a) El atraso es el efecto estructural de unas relaciones de dominación y dependencia; su análisis e interpretación

requieren tanto de una visión totalista de la sociedad latinoamericana como de una comprensión dialéctica de la interrelación existente entre las estructuras económicas, sociales y culturales y políticas.¹³

- b) El atraso se expresa en todos los órdenes, circuitos y niveles de una sociedad: no sólo existe una economía atrasada y dependiente, sino una cultura, una organización social, una estructura de clases que expresan esas relaciones de dominación y dependencia. Dentro de este marco histórico se definen las categorías *capitalismo dependiente*, *industrialización dependiente*, *burguesías dependientes* o *cultura de la dependencia*.¹⁴
- c) El atraso no es un *estadio* sino un *estado*, y, en consecuencia, no podrá desarrollarse una sociedad atrasada mientras subsistan las estructuras de dominación y dependencia que generan y determinan ese estado o *condición estructural*.
- d) Desde este ángulo de enfoque, el atraso no se origina en la *carencia absoluta* de recursos de desarrollo, sino en la *incapacidad estructural* de utilizarlos plena y racionalmente, de acuerdo con unos objetivos estratégicos de desarrollo. Este ángulo de enfoque permite examinar críticamente los problemas de los países atrasados, no por su apariencia formal sino por las relaciones de causalidad.

¹³ “Lo que parece claro —dice Alonso Aguilar en *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, Edic. UNAM, México, 1967, pág. 83— es que no son factores aislados los que están en juego, sino elementos cuya interacción ha determinado el subdesarrollo y cuya trabazón interna es preciso, en consecuencia, descubrir, aunque su ponderación rigurosa ha de requerir de estudios adicionales y de esfuerzos tendientes a sustanciarlos y verificarlos detalladamente.” Entre los factores de mayor incidencia, Aguilar ha seleccionado los siguientes: colonialismo, librecambio, imperialismo, tipo peculiar de capitalismo que ha surgido en los países económicamente atrasados, tendencia a la concentración, antisocial reparto de la riqueza y el ingreso nacional y cuadro desfavorable en que se desenvuelve el proceso de acumulación de capital y de desarrollo.

¹⁴ *Cultura de la dependencia*, A. Salazar Bondy, Lima, Edic. Mim., Instituto de Estudios Peruanos.

dad establecidas con las estructuras de dominación y dependencia.¹⁵

- e) Desde esta perspectiva estructural, adquieren un nuevo sentido —su verdadero sentido— problemas relacionados con la economía del atraso como el de las bajas tasas de ahorro; éstas no expresan una carencia absoluta de ahorro o de capacidad de ahorro de los países atrasados y dependientes, sino unas relaciones de dependencia y dominación.

6) *Relaciones de dependencia*

- a) Una elevada proporción del excedente económico de los países atrasados se transfiere a la nación metropolitana, a través del sistema de relaciones de intercambio y de las diversas formas de *dependencia estructural*.¹⁶

¹⁵ La economista Ida Paz sintetiza en cinco puntos la contribución de la tendencia latinoamericana que representan André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Alonso Aguilar, Héctor Silva Michelena, Octavio Ianni, Tomás A. Vasconi y Theotonio Dos Santos (“Contraofensiva ideológica en la nueva ciencia social latinoamericana”, *Pensamiento Crítico*, Habana, núm. 48, 1971, pág. 212): 1) El desarrollo, por una parte, y el subdesarrollo, por otra, se hallan en interdependencia mutua y dialéctica. El capitalismo produce el desarrollo de un polo y el subdesarrollo en el otro. 2) El subdesarrollo no es un simple atraso, en el sentido de etapa necesaria de las sociedades humanas. 3) Subdesarrollo significa, en realidad, un tipo de sociedad dependiente y explotada que contribuye al desarrollo de los países céntricos y que acumulan en su *interior* los efectos de esta posición. 3) La dependencia es un rasgo específico e ineludible del subdesarrollo, con un carácter estructural. 5) En el subdesarrollo, las variables dependencia, carácter de clase superestructura forman un todo estructurado.

¹⁶ La dependencia es algo mucho más complejo y profundo que unas relaciones de comercio exterior —dice Alonso Aguilar (*ob. cit.*, pág. 103)—, que afecta en sus bases mismas todas las estructuras económicas y que constituye —como lo ha dicho el profesor Bettelheim— una “red” de la que los países atrasados tendrán que librarse para elevar el nivel de vida de sus pueblos.” “En el caso de Latinoamérica —agrega Aguilar— podría hablarse más bien de una dependencia o subordinación *estructural*, es decir, de una dependencia que es económica, tecnológica, cultural, política y aun militar,

b) Desde el punto de vista de la dependencia externa, los siguientes factores estructurales determinan una baja tasa global de ingresos y de ahorro en los países dependientes:

- i) Conservación de un tipo colonial de relaciones de intercambio, no sólo en el sentido de caracterización de la estructura exportadora (extrema vulnerabilidad, dependencia del mercado metropolitano, predominio absoluto de las exportaciones primarias), sino en el de aplicación de una *fórmula de cambio* que determina, históricamente, el desequilibrio estructural de la balanza de pagos y la tendencia al *déficit crónico y acumulativo*. Por su misma naturaleza, este desequilibrio estructural no es *autoliquidable* (como ocurre con el déficit en la balanza de pagos de los países capitalistas desarrollados) y genera tanto presiones inflacionarias internas como tendencias al mayor endeudamiento externo para cubrir el déficit de la balanza de pagos y no para desarrollarse.

Esta fórmula colonial de intercambio adopta las siguientes formas históricas:

Etapa de la dependencia clásica:

Cambio de bienes primarios (forestales, agrícolas, pecuarios, mineros) —de baja densidad de valor y de mercados inestables— por manufacturas industriales (bienes suntuarios y de consumo) de elevada densidad de valor y mercados sometidos al control de los exportadores metropolitanos. Las inversiones extranjeras, privadas y directas, se orientan hacia el control de ciertas exportaciones primarias básicas (particularmente de tipo extractivo y agropecuario), lo mismo que a la manipulación de

a la vez que influye grandemente en la fisonomía de toda la estructura socio-económica y que, en particular, condiciona muchos de los rasgos principales del sistema y del proceso de desarrollo.”

los servicios de financiamiento, transporte marítimo, seguros y comercialización.

Etapa de la nueva dependencia:

Cambio de bienes primarios (variaciones simplemente cuantitativas, no cualitativas, en la estructura exportadora) por bienes de capital, bienes intermedios y materias primas, de muy alta densidad de valor + inversiones directas en áreas estratégicas (industrias básicas, aparato de financiamiento y comercio exterior) + tecnología de alto nivel + asistencia técnica + servicios de operación externa.

En esta etapa, la fórmula de intercambio implica un mayor desajuste estructural y unas relaciones de mayor dependencia: primero, en cuanto se modifica radicalmente la estructura de las importaciones, permaneciendo inalterable la estructura de las exportaciones primarias; segundo, en cuanto la estructura del sector primario exportador se ve afectada por la ruptura del principio clásico de la división internacional del trabajo, al transformarse las naciones industriales metropolitanas en las mayores exportadoras de productos primarios al mercado mundial, y tercero, en cuanto al proceso de industrialización dependiente exige una importación inflexible de bienes de capital, bienes intermedios, tecnología y asistencia técnica desde la nación metropolitana, así como un fortalecimiento económico, financiero y tecnológico de las industrias metropolitanas que operan en América Latina.

- ii) El cambio cualitativo en la estructura de las importaciones sin haberse modificado cualitativamente la estructura de las exportaciones, así como la dependencia en la rama de los servicios de tecnología y financiamiento (regalías, fletes, seguros, etc.) determinan una tendencia negativa entre la metrópoli y los países satelizados. Esa tendencia alimen-

ta el desequilibrio estructural —no simplemente coyuntural— en la balanza de pagos, o sea, en las formas contables que adopta el sistema de relaciones internacionales de intercambio.

- iii) La tendencia al desequilibrio estructural de la balanza de pagos genera dos tipos de endeudamiento externo: uno que consiste en la mayor apertura a la inversión privada directa, por medio de políticas de liberalización económica, y otro que se orienta en el sentido de obtención de préstamos públicos para el pago de servicios financieros del endeudamiento.
- iv) La *inversión privada directa* se orienta hacia las industrias básicas operadas por empresas supranacionales, el aparato de financiamiento o ciertas fuentes de exportación de materias primas y alimentos, consolidándose la economía de *enclave colonial* en las líneas del petróleo, el cobre, el platino, los bananos, etcétera. La constitución del *enclave* supone una integración colonial del área productora a la metrópoli —su transformación virtual en una periferia de la economía metropolitana— y genera un proceso de *desnacionalización de las exportaciones*, esto es, de no reintegro —total o parcial— del valor en dólares de las ventas en el mercado metropolitano. El proceso de desnacionalización —que no se registra en las estadísticas de comercio exterior— alimenta las corrientes invisibles que aceleran el desequilibrio estructural en la balanza de pagos e incrementan el déficit crónico y acumulativo.

En este punto histórico del proceso, la América Latina se transforma en una *exportadora neta* de recursos de capital y tecnología al mercado metropolitano, constituido en el más enérgico polo de atracción de sus recursos de desarrollo. En 1969, las remesas de utilidades de capitales estadounidenses en América Latina ascendieron a 2 410 mi-

llones de dólares,¹⁷ casi tres veces el aporte anual neto programado en la Alianza para el Progreso. La dinámica de la dependencia determina la intensidad de las corrientes de intercambio, operando las naciones atrasadas como financiadoras netas del desarrollo, el poder y la opulencia de la nación metropolitana.

- v) En última instancia, el endeudamiento público externo es el método ortodoxo para enfrentarse al problema de los crecientes pagos financieros por servicios de endeudamiento. A fines de 1969, 80 países atrasados habían acumulado una deuda pública externa de 50 000 millones de dólares en el Banco Mundial. De acuerdo con el mismo Banco, los servicios y pagos de la deuda externa han estado creciendo a un promedio anual del 17%, mientras que las exportaciones lo han hecho a la tasa anual del 6%.¹⁸ La transferencia de recursos de crédito a los países atrasados se define, así, como un método destinado a financiar su mayor endeudamiento y dependencia y no un mecanismo de contribución financiera al desarrollo.

La América Latina debe emplear entre el 25% y el 35% de sus ingresos ordinarios de divisas en el pago de servicios de endeudamiento externo, y en algunos países de economía primaria exportadora (café, petróleo, bananos), como Colombia, se ha incrementado la deuda pública externa desde el 6% del PBI hasta el 18%, entre 1956 y 1969.

- vi) El desequilibrio estructural en el sistema de relaciones internacionales de intercambio —dentro de este modelo de capitalismo dependiente— desencadena procesos de inflación en espiral, de desplome de los sistemas monetarios latinoamericanos, de in-

¹⁷ *El Correo Económico*, México, núm. 165, set. 1970.

¹⁸ *Transformación*, Cámara Nacional de la Industria de Transformación, México, núm. 85, dic. 1970, pág. 6.

estabilidad en el mercado cambiario y de propagación de corrientes especulativas. Dentro de este marco histórico se general las formas más agresivas, peligrosos e invisibles de *descapitalización latinoamericana*, una vez que el mercado metropolitano entra a operar como el más enérgico polo de atracción de los recursos de desarrollo de los países dependientes:

- I) *exportaciones clandestinas* de café, platino, bananos, ganado, etc., con el objeto de transformar el valor de su venta en depósitos bancarios o inversiones financieras en el mercado metropolitano.
 - II) *exportación de ahorro interno neto*, de parte de las clases y grupos sociales latinoamericanos que buscan en la metrópoli no altas tasas de ganancias sino seguridad política, y
 - III) *exportación* —en forma de subvención gratuita— de una *élite científico-técnica*, destinada en última instancia a cubrir el déficit de cierto tipo de profesionales en el mercado de servicios de la nación metropolitana (en razón del alto nivel y de la exigencia de una formación de largo plazo), especialmente en los periodos en que aquélla compromete sus recursos en los modernos tipos de guerra convencional. La exportación de esa élite científico-técnica representa, en Colombia, el 4% de su P. B. I.
- vii) Dentro de este esquema, sólo existe un método para que el desequilibrio estructural y la exportación neta de ahorro no se transformen en *colapso económico*: el *progresivo endeudamiento* externo, en la forma de préstamos públicos en los organismos financieros multinacionales o de créditos en el mercado financiero metropolitano o de inversión privada directa, particularmente la articulada a la poderosa maquinaria de los “conglomerados” y consorcios

supranacionales. Lo que equivale a decir que —en el esquema del capitalismo dependiente— no hay posibilidad de *desarrollo* sino de simple *crecimiento económico* y toda posibilidad de crecimiento económico conlleva la contrapartida de la mayor dependencia.

7) *Relaciones de dominación interna*

- a) La dependencia es una estructura que inserta a la sociedad satelizada en un *sistema internacional* de economía, de poder y de cultura —cuyo centro es la nación metropolitana—, participando, históricamente, en la conformación de unas *estructuras sociales de dominación interna*. Sin embargo, estas estructuras sociales no constituyen un simple *continuum* o apéndices territoriales de la nación metropolitana —como parece desprenderse del carácter monolitista o globalizante que se asigna a la noción de dependencia en André G. Frank, Aníbal Quijano, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto¹⁹— sino que se desenvuelven, dialécticamente, de acuerdo con sus propias leyes. De ahí que fenómenos como el de la alienación cultural e ideológica de las oli-

¹⁹ “El carácter globalizante de la nación de dependencia —dice el sociólogo Francisco Weffort en “Notas sobre ‘la teoría de la dependencia’: ¿Teoría de clase o ideología nacional?”, *Revista de Comercio Exterior*, México, núm. 4, abril 1972, pág. 456— no facilita mucho las tentativas de conceptualización. Es posible, sin embargo, indicar con alguna precisión el campo teórico en que ésta se localiza. Se puede decir, en efecto, que la significación del concepto varía según la manera como los autores (o a veces el mismo autor) combinan el concepto de ‘nación’ con los conceptos de ‘clase’ y ‘relaciones de producción’.

“Varios autores que se han ocupado del asunto muestran no sólo que poseen conciencia de la ambigüedad del concepto, sino que, además, trataron de hecho de solucionar tal ambigüedad a través de la elaboración de dos conceptos distintos: *dependencia como relación externa* y *dependencia como relación estructural, al mismo tiempo interna y externa*. Si esta solución es correcta, es una cuestión a discutir: mi opinión es que la ambigüedad no se re-

garquías dominantes en América Latina no consisten en la simple reproducción de las líneas ideológicas existentes en las clases dominantes en la nación metropolitana, sino en la adopción de líneas ambivalentes, de acuerdo tanto con la influencia y presiones externas como con ciertos patrones tradicionales de conducta fundamentados en las exigencias de la dominación social. Se explica así que, por ejemplo, las oligarquías industriales latinoamericanas profesen oficialmente el liberalismo económico, afirmando la soberanía de la empresa privada, pero le exijan al Estado condiciones monopólicas para operar en el mercado interno (tarifas protectoras, tasas de cambio, discriminaciones, privilegios, barreras administrativas), recurran a la evasión fiscal como elemento característico de las clases privilegiadas y adopten, *en la práctica*, el esquema empresario del capitalismo mercantilista del siglo XVIII europeo: *el de altos precios y bajos salarios*. Si la alienación funcionase dentro de las reglas de una noción absolutista de la dependencia, se aplicaría en América Latina la fórmula del capitalismo industrial norteamericano, de *bajos precios y altos salarios*, en cuanto la tasa de ganancia no se determina por unidad de producto sino como una tasa global en la producción en gran escala y en cuanto los salarios se determinan, directa o indirectamente, por los niveles de productividad del trabajo (taylorismo, fordismo, organización científica del trabajo).

- b) Las estructuras de dominación social obstaculizan o anulan los procesos de desarrollo, en cuanto determinan una desequilibrada distribución social del ingreso, una extrema dilapidación de recursos físicos y de ahorro, un desempleo absoluto o relativo de una creciente proporción de la población activa y una agresiva reducción de

suelve de este modo y que los dos 'conceptos' son, por lo menos en la forma en que han sido propuestos, dos polos de variación de una misma idea."

los beneficios del crecimiento económico a grupos minoritarios.²⁰

Aun en países tan modernizados como Argentina o Chile se define una tendencia histórica de participación decreciente del trabajo en el Ingreso Nacional.²¹ Esa tendencia se apoya en la aplicación de diversos métodos: el de los bajos salarios; el de los altos precios; el de la presión tributaria sobre las rentas de trabajo; el de la inflación que deteriora invisiblemente la capacidad adquisitiva de los salarios; el de la sustitución de trabajo por capital en países en los que se acelera la tasa de crecimiento de la población activa.

- e) Las modernas estructuras corporativas de poder retienen la capacidad de imponer condiciones monopólicas en el sistema de mercado interno, aplicando la norma mercantilista de *altos precios y bajos salarios*. Este método político conserva la alta tasa de ganancia —a nivel de empresa y de unidad de producto—, pero obtura la posibilidad de ampliación y profundización del sistema capitalista de mercado a nivel nacional.
- d) Las reglas de funcionamiento de la estructura de dominación interna dependen, fundamentalmente, de las relaciones que se establecen entre las diversas fuerzas sociales antagónicas, a través de los complejos mecanismos de la economía, la cultura y la organización política. Los cambios en esas relaciones —como ha ocurrido en los países latinoamericanos con mayor influencia política de las clases medias y los partidos populistas— modifican las líneas ideológicas y las formas de comportamiento de las estructuras de dominación social. Se explica así que el problema de la tierra —por ejemplo— se enfoque de una manera diferente en Argentina (donde los gobiernos populistas han establecido normas de re-

²⁰ *El subdesarrollo latinoamericano y las teorías del desarrollo*, Sunkel, *ob. cit.*, pág. 38.

²¹ La participación de los sueldos y salarios en el P.I.B. descendió, en Argentina, del 45,9% en 1960 al 35,5% en 1972. (*Primera Plana*, núm. 483, Buenos Aires, 1972, pág. 20).

gulación de las rentas, las aparcerías y los salarios) o en Colombia (donde las clases terratenientes no contribuyen con más del 4% a los ingresos tributarios del Estado, no pagan salarios superiores al 50% de los salarios urbanos y han hecho de la reforma agraria un mecanismo adicional del mercado capitalista de tierras). Dentro de estos marcos institucionales, las clases terratenientes argentinas se orientan más hacia el objetivo de *productividad*, en tanto que las colombianas se conservan atadas a los antiguos patrones latifundistas de la *rentabilidad* y de la sobrevaluación comercial de la tierra.

- e) Dada la estructura de las clases y de la dominación social interna no es posible la elevación sustancial de la tasa nacional de ahorro, ni la orientación de la inversión hacia las áreas neurálgicas del desarrollo; como *no se considera posible esa elevación de la tasa nacional de ahorro* —sin quebrantar las reglas de hierro de la dominación social— se recurre, necesariamente, a la importación de recursos de capital originados en el mercado metropolitano. La *dependencia financiera* aparece así como una de las condiciones elementales del crecimiento económico de los países atrasados. Sin embargo, un análisis estructural de las sociedades dependientes demuestra que las bajas tasas nacionales de ahorro no expresan una *incapacidad absoluta* de ahorro, sino una estructura profundamente desequilibrada de la distribución social del ingreso: si la mayor parte de ese ingreso se orienta hacia el financiamiento de los consumos suntuarios de las clases altas (las que concentran en sus manos el poder económico y político), o éstas lo exportan a la nación metropolitana en procura de seguridad política, será muy baja la capacidad nacional de ahorro movilizable económicamente. Ahora bien: la estructura de la dominación social se fundamenta en la manipulación del privilegio como un patrimonio tradicional de élite, y de allí que, mientras las clases altas latinoamericanas dilapidan una elevada proporción del ingreso nacional en el financiamiento de un sistema de vida apo-

yado en los consumos suntuarios (a imagen y semejanza de la *élite del poder* en la nación metropolitana), recurran a la importación de inversión extranjera con el objeto de elevar las disponibilidades de ahorro interno.

En razón de que el *status* de privilegio social se expresa tanto en la elevada participación de las clases dominantes en el ingreso nacional como en la canalización de una elevada proporción de ese ingreso hacia los consumos suntuarios, esta conducta económica determina el bajo nivel de ahorro de los países latinoamericanos que conservan esa estructura de dominación.

- f) ¿Cómo modificar, políticamente, esa desequilibrada distribución social del ingreso y esa esterilización del ahorro interno, desde el punto de vista de las necesidades de desarrollo? Teóricamente (de acuerdo con el diagnóstico de los científicos sociales con una concepción metropolitana o keynesiana de la *racionalidad capitalista*) podría elevarse la tasa de ahorro y corregirse el extremo desequilibrio en la distribución social de ingreso nacional, por medio de políticas impositivas fundamentadas en la compresión de los consumos suntuarios. Esa ha sido la fórmula de economistas como Prebisch, N. Kaldor, Musgrave y L. Currie. Sin embargo, la concentrada estructura de poder (que no se guía por las reglas de racionalidad económica y fiscal de la metrópoli) ha anulado la posibilidad de redistribución del ingreso o de compresión de los consumos suntuarios de las clases ricas por medio de mecanismos tributarios, consolidándose históricamente el principio consuetudinario de *vasión fiscal* de aquellas clases.²²

²² La Misión Musgrave —que continuó la tradición de las misiones norteamericanas Kemmerer (1924) y Currie (1950)— llegó a la conclusión de que, en Colombia, “la distribución del ingreso, antes y después de pagar los impuestos, es prácticamente la misma”. “Dada la estructura actual —concluye el informe— los impuestos no son un factor fundamental que corrija la distribución del ingreso.” El 66,5% de la totalidad de impuestos ha sido pagado por personas naturales y jurídicas, con ingresos netos inferiores a

- g) Dentro de este contexto de concentración del poder social, económico y político, los métodos de elevación de las tasas internas de ahorro se orientan en estas direcciones:
- i) gravitación creciente de la tributación directa sobre las rentas de trabajo, convirtiéndose las clases más pobres de la sociedad latinoamericana en las principales financiadoras del presupuesto público;
 - ii) anulación de la capacidad redistributiva de mecanismos como la seguridad social: la contribución financiera de los empleadores o grupos patronales en las instituciones de seguridad social (1968) representó el 4% y el 2.5% del P. N. B. en países con gobiernos de orientación populista como Chile y Uruguay, pero apenas llegó al 0.2% de ese producto en países como Colombia, de extrema desigualdad social y acelerada concentración del poder económico y político;
 - iii) estímulo a las formas institucionales del ahorro popular, por medio del cual las clases más pobres se transforman en financiadoras de las clases más ricas y del Estado;
 - iv) captación —por medio de mecanismos estatales como el Fondo de Ahorro Privado en Colombia— de ese tipo de ahorro popular que consiste en las prestaciones sociales ya liquidadas por las empresas. Estas líneas políticas expresan la estrategia de las clases ricas de elevar la tasa nacional de ahorro sin comprimir sus consumos suntuarios, consolidando las formas tradicionales de la evasión fiscal y convirtiendo a las clases más pobres en financiadoras de los banqueros, de las corporaciones financieras y del Estado.
- h) Este análisis estructural del problema del ahorro y de la acumulación en América Latina permite determinar

los alcances y formas de funcionamiento de las estructuras internas de dominación social. Su naturaleza se determina no sólo por razones de alienación y dependencia, sino como efecto de las estructuras de poder y del tipo de relaciones establecidas entre clases antagónicas. Dentro de este contexto se descubren las causas de las bajas tasas nacionales de ahorro, así como los métodos políticos para lograr que las clases ricas preserven sus hábitos sociales y su *status* de privilegio. ¿Cómo modificar esas tasas nacionales de ahorro sin comprimir los consumos suntuarios de las clases ricas —definidos a imagen y semejanza de los hábitos opulentos de la moderna burguesía metropolitana—, y cómo comprimir esos consumos sin alterar políticamente la estructura de poder, y cómo alterar la estructura de poder sin modificar políticamente las estructuras de dominación social?

9) *Teoría estructural del desarrollo*

- a) La experiencia histórica de América Latina y de los países del Tercer Mundo demuestra que el desarrollo no es el resultado de unas operaciones convencionales de manipulación de la ecuación ahorro/inversión o de modernización tecnológica de los tipos de capitalismo dependiente, sino un proceso contradictorio y complejo que —mediante la modificación de las condiciones estructurales que determinan las relaciones de dominación y dependencia— desencadena la energía creadora de las sociedades atrasadas y hace posible el pleno desarrollo de las fuerzas productivas, modificando radicalmente el esquema global de *apropiación, uso y distribución* de los recursos existentes, de cualquier naturaleza y origen, en dirección a un objetivo estratégico: *la construcción de una nueva sociedad*, de cualquier fisonomía ideológica.

Esta *concepción totalista* rebasa las nociones puramente económicas y tecnocráticas del desarrollo,²³ en

²³ Aun economistas críticos como Aníbal Pinto Santacruz, incu-

cuanto constituye una respuesta global a los factores estructurales que determinan la dependencia y el atraso.

- b) El desarrollo es el *resultado histórico* de un *proceso global* de cambios —económicos, sociales, culturales y políticos— cuyos elementos básicos son la *movilización de las fuerzas sociales* identificadas en la construcción de una nueva sociedad y el *pleno desarrollo de las fuerzas productivas* mediante la *utilización sistemática y planificada* de los recursos humanos, físicos, económicos, financieros, culturales y tecnológicos existentes.
- c) De acuerdo con esta concepción histórica, cada sociedad define los rasgos, caminos y objetivos del desarrollo, de conformidad no sólo con lo que *es* sino con lo que *quiere ser*. Es una falacia considerar la posibilidad de que *las sociedades atrasadas se desarrollen* por medio de *arquetipos*, o sea, aceptando como patrón normativo de sus transformaciones y *proyectos de vida* las *condiciones históricas* de las naciones metropolitanas. Semejante noción del desarrollo no hace sino proyectar

rran en el error de equiparar el concepto de subdesarrollo al de incapacidad de absorción y difusión de las tecnologías avanzadas o de los modos de producción característicos de los Centros Dominantes. “Lo que llamamos y definimos como países subdesarrollados en el presente —dice, en *Concepto y graduación del subdesarrollo, Aspectos del desarrollo económico*, Universidad de Nuevo León, México— son aquellas unidades o conjuntos que en un caso, el de la esfera capitalista, no han podido absorber o difundir el progreso técnico y les relaciones básicas del sistema prevaleciente en sus centros más modernos (Estados Unidos y Europa Occidental) y, en el otro, el del área comunista, tampoco, y en distinta medida, han sido capaces de alcanzar los niveles del arquetipo desarrollado del sistema, la U.R.S.S. o Checoslovaquia. Sin embargo, queremos esclarecer algo obvio: la tesis anterior no implica que cada unidad o país, para llegar a ser verdaderamente desarrollado, deba reproducir íntegramente el modelo *avanzado*.” La concepción del subdesarrollo como un *estado* explica que Pinto supere la noción simplificada del desarrollo como una simple resultado de la elevación —hasta un cierto nivel convencional— de las tasas de ingreso o de producto por habitante.

—en el plano de la teoría científico-social y de las ideologías de cambio— las relaciones de dependencia.

Si el desarrollo consiste en acercarse a los arquetipos metropolitanos —a sus tipos de economía, de organización social, de cultura, de consumo, de aspiraciones— se está aceptando como categoría válida la imagen de la *colonia próspera*.

- d) El desarrollo no es el resultado final y estático de un programa cronometrado y alindado, sino un proceso histórico, de naturaleza compleja y conflictiva, que no sólo implica unos cambios estructurales en las esferas de la economía, la cultura, la organización social y política, sino una *enérgica movilización del esfuerzo interno* y un *pleno desarrollo de las fuerzas productivas*. No es posible el desarrollo sin esa enérgica movilización del esfuerzo interno, ni como una operación misional de las grandes potencias que transfieren a los países atrasados una cierta proporción negociada de su ingreso nacional (como lo supone la propuesta del economista Raúl Prebisch en la I Conferencia de la UNCTAD), ni como una tarea paternalista de la nación metropolitana a cuya economía se integra una constelación de sociedades atrasadas. El desarrollo es, por su naturaleza histórica, un proceso de afirmación de lo que *una sociedad quiere ser* y un resultado de la decisión de subordinar el uso de los recursos de que dispone a ese objetivo finalista y estratégico. De allí que no pueda hablarse de la existencia de *técnicas de desarrollo*, sino de *técnicas para la movilización de recursos* en una dirección de desarrollo.
- e) Dentro de este marco de pensamiento, sólo es posible el *desarrollo independiente* de sociedades que *puedan movilizar* el potencial de su esfuerzo interno. Las sociedades dependientes *crecen*, pero no se desarrollan. Desde este punto de vista es fundamental la rigurosa diferenciación conceptual entre *desarrollo* y *crecimiento*, ya que desarrollo supone capacidad de movilización de fuerzas y de recursos con un sentido de transformación global

de las condiciones y formas históricas de vida —de acuerdo con un *proyecto de sociedad* u objetivo estratégico— y crecimiento consistente sólo en la elevación de unos coeficientes de producto o ingreso por habitante. Todas las sociedades —aun las más dependientes— crecen, ya que ni la dependencia ni la dominación social tienen como efecto el estancamiento, el no desarrollo económico y el no progreso social: sólo las sociedades primitivas y herméticas —como las que aún habitan ciertas áreas de bosque tropical amazónico— *ni se desarrollan, ni crecen*. Lo esencial en la *teoría del crecimiento de las sociedades atrasadas* es que se fundamenta en limitados cambios cuantitativos (no cualitativos y estructurales) del producto, el ingreso, el mercado, el consumo, la cultura, careciendo de una *dinámica interna, autónoma y sostenida*. De allí que en términos de Producto Nacional Per Cápita (expresado en dólares norteamericanos, en el periodo 1952-1954), Venezuela o Cuba hubiesen alcanzado niveles correspondientes a los países desarrollados (sobre 500 dólares), mientras Argentina o Israel se hubiesen clasificado al nivel de países semidesarrollados (entre 200 y 500 dólares por habitante) y el Japón, con 190 dólares, apenas se hubiera localizado al nivel de países atrasados como Egipto, Ceilán o Paraguay.²⁴

Esta diferenciación conceptual es básica para comprender la íntima naturaleza del desarrollo y del atraso, ya que la caracterización esencial de las sociedades atrasadas es que *no se desarrollan* aun cuando se incrementen a niveles excepcionales (como en los casos de Cuba y Venezuela) el producto por habitante.²⁵ Los

²⁴ Naciones Unidas: *Statistical Papers*, Serie E, núm. 4, 1952-1954.

²⁵ Sunkel considera (*Conceptos de subdesarrollo y desarrollo, El subdesarrollo latinoamericano y las teorías del desarrollo*, México, Ed. Siglo XXI, 1970, pág. 39) que el fenómeno del *crecimiento sin desarrollo* es privativo de las *economías de exportación tipo enclave*, sin definirlo precisamente como una caracterización general de las economías atrasadas y dependientes,

modelos políticos que intentan una operación de desarrollo sin modificar las estructuras de dominación y dependencia —como el modelo kennediano de la Alianza para el Progreso, fundamentado en la hegemonía de los Estados Unidos y de las clases dominantes en los países latinoamericanos— pueden *estimular el crecimiento económico, modernizar las tecnologías y racionalizar las relaciones de dominación y dependencia, pero no desencadenar un proceso de desarrollo*. De allí que ningún país latinoamericano haya podido desarrollarse aplicando las normas y aceptando los patrones metropolitanos de la Alianza para el Progreso. El haber confundido crecimiento y modernización con desarrollo explica el estancamiento de procesos de industrialización y de cambio institucional tan significativos como los operados en Argentina, Chile y Uruguay.

- f) La teoría latinoamericana del desarrollo debe fundamentarse, en consecuencia, en una serie de elementos que corresponden a una concepción totalista e histórica de cada sociedad:
- i) un cambio de estructuras económicas, sociales, culturales y políticas, en cuanto éstas determinan no sólo las *relaciones de dependencia* (originadas en un ordenamiento internacional), sino las *relaciones de dominación social* (originadas en un ordenamiento interno de las clases);²⁶
 - ii) un desencadenamiento de fuerzas endógenas capaces de alimentar y acelerar el proceso histórico;

²⁶ La concepción monolista de la dependencia limita enfoques tan dinámicos del problema del atraso y de la teoría estructural del desarrollo como la del economista chileno Osvaldo Sunkel. En "El desarrollo como un proceso de cambio estructural global" (*El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Ed. Siglo XXI, 1970, pág. 37) dice que "la característica principal que diferencia ambas estructuras (la desarrollada y la subdesarrollada) es que la desarrollada, en virtud de su capacidad endógena de crecimiento, es la dominante; y la subdesarrollada, dado el carácter inducido de su dinámica, es dependiente; y esto se aplica tanto entre países como dentro de un país".

- iii) un apoyo estratégico del proceso en la movilización del esfuerzo interno, de acuerdo con una *ideología del desarrollo*, esto es, con un sistema valorativo, unas aspiraciones y unas nuevas formas de la conciencia social de las fuerzas no sólo motoras sino conductoras del proceso global de cambios (imagen de la nueva sociedad);²⁷
- iv) un pleno y sistemático empleo de los recursos disponibles (internos o de origen externo), dentro de los marcos de la planificación y en cuanto ésta expresa las nuevas concepciones de *racionalidad al nivel global de las sociedades* y no sólo al nivel individual de las empresas, y
- v) una organización de la sociedad fundamentada en los principios de la democratización sistemática del

“El problema fundamental del desarrollo de una estructura subdesarrollada aparece así como la necesidad de superar su estado de dependencia, transformar su estructura para obtener una mayor capacidad autónoma de crecimiento y una reorientación de su sistema económico que permita satisfacer los objetivos de la respectiva sociedad. En otros términos, el desarrollo de una unidad política y geográfica nacional significa lograr una creciente eficacia en la manipulación creadora de su medio ambiente natural, tecnológico, cultural y social, así como de sus relaciones con otras unidades políticas y geográficas.”

²⁷ El *objetivo estratégico* no se fija por los pueblos movilizados como una meta racionalista y abstracta, sino como una imagen clara y específica de Nueva Sociedad. Así ha ocurrido en la experiencia histórica de México, Bolivia y Cuba; así está ocurriendo en Chile y, en la medida en que logra clarificarse la imagen de la Nueva Sociedad, en el Perú. Lo que motiva a los pueblos es la imagen sensible de *lo que quieren y pueden ser*. Desde este punto de vista debe diferenciarse el *objetivo finalista* del desarrollo —en un *sentido histórico*— de los objetivos del desarrollo determinados en un plano de abstracción científica. En este nivel de conocimiento, Sunkel afirma que “el concepto de desarrollo, en síntesis, concebido como proceso de cambio social, se refiere a un proceso deliberado que persigue como finalidad última la igualación de las oportunidades sociales políticas y económicas, tanto en el plano nacional como en relación con sociedades que poseen patrones más elevados de bienestar material”. (*El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, ob. cit., pág. 39.)

poder económico y político, así como en la activa participación popular en las conquistas económicas y culturales del desarrollo.²⁸

10) *Estrategia de desarrollo*

- a) La concepción totalista de la sociedad y la naturaleza global del proceso de cambios estructurales definen la necesidad de una estrategia globalizante del desarrollo: esa estrategia se descompone en *políticas sectoriales y operacionales* y en *objetivos finalistas a corto y a largo plazo*.

En el *moledo formalista y rostowiano* no puede hablarse de *estrategia* sino de *política de desarrollo*, ya que ésta se limita a unas operaciones específicas de incremento de la ecuación ahorro/inversión, de modernización institucional y tecnológica, de redistribución de ingresos, en los términos indispensables para determinar unos niveles convencionales de producto por habitante.

- b) La estrategia de desarrollo se descompone en cuatro fases históricas, de acuerdo con la experiencia latinoamericana:

- i) la fase de la *movilización política de las nuevas fuerzas sociales*, en dirección a los cambios de estructura;
- ii) la fase de *remodelación del esquema general de uso de los recursos*, de *organización política* y de *relaciones sociales*;
- iii) la fase de *movilización intensiva del esfuerzo interno*, por medio de las *nuevas estructuras de participación popular*, de *control social de los recursos básicos* y de *transformación de la conciencia social*, de acuerdo con los objetivos finalistas o estratégicos que cada sociedad asigna al desarrollo, y

²⁸ "En nuestros países —dice Sunkel, *ob. cit.*, pág. 38— solo grupos minoritarios participan y se benefician de los esfuerzos del desarrollo, a veces muy importantes, que se han llevado a cabo, y esto cuando los sectores marginados crecen en número y a veces incluso en proporción relativa."

- iv) la *fase superior de integración de las sociedades latinoamericanas, desde adentro y desde abajo*, una vez removidas las estructuras de dominación y dependencia a nivel regional y superadas las formas tradicionales de *incomunicación interior de América Latina*, originadas en las políticas del colonialismo ibérico y preservadas por los modernos tipos de imperialismo.
- c) El supuesto fundamental de la estrategia de desarrollo es el de que son los propios países atrasados los que deben asumir la plena responsabilidad de *liberarse, reestructurarse y desarrollarse*, renunciando a la ingenua e ilógica pretensión de que los desarrollen las grandes potencias hegemónicas —beneficiarias de las diversas formas de colonialismo y dependencia—, o de que conduzcan el proceso de cambio las clases que afianzan su poder económico en la injusticia social y que se enriquecen sin necesidad de desarrollo.

Dentro del marco de esta concepción teórica, los puntos neurálgicos de la estrategia son la *movilización política de los pueblos*, los *cambios estructurales*, el *apoyo esencial en el esfuerzo interno* y la *fuerza motivadora y expresiva de la ideología del desarrollo*.

11) *Ideología del desarrollo*

- a) La ideología del desarrollo es aquella forma de la conciencia social que se expresa en una definición del objetivo finalista del desarrollo, esto es, el *cómo* y el *para qué*; semejante definición no se efectúa en términos de selección racionalista de unos modelos políticos y sociales, sino como expresión de las aspiraciones y sistemas valorativos de la sociedad que se transforma a sí misma y que se moviliza —dentro de un cierto contexto histórico— hacia la imagen de la Nueva Sociedad. Esta concepción se construye sobre la noción dialéctica de que el *hombre es un ser que no sólo consiste en lo que es, sino en lo que quiere ser*, de acuerdo con unas

condiciones concretas de tiempo y espacio; de ahí su facultad de movilizarse hacia una imagen de su ser y de su quehacer futuros,²⁹ tal como se expresa en la idea mosaica de la Tierra Prometida.

- b) La cuestión clave es, entonces, la capacidad ideológica de definir el *objetivo finalista* que exprese, motive y arrastre las fuerzas sociales conductoras del proceso de desarrollo, una vez que visualizan los perfiles de la Tierra Prometida.

La trascendencia radical de la *sociedad comunista* —o más exactamente, de la imagen diseñada por los grandes ideólogos y profetas, de Marx y Lenin y a Mao Tse-tung— no consiste en su entera racionalidad, en la rigurosa *posibilidad histórica* de un esquema fraguado por la vía de la negación absoluta de los valores que estructuran la sociedad capitalista (propiedad, clases, Estado, derecho, familia, cultura, conciencia), sino en la capacidad de *desencadenar* y de *movilizar* la voluntad y el esfuerzo de las élites revolucionarias y de los pueblos. En esto consiste la *fuerza secreta* del pueblo ruso o del pueblo chino en la reciente historia de sus transformaciones, y en esto radica uno de los medios más dinámicos de la estrategia de desarrollo. En la experiencia histórica de la América Latina ha sido decisivo el papel desempeñado por el *objetivo finalista*, el señalamiento de lo que una *sociedad quiere ser*. En México, la etapa en la que se motivó y movilizó el campesinado fue aquella en que se diseñó el *objetivo finalista* de una sociedad agraria “sin capataces y sin amos”, fundamentada en la estructura ejidal, en la gestión social y en el trabajo colectivo. Traspuesta y negada esa *etapa cardenista* —en el ciclo de la apertura industrialista y burguesa—, toda la maquinaria del Estado se orientó

²⁹ En este sentido específico reviste singular validez la afirmación orteguiana de que “nuestra vida es ante todo toparse con el futuro. La *vida es futuración*, es lo que aún no es”. (Lección X, o “¿Qué es Filosofía?”, *Obras completas*, José Ortega y Gasset, Tomo VII, Madrid, 1961, pág. 420.)

en el sentido de destruir esa imagen y de desmontar, implacablemente, los mecanismos de sustentación de esas profundas corrientes populares. En el México contemporáneo fue posible la construcción de una moderna agricultura capitalista, en las áreas de riego, pero las comunidades campesinas se quedaron atrás, sin fuerzas motivadoras, ancladas en economías de subsistencia y en formas arcaicas de marginalidad social.

Lo que hay de fundamental en la experiencia histórica de Cuba no es tanto la aplicación masiva de una moderna tecnología, o la notable capacidad de rectificación y de autocritica, como la motivación y movilización del pueblo, de su enorme potencial de energías en dirección de un cierto *objetivo finalista*. En la reciente experiencia de Chile se demuestra la importancia de dos tipos de objetivos estratégicos: unos a corto plazo, relacionados con la movilización campesina y obrera a través de los Consejos Comunales y de los Consejos de Industrias, acelerando el proceso de reforma agraria o de expansión del área social de la economía, y otros, los objetivos finalistas a mediano o largo plazo, articulados a la tarea de construir una nueva sociedad.

- c) En la ideología del desarrollo, se integran los elementos básicos:
- i) los *objetivos estratégicos*, que se determinan a corto, mediano y largo plazo, de acuerdo con la naturaleza política del proceso y con la organización, emulsionamiento, nivel histórico de la conciencia social y capacidad de iniciativa de las fuerzas motoras y conductoras del cambio, y
 - ii) los *medios operacionales*, que comprenden tanto las formas de acción como los mecanismos y recursos movilizables en el proceso de cambio y desarrollo (humanos, culturales, físicos, tecnológicos, financieros, internos y externos).

GUNNAR MYRDAL:
UN LIBERAL ICONOCLASTA

C. JOSÉ VALENZUELA F.

Hace no mucho tiempo, Edmundo Flores escribió de Myrdal que “si no recibe el Premio Nobel de Economía será por los elementos de verdad que contiene la vulgar afirmación de que nadie es profeta en su tierra”. Por ende, el Premio para Myrdal era algo que podía esperarse. Como la Real Academia de Ciencias de Suecia lo repartió al alimón en 1974, la sorpresa vino más bien por el lado de Friedrich von Hayek. A riesgo de rubores, debemos confesarlo, nuestra primera exclamación fue: “¡Cómo!, ¿el Premio también se concede a los economistas fallecidos?”

La sorpresa fue aún mayor al comprobar las edades cronológicas. El sueco Gunnar Myrdal, que nos parece un economista joven, nació el 6 de diciembre de 1898. El austriaco Hayek, que muy envejecido economista nos parece, nació siete meses antes. Por lo visto, la teoría austriaca del capital —pese al eficaz trabajo de demolición de los neoricardianos angloitalianos— conserva todavía adeptos. Pero debe destacarse también que, con Myrdal, el pensamiento sobre los países subdesarrollados se reconoce ya como algo “académicamente respetable”.

* Publicado originalmente en la revista *Comercio Exterior*, Febrero de 1975. México, Banco Nacional de Comercio Exterior.

Claro está, Myrdal no se ha dedicado exclusivamente al estudio del subdesarrollo y a las tendencias de la economía mundial capitalista, especialmente desde el ángulo de las relaciones entre el centro y la periferia. De 1947 a 1957 fue secretario ejecutivo de la Comisión Económica para Europa de las Naciones Unidas. Allí reunió a un selecto grupo de economistas —entre otros Nicholas Kaldor— y según Francis Wilcox, decano de la Escuela de Altos Estudios internacionales de la John Hopkins University, “le imprimía un entusiasmo e imaginación dignos de una época mejor”.

Antes de la guerra, junto con Lindahl y otros brillantes economistas, conforma en Suecia una generación que sucede a Knut Wicksell y al mismo tiempo adelanta en no poca medida varias de las tesis que luego darían lugar a la así llamada revolución keynesiana. De esta época en su libro *El equilibrio monetario*.

De acuerdo con Shackle (*The Years of high Theory: Invention and Tradition in Economic Thought, 1936-1939*) Myrdal, Keynes y Harrod, cada uno a su modo, habrían cambiado el contendio y los propósitos de la teoría económica de la época.¹ El juicio, sin duda exagerado, vale sin embargo como testimonio de los trabajos de Myrdal en la posguerra.

El equilibrio monetario de Myrdal fue publicado en 1933. Dos años antes, Hayek había publicado *Prices and Production*. Son los años de la gran crisis mundial. Para Hayek, la raíz de todos los males residía en el “exceso” de intervencionismo y propugnaba una restrictiva política monetaria y la anulación de los subsidios a la cesantía. Como ha comentado Samuelson, el ideal de Hayek era volver a los prescindentes y austeros gobiernos decimonónicos.² Por el contrario, Myrdal era un connotado miembro de la socialdemocracia sueca, partidario de la intervención estatal y del ascenso a un capitalismo monopolista de Estado, preocupado y vigilante de la estabilidad, el crecimiento, la ocupación

¹ Citado por E. Flores, *Dentro y fuera del desarrollo*.

² Cf. su artículo en *The New York Times*, 10-X-1974.

plena y las reformas sociales que evitaran conflictos clasistas mayores. En suma, un abanderado del "Estado benefactor". O sea, mientras Hayek, reaccionario y conservador, se ponía rezongando de espaldas a la historia, Myrdal, liberal y progresista, se preocupaba de abrir los cauces para que el capitalismo en crisis pudiera seguir haciendo la historia.

Ésta, según luego veremos, es una constante de la obra de Myrdal.

1) *El problema racial en Estados Unidos*

En 1942 aparece el muy famoso *An American Dilemma*, dedicado a analizar el problema negro en Estados Unidos. De acuerdo con Myrdal, "la dinámica de las relaciones raciales en Estados Unidos ha de buscarse en la tensión entre el prejuicio blanco y lo que él llama el 'Credo Americano'. El prejuicio se traduce en discriminación, segregación y en una condición socioeconómica inferior para los negros. El Credo expresa la devoción de todo el pueblo por los ideales de libertad e igualdad. El prejuicio, la discriminación y la inferioridad actúan recíprocamente: mientras más prejuicio, más discriminación; a mayor discriminación, mayor inferioridad, más prejuicio; y así sucesivamente, en una espiral viciosa. Pero también funciona en el otro sentido. Cualesquiera medidas que se tomen para promover la realización del Credo aliviarán la inferioridad, disminuirán el prejuicio y actuarán en contra de la discriminación; y éste será también un proceso acumulativo. Mientras los continuos movimientos en cualquier sentido fueran teóricamente posibles, Myrdal creía que en la práctica y a la larga el Credo dominaría, y de esta creencia dedujo la existencia de una tendencia hacia un mejoramiento subyacente. Además, Myrdal arguyó que por diversas razones las guerras tienen un efecto favorable sobre la condición social de los negros. De aquí que el escribir durante la primera etapa de la segunda guerra mundial, Myrdal haya encontrado una doble razón para su optimismo. En el prefacio a la primera edición el autor escribió —y él mismo subrayó el enunciado— que

*‘desde la Reconstrucción no ha habido mayor razón para anticipar cambios fundamentales en las relaciones raciales norteamericanas, cambios que implicarán un desarrollo hacia los ideales norteamericanos’.*³

Dos decenios más tarde, Myrdal expresó su satisfacción ante el curso seguido por las relaciones raciales. “Estos últimos veinte años están llenos de avances en todos los frentes: en el mercado de la mano de obra, en la enseñanza, en los campos de la seguridad social y de la vivienda, en la estructura de la ley y en la observancia de la misma, así como, en términos generales, en el goce de oportunidades más iguales de actividad, de ascenso social y de poder trabajar, producir y consumir sin toparse con segregación y discriminación. Ninguna corriente histórica de cambio social es una receta y se han producido contratiempos. . . Queda todavía un largo trecho por recorrer. . . sin embargo, vistas las cosas en perspectiva histórica, la rapidez del progreso es sorprendente”.⁴ Y en el prefacio a la edición de 1962 del *American Dilemma*, Myrdal escribe con satisfacción que “un estudioso que a menudo se haya equivocado en sus pronósticos será disculpado por señalar un caso en que haya acertado”.

Este optimismo es contestado por autores como Baran y Sweezy. Para éstos, “el cambio del campo a la ciudad ha significado en general, incuestionablemente, un nivel de vida más alto para los negros. . . la base de la escala urbana industria es más alta que la base de la escala agrícola, y cuando los negros pasaron de una a otra esto significó un paso hacia arriba. . . [pero] lo que deseamos saber es si los negros han seguido el mismo curso ascendente en la nueva escala una vez que emigraron a las ciudades. . . Para la gran masa de negros la respuesta es, enfática y claramente, no . . . los negros no han mejorado su *status* ocupacional en relación con los blancos, desde 1940, ni la situación de sus ingresos desde el fin de la guerra. Aún más, en algunos otros aspec-

³ Citado por Baran y Sweezy, en *El capital monopolista*. México, Siglo XXI Editores.

⁴ *El reto a la sociedad opulenta*, 1962, México, FCE.

tos decisivos su posición ha ssdo claramente de deterioro. Nos referimos especialmente a la desocupación y al grado de confinamiento en los ghettos".⁵

El *American Dilemma*, aparte de su contenido concreto, interesa también porque allí aparece por primera vez esbozado un principio metodológico que será crucial en la futura obra de Myrdal: el principio de la causación circular acumulativa.

2) *Equilibrio estable y causación circular acumulativa*

La noción de equilibrio estable, tan cara a los economistas académicos, contiene dos supuestos básicos: a) a un "proceso social sigue una dirección dada hacia una posición que, en uno u otro sentido, puede describirse como "un estado de equilibrio entre fuerzas"; b) "un cambio dará lugar con toda regularidad a una reacción en el sistema, que se producirá en forma de cambios que en general irán en dirección opuesta a la del primer cambio".⁶

Para Myrdal, "no existe normalmente tal tendencia hacia la estabilización automática del sistema social. El sistema no se mueve por sí mismo hacia ningún tipo de equilibrio entre fuerzas, sino que se está alejando constantemente de tal posición".⁷

En contra de la noción del equilibrio estable, Myrdal esgrime su principio de la *causación circular acumulativa*, de la cual está convencido que "contiene *in nuce* el enfoque correcto para llevar a cabo un análisis más realista del cambio social".⁸

En el principio de la causación circular acumulativa, hay dos ideas centrales, ya explícitas en su denominación. La primera se refiere al carácter acumulativo de los cambios o,

⁵ Paul Baran y Paul Sweezy. *Ob. cit.*

⁶ *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. México, F. C. E.

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*

si se quiere, a su carácter desequilibrador o “productores de novedades”. En palabras de Myrdal, “normalmente, un cambio no da lugar a cambios compensadores, sino que, por el contrario, da lugar a cambios coadyuvantes que mueven el sistema en la misma dirección que el cambio original, impulsándolo más lejos”.⁹ Esta es una idea sumamente valiosa —aunque por supuesto no es nueva— pues permite introducir la dinámica real, es decir, la historia, en el análisis social y económico. Y con ello, superar el tradicional a-historicismo burgués, que no es sino la confesión académica del pavor por las limitaciones históricas del modo capitalista de producción (y su superación a través de lo que Hayek se representa como “camino de servidumbre”).

La segunda idea básica del principio acuñado por Myrdal se refiere a la interrelación universal entre los fenómenos. En cierto modo, aquí nos encontramos con la idea hegeliana de la totalidad. Según nuestro autor “todas las cosas son causa de todas las demás en forma entrelazada y circular”. De aquí deduce Myrdal otra proposición: “es inútil tratar de encontrar un factor predominante, un factor básico”. Por este lado, se cuele un evidente *humus pragmaticus* que dejará huellas en la obra de Myrdal. En concreto, nos parece que pese a sus reclamos y esfuerzos por construir una economía política del subdesarrollo capitalista, su obra dista —pese a aportes parciales muy valiosos— de haber coronado tales propósitos. En esta carencia, en parte hay un problema de tiempo: el subdesarrollo, para el economista occidental, representa tanto una *novedad* como una *heterogeneidad*. Por tanto, no sólo hay que apropiarse descriptivamente primero un material nuevo sino que más *vasto*. Y si no se pasa por esta fase previa, es imposible abordar la fase de conceptualización abstracta. En este sentido, es de destacar la honestidad de Myrdal para no saltarse olímpicamente —como tantos otros “investigadores”— la fase de la apropiación descriptiva del objeto. Lo que también se refleja —especialmente en su *Asian Drama*— en sus alegatos con-

⁹ *Ibid.*

tra la insuficiencia y deficiencia de las estadísticas disponibles y, asimismo, contra el irresponsable uso que de ellas se hace. Aparte de este obstáculo temporal, de tipo más bien objetivo, nos parece que hay algo más decisivo: cierta desconfianza o aversión de Myrdal —matizada, por supuesto— a la abstracción teórica. Si bien en el plano o nivel ideológico-cultural no manifiesta mayores inhibiciones, al referirse a las estructuras económicas se torna considerablemente más cauto. Es notoria su desconfianza, explícita y fundamentada en la mayoría de los casos, respecto al cuerpo de la teoría económica tradicional. Pero no es menos ciertos que frente a este vacío, es relativamente poco lo que construye.¹⁰ La raíz de ello nos parece que reside en esa especie de “causalidad pluralista”, que esgrime como principio. Nostro autor ha escrito que “la distinción que se hace entre los factores que son ‘económicos’ y aquellos que ‘no lo son’ es un artículo inútil y carente de sentido desde el punto de vista de la lógica, que debiera reemplazarse por una distinción entre factores ‘pertinentes’ y ‘no pertinentes’, o mejor aún, entre factores ‘más pertinentes’ o ‘menos pertinentes’, con la particularidad de que no debe esperarse que esta última línea divisoria sea la misma para problemas distintos”.¹¹ Para un nivel de abstracción alto, no existe tal “variabilidad” de la línea divisoria. Y para los casos más concretos, los determinantes más esenciales aunque puedan tener el papel de “datos”, no dejan de ser decisivos, aunque ésta su pertinencia deba ser demostrada a través de las me-

¹⁰ Para Myrdal, los intentos de teorizar y periodizar la historia, y por ende el desarrollo económico, deben ser rechazados en bloque. Son “anticientíficos”, “teleológicos” y “conducen a considerables confusiones lógicas”. El tipo de generalizaciones que acepta y recomienda como científicas son del tipo que efectúa Kuznets. Por supuesto, si la ciencia del desarrollo histórico se reduce a correlaciones y descripciones a la Kuznets, de la ciencia muy poco podremos exigir. Por otro lado, si escogemos a Rostow como prototipo del “teórico de la historia social”, será facilísimo demostrar que tales construcciones son anticientíficas. Pero esto es demostrar fuerza abofeteando a un bebé. Cf. *Asian Drama*, tomo 3, Apéndice 2.

¹¹ *Teoría económica y regiones...*

diciaciones y pasos intermedios que el caso concreto requiera. En otras palabras, el análisis de lo particular no puede hacernos olvidar su forma concreta de unidad con lo general. Pues bien, si se plantea que es “inútil buscar un factor predominante”, el resultado no puede ser otro que las dificultades —o la imposibilidad— de remontarse lo suficiente por las muy escarpadas laderas de la abstracción científica. Decir que “todo depende de todo” y moverse con un instrumentalismo *ad hoc*, evidentemente ayuda muy, pero muy poco.

3) *Juicios de valor y análisis científico*

Uno de los aspectos metodológicos en que más insiste Myrdal a través de su obra es el problema de los juicios de valor y las predilecciones políticas en la teoría económica.

Es sabido que para cierta teoría económica —muy académica, universitaria, chicaguense y freidmaniana— en su trabajo el economista debe huir de los llamados “juicios de valor” como si fueran la versión moderna de la muy medieval y devastadora “peste negra”. Las preferencias políticas, si las hay explícitas, deben igualmente ser aniquiladas. En su versión más extrema y pueril —a la Johr y Singer— el pobre humano que se dedica profesionalmente a la economía debe desdoblarse como un mágico Jeckill: como economista de recetas para adecuar los recursos relativamente escasos a un sistema dado de preferencias. Sobre el sistema de preferencias, si se pronuncia, cae en pecado mortal. Pero en cuanto ciudadano (en la versión ésta no se puede ser *a la vez* economista y ciudadano) sí puede expresar sus particulares preferencias y luchar por ellas. Dicho de otro modo, el doctor Friedmann, de las 8 a las 16 horas es un “científico” que investiga la moneda y la función consumo. Y de las 16 a las 24 horas, un “ciudadano” entusiasta del muy ponderado Barry Goldwater.

Así las cosas, la economía resulta una ciencia aséptica. Y como la profilaxis ataca a la política y a los juicios valorativos, no puede sino terminar transformada en una cien-

cia vacua que teoriza sobre la nada. Nada ésta, que a diferencia de la otra, es incapaz de engendrar el ser.

Pero... en el principio siempre está la práctica. Y en este caso, se trata de una práctica política. O sea, de aquella actividad que busca transformar o conservar el sistema de relaciones sociales imperantes. Y la especulación económica siempre estará al servicio de tal práctica. Esto es absolutamente independiente de lo que pueda creer o alegar éste o el otro investigador. Más aún, si hay algo que resulta claro y evidente es que los defensores más estrechos del *statu quo* estarán siempre muy interesados en ocultar tal cordón umbilical.

Una persona inteligente como Schumpeter nunca pretendió tal virginidad y tal asepsia. Myrdal, igual. Incluso, ha dedicado buena parte de sus esfuerzos a aclarar los nexos entre política y teoría económica.¹²

Para Myrdal, “en materia de ciencias sociales los problemas —y no sólo los prácticos a propósito de lo que debería hacerse sino también los teóricos encaminados a averiguar los hechos y las relaciones entre éstos— no pueden plantearse racionalmente como no sea en términos de premisas de valor definidas, concretas y explícitas. La antigua y tenaz ‘economía del bienestar’, reanimada en estos últimos decenios, no es más, en este sentido, que un intento metafísico de ‘objetivización’ de lo que no se puede objetivar. Representa en su propio método un retraso filosófico que entorpece el ajuste de la economía a las demandas provocadas por los acontecimientos en los escenarios nacional e internacional rápidamente cambiantes. En esta hora es de importancia vital aportar explícitamente valoraciones al análisis social, en lugar de ocultarse, contrariamente a la lógica, detrás de la pretensión de una falsa objetividad.”¹³

En otro lugar, Myrdal no es menos explícito: “no hay modo de estudiar la realidad social fuera del punto de vista de los ideales humanos. Una ‘ciencia social desinteresada’

¹² Ver especialmente sus trabajos *Value in Social Theory* y *El elemento político en el desarrollo de la teoría económica*.

¹³ *El reto a la sociedad opulenta. Ob. cit.*

nunca ha existido y por razones lógicas no puede existir. La connotación de nuestros principales conceptos representa el interés que tenemos en una materia, dirige nuestros pensamientos y da significación a nuestras inferencias. . . Reconocer que nuestros conceptos están cargados de valor implica que sólo se les puede definir en términos de valoraciones políticas. En verdad, es por rigor científico que dichos valores deberían hacerse explícitos. Representan premisas de valor para el análisis científico; contrariamente a opiniones ampliamente difundidas, no sólo las conclusiones prácticas de un análisis científico, sino también el propio análisis, dependen necesariamente de premisas de valor".¹⁴

4) *Las predilecciones de un liberal ilustrado*

De acuerdo con lo anotado, no puede extrañar el especial cuidado con que Myrdal, en todas sus obras, intenta explicitar las predilecciones políticas que orientan su investigación.

Las principales premisas de sus análisis son, con seguridad, las siguientes: a) la integración económica, nacional e internacional, es algo deseable. Aclaremos de inmediato que por integración económica entiende "la realización del antiguo ideal occidental de igualdad de oportunidad"; b) "la consecución y el mantenimiento de una forma democrática de gobierno es deseable".¹⁵ En otra obra repite casi textualmente lo mismo: "en el estudio presente, el ideal de la igualdad de oportunidades se destaca como una de las dos principales premisas de valor, siendo la otra la deseabilidad de la democracia política".¹⁶

El igualitarismo burgués y reformista de Myrdal se inspira explícitamente en la filosofía liberal e ilustrada: "...de la filosofía de la ley natural surgió la doctrina de la superioridad moral y de trabajo como título de propiedad. . . De la

¹⁴ *Solidaridad o desintegración.*

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Teoría económica y regiones subdesarrolladas.*

filosofía de la ley natural proviene también la idea de que todos los hombres nacen iguales".¹⁷

Sin embargo, según nuestro autor, "las filosofías de la ley natural y del utilitarismo, que habían imbuido a la teoría económica de la doctrina ultraradical de la igualdad, le proporcionaron al mismo tiempo los antídotos perfectos: todo un conjunto de doctrinas, elaboradas para hacer inocua la doctrina de la igualdad".¹⁸ Entre las principales, Myrdal destaca la idea de la armonía de intereses, la teoría antiestatal del *laissez-faire*, la doctrina del libre comercio y el concepto del equilibrio estable. Ya hemos visto las críticas de Myrdal a los últimos dos principios. En cuanto a los dos primeros, digamos que no cree en absoluto en una armonía natural de intereses y que es ferviente partidario de la intervención del Estado en la vida económica. Si en los países capitalistas desarrollados, a juicio de Myrdal, "existe cada vez mayor grado de igualdad de oportunidades para todos", no se trata de que haya operado "la antigua armonía de la ley natural, el utilitarismo y la teoría del equilibrio económico, hechos posibles por las fuerzas naturales del mercado. Se trata en gran medida de una 'armonía creada', alcanzada a través de interferencias de política de la sociedad organizada en la operación de las fuerzas del mercado; y éstas, en caso de que se hubieran dejado en libertad, habrían conducido a la desarmonía".

5) Desarrollo y subdesarrollo: el problema

Al abandonar la secretaría de "la Cepal europea", Myrdal se concentra en los problemas de la economía mundial capitalista. Comienza comprobando la división del mundo capitalista en dos polos: el desarrollado y el subdesarrollado. El primer grupo está nacionalmente integrado. El segundo no. Desde el ángulo internacional, tampoco hay integración. "El fracaso tan sonado de la integración internacional radi-

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

ca principalmente en el hecho de que muchos países, que tienen grandes poblaciones, son relativamente pobres. La tendencia actual nos lleva hacia una creciente desigualdad en el mundo".¹⁹

Las tensiones entre uno y otro polo, en una época que se caracteriza por "la revolución de las aspiraciones" de los pueblos subdesarrollados, amenaza con un drama de proyecciones incalculables que "termine en una calamidad para nuestra civilización".²⁰

El problema concreto reside en el atractivo del socialismo. Los países de este bloque eran en su mayoría subdesarrollados. Ya no lo son, o bien están en vías de dejar de serlo. "Este otro tipo de organización económica —o sea, el soviético— se presenta fundamentalmente como un sistema para el desenvolvimiento de los países subdesarrollados... El mayor fracaso de la integración internacional en el mundo no soviético es, como lo he dicho con insistencia, el estancamiento o el desarrollo lento de los países subdesarrollados y el ensanchamiento del desnivel que existe entre los países industrialmente adelantados y los países atrasados. Como sistema social que compite por conquistar adeptos y poderío político, la concepción soviética contrapuesta a la nuestra tiene su mayor acopio de partidarios potenciales en las que el sistema occidental descansa sobre endebles cimientos".²¹

Si se eliminan las desigualdades, si se logra la igualdad de oportunidades a escala mundial, el mundo se habrá integrado. La visión del futuro de Myrdal no deja de ser conmovedora: "en aquella época venidera, si es que llega algún día, nuestros descendientes tal vez den los pasos finales para establecer un gobierno democrático mundial, bajo el cual todas las relaciones humanas encuentren la norma y el amparo de una ley equitativa, votada mediante el debido proceso democrático. Los países adelantados formarían una pequeña minoría; numéricamente, la forman en la actua-

¹⁹ *Solidaridad o desintegración.*

²⁰ *El Estado del futuro.* México, F. C. E.

²¹ *Solidaridad o desintegración.*

lidad. Pero la diferencia sería que su poderío relativo en el mundo no sería entonces mayor que su población relativa. Los ideales que han animado a esas naciones en su progreso interno hacia la igualdad, se habrían, sin embargo, difundido ampliamente entre las demás naciones que habrían alcanzado entonces su mismo nivel. Se puede aconsejar a los países adelantados que temen semejante perspectiva busquen un consuelo al leer en qué forma las personas que figuraban en las clases superiores hace unas cuantas generaciones pronosticaban una era de barbarie y condenaban la cultura occidental si se concedía el derecho de voto a las masas pobres que —según pensaban comúnmente— eran, desde su nacimiento, inferiores, en lo moral e intelectual. Les aconsejamos que mediten los errores que cometieron dichas clases”.²²

Myrdal es un anticomunista confeso; también un liberal confeso. Por ello escribe “si los países subdesarrollados no consiguen algún éxito real y sustancial en sus esfuerzos por lograr un desarrollo económico, tendrán que enfrentarse con el gravísimo peligro de cataclismos políticos, y esto, con la mayor brevedad. Pero creo que se debería tener gran cuidado antes de determinar la exacta naturaleza de esos posibles cataclismos. En muchos casos, la difusión de las dictaduras militares o de otras formas de fascismo parece, en verdad, un resultado más probable, cuando menos provisionalmente; en otros casos, los resultados podrán ser únicamente la decadencia social y política y una miseria profunda, que duraría a veces varios decenios”.²³

Así es Myrdal: antifeudal y antifascista. También anticomunista. Y asimismo un fervoroso liberal demoburgués.

6) *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*

Tal es el título de la obra de Myrdal quizá más influyente y popular en América Latina. Y al mismo tiempo, uno

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

de los temas favoritos de nuestro autor. En su opinión y como directriz metodológica, "...el principio de interdependencia circular en un proceso de causación acumulativa tiene validez en todo el campo de las relaciones sociales y... debería constituir la hipótesis principal cuando se estudia el desarrollo y el subdesarrollo económicos".²⁴

Como introducción al estudio del subdesarrollo, Myrdal analiza el problema de los desequilibrios regionales en el interior de un país y recalca dos observaciones: a) a menores niveles de desarrollo, mayores son las desigualdades regionales; b) en los países ricos, los desequilibrios regionales tienden a reducirse. Y en los pobres, el proceso apunta a una mayor desigualdad. "Que existe una tendencia inherente del libre juego de las fuerzas del mercado a crear desigualdades regionales, y que esa tendencia es más dominante mientras más pobre sea el país, son dos de las leyes más importantes del desarrollo y subdesarrollo económico bajo el *laissez-faire*."²⁵ En otras palabras, si las fuerzas del mercado operan libre y espontáneamente, "la expansión de una localidad conduce al estancamiento de otras".²⁶

En este punto conviene recordar que para Myrdal los cambios primarios o iniciales (sean favorables o adversos) no generan un proceso de "vuelta al equilibrio", sino un proceso acumulativo. En segundo lugar, hay que anotar que los cambios que "tienen su origen fuera de la localidad" los clasifica (según el signo de sus consecuencias) en "*efectos impulsores*", y "*efectos retardadores*". En tercer lugar, otra hipótesis básica: "los efectos impulsores son una función del nivel de desarrollo efectivamente alcanzado".²⁷

En suma, si se deja libre al mercado, las desigualdades entre regiones aumentarán. Aquí es útil introducir el papel del Estado. Myrdal distingue dos tipos: a) el Estado *opresor*, cuyo papel principal es "el de servir de punto de apoyo al proceso acumulativo propiciador de la desigualdad" y que

²⁴ *Teoría económica y regiones subdesarrolladas. Ob. cit.*

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

típicamente correspondería al caso de los países pobres; b) el Estado *benefactor*, propio de los países ricos, en los cuales “la política estatal se ha dirigido para promover una igualdad regional mayor: se han compensado las fuerzas del mercado que producen efectos retardatarios, al propio tiempo que se han apoyado aquellas que originan efectos impulsores”.²⁸

El análisis, al ser aplicado a la creciente desigualdad entre centro y periferia capitalista, no presenta novedades sustantivas. El comercio, en vez de conducir a la igualdad, “es probable que tenga efectos retardadores sobre los países subdesarrollados”. Algo similar puede sostenerse de los movimientos de capital, y la migración de mano de obra puede descartarse como factor significativo. En la pauperización de la periferia, el colonialismo ha tenido un papel importante: “el objetivo principal de las metrópolis fue la estabilidad social y el orden. Por consiguiente, como era lógico, se transformaron en aliados de las clases privilegiadas del país dependiente y, en algunos casos, las clases privilegiadas fueron creadas con ese propósito”.²⁹

Se desprende de lo anterior que tanto los factores económicos como los políticos han venido actuando en favor de las desigualdades crecientes entre el centro y la periferia. “Si desde cierto punto de vista la explicación de las desigualdades internacionales existentes y siempre crecientes es la tendencia acumulativa inherente del desenfrenado juego de las fuerzas del mercado, en condiciones en que la efectividad de los efectos impulsores son débiles, desde otro punto de vista la explicación se encuentra en la ausencia de un estado mundial que pudiera interferir en favor de la igualdad de oportunidades.”³⁰

La independencia política de las ex colonias, el creciente nacionalismo y la tendencia a la solidaridad entre los países y regiones del Tercer Mundo, serían elementos favorables para una eventual reversión de tan malignas tendencias.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid.*

El camino hacia una mayor igualdad de oportunidades a escala mundial no será un lecho de rosas. “Ninguna sociedad se ha reformado nunca sustancialmente a sí misma por un movimiento proveniente de arriba, o por la sencilla decisión voluntaria de una clase alta... Siempre se requiere el impulso de demandas y presiones”.³¹ En este proceso, en que el conflicto es requisito previo de la integración mundial capitalista (según la entiende el economista sueco), los peligros son obvios. En el interior de cada país, buscando un capitalismo dinámico y democrático, se puede arribar al socialismo. En el plano internacional, intentando los países dependientes eliminar la explotación imperialista, pueden provocar el colapso del imperialismo y, por ende, del capitalismo. Las requisitorias de Myrdal pretenden sin duda evitar justamente tal peligro. Pero su alegato nos parece históricamente incoherente: la lógica de su proyecto liberal no embona con la lógica del mundo actual.

7) *Estado y desarrollo económico*

Hemos ya indicado cómo el Estado es el esquema general de Myrdal desempeña un papel relevante en el proceso de desarrollo. Para los países subdesarrollados, su rol debe ser aún más decisivo. Sin embargo, los requisitos que le exige el proceso de superación del subdesarrollo se contradice con sus características actuales de Estado “opresor”, “corrupto” y “débil”. Al respecto, Myrdal es particularmente lúcido y franco. Veamos brevemente algunos aspectos de su planteamiento:

a] “Aunque en diferentes grados, todos los países subdesarrollados son ‘estados débiles’... la expresión “Estado débil” quiere comprender todos los distintos tipos de indisciplina social que se manifiestan en la siguiente manera: deficiencias en la legislación y, en particular, en la aplicación y cumplimiento de la ley; la común desobediencia por parte de los funcionarios de las reglas y directrices que les vienen

³¹ *Ibid.*

de arriba y, también, a menudo, su colusión con personas o grupos de personas poderosas cuyo comportamiento debería ser regulado por estos funcionarios. Dentro del concepto de 'estado débil' también entra la corrupción...³²

b] "En general, puede afirmarse que todos los cambios de régimen político ocurridos en estos países han sido el resultado de luchas dentro de la clase alta... En ningún momento ha habido un levantamiento de las masas pobres contra la opresión, excepto ahora en Vietnam, después de 25 años de revuelta armada, primero contra los franceses, después contra los [norte] americanos, que buscan aliarse con los grupos privilegiados... La democracia parlamentaria, tal como funciona en la India, ha sido una fuerza favorable al mantenimiento del *status quo* social y económico".³³

c] "...en la mayoría de los países subdesarrollados, las reformas agrarias han sido una estafa excepto cuando se han producido en medio de una situación revolucionaria de cualquier tipo... Cuando se han adoptado medidas específicamente dirigidas a mejorar las condiciones de vida de los estratos bajos, estas medidas no han sido aplicadas o bien han sido distorsionadas de tal manera que beneficiaron a los no tan pobres y discriminaron a las masas."³⁴

d] Citando Myrdal a otro autor: "La corrupción... es un sistema político, capaz de ser dirigido, dentro de ciertos amplios márgenes, por aquellos que están en el poder".³⁵

e] "...lo que es esencial para la existencia del Estado débil es que todo el poder está en manos de la clase alta, que puede soportar muy bien la promulgación de leyes igualitarias porque puede impedir su aplicación."³⁶

Comentar estos breves extractos resultaría sin duda ocioso.

³² *El reto a la pobreza.*

³³ *Ibid.*

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*

8) Comercio y desarrollo

Las políticas de comercio exterior de los países subdesarrollados reciben amplia atención en la obra de Myrdal. Sus análisis y recomendaciones, entre otros aspectos, destacan por su extraordinaria similitud con los efectuados por la CEPAL, para el continente latinoamericano. Este rasgo, por lo demás, se extiende a buena parte de la obra myrdaliana sobre el subdesarrollo.

Como en nuestros países la industria de bienes de capital es escasa o inexistente, su papel debe ser desempeñado por el sector exportador. Por ende, según cual sea la evolución de éste, así será la evolución de la capacidad para importar, de la inversión y del desarrollo industrial. El tipo de especialización exportadora (en bienes de baja elasticidad ingreso), el deterioro de los términos del intercambio, la inestabilidad de los mercados, la falta de diversificación de mercados de destino y de productos, las presiones al desequilibrio externo que casi inevitablemente provoca el esfuerzo de industrialización, las insuficiencias administrativas para aplicar un esquema racional de controles y de protección arancelaria, son algunos de los tantos problemas que analiza Myrdal.

En el punto relativo a la evolución de los términos del intercambio de la periferia, Myrdal se alinea con las tesis de Prebisch-Singer-Lewis. En su opinión, es necesario profundizar tales hipótesis en el "marco de una teoría dinámica de formación internacional de capital". Para ello, presenta algunas sugerencias dignas de retenerse: "...en muchas exportaciones los países subdesarrollados están compitiendo con los países adelantados donde la productividad ha ido aumentando rápidamente, aún, y no en pequeña escala, en la producción de materias primas;... la mayor parte de las empresas extranjeras y del flujo de capital a los países subdesarrollados se ha dirigido, y continúa haciéndolo, casi exclusivamente al desarrollo de sus industrias de exportación;... al mismo tiempo, los países industrialmente avanzados han protegido y prestado subsidio a su propia

producción de materias primas y particularmente a la agricultura;... un elemento del círculo vicioso del estancamiento económico es la rigidez, que obstaculiza los ajustes a los cambios en los precios relativos del mercado internacional que serían necesarios para explotar las ventajas y eludir las desventajas;... en todos los niveles del proceso económico, los esfuerzos para la organización monopolística de los mercados tienen que ser mucho más efectivos en los países industrialmente avanzados que en los subdesarrollados; y, más generalmente, ... a causa de la pobreza, lo precario de sus estrechos márgenes de cambio y su necesidad desesperada de conservar muchas exportaciones para poder importar productos de primera necesidad para los consumidores, así como bienes de capital para su desarrollo económico, el poder de negociación de los países subdesarrollados ha sido, y sigue siendo, relativamente muy débil.”³⁷

Agreguemos que en el plano general de la política comercial, las recomendaciones de Myrdal tienen particular relevancia, apuntando todas ellas a una sustancial, redefinición de las relaciones vigentes entre países desarrollados y subdesarrollados. Más precisamente, puede decirse que ellas han informado en alto grado las ideas debatidas y muchas veces aprobadas y recogidas en diversos foros, reuniones internacionales y documentos (por ejemplo, en la UNCTAD y, en no poca medida, en la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados).

9) *Ideas sobre la industrialización*

Myrdal, ferviente partidario de la industrialización de los países subdesarrollados, no escatima esfuerzos para señalar que el proceso es difícil y dista de ser un camelo. Conviene retener aquí algunas de sus ideas.

³⁷ *Solidaridad y desintegración.*

Industria y ocupación

Es sabido que en nuestros países, el argumento ocupacional es básico en el alegato por la industrialización. Al respecto, Myrdal alerta sobre esperanzas excesivas: “durante varios decenios más no debe esperarse que los efectos de la industrialización sobre la ocupación sean muy amplios... Por un periodo considerable, el efecto neto sobre el empleo puede incluso ser negativo”.³⁸

En primer lugar, el efecto depende del nivel ya alcanzado por la ocupación industrial. En un ejemplo hipotético, pero aplicable a la región que estudia, Myrdal supone un 1% de ocupación industrial moderna y un 2% de crecimiento de la fuerza de trabajo. Si la ocupación industrial creciera a la *inusual* tasa de 10%, sólo absorbería escasamente 5% de la nueva fuerza de trabajo. Para que la industria fuera capaz de absorber toda la fuerza de trabajo adicional se debería *triplicar su ocupación*.

En segundo lugar, deben considerarse los efectos retardadores (*backwash effects*): a) sobre el sector industrial moderno o casi moderno, pueden ser: i) impulsar la racionalización de las empresas ya establecidas, lo que “normalmente implica menor uso de trabajo para generar una cantidad dada de producto”; ii) algunas empresas pueden sencillamente quebrar. b) Sobre el sector industrial tradicional y artesanal, el efecto puede igualmente ser la eliminación. El riesgo de que el resultado neto sobre el empleo sea negativo, de este modo es muy real.

En síntesis “en sus primeras etapas, los efectos de empleo *directo* de la moderna industrialización serán pequeños, mientras que los efectos retardadores pueden ser considerables, *salvo que la industrialización sea limitada a la sustitución de importaciones o a la producción de exportaciones*”.³⁹

³⁸ *Asian Drama*, tomo II.

³⁹ *Ibid.* Las cursivas son mías.

Industria y efectos impulsores

Nuestro autor recuerda los efectos impulsores de la industria vía demanda (de bienes intermedios y finales: consumo e inversión) y vía oferta (reducción de costos). El esquema, derivado de la experiencia occidental, no funciona igual en el contexto del subdesarrollo.

Los efectos vía demanda se ven obstaculizados y disminuidos por: a) inexistencia de capacidad productiva interna, o sea, filtraciones hacia las importaciones; b) baja elasticidad de oferta. En concreto, cuellos de botella por el lado del personal técnico y administrativo, de la mano de obra calificada, de los sistemas energéticos y de transportes, de la disponibilidad de materias primas y bienes semimanufacturados; c) por razones institucionales, las "señales" del mercado encuentran "oídos sordos". Esto es especialmente notorio en la agricultura.

Todo ello entraña una situación parecida a la del pleno empleo occidental. Aunque existan amplios márgenes de fuerza de trabajo subutilizada, en el subdesarrollo también hay dificultades para responder a la demanda. A estas economías Myrdal las denomina "economías de cuasi-pleno empleo". Lo anotado, huelga decirlo, torna del todo insuficientes los análisis en términos de demanda y oferta agregadas. Por el contrario, la desagregación es un imperativo.

Las rigideces sectoriales generan una inflación estructural. Y como la inelasticidad es especialmente alta en la agricultura, el expediente antiinflacionario usual es recortar la demanda agregada para ajustarla a los niveles más rígidos de la oferta. Con ello, los sectores industriales terminan trabajando con altos márgenes de capacidad ociosa. Obviamente, esto disuelve los esperados efectos de "reducción de costos".

También Myrdal comenta las "economías externas", en su sentido más amplio, que se atribuyen a la industrialización (racionalismo, disciplina, eficiencia, etc.). Al respecto recuerda los enclaves del periodo colonial y escribe que "hay

un obvio peligro de que el ascenso industrial ahora planeado vaya a perpetuar la pauta colonial".⁴⁰

Entre los factores más decisivos que bloquean la extensión y vigor de los efectos impulsores, Myrdal destaca dos: *a*) la rígida estratificación social, y *b*) las deficiencias cuantitativas y cualitativas de la educación. En ambos respectos, la situación de la Europa preindustrial era muy superior. De allí que escriba: "el monopolio de la educación —junto con el monopolio de la propiedad de la tierra— es la base más importante de la desigualdad, que es mucho más fuerte en los países más pobres".⁴¹ Su insistencia en las reformas agraria y educacional, no puede, por ende, ser extraña. (De paso, anotemos un obvio olvido myrdaliano: el monopolio de los medios de producción creados, como fuente de desigualdad. En los países desarrollados —altamente industrializados— es éste, con mucho, el factor más decisivo. Este olvido no es casual en quien postula un mítico Estado benefactor que, a su juicio, habría prácticamente eliminado las clases sociales.)

10) *Estructura analítica propuesta*

En la introducción a la 5a. parte de *Asian Drama*, que trata sobre los "problemas de la utilización del trabajo", Myrdal observa que en materia económica nunca está de más recordar que "el hombre es la medida de todas las cosas". Armado de este principio, concentra el análisis del problema del desarrollo en el eje de la fuerza de trabajo.

El desarrollo económico —su nivel y sus variaciones— debe ser medido, o más precisamente, expresado, a través de un indicador relativamente nuevo que propone Myrdal: *la productividad media de la fuerza de trabajo potencial*. Este indicador dependería de dos factores: *a*) la masa total de trabajo insumido, y *b*) la productividad unitaria del trabajo insumido.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ *El reto de la pobreza.*

El primer factor dependería básicamente de: i) *La tasa de participación*, o sea, el porcentaje de la fuerza de trabajo potencial que efectivamente, y de modo normal, realiza algún trabajo; ii) *la duración de la jornada de trabajo* (horas por día, días por año). Bajo supuestos convenientes, la comparación entre la masa total del trabajo insumido y la masa de trabajo potencial permite medir *el grado de ocio*. Éste, en los países subdesarrollados, sería particularmente alto.

El segundo factor —la productividad unitaria del trabajo insumido— dependería a su vez de diferentes elementos. Entre ellos: i) *la eficiencia del trabajo* (intensidad y calificación del trabajo, que a su vez dependerían de las condiciones sanitarias y de salud, de los niveles nutricionales, del clima, del nivel general de vida, las costumbres, instituciones, actitudes frente a la vida y el trabajo, educación —cantidad y calidad—, etc.); ii) *estructura ocupacional*; iii) *recursos naturales*; iv) *disponibilidades de capital* (nivel y distribución); v) *tecnología*.

Si se suponen valores dados para las variables ii) a v) recién señaladas, se puede establecer la relación siguiente:

$$\pi = (TP) \times (DT) \times (ET)$$

en que:

π = productividad media de la fuerza de trabajo potencial

TP = tasa de participación

DT = duración de la jornada de trabajo

ET = eficiencia del trabajo.

Es fácil observar que lo que Myrdal denomina eficiencia del trabajo es lo que usualmente conocemos como productividad del trabajo, y que los elementos que considera constantes pueden medirse, si así se desea, mediante sus efectos en la eficiencia del trabajo. Aunque, en este caso, su variación ya no sería resorte exclusivo del trabajador.

Tal es el esquema analítico propuesto por Myrdal.

11) *Una dinámica insuficiente*

Si el subdesarrollo se plantea como problema es porque existe el afán de superarlo. Y esto exige cambios estructurales extremadamente drásticos destinados a afectar las relaciones de propiedad y todas las estructuras clasistas y políticas que de ellas se derivan. De aquí la imprescindible necesidad de introducir en el análisis las variables "olvidadas" (*v. gr.* las políticas) por el academicismo. En otras palabras, el objeto hay que tomarlo como lo que es: como una totalidad. Ya hemos indicado que una de las virtudes de Myrdal —a la vez razón de sus aciertos— es no olvidar las variables no económicas. Sin embargo, debemos aquí recordar de inmediato que un enfoque totalizante no significa trabajar con infinidad de variables y tampoco eliminar la necesaria subordinación o jerarquización existente entre los diferentes componentes de la realidad. Cuando falta la teoría este vicio es común y ya hemos anotado una cierta propensión pragmática en los trabajos myrdalianos. Por lo mismo, su intento de trabajar al subdesarrollo como totalidad, en no pocos casos se desvía por la vertiente del descriptivismo farragoso: las variables manejadas son múltiples, pero entre sí su articulación deja mucho que desear. Las obras de Myrdal son particularmente voluminosas y, al final de cuentas, no se corresponden con la cantidad de ideas que aportan.

Por otro lado, se tiene que el subdesarrollo es una totalidad en movimiento, un proceso regido por una dinámica particular. En otras palabras, el objeto posee una dimensión temporal. En Myrdal, la dinámica histórica que visualiza en el objeto es bastante mostrenca y en no poca medida recuerda a la de Adam Smith. Si en éste se viene desde el mítico "estado rudo y primitivo" al capitalismo, en Myrdal se avanza desde el subdesarrollo o sociedad preindustrial hacia la sociedad benefactora". De hecho, no hay más transformación histórica que esta modernización capitalista.

Lo anotado supone algo así como un estado de congelamiento histórico en la fase preindustrial. "El grueso del pensamiento y de la evidencia histórica, antropológica y

sociológica, sugiere que el equilibrio y la estabilidad social son la norma y que todas las sociedades, especialmente las subdesarrolladas, poseen instituciones de un carácter fuertemente estabilizador. En vista de estos hallazgos, el verdadero misterio es cómo ellas pueden escapar del equilibrio y desarrollarse".⁴²

Resulta obvio que el "equilibrio a un bajo nivel" que caracterizaría al subdesarrollo, no compagina con las críticas de Myrdal a la noción de equilibrio estable. En sus propias palabras, "normalmente, sobre bases puramente teóricas [las de la causación circular acumulativa, (C. J. V.) uno puede pensar que el sistema social debería estar moviéndose regularmente en una u otra dirección, en cuanto los impulsos al cambio estarían siendo continuamente alimentados por la causación circular acumulativa".⁴³

Las fuerzas del estancamiento que según Myrdal explicarían el perverso equilibrio del subdesarrollo serían: a) la velocidad o plazo de reacción de las "otras" condiciones a un cambio primario, la cual sería lo suficientemente tardía como para que en el ínterin se disolvieran los efectos impulsores; b) la inercia: "la principal resistencia al cambio en el sistema social proviene de las actitudes e instituciones";⁴⁴ c) cambios independientes que trabajan de modo negativo (*v. gr.* explosión demográfica, deterioro de los términos de intercambio, etc.); d) cambios secundarios que mueven el sistema en dirección opuesta a la del cambio primario (*v. gr.* la extensión de cultivos a nuevas tierras vía desforestación puede alterar los equilibrios climáticos).

Tales categorías explicativas nos parecen muy poco explicativas y son, típicamente, abstracciones semivacías. Al final de cuentas, sólo constituyen un descriptivismo que termina disuelto en las mismas tautologías que Myrdal le critica a Rostow.

De hecho, en Myrdal no encontramos una explicación del salto del subdesarrollo al desarrollo capitalista. Más aún,

⁴² *Asian Drama*.

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ *Ibid.*

nuestro Premio Nobel sostiene que “los efectos impulsores son una función del nivel de desarrollo económico efectivamente alcanzado”.⁴⁵ Aunque así fuera, no es menos cierto que tal hipótesis no puede explicar el desarrollo de los países hoy desarrollados. Y asimismo, tampoco puede allí residir la clave de la explicación del perverso “equilibrio” del subdesarrollo contemporáneo.

La dinámica de la producción mercantil precapitalista y las leyes de su transformación en producción capitalista no están bien dilucidadas en Myrdal. Tampoco hay una teoría clara del desarrollo capitalista por etapas (por el contrario, según hemos ya anotado, Myrdal considera los intentos teóricos de periodización como “anticientíficos”, “teleológicos” y conducentes a la “confusión lógica”). Por lo mismo, tampoco se encuentra en la obra myrdaliana una conceptualización precisa del desarrollo desigual. Asimismo, la acumulación de capital o, más ampliamente, el problema de la producción, apropiación y utilización del excedente, reciben en Myrdal una atención breve y muy poco fina. Por último, el monopolio capitalista dista de ser una categoría central en su cuerpo de análisis. Por ejemplo, en una obra destinada a analizar los problemas económicos de Estados Unidos⁴⁶ el monopolio apenas si aparece de modo muy marginal. Ahora bien, si el monopolio se sitúa en el margen, la categoría económica del imperialismo no puede ser manejada con precisión y rigor. Y si ello se da, el problema del subdesarrollo capitalista distará de ser aprehendido con la profundidad teórica que el problema exige.

Todo lo anotado tal vez contribuye a explicar la desazón del lector del *Asian Drama*. Cuando Myrdal expone de modo sintético “los mecanismos del subdesarrollo y el desarrollo”⁴⁷ y escribe —luego de una enumeración descriptiva— que “tal es nuestra teoría”, el comentario sólo puede ser uno: ¿un esfuerzo tan tenaz, un trabajo tan arduo, tantas

⁴⁵ *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*.

⁴⁶ *El reto a la sociedad opulenta*.

⁴⁷ *Ob. cit.*, tomo III, Apéndice 2.

observaciones inteligentes, tantas causalidades parciales descubiertas, no ameritaban una *teoría global más seria?*

12) *¿Idealismo, ingenuidad o miopía?*

Hemos visto que una de las mayores virtudes de Myrdal, especialmente cuando aborda el problema del subdesarrollo, es el realismo de muchas de sus observaciones. Sin embargo, junto a ellas coexisten y pululan ideas de una ingenuidad y ramplonería apabullantes.

Veamos primero un ejemplo de moral victoriana: “La bolsa del norteamericano está más abierta para fines de caridad que la de cualquier otro país del mundo. Cuando se observa que Norteamérica pudo esperar hasta la gran depresión y el *New Deal* para iniciar una política de asistencia pública, no debería olvidarse que tenía, y sigue teniendo, el servicio de caridad privada más generoso y mejor organizado del mundo. Toda llamada del extranjero para aliviar a las víctimas de terremotos u otras calamidades ha encontrado siempre una respuesta más generosa en Norteamérica que en otros países. Y la labor misionera de Norteamérica en países pobres ha sido magnífica por espacio de varias generaciones.”⁴⁸ ¿Querrá Myrdal competir con ese monumento al fariseísmo que fue Kipling?

Pero avancemos, en el mismo plano, a un ejemplo más concreto: el Plan Marshall. Para Myrdal, “esto fue un acto de caridad dirigido por el Gobierno y pagado por los causantes de impuestos norteamericanos. . . [y que se efectuó]. . . ante todo por motivos de generosidad hacia los desdichados”.⁴⁹ “La anuencia a gastar por simple amor al prójimo ha sido siempre un rasgo cultural del pueblo norteamericano. . . Al principio la actitud principal fue mucho más la positiva, de simpatía y solidaridad, que la negativa del miedo al comunismo.”⁵⁰ Según datos del propio Myrdal, entre

⁴⁸ *El reto a la sociedad opulenta.*

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ *Solidaridad o desintegración.*

1946-1953, las donaciones yanquis ascendieron a 33 200 millones de dólares. De ellos, 23 400 millones se destinaron a Europa, de los cuales un tercio (7 700 millones) *fueron en equipos militares*, tal vez por simple amor cristiano. Asia y la zona del Pacífico, igualmente devastados por la guerra, y con mayor población y mayor miseria, recibieron un tercio de lo otorgado a Europa (tal vez por olvidos cristianos). América Latina nada recibió. Por último, Foster Dulles (ese adalid del amor cristiano) no vaciló en reconocer que el Plan Marshall fue "un excelente *business*".⁵¹

Y para no abundar, contemos con un tercer ejemplo. Afirma Myrdal que "Norteamérica desea realmente una disminución de la tensión y un desarrollo hacia una liquidación gradual de la presente precaria carrera armamentista... los norteamericanos son una nación profundamente amante de la paz... sin embargo, no puedo cerrar los ojos al hecho de que incluso la presente tasa baja de expansión económica sólo se mantiene en Norteamérica gracias a gastos extraordinariamente grandes, y crecientes, en materia de armamentos. Ésta no es una situación sana para una nación que, estoy perfectamente convencido de ello, trata honradamente de poner término a la carrera armamentista".⁵² En este país, aparte del Disnelyandia que ve Myrdal, existen clases dominantes tan amantes de la paz, que destinan tres cuartas partes del presupuesto federal al financiamiento de guerras pasadas, presentes o futuras, copan (los gastos militares) alrededor del 10% del ingreso total y de un 60% de la formación nacional bruta de capital fijo y bastante más de la mitad de los gastos asignados a investigación y desarrollo.⁵³ Asimismo, Estados Unidos es el mayor exportador mundial de armas pasando desde los 1 250 millones de dólares a fines de los sesenta a los 8 300 millones en el año fiscal 1973-74. Y en vez de desestimular tales ventas, militares y hombres de negocios, "trabajan duramente en todo

⁵¹ *America's Rise to World Power*, 1955.

⁵² *El reto a la sociedad opulenta*.

⁵³ Véase M. Kidron, *Western Capitalism since the war*, y A. Kozlik, *El capitalismo del desperdicio*.

el mundo para impulsar aún más las ventas".⁵⁴ Después de todo, semejante comercio permite reducir la masa de desocupados y proteger el *american way of life* de los "amigos de la paz".

13) *Ideólogo pro norteamericano*

En este plano, las declaraciones admiran por lo descarnadas: "Si como sueco e internacionalista deseo que Norteamérica sea fuerte, es porque siento que, en lo fundamental, ésta propugna intereses e ideales que comparto... Mientras Norteamérica sea fuerte, apenas es preciso temer que se impongan a la larga puntos de vista con los que no simpatizo... Lo que yo temo en realidad es la debilidad norteamericana".⁵⁵

Para Myrdal hubiera sido preferible que dentro del Plan Marshall, los préstamos reemplazaran a las donaciones. Esta "supergenerosidad" ha sido nefasta —dice—, pues contribuyó "de modo decisivo a alterar las relaciones de poder entre los Estados Unidos y sus aliados de Europa occidental, en comparación con lo que dichas relaciones fueron en los primeros años consecutivos a la guerra". Por lo mismo, los Estados Unidos "ya no cuentan con la fuerza económica para ejercer sobre ellos una presión muy eficaz".⁵⁶ Esto, en su opinión, es muy lamentable, pues "para decirlo sin ambages, los Estados Unidos corren peligro de quedar descartados como dirigentes indiscutidos del mundo occidental".⁵⁷

En el plano de las proposiciones prácticas, Myrdal coincide en alto grado con muchos de los objetivos por los que hoy se afana *herr Kissinger*: *i*) redistribuir los costos de la "defensa del mundo libre"; *ii*) ídem respecto a la "ayuda económica"; *iii*) evitar bloques "independistas": Myrdal no disimula su malquerencia respecto al MCE y a los

⁵⁴ Revista *U. S. News and World Report*, 13-I-1975.

⁵⁵ *El reto a la sociedad opulenta*.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Ibid.*

ideales gaullistas de una Europa unida, fuerte y libre de la regencia norteamericana.

En el libro *El reto a la sociedad opulenta* Myrdal termina con una declaración escandalosa: "cualquiera que sea o debiera ser la política exterior de los Estados Unidos en diversos aspectos, es sumamente importante, con todo, que recobren y retengan su fuerza". Pero, inmediatamente, tal vez como justificativo a este "amor incondicional", agrega que "creo firmemente que una Norteamérica fuerte asumirá el caudillaje del mundo en favor de una política que sea en interés de la libertad y la igualdad en el plano internacional, esto es: libre comercio para los pueblos de los países ricos y protección y promoción para los muchos millones de gentes del vasto suburbio mundial de los países subdesarrollados. En efecto, una Norteamérica fuerte será una Norteamérica liberal y generosa, y será entonces lo suficientemente prudente para estimular a otros países ricos a ser asimismo liberales y generosos".

En suma, una vez más el idealismo, sea miope o ingenuo. O bien, objetivamente cínico. En todo caso, el drama de un burgués liberal. Su lucidez política lo lleva a identificar con bastante exactitud los problemas centrales y al mismo tiempo proponer algunas reformas asaz profundas. Su importancia política e histórica, empero, lo lleva a pedir las de los ejes clasistas e imperialistas hegemónicos. Como aquello es objetivamente imposible, no tiene más salidas que el recurso al idealismo: refugiarse en credos fantasmales que —se supone— terminarán por actuar en un mítico y muy largo plazo. Las ideas de reforma, para que lleguen a inscribirse en la realidad, deben necesariamente anclarse en los agentes del cambio: las clases o los bloques clasistas. Las reformas que Myrdal postula sólo pueden ser aprobadas por bloques clasistas muy precisos. Pero éstos, si tienen fuerzas para llevarlas a la práctica, irán mucho más allá y terminarán rompiendo y *superando* el mundo que con sus reformas pretende Myrdal salvar. Como hasta la propia Joan Robinson dijera hace muchos años, tal es el drama del reformismo burgués en las actuales condiciones históricas. Por lo mismo, sus

mejores y más coherentes representantes no tienen más salidas que la inversión idealista típica: primero confundir la realidad y su concepto; luego, independizar el concepto de su sustrato material; después, manipular libertinescamente los conceptos. Con lo cual los cambios se producen. Pero a nivel del concepto que, para el caso, ya está vacío de todo sustrato material.

14) *¿Inflexión hacia el pesimismo?*

Aunque manteniendo su optimismo básico, en los últimos años Myrdal acentúa su tono crítico y ha llegado a ser calificado como "pesimista". A esto ha respondido argumentando contra Iso enfoques "oportunistamente optimistas".⁵⁸ La guerra de Vietnam sin dudas ha atemperado su fe en la viabilidad del Credo Americano y su meticuloso estudio de campo sobre el sur de Asia lo ha llevado a comprender y evaluar mejor los problemas del subdesarrollo. Como escribiera Marx, "la profunda hipocresía y la barbarie propias de la civilización burguesa se presentan desnudas ante nuestros ojos, cuando en lugar de observarlas en su hogar, donde adoptan formas honorables, las contemplamos en las colonias, donde se nos ofrecen sin embozos".⁵⁹

En un apéndice de su libro *El reto a la pobreza*, titulado "El polvorín latinoamericano" (que es de lo más lucido y penetrante que un extranjero haya escrito en los últimos años sobre la región) Myrdal concluye: "al finalizar, me veo obligado a insistir de nuevo en la *gran incertidumbre que rodea el futuro*".⁶⁰

⁵⁸ Cf. especialmente el capítulo 2 del *Asian Drama*.

⁵⁹ *Futuros resultados de la dominación británica en la India*, 1853.

⁶⁰ *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*.

15) *Consejos a los jóvenes economistas*

En una revisión de la obra de Myrdal, por breve, esquemática y parcial que sea, no podemos dejar de recordar sus valientes consejos a los economistas jóvenes de los países subdesarrollados. Después de todo, en su época esas advertencias nos sonaron a música celestial.

En nuestros países, al igual que tantos otros bienes, la teoría económica ha sido importada. Y al igual que nuestros latifundistas decimonónicos se trasplantaban tragicómicamente pretendiendo imitar el SAVOIR VIVRE DE LA VIELLE EUROPE", no pocos de nuestros colegas se desviven hoy por imitar el "humor" y la alambicación de los hombres del MIT o —peor aún— de Chicago. Pero, como recuerda Myrdal, las situaciones son diferentes y "además... la teoría es en gran medida una racionalización de los intereses que predominan en los países industrializados, en donde aquélla se inició y fue desarrollada más tarde".⁶¹

De aquí que "en esta época del gran despertar sería patético que los economistas jóvenes de los países subdesarrollados se desviarán por el mal camino de las predilecciones del pensamiento económico que prevalece en los países adelantados, que están entorpeciendo a los estudiosos de estos países en sus esfuerzos por acercarse a la realidad, pero serían fatales para los esfuerzos intelectuales de los economistas de los países subdesarrollados".⁶²

Refiriéndose a su monumental estudio sobre la "pobreza de las naciones", nuestro laureado autor escribe que "en mi *Asian Drama* renuncié intencionalmente a utilizar multitud de datos sobre tasas de desarrollo y similares, datos fácilmente obtenibles y que son los que suelen utilizar mis colegas para extraer inferencias que se pretenden muy precisas. No se trata de que tenga aversión a la cuantificación. Al contrario, creo que el futuro de nuestra disciplina depende en buena parte de nuestra capacidad de observar y traducir en cifras lo que ahora son concepciones demasiado

⁶¹ *Ibid.*

⁶² *Reto a la pobreza.*

vagas sobre la realidad. Mi acusación a la investigación económica convencional es *su extraordinaria falta de análisis crítico del material estadístico*". Por ello algunos "impresionantes modelos econométricos" sólo muestran "cómo *pensamientos muy poco precisos se presentan como un análisis particularmente riguroso*... En fin, no es posible evitar la conclusión de que *la última generación de economistas, con todas sus pretensiones de rigor y precisión, ha rebajado las normas científicas precisamente en estos aspectos*".⁶³

Las críticas de Myrdal a la teoría convencional y su excitativa a la utilización *real* de nuestros propios cerebros, no es de ningún modo una invitación al "facilismo", ni tampoco a comenzar de cero. "Escoger lo que es verdaderamente útil y práctico dentro de nuestros enfoques tradicionales—hacer a un lado el lastre y al mismo tiempo seleccionar lo que tiene de valor de los viejos argumentos y teoremas, para adaptarlo a un diferente enfoque de los problemas económicos y sociales— es, sin embargo, una tarea difícil de llevar a cabo. No es una tarea para los 'diletantes' y los ignorantes... La exorbitante carga que estoy delineando para los jóvenes ocupados en el estudio de las ciencias sociales de los países subdesarrollados, demanda el más intenso esfuerzo para obtener el verdadero aprendizaje y la maestría más completa de todo el legado teórico".⁶³

El Premio Nobel, por supuesto, no eleva (por asignación) ni rebaja (por omisión) la calidad y relevancia de la obra de un economista. Pero sí puede contribuir a popularizarla, a llamar la atención sobre ella. Y desde este ángulo debemos agradecer a la Real Academia de Ciencias de Suecia su decisión respecto al Premio de 1974. Myrdal, más allá de todas sus insuficiencias, ha escrito sobre nuestros problemas. Y en no pocos casos, con notoria lucidez. Por lo mismo, su lectura nunca será un acto gratuito.

⁶³ *Ibid.*

LA INVALIDEZ DE LA TEORÍA BURGUESA*

ALONSO AGUILAR

Antonio García inicia su estudio a partir de la convicción indudablemente justa, de que la teoría social burguesa no explica en forma adecuada el atraso latinoamericano ni menos aún ofrece solución a tal problema.

“El notable retraso en la formación de un pensamiento crítico en América Latina —señala nuestro autor— explica el hecho de que ésta hubiese tenido que adoptar, colonialmente, la teoría científico-social exportada por la metrópoli y configurada de acuerdo con su propio contexto histórico... y de acuerdo con los marcos singulares que definen el nivel de la *racionalidad científica*.”¹

...la *Teoría Metropolitana sobre el subdesarrollo y el desarrollo* llegó a la América Latina como parte de un vasto y articulado proceso de *modernización capitalista*. . . .expresándose en la forma de un *modelo político de desarrollo* destinado a los países atrasados y capaz de crear la ilusión del desarrollo sin modificar los términos estructurales de la *dominación* (relacio-

* Fragmento del libro *Capitalismo, atraso y dependencia en América Latina*. México, Colección de Cuadernos del Seminario de Teoría del Desarrollo. IIEc-UNAM, 136 pp. Se trata de una discusión sobre el libro de Antonio García, *Atraso y dependencia en América Latina*. Argentina. Ed. El Ateneo.

¹ *Atraso y dependencia*. . . , *Op. cit.*, p. 27.

nes internas de clases sociales antagónicas) y de la *dependencia* (relaciones centro-periferia o nación hegemónica-países satelizados).²

Según el profesor García, los elementos fundamentales de la teoría metropolitana se recogen en forma de un modelo político en la teoría de Rostow, cuyos postulados principales son los siguientes:

- a) El subdesarrollo es un estadio por el que atraviesan todos los países;
- b) Consiste esencialmente en la carencia de recursos, y sobre todo de capital y tecnología;
- c) Supone, en consecuencia, bajas tasas de ahorro e inversión anteriores al *despegue*;
- d) Así como un elevado peso de las actividades primarias, y bajos niveles de producto por habitante.

El peso de las actividades primarias se expresa, principalmente, en la distribución económica del producto, la composición de las exportaciones y la estructura de la ocupación.

De acuerdo con lo anterior la teoría rostowiana concibe el desarrollo como un proceso lineal y ascendente —García lo califica como de tipo comteano— en el que, en fases sucesivas hasta llegar a los más altos niveles de crecimiento autosostenido, se elevan las tasas de ahorro e inversión tanto debido a la transferencia de recursos financieros desde la metrópoli como del incremento del ahorro interno. A lo largo de ese proceso, además, se racionaliza progresivamente el uso de los recursos productivos, lo que en cierto momento hace posible el *despegue* y más adelante el desarrollo autosostenido, sin necesidad de cambios estructurales que modifiquen cualitativamente el curso del proceso.

Como bien dice el autor “..las políticas de desarrollo que se derivan de este modelo son, estrictamente, las mis-

² *Ibid.*

mas que tienden a la consolidación histórica del *statu quo* y que se afirman sobre la posibilidad de desarrollarse sin cambiar las relaciones internas de clases ni las relaciones de dependencia. . .”

No tendría, seguramente, especial utilidad que nos detuviéramos a recapitular sobre la teoría del crecimiento de Rostow, a fin de demostrar sus limitaciones y fallas insuperables. A estas alturas ningún investigador serio acepta el superficial esquema rostowiano, por lo que acaso baste agregar, a lo señalado por García, que el principal objeto de tal «análisis» es oponer al materialismo histórico marxista-leninista un pseudomaterialismo vulgar, arbitrario, subjetivo, tecnocrático y mecanicista, prescindiendo del concepto fundamental de *formación socioeconómica* e ignorando las leyes que rigen su desarrollo, inventa una caprichosa sucesión de etapas que nada tienen que ver con el curso real del proceso histórico, y que apologeticamente convierte al capitalismo, y en particular al imperialismo norteamericano, en la sociedad más avanzada y en aquélla a la que deben aspirar y por la que deben optar los países atrasados, pues es la que les ofrece más altos y mejores niveles de vida.

En realidad, la teoría del profesor —y según informaciones aparecidas a punto de publicarse este volumen, del agente de la CIA —Rostow, incurre en los mismos graves errores comunes a la ciencia social burguesa en general. Concibe al desarrollo como un fenómeno de crecimiento cuantitativo que se desenvuelve gradual, no histórica ni dialécticamente. Hace caso omiso de las relaciones de producción, o sea de la estructura socioeconómica y de su relación con las fuerzas productivas; ignora, en consecuencia el papel del modo de producción y del desplazamiento de unos a otros en la dinámica del desarrollo; renuncia a una explicación teórica seria del Estado y, con mayor razón, del capitalismo monopolista de Estado; no toma en cuenta para nada el fenómeno de la plusvalía, el problema crucial del origen y la utilización del excedente, y, a consecuencia de todo ello se mantiene al nivel del ingreso y otras va-

riables, sin poder explicar sus determinaciones y menos los factores que condicionan la acumulación de capital.

El solo hecho de no trabajar en el nivel de las relaciones de producción y de limitarse a la esfera de la circulación, pensando que a partir de ésta se pueden realizar cambios profundos y el preferir especular en torno a situaciones estáticas de equilibrio, sin reparar en los desequilibrios cada vez más graves que aquejan al capitalismo, bastan para que tales teorías no puedan explicar científicamente el desarrollo y, menos aún, el subdesarrollo.

Y cuando excepcionalmente se ocupan de problemas reales así sea en forma parcial y fragmentaria, cuando admiten que vivimos en una economía capitalista que está lejos de funcionar armoniosamente, entonces nos entregan la imagen de un capitalismo flexible y receptivo, en que el «estado del bienestar» —que para las clases desposeídas y explotadas es, sin duda, el «estado del malestar»—, resulta el mecanismo que a través de unas cuantas reformas puede, supuestamente, resolver los más graves problemas y contradicciones del sistema. Todo lo que se requiere, nos dicen los ideólogos burgueses, es democratizarlo, hacer que además de la libertad garantice la justicia, volverlo, en una palabra, un capitalismo de los trabajadores y no de los capitalistas. O sea, simplemente, sustituir la realidad por la utopía, en el mejor de los mundos imaginarios posibles.

Si bien tales posiciones tienen, desde luego, matices y peculiaridades, responden en general a ciertos patrones que enmarcan en conjunto la ciencia social burguesa. Y, trátese del dominio de la historia o la filosofía, de la economía, la sociología o la política, lo que parece ser más común a ellas es que no explican de una manera seria, racional, propiamente científica los problemas fundamentales.

Podría recordarse, al hacer esta reflexión, lo dicho por Myrdal —que por cierto Antonio García recoge en su libro— en el sentido de que, por lo demás, la teoría «tradicional» nunca se propuso explicar tales problemas. Y esto es cierto. Ni se propuso hacerlo ni, de haberlo intentado, habría tenido éxito a partir de las concepciones ahistóri-

cas y con el herramental pragmático que emplea. Pero si a pesar de que la ciencia social burguesa no puede ni tiene interés en explicar los problemas fundamentales de nuestros países, nosotros la usamos sin atrevernos a objetarla y a exhibir su invalidez, si llevados por la pasividad, la inercia, la enajenación, la incapacidad para descubrir la realidad en que nos movemos y aun el terreno que pisamos, nos limitamos a tomar el rábano por las hojas, a aceptar como ciencia lo que no es tal, a repetir mecánicamente y sin espíritu creador lo que se dice en tales o cuales centros académicos extranjeros, y en suma, a aceptar teorías y métodos que aun teniendo valor en ciertas condiciones no son aplicables a las nuestras, la responsabilidad más grave será de nosotros mismos y a nadie podremos reclamar el caer en errores, desviaciones y callejones sin salida.

Cuando hablamos de la invalidez de la teoría burguesa es necesario, pues, evaluarla en conjunto y también a través de sus más sofisticados exponentes. Porque, de no hacerlo, alguno de los jóvenes tecnócratas que viven conforme al último grito de las modas académicas y que suelen regresar del extranjero con un bagaje impresionante de verdades a medias, técnicas más o menos mal digeridas, lugares comunes y, sobre todo, pedantería, podría decirnos: "cierto, el profesor Rostow no ofrece nada de especial valor; de acuerdo en que cae en un historicismo superficial y no nos explica, con su concepto del despegue y su teoría de las etapas, el atraso latinoamericano, pero son otras hoy las contribuciones principales, y éstas, que ustedes ignoran, no adolecen de tales fallas."

Lo que quiere decir que no basta descalificar o desdenar una teoría porque es burguesa, porque «sabemos» que no es válida o incluso porque sentimos que no vale la pena tomarse siquiera la molestia de estudiarla, pese a que ello es necesario para poder criticarla con autoridad. El adoptar estas actitudes contribuye a que los defensores de ciertas posiciones teóricas endebles y aun inadmisibles, del tipo de las antes mencionadas, tengan éxito en nuestros centros académicos. En el ala de ciencias sociales de nuestra Universi-

dad, para no ir más lejos, están desde hace años en boga corrientes que no obstante ser científicamente pobres y políticamente reaccionarias, confunden y aun atraen a no pocos estudiantes. En gran parte ello se explica porque muchos profesores las apoyan, las exponen y apologéticamente las hacen suyas. Y en parte, también, porque aun aquéllos para quienes son inaceptables no las someten a una crítica sistemática y seria que demuestre su inconsistencia y su escaso o nulo valor científico. En el dominio de la política económica y en general de lo que suele llamarse «estrategia del desarrollo» es frecuente que ciertos profesores, que a la vez son funcionarios estatales o de empresas privadas, repitan fórmulas convencionales y recetas reformistas que cuando no son inocuas son inviables, y casi siempre descansan en concepciones teóricas erróneas.

Y cuando intentan ser críticas lo son a medias, a la manera en que Myrdal, por ejemplo, critica las posturas más convencionales y ve en el atraso no un fenómeno lineal sino de “causación circular acumulativa”, de reacciones en cadena en que los factores más diversos interfluyen, se apoyan mutuamente y determinan el subdesarrollo.

Pero lo cierto es que la versión institucionalista, socialdemócrata y digamos, más dinámica del profesor Myrdal tampoco nos da la respuesta. Si bien él no es un mero apologeta del capitalismo como lo son Rostow, Viner, Haberler, Friedman o Samuelson, sino un economista que trata de ser objetivo y rebasar los marcos académicos más estrechos, lo cierto es que no escapa a un subjetivismo que, en el fondo, denuncia su posición ideológica y su adhesión a la filosofía y la teoría burguesas. “...la metodología de la ciencia social —nos dice— es en su mayor parte metafísica y seudobjetiva...” Y, tras ésta sin duda justa aunque ambigua caracterización, añade: “Puesto que la ciencia social no es nada más que sentido común altamente sofisticado, debemos comenzar ...intentando caracterizar la concepción del mundo de la gente común y corriente de nuestra sociedad...” Myrdal parece querer escapar a un empirismo elemental, pero al hacerlo vuelve a dejar cons-

tancia de su incapacidad para apreciar la realidad histórica objetiva cuyo estudio es el centro de la ciencia social: “Los hechos no se organizan a sí mismos en conceptos y teorías —escribe— sólo porque se observen: en verdad, excepto dentro de la estructura de conceptos y teorías, no hay hechos científicos, sino sólo caos...” De aquí sólo hay un paso a concluir que “La única forma, en consecuencia, en que podemos bregar por la ‘objetividad’ en el análisis teórico es exponer los valores abiertamente, hacerlos conscientes, específicos y explícitos y permitirles determinar la investigación teórica.”³ La objetividad en la ciencia social no tiene, para el profesor Myrdal, ningún otro sentido. Se limita a establecer claramente las premisas o juicios de valor que presiden una investigación.

En el fondo tal posición no escapa a algunas de las fallas que su autor advierte en otros. Se queda a la mitad del camino. Cae en un eclecticismo confuso y oportunista —todo es causa de todo—; repite no pocas de las más superficiales críticas hechas a Marx, cuya teoría del valor y de la plusvalía tienen para él el mismo carácter metafísico y teleológico que la mano invisible de Smith y las etapas del crecimiento de Rostow.⁴ Considera que la lucha de clases es una «noción errónea» y censura a los «radicales ignorantes» que atribuyen a los capitalistas responsabilidad en el subdesarrollo, sin reparar en que los reaccionarios son los pueblos... (*The Challenge*, Nueva York, 1970, p. 301). Y, a la cómoda manera keynesiana, abriga la ilusión de que el estado capitalista sea capaz de abolir incluso las contradicciones más graves del capitalismo.

Qué lejos está todo ello de la concepción materialista y del concepto de objetividad que subyace a la segunda tesis de Marx sobre Feuerbach: “El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es

³ Gunnar Myrdal. *Objetividad en la ciencia social*. México, 1969, pp. 10, 13, 18, 114.

⁴ Véase: *An american dilemma, asian drama y the challenge of world poverty*.

en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad. es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente *escolástico*.⁵

Todo lo cual revela que la «teoría alternativa» del desarrollo, del profesor Myrdal, no ofrece realmente una alternativa a los países capitalistas más atrasados. Si bien no se limita a comparar en forma mecánica unos cuantos indicadores cuantitativos, al no dar la debida atención a las relaciones sociales de producción, deja de apreciar el peso del capitalismo y del imperialismo en el subdesarrollo, y con mayor razón las contradicciones fundamentales que afectan el proceso económico y la estructura social, y la forma en que se expresan en la lucha de clases.

Y lo mismo podría decirse de otros teóricos burgueses: de los sociólogos Parsons y Merton, verbigracia, que bajo la influencia de Weber y Durkheim trabajan a partir de conceptos formales y de abstracciones sin contenido a los que a menudo escapan los elementos esenciales de la realidad y de los fenómenos que pretenden explicar, como ocurre con la «acción social» o sea la unidad en que, según Parsons, descansa todo el sistema social; pero una unidad que no se desenvuelve en el mundo de los conflictos y contradicciones reales sino en el marco de un «modelo» y conforme a valores y «patrones de comportamiento» preestablecidos, más allá de los cuales sólo queda una compleja realidad que, en la medida en que desborde al «modelo» teórico, resulta ajena e intrascendente para la ciencia.

En resumen, lo que esencialmente invalida a la teoría social burguesa es su incapacidad para entender la dinámica del proceso histórico, de un proceso que no puede comprenderse si se concibe como algo abstracto, a partir de juicios apriorísticos y a menudo incluso de meros prejuicios, y no del estudio de hechos y relaciones sociales reales.

⁵ Marx-Engels, *Obras escogidas*, tomo II, Moscú, Editorial Progreso, p. 401.

El haber penetrado en el estudio de estas relaciones y de las contradicciones en que se expresan en una formación social concreta y no en la sociedad en general; el haber reparado en la importancia de la explotación capitalista y llevado la sociología a planos estructurales permitió el materialismo, como decía Lenin, descubrir las leyes fundamentales que rigen el proceso social y elevó a la sociología al nivel de una verdadera ciencia.⁶

Ciencia social e ideología

La segunda cuestión en torno a la cual quisiera hacer algunas reflexiones es la que se refiere a las relaciones entre la ciencia y la ideología, pues no sólo se trata de un asunto de innegable interés que desde hace mucho tiempo ha sido objeto de inquietud entre numerosos investigadores, sino que García hace de él un planteamiento lúcido y sugerente, que sin duda puede ayudarnos a hacer los deslindes necesarios para forjar una teoría que explique adecuadamente el subdesarrollo.

Rompiendo sin vacilaciones con las corrientes que divorcian a la ciencia social de la ideología y que incluso consideran a ésta como la negación misma de aquélla, García adopta una posición que podría resumirse como sigue:

- a) En una sociedad de clases y un mundo con países dominantes y dominados, si bien existen ideologías sin teoría “...no existe una teoría científico-social sin una ideología...”
- b) “El concepto de una «ciencia social pura», despojada de todo trasfondo ideológico, es un simple artificio conceptual...”
- c) “La ideología de las naciones dominantes o de las clases dominantes es la *sustancia mitificadora* que

⁶ Véase, “Quiénes son ‘los amigos del pueblo.’” *Obras completas*, Buenos Aires, 1969, pp. 150-51.

- impide a los países colonizados, o a las clases socialmente sometidas, *ver* y comprender la realidad del mundo en que viven, atribuyendo al *orden natural* su empobrecimiento, su atraso y su dependencia.”
- d) “...la ideología puede analizarse, históricamente, de dos maneras: *como un método de mitificación y oscurecimiento de la realidad histórica, o como una afirmación subjetiva del hombre en cuanto no se limita a ver la realidad sino que expresa su decisión de transformarla...*”
- e) “Esta concepción histórica de la ideología permite llegar a dos conclusiones generales: la primera es que la idea... de una teoría científico-social sin ideología es una abstracción ahistórica y puramente racionalista; y la segunda... en que es precisamente la ideología la que ha de caracterizar la naturaleza beligerante y dinámica de las ciencias sociales en América Latina... transformándolas en *ciencias sociales del desarrollo...*”
- f) “...este hecho reviste la mayor trascendencia teórica y práctica, ya que ha posibilitado la *desmitificación de las ciencias sociales* por medio del descubrimiento de su falsa universalidad... y del señalamiento de las líneas ideológicas que proyectan los intereses y sistemas de valores de las naciones dominantes en... la economía capitalista.”⁷

En un momento como el actual, cuando en los círculos académicos del capitalismo se estimula un neopositivismo y un tecnocratismo que aparentemente repudian toda ideología como algo que contamina y aun envilece y degrada a la ciencia, conviene que nos detengamos así sea brevemente, a examinar este problema, pues para explicar en forma rigurosa el atraso de nuestros países debemos tener claridad al respecto.

La crítica a las posiciones ideológicas como expresión de un doctrinarismo dogmático e incluso de un fanatismo con-

⁷ *Atraso y dependencia...*, pp. 7-9.

trarios a la ciencia empezó a cobrar impulso en los años cincuenta y se difundió con amplitud en la siguiente década. Contribuyeron a ello, entre otros conocidos ensayos, varios de Raymond Aron y, quizá sobre todo, dos libros de Daniel Bell y de Seymour M. Lipset,⁸ a los que más tarde se agregarían otros de Schlesinger, Waxman, Parsons, Sorokin, Rostow y Galbraith.

Sería imposible recordar aquí aun los aspectos principales de las posiciones de dichos autores. Para nuestros fines, basta decir que lo que parece esencial y común a ellas es la tesis de que si bien hubo épocas en que las ideologías tuvieron razón de ser, vivimos en otros tiempos, bajo otra organización social y en un contexto en que —salvo acaso en los países atrasados—, para comprender y resolver los más graves problemas sociales sólo se requiere «información precisa», computadoras electrónicas y buenos programas que éstas digieran. Bajo el capitalismo que los tecnócratas idealizan, pese a su desdén hacia las ideologías, los problemas sociales básicos están «resueltos», en la «sociedad industrial» la lucha de clases prácticamente ha desaparecido y el papel que antes correspondió o al menos dio lugar a expresiones ideológicas, compete ahora a la tecnología y la ingeniería social.⁹

La tendencia a despojar a la ciencia social de contenido ideológico no es nueva. En la Economía, la Filosofía y la Sociología la encontramos ya en los teóricos del equilibrio (Walras, Pareto y otros) que conciben a la Economía como una ciencia «pura», propiamente matemática; en el positivismo de Comte, que asigna a la ciencia la función de descubrir ciertos hechos más que de explicar sus causas, en la escuela histórica alemana de Windenband, Rickert y otros, que defiende la «neutralidad» de las ciencias sociales y que, preocupada por «individualizar» el co-

⁸ *The end of ideology. On the exhaustion of political ideas in the fifties*, Illinois, 1960 y *Political man. The social base of politics*, New York, 1960, respectivamente.

⁹ Véase por ejemplo, *Paths of american thought*, Boston, 1963, editada por A. Schlesinger y M. White.

nocimiento, acaba negando la existencia de leyes del desarrollo de la sociedad.

Se advierte, además, en Weber y Durkheim, cuya influencia en la sociología funcionalista contemporánea es indudable. Weber, a quien algunos de sus defensores suponen ajeno a todos los *ismos*, cae en un metodologismo al que esencialmente interesa librar a la ciencia de contenido político e ideológico. Los juicios científicos son para él neutros; no son juicios de valor ni postulados que se basen en leyes del desarrollo histórico: son medios de conocimiento que el investigador construye a partir de «tipos ideales», de «modelos mentales», que en rigor no expresan tanto realidades objetivas, sino en última instancia, enfoques individuales que, de paso, llevan a la ciencia «pura» incluso a la impura ideología que Weber rechaza verbalmente, y que en la práctica identifica con la concepción marxista.

En fin, Manheim, partiendo de las formulaciones historicistas contrasta las ciencias naturales y las culturales, y en tanto ve en aquéllas ciencias genuinas, capaces de establecer verdades objetivas y universales, considera que las teorías sociales —incluyendo, desde luego, el marxismo— sólo pueden ofrecer conocimientos limitados, parciales, y en parte inevitablemente erróneos e insuficientes que expresan posiciones e intereses de clases y grupos determinados. De donde resulta un pensamiento inadecuado que adopta la forma particular de *ideología* en los grupos dominantes defensores del orden establecido y de utopía entre quienes lo cuestionan y aspiran a destruirlo. Pero, trátase de una u otra, la realidad es siempre deformada y carente de objetividad porque nunca se expresa en forma de una verdad absoluta.¹⁰

El problema no es, en modo alguno, sencillo. Y aunque el intento de ciertos autores de despojar a la ciencia social de ideología, en la práctica sólo ha significado a menudo sustituir una ideología por otra, no es fácil compren-

¹⁰ Karl Manheim, *Ideology and Utopia*, London, 1936.

der las relaciones entre lo que es propiamente científico y lo meramente ideológico.

Tan sólo en el dominio de la economía —no digamos en el más vasto y complejo de toda la ciencia social— se advierten posiciones y enfoques muy diversos. Mientras la señora Robinson, por ejemplo, escribe que “la Economía (la materia enseñada en las universidades... y postulada en destacados artículos) ha sido siempre, en parte un vehículo de difusión de la ideología dominante en cada período y en parte un método de investigación científico...”,¹¹ el no menos prominente profesor Schumpeter considera que si bien la “Economía Política y el Pensamiento Económico” son casi inevitablemente condicionados por la ideología, el “análisis económico” —concebido como un conjunto de técnicas instrumentales— es independiente y objetivo.¹² El propio Schumpeter, sin embargo, piensa que “es absurdo” considerar ciertas teorías post-ricardianas como “teorías condicionadas ideológicamente” y advierte “una tendencia dominante a abandonar la connotación clasista de las categorías de tipos económicos”; reconoce una ventaja en tal proyección y cree que la teoría de la utilidad marginal “es una construcción de análisis puramente científico sin connotación política alguna...”,¹³ lo que claramente muestra que no obstante su penetración, no repara en que tal teoría divorció a la ciencia económica del estudio de las relaciones de producción y sentó las bases de una teoría de la distribución que, a diferencia de la teoría de Ricardo, acabaría defendiendo la explotación capitalista.

Incluso en el campo marxista, autores como Lange aceptan que en la presente etapa del capitalismo “los economistas burgueses consiguen (en campos tales como la política monetaria, el estudio del ciclo, la teoría del crecimiento, la

¹¹ *Economic philosophy*, London, 1962, p. 1.

¹² Véase: J. Schumpeter, *History of economic analysis*, New York, 1954, pp. 37-38.

¹³ Véase: Ronald L. Meek, *Economía e ideología*, Barcelona, 1972, 310-311.

estadística económica, la econometría, la programación y la contabilidad social) un progreso científico real, por más que fragmentario.”¹⁴

Aunque, en rigor, como observa Dobb, tales «análisis» son a menudo tan sólo estructuras puramente formales sin contenido económico alguno, cuya «neutralidad» y carácter «suprahistórico» derivan en gran parte de su desconexión con la realidad misma, hasta el punto de hacer dudar muy seriamente sobre su carácter de teorías económicas capaces de explicar ciertos fenómenos sociales, ya que se limitan a establecer unas cuantas relaciones elementales, más o menos obvias, que a veces no pasan de ser meras tautologías.¹⁵

Althusser, por su parte, también en el campo del marxismo, contrasta radicalmente la ciencia y la ideología hasta volverlas antitéticas, contrapone la ciencia y el Marx científico y materialista a la filosofía, y el Marx humanista, considerando que la ideología es un “sistema de representaciones” de imágenes, mitos, ideas o conceptos que cumple sobre todo una función social práctica, pero que, a diferencia de la ciencia no tiene una función teórica, en el sentido de «producir» conocimientos (*La revolución teórica de Marx*). Se ha criticado a Althusser por establecer antítesis abstractas y antidialécticas, por no comprender la íntima relación entre la filosofía y la ciencia, por no entender el papel de la lucha de clases en ambas y, en forma general, en la forja de las teorías sociales y por hacer de la «ruptura» que él advierte en el desarrollo del pensamiento de Marx a partir de 1845, una línea absoluta y tajante que menosprecia la ya importante contribución que entrañan los *Manuscritos* y otros trabajos del 44 y, sobre todo, que impide apreciar en conjunto unitariamente la evolución del pensamiento de Marx.¹⁶ Que Althusser ha ido demasiado le-

¹⁴ *Ibid.*, p. 332.

¹⁵ M. Dobb, *Theories of value and distribution since Adam Smith*, London, 1973, pp. 4, 1 y 12.

¹⁶ Véase: Maurice Cornforth, “Some comments on Louis Althusser’s reply to John Lewis”, *Marxism Today*, London, May 1973, pp. 139-47.

jos al divorciar la ciencia y en particular la ciencia social de la ideología —no reparando en la estrecha relación que suele haber entre ellas—, parece indudable. Y el origen del error puede estar en la creencia de que toda ideología deforma y falsea la realidad. “En las sociedades de clases —dice— la ideología es una representación de lo real, pero *necesariamente falseada*, dado que es necesariamente orientada y tendenciosa; y es tendenciosa porque su fin no es el dar a los hombres el *conocimiento objetivo* del sistema social en que viven, sino por el contrario ofrecerles una representación mistificada... para mantenerlos en su lugar en el sistema de explotación de clase.”¹⁷ “Se comprende también entonces —añade— que toda ciencia tenga que romper, cuando nace, con la representación mistificada-mistificadora de la ideología...” Tratándose de la ideología burguesa esto parece obvio e innegable, pero en una sociedad de clases, a menudo como en ninguna otra instancia, en la ideología se expresan los intereses antagónicos e irreconciliables de las clases en pugna. Althusser, naturalmente, lo toma en cuenta, mas recordando la tesis marxista de que “las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante”, señala que, bajo el capitalismo, la propia ideología proletaria es una ideología subordinada que, “aun en la protesta de los explotados” expresa “las ideas de la clase dominante”.¹⁸ Siendo cierta tal subordinación, nuestro autor va, de nuevo, demasiado lejos.¹⁹

¹⁷ L. Althusser, *La filosofía como arma de la revolución*, Argentina, 1972, p. 55.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 56-57.

¹⁹ Althusser revisa sus posiciones iniciales respecto al problema ciencia ideología a partir de 1967, y en 1974 publica un pequeño libro en cuyas páginas iniciales comenta que después de haber reconocido que su posición entrañaba un «error» de «teoricismo», ahora se da cuenta de que se trata más bien de una “desviación teoricista” derivada del propósito de “defender al marxismo” contra las amenazas reales de la ideología *burguesa*, de subrayar su antagonismo y la necesidad de una *ruptura* y una lucha incesante contra ella. “Pero en vez de dar a este hecho *histórico* toda dimensión social, política, ideológica y teórica, reduce su alcance al de un hecho *teórico* limitado: a la «ruptura» epistemológica, observable en las obras de Marx

El problema parece ser que no es posible “desideologizar” la ciencia social ni acertado pensar que, por fuerza, la ideología, cualquiera que sea su origen, su alcance y contenido social deba ser una forma de representación que falsee y deforme la realidad. “El problema de la determinación social y de la clase es el más importante para concebir debidamente la esencia del proceso del conocimiento y, particularmente, del conocimiento social.” “La objetividad del conocimiento social se logra únicamente si se acepta conscientemente el punto de vista de la clase más progresista... Un conocimiento social objetivo no puede ser obtenido al margen de la ideología, sino sólo en el marco de la ideología de la clase revolucionaria avanzada.”²⁰

El esclarecer estas cuestiones es una condición importante para que avancemos en nuestro esfuerzo. Y no avanzaremos si nos mantenemos en el infértil y engañoso campo de la ciencia social «pura», pero tampoco si, reconociendo la presencia inevitable de la ideología, nos limitamos a defender posiciones que nos parezcan políticamente justas sin esforzarnos por ahondar en el estudio teórico del desarrollo. Si bien no debemos rehuir la lucha contra la ideología burguesa, la proyección de esta lucha será mucho más amplia y su utilidad práctica mayor, si somos capaces de darle una fundamentación teórica rigurosa...”

a partir de 1845. Al hacerlo, caí en una interpretación *racionalista* de la «ruptura» que opone la *verdad* al *error* bajo las especies de la oposición especulativa de «la» ciencia y la ideología en general, deviniendo el antagonismo del marxismo y la ideología burguesa un caso así particular... En esta escena racionalista-especulativa la lucha de clases estaba prácticamente ausente.” *Éléments d'autocritique*. París, 1974, pp. 14-15. Véase, además, del propio autor: *Para una crítica de la práctica teórica*, México, 1974.

²⁰ L. N. Moskvichov, *The end of ideology theory: Illusions and Reality*, Editorial Progress Publishers, Moscú, 1974, pp. 114 y 119.

LA CONTROVERSIA MONETARISTA- ESTRUCTURALISTA SOBRE LA INFLACIÓN*

HÉCTOR MALAVÉ MATA

La dependencia económica de América Latina tiene un ámbito defendido por tres grandes vertientes: la comercial, la financiera y la monetaria. Esta última, relacionada estrechamente con las dos primeras, condensa la subordinación cambiaria y crediticia de las economías latinoamericanas respecto a las economías capitalistas dominantes en términos que restringen considerablemente el financiamiento del desarrollo regional autónomo. Los Estados Unidos, predominantemente entre los países de grandes escalas industriales, imponen a los países latinoamericanos las pautas de una política monetaria congruente con los objetivos de expansión del capital monopolista internacional. El imperialismo, provisto de artificios tutelares, implanta en la periferia regional los patrones y las fórmulas que rigen la dinámica monetaria en correspondencia con su estrategia de dominación. Las corporaciones multinacionales mantienen diversas actividades de explotación en casi toda Latinoamérica con la colaboración activa de organismos internacionales (principalmente el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo) que realizan transacciones financieras en la región, no sin antes exigir con-

* Fragmento del libro *Dialéctica de la inflación*. Caracas, Universidad Central de Venezuela.

diciones favorables para las inversiones extranjeras y el sector privado de las mismas economías recipientes. La política monetaria y fiscal de los gobiernos latinoamericanos se orienta entonces conforme a las cláusulas impuestas por aquellas instituciones: la estabilidad cambiaria, el equilibrio presupuestario, la rigidez administrativa, la contención en la oferta de dinero, la abolición de los subsidios, la moderación crediticia y la unificación de los tipos de cambio son, entre otros, los elementos exigidos por el sistema monetario del imperialismo para auspiciar el clima económico que más conviene a las operaciones integradas de los consorcios multinacionales en escala regional.

La política económica de los países latinoamericanos es, en tal forma, concebida y realizada bajo el signo de la dependencia. Su carácter subordinado explica tanto el rigor de medidas que benefician a los capitales recipiendarios como la ineficiencia de las mismas en la activación de factores y recursos requeridos en la superación del subdesarrollo. Por ser una política más ceñida a los dictámenes de las economías dominantes que a las exigencias económicas y sociales propias, sus efectos tienden más a la desnacionalización del crecimiento que a la impulsión del desarrollo autónomo. Como consecuencia de esa orientación, las economías con subordinaciones monetarias absorben del exterior ingredientes inflacionarios y raciones de crisis que causan nuevas perturbaciones al subdesarrollo y contribuyen a la descapitalización interna, al desperdicio de la capacidad potencial de crecimiento y a la distribución cada vez más regresiva del ingreso con su secuela de desequilibrios económicos y sociales. No es, pues, una política que tiende a destruir las barreras estructurales del atraso ni a eliminar los vínculos de sujeción que mediatizan el comportamiento de las economías latinoamericanas. La política monetaria, específicamente, se incluye en este modelo de política económica generalmente inscrito en el marco de la dependencia. De allí sus caracteres impropios, sus atributos subalternos y reflejos, sus rasgos imitativos del estatuto que rige la misma materia en los países capitalistas

avanzados. Ordinariamente el análisis monetario de las economías latinoamericanas se realiza con un arsenal teórico que, concebido y aplicado en los países de economías opulentas, no corresponde a la realidad estructural de la región: su enfoque, sus diagnósticos y recomendaciones se basan en abstracciones y supuestos que desnaturalizan y desvían la solución de los problemas del atraso hacia metas incompatibles con el desarrollo.

La formulación monetaria ortodoxa, inspirada fundamentalmente por el Fondo Monetario Internacional sobre principios de estabilización económica y cambiaria, observa que la inflación origina, más en los países subdesarrollados que en los de economía madura, una serie de trastornos que frenan o entorpecen el crecimiento económico por efecto del encumbramiento de los precios y la distensión de los tipos de cambio en el curso ascendente del mismo proceso inflacionario. Con esta óptica postula la "terapéutica antiinflacionaria" como condición indispensable del desarrollo: la estabilización de los precios y la unificación cambiaria constituyen el expediente que el citado enfoque erige en requisito previo para superar el atraso y el desequilibrio exterior de las economías latinoamericanas. Esa misma concepción confiere preeminencia a los factores monetarios sobre los factores estructurales dentro de la problemática de la inflación y el subdesarrollo. Por tal razón ha sido denominada tesis *monetarista*. Su análisis no sólo omite la perspectiva de la dependencia como situación que requiere un tratamiento diferente del tradicional, sino que exalta los elementos superestructurales del subdesarrollo y la inflación desestimando los factores estructurales que originan el desequilibrio económico y la afección inflacionaria en la misma anatomía del atraso.

De las consideraciones anteriores parece desprenderse que la inflación de los países latinoamericanos no puede revelar, a la luz del análisis monetarista, su contenido estructural ni su significado conflictivo. Este tipo de análisis trata exclusivamente los mecanismos, movimientos y tendencias que se presentan en las esferas de la circulación y

el cambio, pero no ausculta la esencia de la realidad donde residen las causas fundamentales del proceso inflacionario. Así, las raíces estructurales de la inflación son preteridas en el enfoque de sus manifestaciones monetarias. El flanco débil de la óptica monetarista consiste más en lo que deja de enfocar que en lo que enfoca: al eludir no explica, al no explicar alude —cuando más— a un contenido larvado o sumergido: la alusión monetaria se proyecta entonces como imagen vacía de lo real, como espectro de la realidad estructural determinante.

Una corriente doctrinaria opuesta a esa tendencia hubo de surgir como necesidad de estudiar el subdesarrollo y la inflación de Latinoamérica con una metodología y un instrumental teórico apropiados a la realidad específica de la región. La impropiedad y poca utilidad del enfoque neoclásico en el análisis de la dinámica económica regional había originado la apertura a planteamientos más propios y convenientes que, desde una perspectiva distinta, centran principalmente la atención en los factores estructurales del subdesarrollo y la endemia inflacionaria de América Latina. Frente a la concepción monetarista ortodoxa, esta otra, denominada *estructuralista*, postulaba la reformulación de la problemática referida con un criterio heterodoxo y una visión más compenetrada con la situación económica y social de los países afectados.

El debate entre ambas corrientes ha revelado en varios aspectos las discrepancias del pensamiento económico contemporáneo en relación con las alternativas del desarrollo latinoamericano y sus implicaciones más importantes en las esferas productiva y monetaria. Aunque para el balance de la controversia *monetarista-estructuralista* se cuenta con la experiencia obtenida en los quince años transcurridos desde su iniciación, a la vez que con nuevas interpretaciones que han ampliado el universo polémico del tema, no es posible penetrar en el contenido del problema ni comprender los términos de su planteamiento sin explorar previamente los elementos doctrinarios de las dos tesis sustentadas en la dis-

cusión. Esto mucho significa recurrir a la confrontación de las ideas expuestas por ambas escuelas.

Antes, sin embargo, es necesario definir la idea central que permite ubicar el debate entre las fronteras de su realización. Se entenderá, en efecto, que el proceso inflacionario se manifiesta en una elevación del nivel general de los precios, en un encarecimiento del valor de las mercancías en términos de dinero, o en una pérdida del valor del dinero causada por el aumento de los precios de las mercancías. El valor del dinero es bajo o alto si, con una determinada cantidad del mismo, se puede comprar poco o mucho respectivamente. La inflación se concebirá, por tanto, como un fenómeno monetario. Así se admitirá que la controversia no se refiere propiamente a la manifestación del proceso inflacionario —trayectoria ascendente de los precios— sino a su esencia, a sus causas determinantes, a las fuentes y relaciones de su desarrollo.

La tesis *monetarista*¹ —formulada por países de desarrollo predominante con algunas replanteamientos derivados de

¹ El máximo exponente y ejecutor de la tesis monetarista es el Fondo Monetario Internacional, institución creada por Convenio Constitutivo firmado en Bretton Woods el 22 de julio de 1941. Entre sus objetivos fundamentales se cuentan la promoción del crecimiento equilibrado del comercio exterior, el auspicio y la preservación de la estabilidad cambiaria, el mantenimiento de tipos de cambio al margen de depreciaciones con fines competitivos, y la corrección del desequilibrio de la balanza de pagos de los países miembros sin recurrir a medidas que trastornen la economía nacional e internacional. Sus publicaciones (*Annual Report*, *Annual Report on Exchange Restrictions* y *Staff Papers*) recogen los planteamientos institucionales sobre la política monetaria que promueve y mantiene sistemáticamente en escala interaccional. El *Informe Anual* presetado a su Junta de Gobernadores contiene las líneas de actuación en las funciones de ajuste, financiación y transferencias que realiza como agencia del sistema monetario del mundo capitalista.

El ex Director Gerente del FMI, Per Jacobson, ha expuesto sus puntos de vista personales sobre la materia —coincidentes con la opinión institucional del Fondo— en su obra *The Market Economy in the World Today*, American Philosophical Society, New York, 1962.

Jorge del Canto, experto del FMI, cree que la inflación y los controles cambiarios no necesariamente constituyen las alternativas más

la teoría keynesiana— considera que la doctrina económica neoclásica aporta el instrumental teórico que más conviene al análisis de las economías afectadas por la inflación y el desequilibrio externo, así como también las pautas más ade-

apropiadas para promover el desarrollo económico de los países de la llamada “área del dólar”, y ha explicado, con razones del sistema monetario establecido, la gestión de aquel organismo sobre la política de estabilización de los países latinoamericanos, en su ensayo “América Latina: Desarrollo Económico y Estabilización Económica”, *El Trimestre Económico*, No. 99, FCE, México, julio-septiembre de 1958, pp. 387-424.

G. A. Costanzo, quien ha actuado como Subdirector del Departamento del Hemisferio Occidental del FMI, realiza en su libro *Programas de Estabilización Económica de América Latina* (Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, México, 1961) en amplio análisis de los programas de estabilización emprendidos en América Latina de acuerdo con la política trazada por esa institución.

Milton Friedman, profesor de la Universidad de Chicago, es un reputado teórico monetarista que vindica y exalta, con criterio liberal a ultranza, el sistema del “free-market”. En su obra *Dólares y Déficit* (Emecé Editores, Buenos Aires, 1971) sostiene que los problemas económicos internacionales desaparecen cuando se permite que los precios y los tipos de cambio encuentren libremente su propio nivel en los mercados. Cree, asimismo, que la única solución satisfactoria a la inestabilidad monetaria y cambiaria consiste en un “sistema de tipos de cambio flotantes” que elimina los problemas de liquidez, estimula las importaciones por vía de una reducción de los aranceles aduaneros, y facilita la política monetaria y fiscal en función de la estabilidad interna sin dificultades en la balanza de pagos. El profesor Milton Friedman intenta insertar los principios del liberalismo económico en la doctrina neoclásica que rige al sistema monetario internacional.

Roberto de Oliveira Campos, tal vez el más lúcido de los teóricos monetaristas latinoamericanos, otorga a los factores monetarios y fiscales del desarrollo el grado de importancia que no le confiere el análisis heterodoxo de la inflación. Este autor asume una posición más pragmática y flexible cuando concibe el *crecimiento equilibrado* como una noción incompatible con la dinámica actual del desarrollo capitalista. Niega, sin embargo, que las corrientes inflacionarias que afectan en la actualidad a muchos países subdesarrollados puedan atribuirse a factores estructurales con subestimación de la gestión monetaria que apropiadamente puede alcanzar la compatibilidad entre equilibrio y desarrollo. El criterio de Oliveira Campos al respecto ha sido expuesto en sus ensayos “Inflación y Crecimiento

cuadas a la política económica que tales países deben adoptar y mantener para la superación de las dificultades típicas del subdesarrollo. El Fondo Monetario Internacional, agencia suprema de la orientación monetarista a nivel supranacional, actúa con el fin de lograr, entre sus objetivos fundamentales, las condiciones que permitan la estabilidad y la unificación cambiarias porque estima que los tipos fluctuantes de cambio —en situaciones inflacionarias continuas— conjugan la devaluación y la inflación en un círculo vicioso que impide el crecimiento equilibrado de las economías inscritas en las heredades internacionales del dólar.

La inflación, según el criterio monetarista, es consecuencia de una demanda global excesiva en relación con la oferta disponible. Esta desproporcionalidad origina tensiones ascendentes sobre el nivel de los precios con repercusión en el ingreso real de las economías de consumo. Independientemente de las causas que determinan las marejadas inflacionarias —sea la expansión autónoma del gasto privado o bien el crecimiento desmedido del gasto público corriente— ocurrirá, en ausencia de medidas contrarrestantes, una elevación de los precios con efectos acumulativos que ocasionarán mayores estrangulamientos en la oferta y ampliarán las brechas del desequilibrio exterior. Ante situaciones como ésta, la omisión de prácticas restauradoras del equilibrio permite que la inflación se torne progresiva. Así, la endemia inflacionaria se traduce en sucesivos déficit de la balanza de pagos que ocasionan a la vez contracciones del poder adquisitivo externo. La disminución de la capacidad para importar, concomitante con el descenso del poder de compra exterior, no puede suplir la insuficiencia de la oferta interna. Se añaden entonces a las tensiones inflacionarias existentes, nuevos impulsos alcistas sobre el nivel de los precios.

Equilibrado”, *El Trimestre Económico*, No. 105, FCE, México, enero-marzo de 1960, pp. 85-107, y “Dos Opiniones sobre la Inflación en América Latina”, *Controversia sobre Latinoamérica* (libro de ensayos y comentarios dirigido por Alberto O. Hirschman), Editorial del Instituto, Buenos Aires, 1963, pp. 107-122.

Como terapéutica de la inflación y la deficiencia de la balanza de pagos, es usual el establecimiento de tipos múltiples de cambio en combinación con controles cambiarios. Éstos, según el criterio monetarista, causan, en la generalidad de los casos, una sobrevaluación de los tipos de las exportaciones tradicionales que opera como gravamen encubierto de las actividades exportadoras y cuyo producto se destina al subsidio de las importaciones de insumos industriales y bienes de consumo básico. La inflación interna, en presencia de una sobrevaluación cambiaria, actúa prácticamente como una carga que restringe el crecimiento del sector primario en relación con los otros sectores dinámicos de la economía. Ante el desequilibrio sectorial interno y la inestabilidad del balance exterior, el Fondo Monetario Internacional postula, en ejercicio de su "evangelio antiinflacionario", las llamadas *políticas de estabilización* como vía irrevocable en el comportamiento de las economías latinoamericanas y, en general, las de los países signatarios de su Convenio Constitutivo.²

² El artículo I del Convenio Constitutivo del Fondo Monetario Internacional expresa textualmente: "Fines: Los fines del Fondo Monetario Internacional son: I) Fomentar la cooperación monetaria internacional mediante una institución permanente que proporciona el mecanismo de consulta y colaboración en problemas monetarios internacionales. II) Facilitar la expansión y el crecimiento equilibrado del comercio internacional y contribuir de ese modo al fomento y mantenimiento de altos niveles de ocupación y de ingresos reales, y al desarrollo de los recursos productivos de todos los países miembros como objetivos primordiales de política económica. III) Fomentar la estabilidad de los tipos de cambio, procurar que los países miembros mantengan relaciones de cambio ordenadas, y evitar depreciaciones cambiarias competitivas. IV) Coadyuvar al establecimiento de un sistema multilateral de pagos para las transacciones corrientes que se realizan entre los países miembros, y a la eliminación de las restricciones cambiarias que entorpezcan la expansión del comercio mundial. V) Infundir confianza a los países miembros, poniendo a su disposición *temporalmente* los recursos del Fondo bajo las garantías adecuadas, dándole así la oportunidad de que corrijan los desequilibrios en su balanza de pagos sin recurrir a medidas perniciosas para la prosperidad nacional o internacional. VI) De acuerdo con lo que antecede, acortar la duración y aminorar el grado

Una interpretación monetarista de la causa y los efectos de la inflación en las áreas subdesarrolladas ha sido expuesta por Jorge del Canto en los términos siguientes:

Los países más subdesarrollados están constantemente en condiciones de continuas presiones inflacionarias. La demanda monetaria —aunque pequeña en términos absolutos— es excesiva en relación con la capacidad de producción. La capacidad es baja porque la productividad es pequeña y ésta, a su vez, se debe a la escasez de capital. Como la oferta en los países subdesarrollados es inelástica y poco adecuada, la expansión monetaria conduce sencillamente a la inflación de precios. El efecto de la inflación a final de cuentas es perjudicial para el sano crecimiento de la economía de estos países. Se refleja rápidamente en tipos de cambio sobrevaluados, con todos los efectos desfavorables sobre las exportaciones e importaciones, la pérdida de reservas, la intensificación de restricciones y la acumulación de deudas comerciales.³

La afección inflacionaria de los países subdesarrollados es así concebida de acuerdo con el análisis tradicional que explica la inflación de demanda entre las fronteras más actuales de la teoría cuantitativa del dinero. El aumento de la circulación monetaria actúa —frente a una oferta inelástica o una baja capacidad productiva atribuida a la carencia de capital— como causa de la inflación de precios. La causalidad del proceso inflacionario se reduce en tal forma a la expansión excesiva de la oferta monetaria: el aumento desmedido de liquidez estimula el crecimiento de la demanda de mercancías; pero como en los países subdesarrollados la oferta de bienes y servicios es, por definición, insuficiente, surgen entonces presiones competitivas a

de desequilibrio de las balanzas de pagos de los países miembros. El Fondo se guiará en todas sus *políticas* y decisiones por los fines enunciados en este artículo.

³ Jorge del Canto, *op. cit.*, p. 395,

nivel de la “demanda no cubierta” que se traducen en una elevación de los precios. Los efectos de la inflación, en opinión de Jorge del Canto, se reflejan en la sobrevaluación de los tipos de cambio con repercusiones desfavorables en la dinámica del comercio exterior y en las existencias de reservas internacionales.

Roberto de Oliveira Campos ha resumido la posición monetarista —tal como se expresa en Brasil y la generalidad de los países latinoamericanos— en los tres puntos de vista que a continuación se transcriben:

a) La inflación ha dejado de promover el desarrollo y, en efecto, se ha vuelto incompatible con éste. Aun aquellos países que se ingeniaban para tener inflación y desarrollo están sufriendo ahora una aceleración de la inflación y un retardo del desarrollo;

b) Hay que detener pronto la inflación, antes que degeneren en tensiones explosivas, y el único medio efectivo para ello parece ser la restricción de la demanda excesiva mediante una prudente combinación de políticas monetarias y fiscales reforzadas por la ayuda financiera internacional;

c) La mayor parte de las presuntas faltas de elasticidad y atascamiento de la oferta no son autónomas ni estructurales sino que se deben a distorsiones en los precios y tipos de cambio producidas en el curso del mismo proceso inflacionario.⁴

De los fragmentos enunciados se desprenden las siguientes interpretaciones: 1) No existe compatibilidad entre la inflación y el desarrollo. Parece no haber una correlación positiva entre éste y aquélla, sino más bien una oposición manifiesta entre ambos, puesto que, aun en aquellos países que han recurrido a la alternativa del desarrollo con proceso inflacionario, la celeridad de la inflación ha coexistido con una desaceleración del desarrollo. Éste, por tanto, no en-

⁴ Roberto de Oliveira Campos, “Dos opiniones sobre la Inflación en América Latina”, *op. cit.*, pp. 107-108.

cuenta en aquélla las condiciones de estímulo para su activación. 2) Es necesario contener el curso inflacionario de los precios antes que se convierta en realidad explosiva. La única medida para detener el proceso consiste en la limitación de la demanda inmoderada por vía de una política que combine la continencia monetaria con la austeridad fiscal, fortalecida al mismo tiempo con recursos de financiamiento externo. La lucha contra la inflación se contrae solamente a la moderación de los factores monetarios y fiscales combinada con arbitrios de endeudamiento exterior. 3) La rigidez y el atascamiento de la oferta no son, en general, autónomos ni inherentes a la estructura del sistema productivo, sino que son causados por las distorsiones de los precios y los tipos de cambio que se producen en el curso mismo de la inflación. La inelasticidad y las dificultades de los sectores dinámicos de la producción no son propiamente estructurales sino inducidas por las perturbaciones monetarias y cambiarias que se desatan en el proceso inflacionario.

Las argumentaciones monetaristas proclaman la incongruencia entre la inflación y el desarrollo al mismo tiempo que concentran la atención en la expansión monetaria y los desequilibrios internos y externos de las economías subdesarrolladas. Esta tesis frecuentemente advierte que las rigideces de la oferta y la mayor parte de los desequilibrios de las economías retrasadas no pueden eliminarse si no se logra detener la inflación y abolir algunos controles directos. Pero como igualmente afirma que la *inflación abierta* es producto de la desmesurada efusión monetaria, es obvio que el abatimiento de la trayectoria ascendente de los precios sólo puede producirse mediante la reducción de la liquidez excesiva.

De acuerdo con tales planteamientos se sostiene que mientras la política monetaria y fiscal de carácter inflacionista se aplique como expediente financiador del gasto público, resultarán inevitables las alternativas de corrección inflacionaria mediante el establecimiento de controles cambiarios y de precios o la devaluación de la moneda. La política

de imposición de controles —se aduce en consecuencia— tiende a quebrantar el desarrollo de algunos sectores causando contracciones en el nivel de inversión de las actividades afectadas y, por tanto, graves estrangulamientos en la estructura de la producción. Tan pronto como éstos aparecen no sólo se limita el crecimiento de los sectores productivos sino que se generan nuevas presiones sobre la espiral de los precios. Después de sustentar que la política monetaria y fiscal inflacionista causa deformaciones e inhibiciones que restringen el proceso de desarrollo, la corriente de interpretación monetarista postula la estabilidad monetaria y el equilibrio fiscal como prácticas instrumentadas del desenvolvimiento de las economías latinoamericanas. En conformidad con los principios de la teoría tradicional del crecimiento, sugiere y promueve la implantación de políticas antiinflacionarias o estabilizadoras, porque estima que la estabilidad del valor de la moneda es un requisito fundamental para imprimir a las economías de la región un sostenido ritmo de desarrollo sin trastornos internos ni desequilibrio exterior.

El expediente ortodoxo de la estabilización se inserta así en el modelo de crecimiento equilibrado e insiste con énfasis en la contracción de la demanda global como medio de contener el curso de la espiral inflacionaria, aun el costo de ocasionar retracciones en el desarrollo de algunos sectores básicos de la economía y postergar la acción directa sobre la estructura de la oferta y la composición de la demanda. La política de estabilización formulada por la tesis monetarista consiste en programas tendientes a disminuir los efectos inflacionarios del gasto total. A tal efecto se proponen medidas restrictivas como la reducción de la liquidez excesiva; el mantenimiento del equilibrio presupuestario; la abolición de los subsidios y los controles inflexibles; el aumento de las recaudaciones fiscales preferentemente por vía de impuestos indirectos. . . Todo esto, según el tratamiento de la concepción referida, puede estimular las inversiones extranjeras, determinar un sensible incremento de las exportaciones tradicionales y, en consecuencia, estimular el proceso de $e\zeta$ -

pensión económica sobre bases monetarias más estables y sólidas. En suma: La tesis monetarista ubica sus razones y soluciones en los predios de la liquidez, confiere excesiva importancia a las implicaciones monetarias de la estabilidad y desestima u omite en gran medida los factores reales del crecimiento.

Esta tendencia en la interpretación de la inflación y el subdesarrollo —bastante difundida por la gestión oficial subordinada— ha limitado en muchos aspectos el diagnóstico de la realidad económica de América Latina. El supuesto que considera indispensable la congruencia entre las metas de estabilidad y desarrollo —principio vertebral de la tesis monetarista— se apoya generalmente en una visión poco real de las distorsiones monetarias que afectan a las economías de la periferia porque no asigna la debida importancia a las presiones estructurales derivadas de las rigideces del sistema productivo. El concepto de *estabilidad* —ilusión que la doctrina monetaria ortodoxa relaciona inseparablemente con el desarrollo económico— es válido apenas bajo la aislante condición *ceteris paribus* y poco resiste a la severidad del análisis basado en el método de las *variaciones*. Esto, sin embargo, no impide que, aun como supuesto dogmatizado, se le repute como razón de la política monetaria y fiscal ceñida a la alternativa neoclásica de desarrollo. Así, el cuestionamiento de la tesis que le confiere rango indispensable nos remite a algunas sumarias consideraciones sobre el tema.

La naturaleza dinámica del desarrollo —ruptura de situaciones estacionarias, cambios de distintas gradaciones en las estructuras existentes— es incompatible con la noción de equilibrio o estabilidad. En la realidad económica, concebida como proceso dinámico, no existen categorías y valores con equilibrio inducido o autónomo. A la luz de la dialéctica del desarrollo mal puede concebirse el crecimiento como fenómeno con “trayectoria de equilibrio”, como proceso sin relaciones dinámicas de interdependencia. El desarrollo capitalista constituye, según el análisis schumpeteriano, la negación plena del crecimiento equilibrado. Aquél

no es sino desarrollo caracterizado por movimientos recurrentes que acompañan a las funciones de producción, realización y consumo en sucesión inestable. La historia económica registra el origen y las incidencias de oscilaciones cíclicas y fluctuaciones estructurales en el curso del desarrollo como proceso contradictorio que aglutina y disgrega las formas y relaciones del cambio. En los ciclos económicos se alternan las fases de contracción con las de prosperidad, se inflexionan las coyunturas de crisis y recuperación, se repiten las crisis de subconsumo y los auges de sobreinversión, se conexionan los intervalos de continuidad y discontinuidad en transformaciones incesantes: el cambio neto, entendido como totalización algebraica de las fluctuaciones, únicamente ocurre entre los límites de la movilidad.

Con estas consideraciones no se pretende afirmar que el equilibrio —falta de tendencia al cambio— tan sólo es compatible con un modelo de economía estancada y hermética, sino que el desenvolvimiento y sus correlaciones dinámicas son inseparables de fluctuaciones internas y externas que socavan la estabilidad. No puede deducirse de situaciones reales ningún esquema de desarrollo con movimiento de trayectoria estable. O para decirlo con la razón de Joan Robinson:

Hay mucho que aprender de las comparaciones *a priori* de los estados de equilibrio, pero éstas deben quedar en el lugar que lógicamente les corresponde; pues no son aplicables a las situaciones, ya que tenemos la inevitable certidumbre de que cualquier situación real que deseemos examinar no está en equilibrio. No es posible interpretar los hechos observados en términos de movimiento sobre una trayectoria de equilibrio, ni aducirlo como prueba para respaldar cualquier proposición que de ellos se deduzca.⁵

⁵ Joan Robinson. *Ensayos sobre la Teoría del Crecimiento Económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, p. 34.

El desarrollo económico —inducido o autónomo— implica por naturaleza la tendencia a la inestabilidad. El modelo que representa estados de equilibrio no contempla la interdependencia dinámica en el sentido del comportamiento real de las variables de un sistema abierto a influencias exógenas y endógenas. Por eso, el equilibrio es un concepto que, aun cuando tiene un incuestionable valor metodológico, carece de significado en todo proceso de cambio, en cualquier economía de curso fluctuante. Es decir: lo que en teoría se postula como tal, en la realidad carece de aplicabilidad y fundamento empírico.

En economías caracterizadas por deformaciones estructurales y sujetas a los efectos de fluctuaciones internas y externas, conceptos como *crecimiento equilibrado*, *estabilidad monetaria*, *equilibrio fiscal*, *estabilización de los precios*. . . son apenas abstracciones teóricas que representan situaciones ideales, pero que carecen de fundamento real o no son susceptibles de comprobación empírica. Así parece inteli-girlo Hermann Max:

La estabilidad monetaria en el sentido tradicional es esencialmente estática; para ella lo importante es la estabilidad de una determinada paridad con el oro y eventualmente un determinado nivel general de los precios. Este concepto de estabilidad no se adapta a las condiciones en que se desarrollan las economías latinoamericanas. Todas ellas se encuentran en proceso de desarrollo y todas sufren, algunas más, otras menos, las consecuencias de la inflación. Desarrollo económico e inflación, empero, son fuerzas eminentemente dinámicas. La inflación no se deja dominar con medidas mecánicas de estabilización, y para el desarrollo económico esas mismas medidas podrán ser una rémora más que un estímulo.⁶

⁶ Hermann Max C., "El Mito de la Estabilización Monetaria", *El Trimestre Económico*, No. 121, FCE, México, enero-marzo de 1964, p. 50.

La experiencia de los países latinoamericanos revela que la dinámica de sus economías ocurre no sólo bajo definidas relaciones de dependencia, sino también con trastornos que determinan desequilibrios en la globalidad de sus respectivos procesos. El crecimiento desequilibrado puede manifestarse en las diferencias sectoriales de rendimiento y sus efectos colaterales: la creciente productividad del sector primario tiende, como caso posible, a liberar fuerza de trabajo en proporción mayor que la que absorbe el sector industrial: el saldo intersectorial de desempleo causa, en tal situación, cambios correlativos en la función del gasto con efectos depresivos en la escala del producto nacional. Si ocurriera contrariamente un retraso del sector primario en relación con el sector industrial, el crecimiento podría distorsionarse por desequilibrios en la balanza de pagos o por presiones inflacionarias que se originan en el desajuste estructural de los sectores productivos internos. En cualquiera de los casos, la reasignación de recursos y factores en función del equilibrio intersectorial del crecimiento puede determinar flujos que no corrigen sino desplazan los focos de estrangulación de la economía.

La interdependencia de algunas variables económicas es otra razón que ilustra la inconsistencia de la noción de equilibrio. En efecto: la transmisión tecnológica a los sectores retrasados de la producción, y la expansión de las actividades productivas con aumento de las corrientes de bienes reales, determinan una mayor escala de ocupación que implica un aumento global de los ingresos y una ampliación de la demanda efectiva. Esas alteraciones desatan reacciones y desplazamientos de factores que conducen a fluctuaciones en el nivel de los precios. Si la oferta real es proporcionalmente inferior a la oferta monetaria, es lógico advertir el desencadenamiento de presiones alcistas sobre el nivel de los precios con cambios consiguientes en la distribución del ingreso. Si, por otra parte, la política monetaria se propone alcanzar la estabilización del poder adquisitivo interno, deberá establecer medidas que preserven la economía nacional de las perturbaciones provenientes del exterior.

Las medidas que en tal sentido se adopten, tendrán, independientemente de sus resultados específicos, otras repercusiones que también relegan a la pura abstracción cualquier posibilidad de equilibrio.

Algunas de estas consideraciones tienen su fundamento en la experiencia de las mismas economías latinoamericanas. La política monetaria de muchos países de la región ha sido conducida, en sus principales aspectos, como reto a los desequilibrios que constantemente afectan sus sistemas sin advertir las causas reales que determinan el comportamiento estructural de sus economías. Todo parece indicar que, en última instancia, el funcionamiento productivo de la base económica se supedita a la dinámica de las esferas monetaria y fiscal —es decir: la economía es concebida en subordinación a las contingencias de la moneda, y no la moneda en función de las necesidades de la economía. Como corolario de la limitación imputable a este enfoque, los resultados de la política de estabilización han sido hasta ahora infructuosos.⁷

La política antiinflacionaria adoptada ha sido siempre defraudada por las evidencias de un subdesarrollo con tendencia al estancamiento en algunos sectores de la economía. Los países latinoamericanos sometidos a programas de estabilización no han logrado eliminar por esa vía los factores que impiden su desarrollo. No han alcanzado la estabilidad monetaria —propósito inmediato— ni han superado el

⁷ Osvaldo Sunkel, con una óptica estructuralista, ha interpretado no sólo la frustración de la política y los programas de estabilización en América Latina, sino también las causas sustantivas del subdesarrollo que, acentuado por el régimen monetario ortodoxo, se origina fundamentalmente en la rigidez de la base productiva de las economías regionales. (Cfr. "El Fracaso de las Políticas de Estabilización en el Contexto del Proceso de Desarrollo Latinoamericano", *El Trimestre Económico*, No. 120, FCE, México, octubre-diciembre de 1963, pp. 620-640). Aunque fue publicado originalmente en el año 1963, el ensayo de Sunkel tiene hoy tanta vigencia como entonces: la política antiinflacionaria concebida y realizada con preeminencia de los factores monetarios sobre los reales no pudo eliminar antes, como tampoco ahora, las raíces estructurales del subdesarrollo latinoamericano.

bajo nivel de desarrollo —objetivo mediato. Aunque han seguido durante casi veinte años el camino del crecimiento equilibrado, la generalidad de esos países padece actualmente la injusticia de una distribución de ingresos y recursos cada vez más regresiva, sin haber resuelto el problema de las tensiones inflacionarias provenientes de sus rigideces estructurales. Después de dos décadas de aplicación de programas estabilizadores, persisten en ellos, con gravedad mayor en muchos casos, distorsiones monetarias, desequilibrio exterior y situaciones de inestabilidad que, acompañadas de inflaciones irrefrenadas y retracciones del crecimiento, actúan como ingredientes de quebrantos peores. La política antiinflacionaria —limitada generalmente a mecanismos de control artificial— no ha logrado neutralizar los efectos de los desequilibrios porque no ha sido dirigida hacia la estructura de la oferta, o sea, la base productiva del sistema. La persistencia de la inestabilidad, con sus múltiples manifestaciones, se debe a que las medidas de estabilización se contraen al campo crediticio y fiscal de la economía, con una evidente incapacidad de combinar una política de transformación de la estructura económica y una política monetaria que complemente el proceso de reactivación del sistema productivo.

Se ha pretendido atribuir este fracaso no al precario al cance de la política de estabilización como tal, sino a la incoherencia, la discontinuidad y el poco rigor de las ejecuciones consagradas en los programas correspondientes. Podría entenderse que esta excusa encubre más la aceptación de la quiebra que la vindicación del modelo cuestionado. La frustración de esa política ha sido más de una vez pronosticada con elementos de interpretación no desmentidos por los resultados. Mucho se ha insistido en que los modelos de política económica diseñados conforme al comportamiento de las economías centrales del imperialismo no pueden aplicarse justamente a las economías que ostentan bajos niveles de desarrollo y fuertes vínculos de dependencia externa. Por otra parte, carece de sentido proponer soluciones al problema inflacionario de los países latinoame-

ricos considerando *a priori* la estabilidad como condición indispensable del crecimiento, ya que entre éste y los desequilibrios atribuidos a la inflación existe siempre una relación inseparable y activa.

Quienes propugnan la “estabilización del desarrollo” de acuerdo con la ortodoxia neoclásica no asignan la debida importancia a las causas que determinan, fuera del campo monetario, presiones estructurales sobre el nivel de los precios. Desde esta perspectiva la significación de los factores reales que originan rigideces y tensiones en la estructura de los sectores productivos no tiene cabida en el diagnóstico monetario de la economía. Sin embargo, la terapéutica del subdesarrollo no puede desconocer que entre la realidad estructural y la imagen monetaria del sistema median fuerzas y factores permanentes que afectan por diferentes vías el curso del crecimiento. Si, por una tendencia a la exactitud en la representación de las cosas, fuera posible trasladar los efectos de las contradicciones de la base productiva al ámbito monetario, mucho de lo que subyace en los conflictos de estructura afloraría a la superficie económica como revelación de la esencia activa de la inflación en los quebrantos sociales del subdesarrollo. Como la inflación es una de las afecciones del atraso que con mayor intensidad se percibe y con menor exactitud se representa, únicamente la exploración de la base económica del subdesarrollo puede conducir al diagnóstico del proceso inflacionario en su contenido y forma, en sus raíces esenciales y propagaciones.

La tesis que proclama “la estabilidad en el desarrollo” atribuye la “dolencia inflacionaria” principalmente a la sobreoferta monetaria, el desbordamiento crediticio y el balance fiscal deficitario. Son éstos los elementos que a menudo ocasionan excesos en la circulación del dinero respecto a la escala efectiva de la oferta de bienes y servicios. La política tradicional insiste en atenuarlos o corregirlos con medidas de igual naturaleza, sin advertir que no son ellos propiamente causas de la inflación sino factores de propagación inflacionaria que surgen en las esferas monetaria, crediticia y fiscal como manifestaciones de las insuficiencias

estructurales de la economía. La incidencia de factores crediticios, fiscales y cambiarios en la liquidez es, en última instancia, la forma monetaria con que repercuten las presiones estructurales. En los países subdesarrollados, la expansión de la liquidez ocurre por mecanismos más estériles que productivos: el aumento de la masa de dinero y cuasi dinero no fecunda —en términos suficientes y reales— la capacidad potencial de desarrollo. La base económica de la producción mantiene, por tanto, la rigidez que impide la expansión de la oferta en proporción compatible con el aumento de la demanda efectiva. En estas condiciones se desatan impulsos ascendentes que inciden en el nivel de los precios por medio de las propagaciones inflacionarias del dinero. La inflación tiende a perpetuarse, con mayor o menor intensidad, porque se actúa ordinariamente contra sus mecanismos propagadores y no contra sus presiones generadoras básicas.

Una de las manifestaciones más comunes de desequilibrio es el déficit presupuestario que, en algunos casos, persiste con efectos perturbadores acumulativos. El déficit fiscal tiene casi siempre lugar en las economías latinoamericanas no por una política de dilatación autónoma de la inversión pública, sino por un exceso de gastos corrientes originado por presiones sobre la capacidad de ocupación del sector gubernamental.⁸ El crecimiento demográfico determina, fren-

⁸ En Venezuela, particularmente, el gasto gubernamental de tipo burocrático constituye alrededor del 50 por ciento de los ingresos corrientes del Fisco Nacional. El Gobierno de la República, formado generalmente por coaliciones de partidos democráticos formales y grupos de presión representativos de la "iniciativa privada", se ha convertido, por razones de un sectarismo con inspiración burocrática, en un vasto refugio para la colocación proselitista. La hipertrofia irracional de la Administración Pública actúa como principal causa de aumento de los gastos corrientes que se traduce en una contracción correlativa de las inversiones fiscales de desarrollo. La retracción del desarrollo en los sectores productivos de la economía impide la absorción de la fuerza de trabajo que se añade periódicamente a la oferta de empleo. Esta imposibilidad determina el desplazamiento de parte de la sobrepoblación activa hacia el reducto de la gestión pública ocasionando el consumo estéril de la mitad de los ingresos ordinarios de la Nación.

te a un bajo ritmo de desarrollo, fuertes presiones sobre la ocupación pública como medio de colocar los aumentos netos que acontecen anualmente en la población económicamente activa. Parte del desempleo disfrazado creciente—efecto de la incapacidad estructural del sistema productivo para absorber a mayores niveles de rendimiento las adiciones de fuerza de trabajo— se aloja con frecuencia en la burocracia gubernamental ocasionando la hipertrofia de los gastos fiscales corrientes con desmedro de las inversiones públicas de desarrollo. Las tentativas de eliminar el balance fiscal deficitario resultan generalmente inútiles porque se reducen a simples supinaciones presupuestarias que nada o poco corrigen las causas reales del desequilibrio de las finanzas públicas.

Otra manifestación de inestabilidad de las economías latinoamericanas es la tendencia al desequilibrio externo que se registra como saldo pasivo de sus balanzas de pagos y se atribuye al hecho de que las relaciones de valor entre sus monedas respectivas y las monedas de curso internacional más importantes no corresponden a las bases y condiciones reales del intercambio. El deterioro de la relación real de intercambio refleja la creciente erosión de los precios de los productos primarios exportados por los países de la región respecto a los productos industriales importados por los mismos. Sobre tales términos se erige la dinámica del intercambio desfavorable que afecta al bloque de países latinoamericanos: mientras las economías centrales exhiben altas escalas de integración y productividad que se insertan—por mecanismos de dominación exterior— en un orden monetario internacional de rasgos **discriminatorios** y erráticos, las economías latinoamericanas poseen una multiforme estructura de dependencia, un bajo nivel tecnológico y una base de producción trabada por relaciones resistentes al cambio. Se pretende corregir el desequilibrio externo de estas economías con medidas monetarias—como las devaluaciones y el establecimiento de tipos de cambio múltiples en combinación con controles cambiarios— que **tienden** a sobrevaluar sus exportaciones como medio de atenuar el

envilecimiento de la relación de intercambio. Pero, en realidad, son pocas o insignificantes las medidas de política económica tendientes a la superación del atraso estructural donde reside la precaria flexibilidad del sistema productivo. Tal como intenta rectificarse el desequilibrio presupuestario, también en la corrección del desequilibrio externo se contraponen la razón de un determinismo monetario a la alternativa real de las transformaciones de estructura.

La tesis *estructuralista*⁹ —planteada desde la perspectiva misma de los países de la periferia— destaca esencial-

⁹ El principal exponente de la tesis estructuralista a nivel institucional es la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), organismo auxiliar de las Naciones Unidas creado en el año 1948 con el objeto de investigar y estudiar los principales aspectos de la problemática del desarrollo latinoamericano, así como también asesorar a los gobiernos de la región en materia de política económica. Los planteamientos fundamentales de esa institución respecto al desarrollo latinoamericano han sido recogidos en *El Pensamiento de la CEPAL* (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1969), volumen doctrinario y documental que incluye, entre otros temas específicos de la economía de Latinoamérica, estudios sobre el comercio exterior, las inversiones extranjeras, el proceso de industrialización, la integración económica regional, y la inflación y el crecimiento. En torno a este último aspecto —la temática de la inflación y el crecimiento de América Latina—, la CEPAL ha sustentado, con razones heterodoxas inspiradas en gran parte por Raúl Prebisch, la tesis de que existen factores estructurales que, arraigados fuertemente en la propia anatomía del subdesarrollo latinoamericano, causan las afecciones inflacionarias y el desequilibrio externo que caracterizan a sus economías. La lucha contra éste y aquéllas es, por tanto, imposible si se reduce a simples medidas monetarias. El combate contra la inflación, el subdesarrollo y la inestabilidad exterior de las economías regionales requiere, según el criterio de la CEPAL, la inserción de la política monetaria en un modelo de política económica tendiente al desarrollo por vía de transformaciones estructurales.

Entre quienes han abordado el análisis de la inflación latinoamericana con una óptica estructuralista, puede mencionarse los siguientes autores:

Juan F. Noyola, "El Desarrollo Económico y la Inflación en México y otros Países Latinoamericanos", *Investigación Económica*, Vol. XVI, No. 4, México, cuarto trimestre de 1956, pp. 602-648. Este economista mexicano —muerto accidentalmente el 27 de noviembre

mente que la inflación y el retraimiento del desarrollo latinoamericano se deben más a factores estructurales que a los desórdenes frecuentes de su propia dinámica monetaria. La inestabilidad que caracteriza a tales economías tiene su origen, más que en los mecanismos monetarios, en las deformaciones de su estructura productiva y en el desequi-

de 1962 en misión internacional que cumplía como Asesor de la Junta Central de Planificación del Gobierno Revolucionario de Cuba, después de haber desempeñado la jefatura de la División de Desarrollo de la CEPAL— debe ser merecidamente considerado el precursor del estructuralismo latinoamericano, ya que fue el primero en enfocar la inflación de los países de América Latina como un fenómeno del desequilibrio estructural de sus economías. Con cierta anticipación al auge controversial del estructuralismo, Juan Noyola Vázquez había establecido, en su citado ensayo, una precisa diferenciación entre las *presiones inflacionarias* y los *mecanismos propagadores* o *monetarios* de la inflación. Sin embargo, por razones inexplicables, la aportación original de Noyola no ha sido siempre reconocida por algunos autores que, con mucha aproximación al criterio del brillante economista desaparecido, han realizado posteriormente análisis relevantes de la inflación latinoamericana desde una perspectiva heterodoxa.

Osvaldo Sunkel, "La Inflación Chilena: un Enfoque Heterodoxo, *El Trimestre Económico*, No. 100, FCE, México, octubre-diciembre de 1958, pp. 570-599. Sunkel, con una visión que enriquece el aporte de Noyola, realiza en este ensayo un amplio enfoque de la inflación chilena que ha sido considerado por Julio G. Olivera (*La Inflación Estructural y el Estructuralismo Latinoamericano*) como el *locus classicus* del análisis estructural de la inflación en América Latina. El estudio de la inflación realizado por el economista chileno comprende dos aspectos fundamentales: las *presiones inflacionarias* (básicas o estructurales, circunstanciales y acumulativas) y los *mecanismos de propagación*. Aquéllas constituyen las causas determinantes de la inflación en tanto que éstos se identifican con los factores de expansión monetaria y actúan como agentes de difusión inflacionaria.

El mismo Sunkel reafirma, en cierto modo, la esencia de estos planteamientos al demostrar en un estudio posterior la quiebra de las políticas de estabilización aplicadas en América Latina conforme a los principios de la ortodoxia monetaria. En su ensayo "El Fracaso de las Políticas de Estabilización en el Contexto del Proceso de Desarrollo Latinoamericano" (*El Trimestre Económico*, No. 120, FCE, México, octubre-diciembre de 1963, pp. 620-640), atribuye el precario desarrollo de la región a que las políticas estabilizadoras

libro de su comercio exterior. Asimismo, los factores que frenan su crecimiento y se reflejan en sus perturbaciones monetarias residen en fuerzas típicamente estructurales que repercuten —como resultado del bajo rendimiento de los sectores productivos— en el movimiento de sus exportaciones.

adoptadas no conllevan acciones requeridas en la transformación de los factores reales del sistema productivo de sus economías.

Raúl Prebisch, *Hacia una Dinámica del Desarrollo Latinoamericano*, FCE, México, 1963. Este libro contiene un apéndice sobre “El Falso Dilema entre Desarrollo Económico y Estabilidad Monetaria”, publicado antes por la CEPAL en su *Boletín Económico de América Latina* (Vol. VI, No. 1, Santiago de Chile, marzo de 1961) y en el que Prebisch estudia la inflación latinoamericana en el contexto de la vulnerabilidad estructural, la distribución regresiva del ingreso y la insuficiencia de ahorro que caracterizan a las economías de la región. Raúl Prebisch asume en este mismo ensayo una posición controversial respecto a la ortodoxia monetaria y niega la eficacia de la lucha contra la inflación y el subdesarrollo por vía del expediente tradicional de la restricción crediticia y la contracción de la liquidez. Este autor, cuyo pensamiento ha influido notablemente en la doctrina cepalista, cree que el equilibrio estructural de las economías latinoamericanas es un equilibrio dinámico que sólo puede alcanzarse mediante una política de desarrollo que tienda a la transformación de la estructura económica y social. Algunos economistas de filiación marxista han advertido, sin embargo, que la denuncia de Prebisch sobre la situación económica de América Latina parece encubrir un temor por la ruptura del ordenamiento político y social vigente en la casi totalidad de esos países, lo que resulta contradictorio con la esencia de los puntos de vista estructuralistas esgrimidos por el economista argentino en su citado estudio.

Aníbal Pinto, “Estabilidad y Desarrollo: ¿Metas Incompatibles o Complementarias?”, *El Trimestre Económico*, No. 106, FCE, México, abril-junio de 1960, pp. 258-273. En este trabajo sustenta Aníbal Pinto que “las políticas de estabilización en boga” —las orientadas por derroteros ortodoxos— persiguen casi exclusivamente la contracción de la demanda global, aun en desmedro del desarrollo de los sectores productivos y con agravamiento de la distribución del ingreso. Tales políticas, en opinión del economista chileno, han puesto casi toda la atención en los aspectos monetarios y financieros al mismo tiempo que han desestimado las causas de las deficiencias estructurales de la oferta.

David Félix, “Otro Enfoque de la Controversia «Monetarista»

La tesis estructuralista comienza por señalar que las exportaciones constituyen el elemento más dinámico en el comportamiento económico de los países latinoamericanos. La tasa de desarrollo de estos países mucho depende del ritmo de crecimiento de aquéllos, cuyas reiteradas fluctuaciones causan situaciones de inestabilidad externa y vulnerabilidad exterior. El aumento de las exportaciones determina —mientras no acontecen fuertes contracciones en las cotizaciones internacionales de las mismas— un incremento del ingreso total que permite financiar un mayor volumen de importaciones básicas para el desarrollo. Cuando, en caso contrario, declina el ingreso de las exportaciones y ocurre un descenso de las importaciones, las economías latinoamericanas tienen que soportar situaciones de retracción en su

versus «Estructuralista», *Controversia sobre Latinoamérica*, pp. 123-141. En este ensayo observa David Félix que los programas de estabilización tradicionales —a la manera del Fondo Monetario Internacional— pueden reducir algunos “desajustes secundarios”, pero no eliminar los desequilibrios estructurales que impiden o frenan el desarrollo. Félix confronta las tesis estructuralista y monetarista incorporando aspectos ideológicos en el análisis de algunos elementos que caracterizan a la primera de las dos corrientes mencionadas. En este sentido cree conveniente distinguir entre los estructuralistas que actúan con ideología reformista y los que consideran esencial la terapéutica por vía del cambio revolucioario.

Joseph Grunwald, ‘La Escuela «Estructuralista», Estabilización de Precios y Desarrollo Económico; el Caso Chileno’, *El Trimestre Económico*, No. 111, FCE, México, julio-septiembre de 1961, pp. 459-484. El autor, economista norteamericano aproximado a la tesis estructuralista, realiza un balance crítico de esa misma escuela con particular referencia al caso chileno. Este trabajo incluye la bibliografía —hasta entonces más importante— sobre la inflación y la problemática del desarrollo en el país del sur.

Dudley Seers, ‘La Teoría de la Inflación y el Crecimiento en las Economías Subdesarrolladas: La Experiencia Latinoamericana’, *El Trimestre Económico*, No. 119, FCE, México, julio-septiembre de 1963, pp. 397-421. Este economista inglés, anteriormente al servicio de la CEPAL, presenta el testimonio de la experiencia latinoamericana como marco para el enjuiciamiento de la política económica regional en relación con la inflación y el crecimiento. En su estudio incluye como apéndice una nota sobre la escuela estructuralista con referencias bibliográficas e informaciones complementarias.

crecimiento. Para contrarrestar los efectos de la declinación económica se recurre usualmente a la expansión crediticia y al financiamiento fiscal deficitario. Pero estas medidas, según el modelo monetario ortodoxo, antes que promover la recuperación de las actividades económicas, operan como causas de tensiones alcistas sobre el nivel de los precios al incrementar el gasto y estimular la demanda inflacionaria. Es necesario entonces imponer una política de estabilización que reduzca, por medio de la continencia monetaria, el volumen del gasto global a niveles compatibles con el crecimiento. La estabilidad es proclamada en tal forma como requisito previo del desarrollo. Pero la escuela estructuralista afirma —en oposición a la doctrina neoclásica de la inflación— que el modelo estabilizador ortodoxo no logra eliminar o reducir las fuentes causales del proceso inflacionario en virtud de no actuar contra las presiones estructurales que general ese proceso.¹⁰ Como el desequilibrio y la vulnerabilidad de tales economías son esencialmente estructurales, las medidas de estabilización que propone la ortodoxia monetaria no son compatibles con el crecimiento. “El equilibrio estructural —para decirlo con palabras de Raúl Prebisch— no es asunto de política monetaria, ni lo es tampoco la corrección de la vulnerabilidad exterior. Ello requiere ineludiblemente transformaciones estructurales sin las que el riesgo de la inflación seguirá siendo muy grande”.¹¹ Se afirma, por otra parte, que la estabilidad monetaria conduce a la contracción económica, y más todavía cuando declinan los ingresos de las exportaciones. Esta contracción económica ocasiona la activación de presiones inflacionarias que surgen básicamente de la rigidez de los sectores productivos y añaden nuevos ingredientes a las inhibiciones del desarrollo. La inflación, así concebida y explicada, no puede combatirse con abstrac-

¹⁰ El orden seguido en esta exposición nos impide explicar aquí los aspectos fundamentales del modelo estructuralista de la inflación. Hemos preferido —por convención metodológica— desarrollarlo con la necesaria amplitud en el capítulo siguiente.

¹¹ Raúl Prebisch, *op. cit.*, p. 201.

ción de sus causas generadoras ni al margen de las distorsiones económicas y sociales que a la vez determina.

La escuela estructuralista plantea que el equilibrio, en su interpretación dinámica, sólo puede alcanzarse a través del desarrollo económico y la transformación de las estructuras existentes. No es la estabilidad —sostiene en oposición al criterio monetarista— la que determina el crecimiento, sino que, contrariamente, aquélla sólo puede lograrse por medio de éste. Según los teóricos del estructuralismo, las fuerzas que en realidad causan la inestabilidad están estrechamente relacionadas con el subdesarrollo y el desequilibrio exterior. En otros términos: los factores básicamente determinantes de las fluctuaciones en el valor de la moneda y los tipos de cambio se relacionan con la inelasticidad de la oferta, el deterioro del poder de compra de las exportaciones y la rigidez institucional del sistema. Por razones mismas del subdesarrollo, la oferta interna de bienes y servicios no aumenta en la medida suficiente para cubrir la expansión de la demanda. También la disminución de la capacidad para importar —resultante del clivaje en el poder de compra de las exportaciones— impide suplir la insuficiencia de la oferta interna. Así, la limitación de la oferta global, ante escalas crecientes de demanda, actúa como fuente estructural de presiones inflacionarias. Al respecto expresa Osvaldo Sunkel:

Uno de los elementos esenciales que intervienen en la generación de presiones inflacionarias estructurales en las economías poco desarrolladas reside en la escasa movilidad de los recursos productivos que caracteriza a dichas economías. Esta circunstancia impide que la estructura de la producción se ajuste con la debida prontitud a las modificaciones en el patrón de la demanda y así —dada la limitación a las importaciones impuesta por la capacidad para importar— permite la generación de presiones inflacionarias básicas.¹²

¹² Osvaldo Sunkel, "La Inflación Chilena: un Enfoque Heterodoxo", *El Trimestre Económico*, No. 100, pp. 575-576.

Según el criterio estructuralista, el ordenamiento social vigente imprime una pronunciada rigidez a la estructura económica, y ésta se manifiesta en la inflexibilidad de los sectores básicos de la producción, principalmente los que comprenden las actividades agropecuarias y de transformación. La baja formación de capital en los sectores primario y secundario de la economía, la restringida movilidad de los factores productivos y la declinación de la capacidad para importar constituyen rasgos estructurales del atraso resultante de las relaciones de producción e intercambio que caracterizan a los países subdesarrollados. El predominio de la economía de monopolio en las actividades industriales y de servicios, y los módulos regresivos de distribución originan, dentro del mismo cuadro del subdesarrollo, un conjunto de presiones que frenan el crecimiento y acentúan las perturbaciones inherentes a los desequilibrios de estructura.

Mientras la doctrina monetarista sostiene que la inestabilidad de las economías latinoamericanas es resultado de prácticas monetaria y fiscal de carácter inflacionario que perturban su desarrollo, la corriente estructuralista afirma que las políticas ortodoxas en materia fiscal y monetaria son, en gran medida, inaplicables a tales economías porque en ellas los desequilibrios internos y externos son consecuencia, más que de fenómenos estrictamente monetarios, de rigideces estructurales que frenan el curso de su desenvolvimiento. Esto no significa que la posición heterodoxa desestime o considere superfluas las funciones de la política monetaria, sino que ellas deben subordinarse al objetivo de eliminar los desajustes reales de los sectores de la producción. Para la escuela estructuralista los factores monetarios son importantes porque actúan como mecanismos propagadores de la inflación, pero no como fuerzas que la determinan. Los factores de propagación operan como agentes de expansión de la espiral inflacionaria, pero la política monetaria no puede dirigir su acción al único propósito de moderar la ocurrencia de aquéllos, sin tomar en cuenta la persistencia de desajustes básicos de la economía que

originan presiones ascendentes sobre los precios y las variables económicas relacionadas con éstos.

Aunque, entre los objetivos de la política de estabilización ortodoxa, se alcanzara por vía monetaria una contracción de la demanda global —función que comprende el consumo, las inversiones y la capacidad para importar—, siempre persistirán, con tendencias activas de multiplicación, las tensiones inflacionarias que se originan en el subsuelo del desequilibrio estructural. Es decir: puede lograrse transitoriamente la estabilidad, pero en detrimento de los agentes reales del crecimiento: la política monetaria alcanza su objetivo específico, pero no elimina la rigidez de los sectores dinámicos de la producción porque sus arbitrios —limitados exclusivamente a la esfera de la circulación y el intercambio— no pueden destruir los factores de inercia que subyacen en la base económica del subdesarrollo. La tesis estructuralista estima que la política monetaria es un recurso de efectos superficiales y rapidez relativa, pero que por actuar solamente sobre los contornos y las desviaciones eventuales del desequilibrio no puede extirpar las raíces estructurales de las perturbaciones. En este sentido, la crítica que formula a los argumentos monetaristas se fundamenta en la observación de que la terapéutica monetaria apenas ataca los síntomas pero no destruye el germen de la afección inflacionaria.

El modelo estructuralista —basado en el criterio de que las actividades productivas y el comercio exterior constituyen sectores que originan desequilibrios estructurales y, por extensión, perturbaciones monetarias— es considerado como expresión de la ideología neonacionalista que adquiere cada vez más impulso en los países latinoamericanos de desarrollo impedido por factores externos. El profesor Dwight Brothers confirma esta experiencia en los términos siguientes:

Los argumentos estructuralistas apuntan en forma clara hacia la conclusión de que el único procedimiento practicable a fin de promover el desarrollo económico de América Latina es la adopción de medidas que oca-

sionan grandes cambios en la estructura productiva de sus economías. Más específicamente, la tesis da soporte a las políticas de protección encaminadas a promover la sustitución de importaciones y la industrialización interior y, por consiguiente, es perfectamente consistente con el enfoque de desarrollo que presenta la doctrina neonacionalista. También es un argumento que puede usarse en apoyo de las proposiciones para realizar reformas institucionales de diversos tipos, especialmente la tenencia de la tierra y los sistemas impositivos.¹³

El autor citado confiere a los planteamientos estructuralistas dimensiones ideológicas que parecen tornar, a simple vista, más definidas sus diferencias doctrinarias con los monetaristas. Bien es cierto que para eliminar las rémoras del subdesarrollo de los países latinoamericanos no hay nada más procedente que “grandes cambios en la estructura productiva de sus economías”. Pero esos cambios, referidos principalmente al proceso de sustitución de importaciones, no han significado transformaciones autónomas en la base productiva de la periferia, sino inserciones de capitales foráneos en la estructura económica regional. La penetración de capitales extranjeros en los sectores dinámicos de las economías recipientes ha conformado, por vía del crecimiento “hacia adentro”, una nueva fase del subdesarrollo dependiente que se caracteriza por una mayor subordinación tecnológica respecto a los centros industriales dominantes. El subdesarrollo ha persistido —con mayores desequilibrios y enajenaciones— mediante la transposición geográfica de los factores y agentes de la dependencia. Esto, en cierto sentido, está relacionado con lo que parece interpretarse en el párrafo transcrito de Dwight Brothers. Cuando este autor observa en los planteamientos estructuralistas el fundamento

¹³ Dwight S. Brothers, “Nexos entre la Estabilidad Monetaria y el Desarrollo Económico en América Latina: Un Escrito Doctrinal y de Política”, *El Trimestre Económico*, No. 116, FCE, México, octubre-diciembre de 1962, p. 593.

de las políticas orientadas a “promover la sustitución de importaciones y la industrialización interior”, parece destacar como atributos de aquellos planteamientos algunos rasgos que hoy caracterizan la ideología del *desarrollismo en el subdesarrollo*.¹⁴ Las diferencias entre estructuralistas y monetaristas habrían después de disiparse en gran medida porque el “neonacionalismo” —preconizado a nivel teórico por la primera de las corrientes mencionadas— perdía progresivamente embate doctrinario, cediendo lugar a la política económica de esencia reformista que instauraban los países dominantes en la periferia regional para anticiparse a los cambios estructurales que postulaba —más como advertencia que como reto— la tesis heterodoxa inicialmente. La experiencia, en efecto, habría de confirmar más tarde una aproximación entre las dos corrientes en controversia. El debate cesaba gradualmente hasta perder su fuerza inicial en virtud de las desviaciones del estructuralismo hacia áreas

¹⁴ El *desarrollismo* es una corriente doctrinaria —hasta ahora sin suficiente coherencia teórica— que ha surgido en los países dependientes, especialmente en los latinoamericanos, con el propósito de “modernizar” con elementos más pragmáticos la teoría imperialista ortodoxa del comercio internacional y las inversiones extranjeras en los países subdesarrollados. En esencia se trata de una ideología subordinada a las exigencias de renovación estratégica del capital monopolista internacional sobre algunas bases reformistas. El desarrollismo pretende replantear —en el contexto de las relaciones económicas de Latinoamérica— la teoría ortodoxa del comercio exterior y el financiamiento externo mediante la combinación de supuestos clásicos y neokeynesianos que —dispuestos en mixtura convencional— confieren un sentido contradictorio e inconsistente a la generalidad de sus conceptualizaciones. La tesis desarrollista asigna gran importancia a las inversiones extranjeras como suplemento de las insuficiencias internas de financiamiento y como medio de absorción del progreso tecnológico. Por otra parte, interpreta la dependencia como producto de las relaciones entre países capitalistas desarrollados y países “en vías de desarrollo”, dirigiendo su análisis a las manifestaciones aparentes de la subordinación y no a las causas esenciales que la determinan. En tal sentido, plantea algunas reformas superficiales y fragmentarias que encubren la secuela de aquellas manifestaciones, pero no proclama la necesidad de cambios estructurales que supriman las causas fundamentales del subdesarrollo y la dependencia.

de connivencia con las prácticas desarrollistas que diseña y digiere el sistema capitalista internacional en estrategia de conservación.

Generalmente se conviene en que el imperialismo orienta el comportamiento de las inversiones internacionales conforme a un modelo de inserción extractiva que ocasiona cuantiosas transferencias del excedente económico generado en los países latinoamericanos y, por tanto, continuas coyunturas de descapitalización en los mismos. De igual manera, el comercio internacional no equivalente es considerado, desde la perspectiva de los países de la periferia, como factor que beneficia únicamente a las economías dominantes mediante el establecimiento de relaciones desiguales de intercambio que afectan a las economías dependientes. Estos y otros aspectos de las relaciones centro-periféricas justifican la razón de los cambios en la estructura productiva de las economías latinoamericanas. Si estos cambios se conciben y realizan como transformaciones revolucionarias en la base económica de la región, sus resultados equivalen a un nuevo orden que implica la superación del subdesarrollo y la disolución del estatuto de la dependencia. La inteligencia del imperialismo se anticipa a esta alternativa y admite la necesidad de efectuar algunos cambios para impedir que la *congelación estructural del subdesarrollo* derive en situación generadora de conflictos que culminen en un ordenamiento tan irreversible como incongruente con la penetración del capital monopolista extranjero en escala regional. Al mismo tiempo, el comportamiento extractivo del imperialismo tiende a mantener la periferia como área de explotación subordinada y fuente territorial activa de su acumulación. Como ambas cosas —la realización de aquellos cambios y el mantenimiento del *status* de explotación tributaria— no son por mucho tiempo compatibles dentro del modelo ortodoxo de dominación, la nueva estrategia del imperialismo recurre a la alternativa del reformismo para así menoscabar y diferir la opción revolucionaria del subdesarrollo a la vez que encubrir la esencia de la dominación con la práctica de cambios aparentes. El reformismo

—engendro estratégico del imperialismo cada vez más convulsionado por sus crisis— surge entonces como ideología y praxis que el diseño neocolonial del sistema capitalista opone al “reto subversivo” de los países latinoamericanos.

Tal como había sido concebido originalmente, el modelo estructuralista resulta inconciliable con los planteamientos neoliberales surgidos en Latinoamérica como cuerpo de principios que pretende una modernización o justificación actual del *laissez-faire*. Los estructuralistas han insistido en la necesidad de una acción gubernamental adecuada a la viabilidad del desarrollo porque han interpretado que éste es cualitativamente irrealizable sin la intervención directa del Estado en la reforma agraria, en el proceso de industrialización y en la ampliación del capital social básico. La estrategia del crecimiento sobre bases estructurales envuelve así un conjunto de arbitrios y condiciones sin los cuales no es posible alcanzar las metas propuestas en aquellas formulaciones iniciales. Al respecto reviste gran importancia la proyección de la conciencia nacional en ejecuciones propulsoras del desarrollo autónomo. Pero generalmente la actuación de poder político tradicional y la existencia de corrientes propiciatorias de neocolonialismo han retardado, como elementos de conservación del sistema, la cristalización de los movimientos nacionalistas en cambios trascendentes.

La reacción del sistema ante la ideología del cambio estructural ha consistido en auspiciar la desviación de los planteamientos que proponen la alternativa nacionalista del desarrollo latinoamericano. Como consecuencia de esa enajenación doctrinaria, algunos teóricos estructuralistas han embargado progresivamente el contenido de sus formulaciones originales hasta coincidir, no sin cierta sofisticación terminológica, con el pensamiento desarrollista que persigue la modernización y el encubrimiento de los términos en que actúan las inversiones foráneas sin alterar las relaciones esenciales de la dominación externa. A nivel institucional, un ejemplo típico de la misma desviación lo constituye la CEPAL. Este organismo, máximo exponente de la tesis estructuralista, devino luego promotor y divulgador de

la corriente desarrollista argumentando que el capital extranjero suple la insuficiencia interna de financiamiento y opera como factor de propulsión del desarrollo, así como también que el proceso de sustitución de importaciones constituye el motor de crecimiento que libera a las economías latinoamericanas de los efectos perturbadores del comercio exterior. Así el estructuralismo institucionalizado en el pensamiento de la CEPAL se degradaba como doctrina y fundamento de política económica hasta ser finalmente absorbida por los mecanismos de renovación estratégica del capital monopolista internacional.

La CEPAL ha interpretado los cambios en la estructura económica de la región sin considerar o reconocer explícitamente la ampliación y el agravamiento de la dependencia que conlleva la incrustación de capitales extranjeros en sectores de la producción hasta entonces no penetrados por los mismos. El mencionado organismo realiza sutilmente —en la medida de la desviación que exhibe su análisis de la realidad económico-social latinoamericana— la apología del *desarrollo auspiciado por factores externos del antidesarrollo*. Parece considerar las transformaciones en la base productiva de las economías regionales con una óptica puramente cuantitativa, sin advertir que la procedencia y el carácter de los agentes del cambio se traducen en una exteriorización tributaria del crecimiento. Un culto a la tecnología y la productividad, a la modernización y el progreso técnico desvía fundamentalmente su atención al dinamismo constante de las fuerzas productivas sin tomar en cuenta las relaciones de producción y dependencia que rigen el comportamiento sufragáneo de la economía, enajenan el producto territorial a la acumulación externa y vuelven más conflictivas las contradicciones del crecimiento desnacionalizado. Por estas razones convenimos con el juicio consignado por José Moreno Colmenares sobre la CEPAL.

...concluiremos con una definición del organismo, el cual consideramos en lo político como una herramienta engendrada para mantener la dominación hemisférica, a través de su carácter de mediatizador del proceso de

desarrollo independiente; en lo económico como autor de la sistematización e implementación de teorías y políticas que responden a los intereses de la burguesía en su empeño de preservar la estructura económica del subdesarrollo capitalista, por lo cual sus concepciones terminan siendo redefinidoras de las relaciones de dependencia; en lo social como un organismo clasista que ingenua o conscientemente elabora un modelo de análisis de carácter abstracto-formal y en consecuencia ahistórico, que distrae la atención e ilusiona temporalmente a las masas de América Latina para mediatizar el real proceso de cambio; en lo tecnológico, desarrolla el culto a la eficiencia como una suerte de supervalor no contaminado, que mantiene vigencia cualesquiera que sean las condiciones y circunstancias en que se produzca y de paso le confiere a la Ciencia Económica el carácter de una mera técnica, sin considerar la índole eminentemente social y política de esta disciplina.¹⁵

Es ésta una crítica compendiosa que el citado economista venezolano expresa en torno a las mistificaciones de la doctrina cepalista. El autor define la orientación del pensamiento de la CEPAL en lo político, económico, social y tecnológico como un compromiso con la ideología burguesa del desarrollo y la política reformista del sistema. El itinerario ideológico de esa entidad —tránsito regresivo del estructuralismo al desarrollismo— es ejemplo elocuente de la conciencia reformista instituida por el capitalismo del subdesarrollo para neutralizar o diferir la opción revolucionaria planteada en el seno de los países dependientes. El nacionalismo preconizado institucionalmente por la tesis estructuralista se ha extenuado en sí mismo mientras la doctrina desarrollista ha ganado algunas áreas de conservación mediante reformas decretadas por el propio sistema. Pero si es

¹⁵ José Moreno Colmenares, *CEPAL, Reformismo e Imperialismo*, Fondo Editorial Salvador de la Plaza, Ediciones Bárbara, Caracas, 1971, p. 69.

cierto que esta modalidad estratégica se traduce en traba temporánea de la "praxis subversiva", también es verdadero que su pragmatismo jamás puede lograr la disolución de los conflictos reales y latentes que surgen de la incongruencia entre el estatuto de continuidad y las fuerzas activas de transformación. El desarrollismo puede avanzar en superficie pero no en profundidad, ya que, como estilo del reformismo en boga, obtiene apenas un éxito transitorio y exiguo al sofocar las fuentes de turbulencias sociales por medio de enmiendas y medidas artificiales en la estructura conflictiva del subdesarrollo. Su razón, en fin, es ilusoria porque tiende a encubrir la realidad explosiva del atraso con otra realidad de plenitud ficticia. Frente a la alternativa del cambio de las estructuras existentes, el desarrollismo recurre a la hibernación de la corriente revolucionaria del subdesarrollo, no sin ocultar la impostura del orden y exaltar los valores de la democracia en su versión burguesa. Son evidentes, por otra parte, las razones que se sustentan contra todos los planteamientos y las realizaciones no incorporadas a la praxis de transformación estructural. Ésta, que gana a cada instante más eficacia histórica, se ubica entre las fronteras de una nueva totalidad.

ASPECTOS CONCEPTUALES DEL SUBDESARROLLO Y SUS RELACIONES CON EL DESARROLLO*

D. F. MAZA ZAVALA

1. *Desarrollo y subdesarrollo: una antinomia singular*

Tres principales explicaciones teóricas han sido formuladas sobre el fenómeno del subdesarrollo: i) la de que significa una etapa o instancia de un proceso histórico concreto, por virtud del cual las sociedades nacionales evolucionan desde la situación de atraso a la de alto progreso acumulativo (Rostow); ii) la de que resulta de un mecanismo de reproducción de condiciones de estancamiento en niveles inferiores de productividad, escasez y bienestar (Myrdal); iii) la de que procede dialécticamente de la expansión del capitalismo en su empeño de dominación mundial (la escuela estructuralista).

El testimonio histórico resta base de sustentación a las dos primeras explicaciones. El subdesarrollo ha sido y es característica de un gran número de países situados en Asia, África y América —constituyentes del llamado Tercer Mundo—, desde la época ya lejana (siglo XVI) en que el capitalismo comienza su proceso de conversión en un sistema

* Conferencia dictada en las II Jornadas de Desarrollo Regional, en Valencia (Edo. Carabobo), durante el mes de julio de 1970, bajo los auspicios de la Universidad de Carabobo. Tomada del libro *Los mecanismos de la dependencia*, Caracas, Fondo Editorial Salvador de la Plaza-Rocinante, 1973, 273 pp.

mundial. En casi cinco siglos para estos países no ha ocurrido un tránsito del atraso al desarrollo, aunque para ocultar esa realidad se utilicen expresiones optimistas como la de "países en vías de desarrollo". De modo diferente, en esos cinco siglos la expansión capitalista ha conducido a la concentración de inmensos poderes, riquezas y capacidades en un número pequeño de países a los que nunca se pudo aplicar el calificativo de "subdesarrollados". Por otra parte, ha ocurrido en este siglo una ruptura del carácter mundial del sistema capitalista al constituirse el sistema socialista en una vasta porción del globo y alcanzar por esta vía no evolutiva, sino revolucionaria, las condiciones para un desarrollo acelerado y sostenido.

La explicación sustentada en el mecanismo de causación circular (Myrdal) es ahistórica, en el sentido de que no proporciona una cosmogonía de la situación que se trata de explicar ni una prognosis de la misma. El estado de atraso comienza y termina en sí mismo y no surge del propio mecanismo que lo sostiene la posibilidad de un cambio¹ Ello determina la invalidez de esta explicación para iluminar los fenómenos de transformación histórica.

La tercera explicación mencionada ofrece, en mi opinión, mayores posibilidades para la comprensión del fenómeno del subdesarrollo. Dejando de lado la simple hipótesis de la sociedad cerrada² se observa en la realidad pasada y presente la concomitancia de un determinado sistema de relaciones internacionales con el subdesarrollo. Todos los países reconocidos generalmente como subdesarrollados se caracterizan por ser de *economía abierta*, no en el sentido ortodoxo de participar de relaciones de intercambio con el exterior

¹ No obstante, si la causación circular es de índole acumulativa, como ha sido señalado por sus autores, el estancamiento no debe ser el resultado, sino el deterioro de la situación hasta un nivel crítico o de colapso, posible generador de un cambio.

² El caso más importante de sociedad cerrada, en el sentido que aquí interesa, fue el de Japón hasta el tercer cuarto del siglo XIX. Su transformación en economía con proyección al exterior (que no economía abierta) marcó un proceso de desarrollo autógeno, dirigido y acelerado, que es singular en la historia económica.

sino en el más específico de estar sujeta enteramente, o esencialmente, a las decisiones, imposiciones, emergencias y contingencias originadas en el extranjero, y precisamente en el extranjero que concentra los mayores poderes, riquezas y capacidades en todos los órdenes: económico, político, militar, cultural. Estas economías del subdesarrollo están, por decirlo así, volcadas al exterior, y el exterior las penetra cada vez más hasta sus más simples actividades y texturas. Cuando señalo "el exterior" como determinante o dominante me refiero a los niveles de comando del sistema capitalista internacional y no genéricamente al "resto del mundo". Para cada país subdesarrollado el "resto del mundo" no tiene un significado preciso; pero sí lo tiene el centro primario del poder capitalista y también los centros secundarios de ese poder, de los cuales emerge el conjunto de factores que deciden el curso de la economía y la orientación de la sociedad del país en cuestión.

No es posible, desde luego, negar la realidad de la coexistencia de un grupo de países subdesarrollados —cualesquiera que sean los indicadores que se apliquen para apreciar el desarrollo— y de un grupo de países no desarrollados. No es posible tampoco negar la existencia de relaciones directas y estrechas entre los países desarrollados capitalistas y los no desarrollados que se ubican dentro del capitalismo. Tampoco es posible —a la luz de las convincentes, reiteradas y múltiples demostraciones estadísticas e históricas que se han hecho— negar la existencia de una profunda y creciente desproporcionalidad cuantitativa y cualitativa en el crecimiento comparativo de los dos grupos de países indicados. Esta desproporcionalidad dinámica ensancha continuamente la fractura existente entre el subdesarrollo y el desarrollo dentro del sistema capitalista internacional.

La divergencia en el crecimiento de los dos sectores del capitalismo representa una manifestación de la antinomia singular de la expansión del sistema. Al parecer cada sector considerado opera según leyes específicas determinadas y determinantes en la situación histórica a la que corresponden; sin embargo, existe una unidad estructural, de contradicto-

rio comportamiento como se ha señalado, entre las dos partes del sistema. El sector subdesarrollado desempeña una función en la división internacional capitalista del trabajo: emporio de recursos primarios explotables a bajos costos y mercado cautivo para la producción del sector desarrollado. Éste, a su vez, provee las técnicas de producción y comercialización, los patrones de producción y de consumo, los mecanismos de financiamiento y las innovaciones transmisibles. Tales aportaciones, bajo las condiciones de la expansión capitalista en la era de la alta concentración de los poderes productivos, en lugar de contribuir a un desenvolvimiento capitalista como el caracterizado en los centros, provocan acumulativamente la acentuación de la dependencia, la deformación, la insuficiencia y la inestabilidad que constituyen el subdesarrollo.

Las leyes generales del capitalismo en sus etapas consecutivas de desarrollo histórico operan a nivel de sistema y determinan movimientos contradictorios en las partes estructurales del mismo, tomando la forma de leyes específicas para cada una de éstas, pero esencialmente únicas en sus manantiales dialécticos. Las vinculaciones inherentes a la estructura —que es estructura de dominación, de explotación de las grandes masas humanas, de acumulación económica por la acumulación misma, por el poder mismo y para el poder— tienden a multiplicarse, a adquirir nuevas modalidades, y tanto el desarrollo de los centros como el subdesarrollo de los dependientes se hacen más complejos. Ello resulta del crecimiento del sistema, de sus conversiones históricas, de la transformación impulsada por sus propias creaciones y falsificaciones. He aquí la razón singular de esta antinomia.

2. *Las fases del subdesarrollo*

El subdesarrollo es una situación cuyos elementos esenciales, o componentes dominantes, permanecen mientras la sociedad que lo sufre esté sujeta a las leyes específicas del crecimiento divergente del capitalismo. Los elementos esen-

ciales son: la dependencia, la deformación, la insuficiencia y la inestabilidad.

La *dependencia* significa un patrón integral de comportamiento de una sociedad nacional ubicada en el dominio del capitalismo monopolista y cuyas fuentes principales de ingresos son controladas, explotadas o decisivamente influidas por las organizaciones capitalistas de los países dominantes.

La *deformación* se manifiesta por la coexistencia de diferentes modos de producción correspondientes a diferentes estadios del desenvolvimiento histórico, con un ritmo comparativamente elevado de crecimiento de las fuerzas productivas en un sector (que puede denominarse *neocapitalista*) y estancamiento en un bajo nivel de productividad en el otro sector (atrasado).

La *insuficiencia* consiste en la disparidad cada vez mayor entre las exigencias de recursos para la producción y el consumo (capital e ingreso) y las disponibilidades de los mismos. Esta insuficiencia es agravada por la incompetente asignación y la inconveniente distribución de dichos recursos.

La *inestabilidad* se refiere a las oscilaciones y hasta interrupciones del crecimiento económico por efecto de factores exógenos vinculados a las economías dominantes.

La situación de subdesarrollo se modifica, sin embargo, en virtud de la transformación que sufren sus componentes, lo cual da origen a las *fases* históricas del subdesarrollo. Estas fases han sido observadas en los países de mayor dimensión y crecimiento del Tercer Mundo, colocados, por tanto, en la delantera del grupo. Por otra parte, la secuencia —el proceso de transformación del subdesarrollo— puede establecerse mediante el análisis de las propias leyes que lo regulan, las cuales operan como tendencias y no como imperativos absolutos.

Las fases que pueden ser reconocidas en el proceso de subdesarrollo son:

i) *La explotación primaria colonial*, en la cual los países sometidos se constituyen en proveedores de productos primarios para la metrópoli y receptores de productos ela-

borados procedentes de ésta, dentro de un circuito absolutamente cerrado de dominación política, económica, militar y cultural. El problema de la participación de la sociedad colonial en el producto de la explotación se reduce a sus términos más simples: la fuerza de trabajo es esclava, servil o asalariada a niveles rayanos en la subsistencia, y, al no existir poder organizado de contratación nacional los parámetros de la distribución del producto territorial creado son impuestos desde la metrópoli.

ii) *La explotación primaria neocolonial*, está también basada en los recursos naturales y la fuerza de trabajo nativa, pero el circuito de dominación cerrado, característico de la fase anterior, se transforma en un circuito de intercambio aparentemente abierto y libre, bajo la modalidad de la existencia del Estado nacional independiente que permite formas indirectas de dominación política, militar y cultural y formas directas de dominación económica. El problema de la participación de la sociedad neocolonial en el producto de la explotación ofrece dos casos: a) la producción primaria es controlada por factores nacionales, pero la comercialización exterior de los productos es controlada por factores extranjeros; b) la producción y la comercialización de dichos productos son controladas por factores extranjeros. En el primer caso el poder nacional de contratación es mayor que en el segundo caso y, por tanto, la participación nacional tiende a ser más favorable. Algunos parámetros por los cuales se fijan las participaciones en el producto territorial pueden ser determinados por los mecanismos institucionales y operativos del país subdesarrollado. El circuito de explotación primaria se modifica por la vía del intercambio exterior, creándose la apariencia de multilateralidad en el comercio y de libertad de transacciones internacionales; pero los ingresos percibidos por el país dominado en concepto de participación en el producto primario exportado son reabsorbidos por los países dominantes en razón de la venta de manufacturas y servicios.³

³ Ocurre con frecuencia que la balanza comercial no está nivelada como lo supone el modelo de esta fase, sino que las expectativas

iii) *La explotación secundaria neocapitalista* surge del proceso denominado de “sustitución de importaciones”, por virtud de la creación y expansión de un mercado interno de manufacturas y servicios que hace lucrativa cierta industrialización sustitutiva de bienes que antes se importaban; esta forma de industrialización se sustenta en el reemplazo de bienes de consumo, principalmente, por artículos terminados en el país para cuyo proceso se requiere, por lo general, la importación de artículos intermedios y bienes de capital a los cuales van asociados determinados servicios tecnológicos, empresariales y de comercialización suministrados por los antiguos proveedores extranjeros de los bienes elaborados. Esta vía de industrialización se cumple a través del cordón umbilical de la dependencia, bien sea mediante la inversión directa, bien mediante la indirecta⁴ de los capitalistas de los países dominantes. Aunque esta fase aparece como impulsada por los propios países dominados —por sus clases propietarias y empresariales— en realidad procede de la fase neocolonial de explotación primaria mencionada antes. Las formas “avanzadas” de asociación de capitales extranjeros y nacionales en la industria representan una vinculación menos irritante, pero más efectiva a la larga, con los intereses capitalistas de los países dominantes. Con frecuencia la explotación primaria neocolonial coexiste con esta fase, tal como ocurre en el caso venezolano actual.

En esta fase la industrialización —no obstante la falsa apreciación de que la economía “crece hacia adentro”, o se “interioriza”— se conduce como un verdadero enclave de la economía extranjera dominante dentro de la economía

de aumento de ingresos son descontadas y se propende a gastar en exceso de la capacidad adquisitiva externa correspondiente al valor retornado de la exportación, surgiendo así un déficit recurrente, tan familiar en los países subdesarrollados.

⁴ A este efecto debe entenderse por inversión “indirecta” la que se realiza mediante asociación entre el capital extranjero y el nacional, incluyendo también la cesión de marcas, denominaciones y patentes, la asistencia técnica y comercial y otras formas de vinculación que no implican aporte en divisas ni en bienes por parte del inversionista extranjero.

dominada. Tecnología, insumos, equipos productivos, organización empresarial, capacidad gerencial, procedimientos de comercialización, marcas y denominaciones, control de calidad, casi todo procede del exterior y reclama un tributo. La incorporación de fuerza de trabajo nacional es escasa relativamente bajo estas condiciones, así como también lo es aprovechamiento de los recursos naturales por las nuevas industrias. En estos términos, el valor agregado nacional representa una proporción minoritaria del valor total de la producción industrial, si se tienen en cuenta todos los desembolsos que se hacen al exterior del país. Este patrón de producción se corresponde con el patrón de consumo igualmente transmitido desde los países dominantes. La capacidad de crecimiento industrial en esta fase está sujeta a la capacidad para importar de que disponga el país en función de su exportación primaria efectiva (valor retornado nacional).

iv). *La creación de un sector público de la economía*, financiado mediante la participación nacional fiscal en el producto primario de exportación, manifiesta en sí misma las contradicciones del subdesarrollo en una etapa avanzada, pues procede de la asignación de recursos propiamente nacionales al establecimiento de industrias y servicios básicos para el desarrollo del país y para su independencia económica (siderúrgica, petroquímica, electrificación, gasificación, transporte, etc.), así como también medios y mecanismos de financiamiento de actividades productivas del sector privado, lo cual en principio entraría en contradicción con el carácter dependiente de la industrialización liviana que se había venido expandiendo en el país. Este nacionalismo económico parece revelar la formación de algunos factores sociales y políticos con aspiraciones al comando independiente del país. La composición y el carácter de los gobiernos de los países subdesarrollados, por lo general, no permiten garantizar que aquélla sea en definitiva la función del sector público de la economía nacional y frecuentemente éste es puesto al servicio de los intereses directos o indirectos del capitalismo dominante en el sector

privado, sujetos a su vez a los intereses del capitalismo de los centros dominantes.

v). *La diversificación y complementación de la exportación* en virtud de la incorporación de artículos "no tradicionales" representa la fase más avanzada del subdesarrollo y surge de la necesidad de compensar los efectos de la desintegración interna de la industria (enclave) con la integración en el mercado internacional. Esta integración ofrece dos posibilidades: a) la *horizontal* o sea, entre los mercados nacionales de los países subdesarrollados (v. gr. ALALC; b) la *vertical*, o sea, con los mercados capitalistas desarrollados mediante las liberaciones parciales que éstos otorgan a los países del Tercer Mundo (sistema de la UNCTAD). La primera posibilidad ofrece un nuevo campo de aprovechamiento al capital extranjero, pues se facilitaría la integración de sus empresas a nivel multinacional y, por ende, la constitución de verdaderos imperios industriales más allá de los cerrados cotos nacionales. La otra posibilidad plantea en perspectiva un nuevo esquema de la división internacional capitalista del trabajo, que permitiría la especialización de los países subdesarrollados en la producción de manufacturas de consumo y bienes sencillos de capital para sus propios mercados y para los de avanzada industrialización, mientras que los países desarrollados dominantes tenderían a especializarse en la producción de artículos de alta intensidad de capital y tecnología superior, además de los insumos secundarios para la industria de los países dependientes.

3. *Los indicadores del subdesarrollo*

A la luz de las consideraciones anteriores se revela como sustancialmente insuficiente el indicador de subdesarrollo que se ha venido utilizando generalmente por su aparente objetividad y sencillez, o sea, el *ingreso real por habitante*.⁵ Es correcto afirmar que el subdesarrollo se distingue,

⁵ Consúltese al respecto: Armando Córdova, "Definición y Mor-

entre otros aspectos, por un bajo nivel de ingreso por habitante, que resalta especialmente si se le relaciona con el ingreso por habitante de los países desarrollados y en primer lugar con el de los Estados Unidos.⁶ Pero éste es tan sólo un indicador de insuficiencia y no revela toda la realidad del subdesarrollo.

Hay necesidad, por tanto, de recurrir a otros indicadores, ya no para medir o cuantificar sino para calificar o apreciar el subdesarrollo. En virtud de que la dependencia es el elemento esencial de esta situación, los indicadores seleccionados deben expresarla. En este orden de ideas conviene señalar que el grado de importancia del comercio exterior en la economía subdesarrollada, aunque efectivamente contribuye a caracterizarla, debe ser interpretado justamente como *medio instrumental* de la dependencia, pero no como la dependencia misma. No es que la economía subdesarrollada *dependa* del comercio exterior sino que éste es el vehículo y la forma aparente de la dependencia. Por tanto, más que el grado de significación cuantitativa del comercio exterior (que puede medirse según el coeficiente de Kusnetz) lo que interesa apreciar es el *grado de explotación* de la economía subdesarrollada a través del comercio exterior. Indicadores pertinentes son: la participación del capital extranjero en el sector exportador básico, la concentración en productos de la exportación, la concentración geográfica del origen de la importación (índices de Hirschman), el estado de elaboración de los productos que se intercambian (porcentaje de valor agregado nacional), etc. Instrumentalmente este conjunto de indicadores puede expresarse en las ganancias reales netas del comercio exterior, cuantificadas re-

fología del subdesarrollo económico”, en *Aspectos Teóricos del Subdesarrollo*. (A. Córdova y H. Silva Michelena, U. C. V. Caracas, 1967.)

^e Hay excepciones, desde luego, a esta característica cuantitativa del subdesarrollo. Venezuela, por ejemplo, y varios países de gran exportación petrolera, obtienen un ingreso por habitante tan alto como el de numerosos países desarrollados; sin embargo, debe advertirse que la fuente primaria de ese ingreso es exhaustible, lo que le imprime el riesgo de agotamiento en el largo plazo,

lativamente en la *tasa real de intercambio* (proporción entre el valor retornado de la unidad de exportación y el costo c. i. f. de la unidad de importación). Para los países subdesarrollados esta tasa registra una tendencia al deterioro, como ha sido establecido, aunque en términos nominales, por las investigaciones de las Naciones Unidas y del Fondo Monetario Internacional, lo que implica una extracción sistemática de recursos de estos países por parte de los dominantes.⁷

En consideración de la fase de explotación secundaria neo-capitalista hay que incluir como indicador de dependencia la participación del capital extranjero, bajo todas las formas directas e indirectas, en la creación y apropiación del producto industrial del país, expresada por la propiedad del capital, la dirección de la empresa, la tributación tecnológica y comercial (patentes y marcas que dan lugar a regalías y dividendos) y la proporción de insumos totales de la industria.

La *deformación*, otro elemento esencial del subdesarrollo, debe y puede ser indicada. La composición de la actividad económica, expresada por lo que se ha dado en llamar la estructura técnica de la producción, puede revelar una situación patológica de la asignación de recursos, consistente en una proliferación exagerada de servicios improductivos, que absorben una proporción sustancial de la fuerza de trabajo no rural, frente a un débil crecimiento del sector secundario, y con frecuencia frente a una insuficiente capacidad agrícola para proveer la subsistencia de la po-

⁷ La tesis central de R. Prebisch (y la CEPAL) sobre el subdesarrollo latinoamericano descansa en el fenómeno del deterioro secular de la relación real de intercambio, calculada en base de los valores unitarios nominales de las exportaciones y las importaciones, y en el argumento de que ese deterioro obedece a la composición del comercio (exportación primaria e importación secundaria), sin revelar la raíz más profunda que es el control sobre el comercio exterior por el capitalismo de los centros dominantes. W. Singer aporta una variante significativa a esta tesis de la explotación mediante el intercambio al analizar la inversión extranjera en el "enclave" primario exportador de los países dependientes.

blación.⁸ Otro aspecto de la deformación que debe ser indicado es el uso de los factores productivos, ya que en la economía subdesarrollada tiéndese a utilizar intensivamente el capital (factor más costoso) y a restringir el aprovechamiento de la fuerza de trabajo (factor menos costoso en términos de salarios). Ello tiene por consecuencia la acentuación de la escasez relativa de capital y de la redundancia relativa de fuerza de trabajo (desempleo, subempleo, no empleo). La deformación también debe señalarse por el desequilibrio geográfico de la actividad económica dentro del país, de modo que se forman islas de actividad agrupadas en determinadas zonas que muestran índices de crecimiento mucho más elevados que el promedio nacional, y para otras zonas, físicamente considerables, los índices de actividad económica son muy inferiores al promedio nacional, acercándose en algunos casos a cero (regiones amazónicas de América del Sur, por ejemplo).

La *insuficiencia* está ampliamente indicada en los estudios sobre el desarrollo. Además del bajo ingreso por habitante —y de uno u otro modo en relación con éste— pueden utilizarse indicadores tales como: la baja tasa de inversión con respecto al producto nacional, el subconsumo de artículos esenciales para la vida, el coeficiente de morbilidad infantil, el coeficiente de analfabetismo técnico, la tasa de empleo efectivo, la densidad macroeconómica de capital (disponibilidad de capital nacional por trabajador) y otros similares.

La *inestabilidad* está también ampliamente indicada en el examen del subdesarrollo. Las bruscas fluctuaciones interanuales de la tasa de aumento del producto territorial bruto, en función de las variadas contingencias del intercambio exterior, revelan en términos comprensivos la vulnerabili-

⁸ Es útil y oportuno señalar al respecto que el cómputo del producto territorial bruto sufre en sí mismo una deformación, ya que esa magnitud se amplía artificialmente con la valorización de servicios totalmente improductivos y cuya sustentación económica se encuentra en la circulación del excedente obtenido de la actividad productiva.

dad de la economía subdesarrollada. En particular, la inestabilidad y la vulnerabilidad se reflejan sintomáticamente en la balanza de pagos y en los niveles de precios.

4. *Enclave, marginalización y difusión*

Las relaciones neocapitalistas de producción y de la entera vida social no se extienden a toda la actividad económica y social del país dominado, salvo en la medida y oportunidad requeridas por la expansión del sistema. Es posible que durante largo tiempo esas relaciones permanezcan limitadas dentro de un "enclave" y el resto del país continúe subsistiendo bajo relaciones *atrasadas*, precapitalistas. Sin embargo, el adelanto de las comunicaciones determina que la penetración del sistema en los sectores "atrasados" se acelere, aunque sujeta a una mayor deformación. En los casos en que esa penetración neocapitalista en el sector "atrasado" no tiene lugar, pero las comunicaciones permiten a la población de dicho sector enterarse de la existencia de otros modos de vida, surge una contradicción potencialmente conflictiva entre los dos sectores considerados.

Se desprende de lo anterior que el capitalismo dependiente (neocapitalismo) presenta dos características esenciales: i) nunca llega a desarrollarse enteramente, con todos los atributos y potencialidades del sistema históricamente demostrados en los países que hoy son desarrollados, pero que nunca fueron *subdesarrollados*, según el concepto que se ha expuesto; ii) los rasgos capitalistas que pueden llegar a incorporarse en la sociedad subdesarrollada se circunscriben a determinados sectores y grupos, que de cierto modo se constituyen en "privilegios" de ese capitalismo, absorbiendo la mayor porción de la riqueza y el ingreso, disponiendo, por tanto, de un poder adquisitivo relativamente alto, de un nivel de vida dispendioso, de oportunidades de promoción económica, social, cultural y política. El conjunto social así circunscrito se autocalifica como "la nación", "el país", "la sociedad", y actúa en consecuencia, de modo que sus patrones y escalas de valores, hábitos de vida, opiniones,

coyuntura de bienestar, virtudes y vicios, son identificados como correspondientes a la dimensión nacional o social. Ese conjunto es un *enclave*, pero propende a configurarse como la totalidad colectiva.⁹

Los grupos sociales que no participan del “enclave” pueden identificarse bajo el común denominador de *marginalizados*. La marginalidad socioeconómica en el subdesarrollo es un fenómeno conocido, aunque no bien estudiado. Existe una modalidad urbana de la marginalidad y una modalidad rural. En los países en donde tuvo lugar una “revolución industrial” —Inglaterra en el siglo XVIII, EE. UU. en el XIX— ocurrió previamente una “revolución agrícola” que, además de contribuir a la capitalización industrial, y a la moderación del costo de la fuerza de trabajo, liberó población activa y la orientó a las ciudades en proceso de industrialización, haciéndose elástica la oferta del factor a partir del nivel de subsistencia. En los países subdesarrollados, por lo general, han ocurrido verdaderas fugas de población rural a las zonas en proceso de urbanización y centros de actividad económica, sin que esa población haya podido lograr su incorporación efectiva y total a tales centros, formándose así “periferias” o “márgenes” con modos singulares de vida. El crecimiento vegetativo de esta población marginal, luego de su crecimiento convulsivo, a una tasa siempre elevada, presiona el “enclave” surgiendo tensiones más o menos fuertes entre éste y el “margen”.

También en el campo puede presentarse el fenómeno de la marginalidad. El establecimiento de empresas rurales de índole capitalista, sin que se hubiese realizado una verdadera reforma agraria, convierte a los campesinos de las zonas afectadas en marginalizados de su propio campo. Incluso una reforma agraria de “enclave”, en base de asentamientos-modelos con todas las facilidades para la producción y

⁹ Forman parte de ese conjunto, por ejemplo, los comerciantes importadores, los industriales altos y medios, los **financistas**, los ejecutivos, técnicos y profesionales de niveles elevados y medios, los burócratas públicos y privados, los grupos más favorecidos de la clase obrera, los rentistas, empresarios de servicios agropecuarios, etc.

comercialización de frutos, pero restringidos a grupos escogidos del campesinado, contribuye al marginamiento.

Sin embargo, no debe pensarse que no hay participación alguna de los marginados en los frutos del capitalismo subdesarrollado. Evidentemente hay comunicación y cierta difusión entre el enclave y el margen. Al fin y al cabo también los marginados "viven" del excedente capitalista. Proliferan las ocupaciones improductivas, incluso las más absurdas y arbitrarias. Algunos servicios públicos y de asistencia social son prestados a las zonas marginales. Los medios de comunicación de alcance masivo difunden mensajes alienantes, inculturizantes, hasta bestializantes. Las labores de filantropía social, de cooperación "comunitaria" llegan cada vez más a los márgenes con sus medios de alivio de tensiones. Es posible hasta cierto punto adaptar la mentalidad del marginado a la dinámica deformante y absorbente del enclave, aunque no es posible superar por este medio los factores mismos del marginamiento.

5. *Dos perfiles del enclave*

5.1. *La industrialización en el subdesarrollo: el caso venezolano*

Se ha intentado explicar el proceso de sustitución de importaciones en América Latina como impuesto por dificultades de balanza de pagos derivadas del deterioro persistiendo el sector exportador primario de la economía. Aunque ésta pudo ser la circunstancia histórica concreta de varios países suramericanos importantes —Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Colombia—, no tuvo el significado de factor determinante principal, ya que la condición necesaria para la iniciación de dicho proceso es, desde el punto de vista de las leyes del capitalismo en el subdesarrollo, la formación y crecimiento de un mercado interno hasta alcanzar una dimensión que represente un mínimo económico a partir del cual se haga costeable el establecimiento de algunas industrias ligeras, las cuales pueden operar para aprovechar

una demanda ya existente, hasta entonces satisfecha mediante la importación. Teóricamente existen dos vías para este aprovechamiento industrial: i) *la vía propiamente nacional*, en que factores del país actuando en su propio interés y con dominio de la coyuntura de industrialización crean y desarrollan empresas productoras para reemplazar importaciones, apoyados sólidamente por el Estado; ii) *la vía dependiente o periférica*, en que factores del país actúan bajo el mandato o en connivencia con el capital extranjero (mayormente el representado por los proveedores extranjeros de los artículos sustituibles), subordinados a sus intereses, y las empresas productoras se convierten en simples apéndices de la organización matriz en el exterior. En ambos casos el Estado interviene para apoyar la industrialización, sólo que los efectos de su intervención son diferentes en cuanto al desenvolvimiento industrial. En ramas específicas de la industria es posible que se haya seguido la primera vía, pero el conjunto industrial (y hago referencia concreta a Venezuela) está subordinado al capital extranjero. Esta subordinación puede o no constituir en una intervención directa del capital extranjero, sino en una vinculación de hecho (importación de insumos, equipos, procedimientos de fabricación y comercialización, marcas, patentes, denominaciones, asistencia técnica, etc.).

En términos muy generales, los rasgos característicos de este proceso de industrialización, el de la vía dependiente o periférica, son, entre otros, los siguientes: a) comienza y crece en el nivel de los bienes de consumo; b) aprovecha el esquema y el patrón de la demanda servida por las importaciones a sustituir; c) en relación con lo anterior, requiere la importación de insumos semielaborados, medios de producción, servicios técnicos y de los derechos sobre el "prestigio" de la marca o firma extranjera antes proveedora de los bienes finales; d) como una derivación de b) y c), se aplican combinaciones de factores y recursos productivos por los cuales se utiliza una proporción considerable de capital y una baja proporción de fuerza de trabajo y recursos naturales del país; e) la operación de la

industria exige una determinada capacidad para importar haciéndose comparativamente rígidos el nuevo esquema y nivel de la importación; f) la producción industrial se coloca en su práctica totalidad en el mercado interno, resguardado a este efecto por un régimen de protección industrial no selectivo; g) el mercado interno, bajo las condiciones del subdesarrollo y de esta vía de industrialización, es insuficiente, por lo general, para la operación de la industria a plena capacidad y por consiguiente parte de ésta permanece sin utilizar; h) los altos costos medios, debido a la escasa productividad de las combinaciones factoriales trasplantadas desde los países desarrollados a los subdesarrollados, determinan altos precios de los artículos¹⁰ y éstos restringen la potencialidad de la demanda, formándose así un círculo vicioso de capacidad sin utilizar —altos costos, altos precios— insuficiente demanda-capacidad sin utilizar; i) la competencia monopolística trasplantada de los centros dominantes, con su multiplicidad de marcas, modelos y variantes de los artículos, induce al desperdicio de recursos y se convierte en un factor limitante de la industrialización; j) las innovaciones originadas en los centros se transmiten e imponen a la periferia, haciendo prematuramente “obsoletas” instalaciones y formas de fabricación y comercialización, forzándose así las altas tasas de depreciación; k) desde luego, la contribución del producto industrial al PTB es moderada y permanece así por largos periodos.

Los rasgos anteriores se presentan en Venezuela con toda claridad y pueden ser reconocidos en los hechos siguientes: la contribución del sector industrial manufacturero, excluida la refinación de petróleo, al PTB aumentó de un 11% en 1950 a sólo 14% en 1971; en la composición del producto manufacturero y fabril predomina el grupo de “industrias tradicionales”, con un 59% en el lapso de 1954-55 y un 48% en el lapso 1960-71, mientras que las indus-

¹⁰ También los altos precios obedecen a las elevadas tasas medias de ganancias en la industria, explicables como estímulo para la atracción de capital y “talento empresarial” a una actividad nueva, y por tanto, riesgosa, aunque apoyada por la protección oficial.

trias dinámicas, concretamente las industrias metalmeccánicas, significaron 9% en el lapso 1960-71 contra 4% en el lapso 1950-55; según datos de 1969 (B. V. C., Informe Económico), la proporción del suministro de importaciones en la demanda de productos manufacturados fue para el grupo de industrias mecánicas y metálicas de 58%, específicamente para maquinarias fue de 95%, para el grupo de "industrias intermedias" fue de 30% y para las "tradicionales" de sólo 7%; la inversión bruta extranjera en manufactura se elevó de Bs. 170 millones en 1950 a Bs. 3 379 millones en 1970, constituyéndose en el segundo campo de la inversión extranjera en el país, después del petróleo; en 1950, el empleo en la manufactura significa el 11.7% del empleo total, en 1969 significó el 15%; la capacidad industrial utilizada en 1961 según encuesta de Cordiplán en el grupo "tradicional" fue de 44%, en el grupo mecánico de 34%, en el grupo intermedio un 46% y en otros no clasificados el 42%; en 1966, según otra encuesta de Cordiplán, esa situación había variado positivamente pero en modesta proporción.¹¹ En cuanto al efecto de la industrialización sobre la importación en general puede indicarse lo siguiente: la importación cambió de composición entre el decenio de los 50 y el de los 60, reduciéndose sustancialmente la de bienes de consumo no durables, aumentando la de bienes de consumo durables, intermedios y materias primas; en una primera etapa aumentó la proporción de los bienes de capital en la importación global, luego se estabilizó y recientemente ha propendido a bajar. Fuerza es decir que si bien es cierto que el nivel de los precios de artículos industriales producidos en el país es alto, sus fluctuaciones son bastante moderadas, mientras que los productos importados acusan variaciones más acentuadas.

¹¹ En 1972, según el Banco Central de Venezuela, la utilización promedio de la capacidad instalada en la industria fue de 71 por ciento.

5.2. *La agricultura en el caso venezolano*

Dos subsectores pueden reconocerse en nuestra agricultura, según el modo de producción prevaleciente: i) el precapitalista; ii) el neocapitalista. En el primero puede reconocerse todavía dos componentes: a) el de exportación tradicional (café y cacao), y b) el de subsistencia.

En conjunto la agricultura ocupa aparentemente un tercio de la población activa total; de este tercio, hecho igual a 100, un 70% se aplica al cultivo para la subsistencia. El producto agrícola total representa menos del 7% del PTB y de ese 7% hecho igual a 100 el producto creado por el subsector neocapitalista se estima en un 70%.

El subsector neocapitalista coloca la totalidad de su producción en el mercado interno; en general produce bienes para su elaboración industrial y cuya demanda, en una etapa de expansión secular de ingresos, reacciona favorablemente ante cambios positivos en el nivel de ingresos y en su distribución. La productividad lograda por el subsector es comparativamente alta dentro del sector agrícola, aunque más baja que la del industrial. Este subsector representa la modernización capitalista de la economía rural y está vinculado enteramente a la industria manufacturera, de modo que ambas forman parte del "enclave" ya referido. La población campesina "tradicional" es marginada, y se induce la formación de un proletariado rural.

El subsector precapitalista coloca una parte de su producción en el mercado exterior y otra parte es autoconsumida y/o colocada eventualmente en el mercado interno.¹² La productividad es bastante baja.¹³ La reforma agraria debe incidir en este subsector neocapitalista. El problema de la incorporación del campo a la economía de mercado tie-

¹² Una parte de la producción de café y cacao, artículos exportables, es absorbida por la industria del país para su elaboración, en Venezuela.

¹³ La productividad media anual de un trabajador agrícola se estima en Bs. 4 000.00 contra Bs. 140 000.00 de un trabajador petrolero, en Venezuela.

ne que ver esencialmente con la transformación del subsector precapitalista. La falta de esta transformación constituye una rémora para la industrialización.

La significación de la agricultura en el PTB, menos de 7%, es anormal en el caso venezolano, cuando un 33% de la población depende del campo. El ajuste debe resultar en una elevación del porcentaje agrícola en el PTB.

Resumen y conclusiones

1. Existe una divergencia en el crecimiento comparativo de los dos sectores estructurales del capitalismo (países desarrollados y países subdesarrollados), que expresa una antinomia del sistema y es compatible con la unidad estructural del mismo.
2. Lo anterior permite señalar que el subdesarrollo tiene sus leyes específicas, pero que deben ser interpretadas como derivadas de las leyes generales del desarrollo capitalista mundial.
3. Los elementos esenciales del subdesarrollo son: la dependencia, la deformación, la insuficiencia y la inestabilidad.
4. El subdesarrollo tiene su dinámica concreta, sujeta, desde luego, a la dinámica general del capitalismo; en virtud de aquélla tienen lugar las fases históricas del subdesarrollo, a saber: i) la explotación primaria colonial; ii) la explotación primaria neocolonial; iii) la explotación secundaria neocapitalista; iv) la creación de un sector público de la economía; v) la diversificación y complementación de la exportación.
5. Entre los indicadores de subdesarrollo, además del ingreso real por habitante, hay que utilizar los que expresen el grado de dependencia del país, su deformación estructural, la insuficiencia socioeconómica y la inestabilidad coyuntural del crecimiento de la economía.

6. El capitalismo dependiente o neocapitalismo presenta dos características esenciales: i) nunca llega a desarrollarse enteramente; ii) se forma y expande como un *enclave*.
7. En consecuencia de lo anterior, los grupos sociales que no son incorporados en el "enclave" permanecen *marginados*, de modo que se forman dos sectores contradictorios en el subdesarrollo: el enclave y el margen.
8. La formación y el crecimiento de un mercado interno servido sustancialmente por las importaciones constituyen una condición previa y necesaria para la industrialización en el subdesarrollo. Existen teóricamente dos vías para esta industrialización: i) la nacional; ii) la dependiente o periférica.
9. Entre los rasgos característicos de la industrialización periférica en el subdesarrollo hay que mencionar los siguientes: surge del aprovechamiento del esquema y según el patrón de la importación, y, por tanto, requiere la importación de insumos semielaborados, medios de producción producidos, servicios técnicos y derechos sobre el "prestigio" de marca y/o firma extranjera respectiva; en consecuencia, se aplican combinaciones de factores y recursos productivos que contribuyen directamente a acentuar el desequilibrio en la provisión nacional de factores; sin una adecuada capacidad para importar la operación industrial sufre trastornos graves que pueden llegar hasta la paralización; el mercado interno es insuficiente y no favorece, por tanto, la utilización plena de la capacidad industrial; en relación con lo anterior se establece y persiste un círculo vicioso de capacidad no utilizada —altos costos— altos precios —insuficiente demanda— capacidad sin utilizar que es limitativa del crecimiento industrial; otro elemento limitante es la desordenada y exagerada competencia monopolística trasplantada de los centros dominantes; la contribución del producto industrial al PTB es moderada y permanece así por largos periodos.

10. La agricultura, bajo las condiciones del subdesarrollo, no ofrece una salida al problema de la demanda industrial interna ni al de los altos costos de la alimentación. Se compone de dos sectores: uno que participa del enclave neocapitalista y otro que participa del *margen ya mencionado*.
11. La superación del problema de la coexistencia contradictoria del enclave y el margen sólo es posible mediante la transformación del subdesarrollo en desarrollo. Por las propias leyes referidas al capitalismo esa transformación exige un cambio estructural.

LA UNCTAD Y LA TEORÍA ECONÓMICA INTERNACIONAL*

OSVALDO MARTÍNEZ

La III Conferencia de la Junta de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas (UNCTAD), celebrada en Santiago de Chile, ha sido una nueva ocasión para que los países del Tercer Mundo expresen sus reivindicaciones y necesidades de integrarse al progreso y la civilización. En una coyuntura internacional especialísima, cuando el frente del imperialismo muestra fisuras anunciadoras del inevitable derrumbamiento, los países subdesarrollados han expuesto su situación y sus demandas, dentro de un mundo en el que los ricos se hacen cada día más ricos y los pobres son cada vez más pobres, en el que el abismo entre desarrollados y subdesarrollados se agiganta progresivamente.

Esta nueva colisión entre el mundo capitalista desarrollado y los que exigen cada vez con más energía el acceso al desarrollo, induce a pensar no sólo en términos de la realidad operativa del debate, sino también en el modo en que la teoría económica burguesa tradicional ha pensado y planteado los problemas, indisolublemente unidos del comercio y el desarrollo, o lo que es o mismo, a hacer el nutrido inventario de fracasos que configura la fisonomía de esa teoría. Este inventario de fracasos enfatiza el hecho evidente, y por supuesto lógico, de que el abismo entre des-

* Publicado originalmente en la revista *Economía y Desarrollo*. La Habana, septiembre-octubre de 1972, pp. 96-120.

arrollados y subdesarrollados no sólo se refiere a las diferencias materiales de niveles de vida, productividad, educación, etc., sino también a la distancia insalvable que separa a la teoría económica tradicional de la realidad, a la terca obstinación con que los hechos reales del subdesarrollo lo han hecho jirones los esquemas de tal teoría hasta exhibir su incapacidad para explicar los problemas de ese otro mundo que aunque a nivel de la economía real siempre ha constituido su coto de explotación y reservas, a nivel del pensamiento económico burgués, resulta prácticamente una insolencia que no encaja en ese ordenado mundo de ideas.

Se trata de que la teoría económica burguesa tradicional sufre lo que pudiera llamarse su pecado original, o sea, los efectos de las distancias que median entre sus orígenes pasados y las realidades actuales, entre sus raíces históricas liberales y su presente monopolista, entre su pasado lleno de firmes convicciones de eternidad y perfección, y su presente de dudas y crisis. Ese proceso histórico de desarrollo del sistema capitalista y de crecientes discrepancias entre la teoría y la realidad del desarrollo, tiene su mejor expresión en el paso del clasicismo a todos los neoclasicismos. Es el doloroso proceso de tratar de incluir lo no incluido, de enmendar de una u otra forma los errores e irrealidades, de tratar de adecuarse a las nuevas condiciones, pero siempre manteniendo las premisas básicas del funcionamiento del sistema y la confianza (cada vez más cuestionada) en su papel en pro del desarrollo económico.

La vigencia del tratamiento de este tema en relación con la Conferencia de la UNCTAD se debe a que probablemente en ninguna otra esfera de la teoría económica es tan escandalosa esa incapacidad de la teoría tradicional para explicar la realidad contemporánea, como en los campos del comercio internacional y el desarrollo económico, es decir, en aquellos problemas que constituyeron la temática central de la III UNCTAD. En otros campos, la teoría mencionada se ha tecnificado, retorcido y sofisticado de modo tal que los remiendos aparecen menos impudicamente, pero en lo referente a comercio internacional y desarrollo, la inca-

pacidad es evidente, quizás porque fue en esos dominios donde la economía liberal tuvo sus más grandes bastiones y donde se condensó con más fuerza la convicción en la perfección y los infalibles automatismos del sistema.

En efecto, las interrelaciones entre comercio internacional y desarrollo económico han sido objeto de análisis por la economía tradicional (incluyendo tanto a clásicos como neoclásicos) y para explicar esas relaciones esta economía aporta un conjunto de esquemas que si bien se contradicen con la realidad, satisfacen al parecer, las necesidades de conciencia de tales economistas. No sería ocioso pues, tratar de efectuar una breve síntesis de esos esquemas para confrontarlos con la implacable realidad y extraer de esta confrontación algunas conclusiones referentes a las posiciones y los intereses de los países del mundo subdesarrollado.

La economía clásica liberal tiene como trasfondo general la concepción de que el sistema capitalista implica la consecución de un óptimo económico nacional y su extensión subsiguiente, de manera que también universalmente el sistema tendía al logro del óptimo. Para alcanzar este óptimo sólo era necesario cumplir los preceptos que la economía postulaba, en los cuales la conducta del país en cuanto a especialización productiva y normas de comercio internacional estaban perfectamente definidos y debían conducir automáticamente al logro del óptimo nacional dentro de un conjunto universalmente optimizado. Se postulaba que el desarrollo económico sería una especie de lógico subproducto de la acción libre de los principios que debían regir la especialización y el comercio internacionales, en tanto las relaciones capitalistas dominaban la economía interna.

La especialización productiva tiene su fundamentación en la teoría de las ventajas comparativas de Ricardo, la cual establece los principios que deben regir para lograr la especialización óptima. No se trata en los límites de este artículo de intentar criticar a fondo esta tenaz teoría que ha resistido el paso de unos 150 años, de evolución del capitalismo y su pensamiento económico, permaneciendo intacta en sus bases fundamentales. Más bien nos interesa compa-

rar la diferencia que medía entre lo que Ricardo y sus seguidores consideraban los efectos de su teoría y lo que la realidad histórica ha demostrado. No obstante, es conveniente señalar algunos aspectos acerca de esta añeja teoría, como es el hecho notable de que ella es prácticamente la única parte del pensamiento ricardiano que no ha sido "demolida" por la economía burguesa posterior, para la cual Ricardo es, en algunos aspectos un ascendiente embarazoso. Incluso los más agresivos críticos de Ricardo como los marginalistas austríacos, deponen sus críticas en los capítulos correspondientes a comercio exterior.

Esta economía burguesa se ha limitado a aceptar los supuestos básicos de la teoría ricardiana y a discutir detalles, aplicaciones y efectos parciales dentro del marco de aquellos supuestos o hipótesis, sin cuestionar nunca a fondo estas bases que actúan como límites del razonamiento. Es así como, desde John Stuart Mill hasta Samuelson, pasando por Marshall, Cairnes, Viner, Taussig, etc., el pensamiento económico ha presenciado una colección de sutilezas y detalles en torno a los problemas e incidencias de las ventajas comparativas.

Esta extraordinaria vitalidad induce a pensar que en el plano teórico, su crítica depende en buena medida de la aceptación de sus supuestos, ya que, una vez aceptados éstos, parece no haber dentro de ese espacio delimitado, ningún error de lógica pura que sea susceptible de actuar como factor demoledor de la teoría. Pero si en términos de lógica pura y dentro de los límites de sus hipótesis, la teoría de las ventajas comparativas permanece sólida, en el campo de sus pretendidos efectos es donde se verifica la quiebra de la concepción liberal al impacto de la realidad. Esto se puede apreciar si recordamos en forma muy breve lo que las ventajas comparativas planteaban y sobre todo lo que prometían para los que las adoptaran como criterio de especialización, ya que en esta teoría se trataba no sólo de explicar las condiciones que determinan la especialización internacional, sino también de la consideración sobre las ventajas que obtendría cada nación mediante una especializa-

ción máxima, así como de las normas de una política económica en consonancia con lo anterior.

El país debe especializarse en aquella producción en la que su ventaja comparativa sea mayor, o donde sea menor su desventaja relativa y en definitiva, la ventaja resulta del hecho de que en cada país el costo representado por la adquisición a través del intercambio internacional es inferior al que existiría si se produjera en el país el producto importado.

Pero, lo que realmente resulta atractivo al espíritu liberal —y constituía un aspecto de singular importancia en el razonamiento de Ricardo— son los efectos universalmente positivos de la aplicación de las ventajas comparativas. ¿Cómo no sentirse atraído por los prometedores efectos de una teoría que postula un maravilloso juego donde se tiene todas las oportunidades de ganar sin ningún riesgo de perder?

Es formidable lo que se deriva del famoso ejemplo de Ricardo acerca de la especialización e intercambios de vino y paño entre Inglaterra y Portugal. Al verificarse la especialización y los intercambios se tiene como hermosos resultados el que ambos países han ganado individualmente, que haya aumentado mundialmente el comercio y por ende, la producción de los bienes considerados, con lo cual ocurre también un beneficio a nivel mundial. Samuelson lo expresa con gran satisfacción: “En el comercio internacional ningún país gana a costa del otro, sino que los beneficios derivados del comercio son mutuos y todos ganan. Esto es posible porque el total de la producción mundial aumenta con la especialización internacional, como efecto de los diferentes costos comparativos”.¹

Desde luego que la aplicación concreta de la teoría ha sido, en definitiva el punto candente para la economía burguesa. Para Ricardo existía una especialización que era óptima para el país y que se determinaba por las ventajas comparativas considerando el gasto de trabajo medido en

¹ Paul Samuelson, *Curso de Economía Moderna*, Madrid, Editorial Aguilar S. A., 1959, p. 652.

horas. La economía posterior consideró demasiado “abstracto”, muy poco operativo ese criterio y se esforzó por encontrar un criterio de aplicación del teorema de Ricardo, sin violentar los principios básicos del mismo ni afectar sus “maravillosos” efectos de beneficio para todos. Lo encontró en el principio de Heckscher-Ohlin, el cual sustituye la economía de trabajo por la proporción de los factores como criterio de especialización y de aplicación de las ventajas comparativas. De esta manera, cada país se especializará en el producto, o los productos, para cuya producción se requiera la combinación óptima de factores en la cual participe con más intensidad el factor de que dispone con mayor abundancia, o sea, “un país tiende a especializarse en aquella producción para la cual la combinación de factores de que dispone le proporciona el máximo de ventajas o el mínimo de desventajas”.²

Esto significa que el país poseedor de mucho capital tenderá a especializarse en producciones industriales tanto más avanzadas como lo sea el capital disponible, mientras que el país poseedor de mucho trabajo y poco capital se especializará en industrias ligeras como las textiles o en producciones agrícolas si también posee en abundancia el factor tierra. Así ha sido modernizado superficialmente el principio de las ventajas comparativas, aunque manteniendo también con Heckscher-Ohlin su atrayente ganancia para todos y pérdida para nadie. El problema de la ganancia era objeto de discusión sólo en términos de cuáles podrían ser las participaciones de los países con relación a la ganancia total derivada de la especialización y el comercio, originando los largos torneos de sutilezas teóricas y geométricas acerca de hacia qué extremo se inclinaría la relación real de intercambio entre los parámetros representados por los costos comparados nacionales. Pero nunca se ponía en duda el que todos ganarían al menos algo, ni tampoco se admitía que pudiera perderse, salvo en excepcionales casos de tipo coyuntural y por tanto transitorio.

² B. Ohlin, *Interregional and Internat. Trade*, Harvard Economic Studies, 1933.

Esta economía tradicional acompañaba la maravillosa teoría de las ventajas comparativas y todos sus aditamentos posteriores, con el incommovible principio del libre cambio.

Es interesante hacer algunas consideraciones sobre la peculiar carrera histórica del librecambio, antes de hacer un resumen inicial de la confrontación entre teoría y realidad en lo concerniente a especialización y comercio internacional. Para los clásicos burgueses, el librecambio constituía algo así como el principio sagrado cuya observancia era condición *sine qua non* para el funcionamiento "normal" y progresivo del sistema capitalista. Ventajas comparativas y librecambio debían ser las dos bases sobre las que se asentarían sólidamente la especialización y el comercio internacional. Pero, ¿cuál ha sido la realidad histórica en la carrera del librecambio y su proverbial adversario el proteccionismo? La realidad ha sido que tradicionalmente los gobiernos de todos los países adoptan políticas proteccionistas, en tanto que el librecambio es efímeramente propugnado por las naciones más ricas, con más altos niveles comerciales y de productividad, en tanto esos niveles le hacen deseable y conveniente invadir mercados extranjeros, desplazar competidores e imponer su poderío. Tan pronto como este poderío comienza a resentirse, se retorna a la vieja práctica del proteccionismo, tan agradable a los mercantilistas.

Inglaterra fue la nación que se permitió la más larga etapa librecambista; la cual puede situarse entre 1846 y 1932, o sea los años que marcan la vigencia británica como potencia de primer orden y como comerciante mundial. A medida que se fueron mellando los colmillos del león inglés, el Reino Unido fue regresando al proteccionismo, mirando con nostalgia la época dorada de la *Navy Act* en que Inglaterra le exigía al mundo que levantara las barreras comerciales para mejor penetrarlo con los desbordantes productos ingleses, mientras daba como argumento a favor del librecambio las "mutuas" ventajas que se obtendrían, además de su concordancia precisa con la "naturaleza humana".

Igualmente Estados Unidos emerge de la II Guerra Mundial como pujante potencia y mientras disfruta de una indu-

dable supremacía con respecto al resto de los países capitalistas, mantiene posiciones (al menos formalmente) libre-cambistas. Pero a medida que la economía norteamericana se ha ido deteriorando, aquejada entre otras cosas, por el aventurerismo bélico en Indochina, el librecambismo ha ido cediendo el puesto a la protección y las barreras (recordar Ley Mills). Y finalmente la posición proteccionista ha sido asumida fuertemente a partir de las medidas unilaterales tomadas por el gobierno norteamericano el 15 de agosto de 1971, persiguiendo poner un dique al déficit en la balanza de pagos, a la inflación y al deterioro comercial de Estados Unidos frente a otros países capitalistas. Para el resto de los países el librecambio apenas ha existido, siendo el proteccionismo la práctica cotidiana.

No obstante, los economistas liberales año tras año se esfuerzan por demostrar las ventajas del librecambio y los vicios del proteccionismo. La teoría de los costos comparativos es el supremo argumento para demostrar las bienanzas del librecambio, considerando a los mercantilistas como artesanos de la profesión e ignorantes de las supremas virtudes del liberalismo económico. No importa que la práctica histórica de 150 años y aún antes, sea obstinadamente proteccionista. En todo caso esta práctica servirá como argumento para que la economía tradicional sostenga un fuego graneado sobre los necios gobernantes que absurdamente practican el proteccionismo década tras década, hasta terminar por hacer creer, según A. Emmanuel, "que existen dos mundos, el mundo razonado de la economía política y el mundo vulgar de la política económica".³

Durante años y años, pasando a través de innumerables peripecias históricas y a pesar de los cambios evolutivos habidos en el sistema capitalista, numerosos economistas han continuado creyendo que los gobernantes son una casta de gentes con una irremediable vocación al error, sin sospechar siquiera que la práctica proteccionista debía respon-

³ A. Emmanuel, "Le exchange Inegal". Editorial Maspero, 1967. Traducido en el CIEI. Existe también traducción de Siglo XXI Editores, México.

der a razones más profundas y determinantes que se revelaban con fuerza decisiva en los campos de los resultados de las balanzas comerciales y de pagos de los países y en la pugna por atraer la ganancia y repeler la pérdida. Esta política no se ha debido obviamente a la irremediable vocación al error de los gobernantes, sino que ha sido un elemento lógico dentro del funcionamiento normal de un sistema para el cual un excedente de las exportaciones sobre las importaciones, o sea, un privilegio de la nación sobre el extranjero es un beneficio para la economía nacional. Pero admitir que un país basa los beneficios de su economía nacional en los perjuicios que sufrieron otros era y es demasiado para la economía tradicional. Ello equivale a echar por tierra los fundamentos mismos del liberalismo y a admitir que el sistema capitalista es el último absurdo; por cuanto basa la prosperidad de unos en la ruina de otros. Evidentemente es pedirle demasiado a esta economía, y por eso a través de décadas y décadas se oyen las muy conocidas filípicas contra la tendencia al error de los gobernantes, torpemente empeñados en no practicar el benéfico librecambismo.

Desde luego, que en este campo de la vieja polémica proteccionismo *versus* librecambio, existe actualmente una honda crisis entre los liberales "puros", que provoca que éstos sean cada vez menos ante las realidades de un mundo que no admite esas divagaciones. No obstante, todavía después de decenios de proteccionismo hay voces como las de Viner, Haberler, Samuelson y otros que siguen repitiendo los viejos acordes del liberalismo en esta vieja discusión. Es interesante escuchar a uno de ellos: "El fomento de un comercio más libre se apoya en la creciente productividad, posible mediante la especialización internacional de acuerdo con la ley de los costos comparativos, que permite una mayor producción mundial y un nivel más alto de vida en todos los países. El comercio entre países de distintos niveles de vida resulta especialmente provechoso para todos ellos".⁴

⁴ P. A. Samuelson, *ob. cit.*, p. 670.

En estrecha unión con el librecambismo aparece en el pensamiento económico tradicional la noción de reciprocidad como complemento indispensable del liberalismo. La reciprocidad en las relaciones económicas en general y comerciales en particular, constituyó la más perfecta plasmación del pensamiento liberal y también la máscara con la cual la desigualdad real se presentaba como igualdad formal. La exigencia de reciprocidad cuando se trata de partes ampliamente desiguales (diferentes niveles de desarrollo económico) ha sido una constante en la filosofía y la práctica del comercio internacional desde que este principio teórico se hizo realidad hasta nuestros días. Es ésta la filosofía que ha figurado como básica en la concepción del GATT y es la que ha alimentado la práctica de esa institución a través de principios tales como el de nación más favorecida (vulnerado por los países capitalistas desarrollados cada vez que lo han querido) y otros.

Por supuesto, que la crisis del liberalismo y su inseparable "reciprocidad" se ha ido agudizando en la misma medida en que la brecha entre desarrollados y subdesarrollados se agiganta y la conciencia del Tercer Mundo de sus propios problemas, crece. Esto encuentra una de sus expresiones en el hecho de que en el seno del Grupo de los 77 dentro de la UNCTAD se hace cada vez más fuerte el rechazo a la política y los principios que inspiraron al GATT y se plantea la necesidad del reconocimiento de la evidente disparidad de condiciones en que se hallan los distintos países.

El análisis del pensamiento burgués tradicional en cuanto a comercio internacional revela sin mucho esfuerzo que en este campo ese pensamiento está asentado sobre dos pilares: el principio de las ventajas comparativas ricardiano, complementado por el teorema de Heckscher-Ohlin como criterio de aplicación, en lo referente a especialización o división internacional del trabajo y el librecambismo y sus inseparables principios de "reciprocidad" e "igualdad", en lo referente al mecanismo de realización del comercio internacional. La crítica teórica profunda de estos pilares es una tarea que, evidentemente desborda los marcos de este

breve artículo en el cual la realización posible es sólo la constatación empírica del profundo abismo que separa la teoría considerada, de sus efectos prácticos, o en otras palabras, la distancia entre lo que ella promete y lo que realmente ha dado: como prueba inicial de la crisis de tal pensamiento y su no correspondencia con los intereses del mundo subdesarrollado. No obstante, resulta útil dedicar una ojeada a las bases teóricas generales de la teoría considerada y, simultáneamente con la constatación del carácter ahistórico e irreal de esas bases, esbozar algunos aspectos preliminares de crítica a ellos. Estas bases, hipótesis o supuestos de la corriente de pensamiento que analizamos aparecen expuestos detalladamente en la obra de Maurice Bye⁵ y a ella nos remitiremos: "El análisis ricardiano y el que le sigue hasta la época contemporánea, reposa en una serie de hipótesis que conviene precisar, a fin de apreciar su alcance. Tales hipótesis son:

- 1a. En lo que se refiere a los productos: movilidad, homogeneidad, competencia perfecta en los mercados interiores e internacionales de todos los productos considerados, es decir mercados de productos perfectos, tanto en el terreno nacional como internacional.⁶

Hagamos un alto en la cita de la obra de Bye para considerar este primer grupo de supuestos referentes a los productos. La homogeneidad a que se alude como supuesto entre los productos constituye un punto ambiguo sobre el que no hay precisión. ¿De qué homogeneidad entre productos se habla?, ¿en qué sentido son homogéneos los productos?, ¿son homogéneos los productos industriales y agrícolas o incluso los productos de la industria ligera y de la industria pesada?

⁵ M. Bye, *Relaciones Internacionales*. Edit. L. Miracle, S. A., Barcelona, 1965.

⁶ *Ibid.*, p. 147.

Realmente esta homogeneidad no pasa de ser una vaguedad a la que cada economista puede darle el contenido que entienda conveniente o adecuado. Pero, lo realmente básico en los supuestos sobre productos son los referentes a la movilidad y la competencia perfecta en los mercados interiores e internacionales; supuesto éste cuyo sabor liberal es indudable. La persistencia de la competencia perfecta en la base del pensamiento tradicional es tenaz, a pesar de que la realidad capitalista actual proclama a gritos que aquella realidad del siglo XIX es hoy totalmente obsoleta. Es el mundo liberal de empresas pequeñas produciendo para un mercado anónimo en el cual el peso de cada una de ellas era poco significativo; de la "soberanía" del consumidor y la elección libre de productos y servicios de su preferencia, para poner en funcionamiento los mecanismos automáticos que regulan el sistema económico.

Si en vez de individuos consideramos a países como la unidad básica, todo lo anterior se aplicará a una supuesta elección libre del país en un mercado internacional de competencia perfecta. La irrealidad del supuesto de la competencia perfecta nacional e internacional es tan evidente que sólo basta mirar alrededor en la economía capitalista nacional e internacional actual para percatarse. No obstante, un economista nada sospechoso de militancia en las filas del mundo subdesarrollado como John K. Galbraith es categórico al referirse al controvertido problema de la competencia perfecta y la soberanía del consumidor. "La inversión de la secuencia clásica del mercado —es decir, la desaparición de la influencia soberana del consumidor— forma parte del conjunto del proceso de adaptación del desarrollo industrial. Estando dadas la magnitud de las necesidades en capitales y la complejidad de las organizaciones, la empresa industrial prospera debido a tener unas dimensiones relativamente grandes. Es decir, que un número bastante restringido de empresas importantes van a repartirse los mercados. Los precios pactados por esas empresas serán en ese caso estrechamente solidarios. Con la óptica tradicional, tal situación será calificada de oligopolio, cada empresa

considerando que el interés de todas pasaría por la estabilidad de los precios evitaría toda iniciativa, por ejemplo, una guerra de precios, susceptible de perjudicar a los intereses comunes".⁷ Y algo más adelante reitera: "El sistema industrial moderno no es ya esencialmente aquél de la economía de mercado. Está planificado, en parte por las grandes empresas y en parte por el Estado Moderno. Él tiene que planificarse, porque la tecnología y la organización moderna no pueden desarrollarse favorablemente sino en un marco de estabilidad, condición que el mercado no puede satisfacer".⁸

No obstante que el principio de la competencia perfecta nacional e internacional es inseparable de la economía tradicional, ésta continúa manteniendo sus postulados intactos, para una situación que ya no responde a aquel supuesto. No importa que unas pocas empresas norteamericanas controlen prácticamente el 50% de la actividad económica del país, incluyendo los sectores más dinámicos, importantes y decisivos. No importa que esas mismas gigantescas empresas controlen partes importantes del comercio exterior de muchos países a través de sus subsidiarias en ultramar. No importa que las integraciones capitalistas como la Comunidad Económica Europea tiendan cada vez más a convertirse en una nueva y gigantesca forma de monopolización, con sus prácticas proteccionistas y discriminatorias para las exportaciones de los países subdesarrollados, a tenor de sus exclusivos intereses. Volviendo a la obra de Bye encontramos el segundo grupo de supuestos que nos interesa:

"2a. Por cuanto respecto a los factores: A) en el interior de cada país: movilidad, homogeneidad, competencia perfecta entre los factores (un solo trabajo, una sola naturaleza...), es decir, mercado interior perfecto. De la competencia perfecta, los clásicos deducen que los factores deben estar en régi-

⁷ John K. Galbraith: "El nuevo estado industrial: presentación, críticas y consecuencias", *Economía y Desarrollo*, No. 4, p. 109.

⁸ *Ibid.*

men de pleno empleo. B) Entre los países: homogeneidad, pero inmovilidad de estos factores".⁹

En cuanto a los llamados factores en el interior de cada país no merece redundar acerca del supuesto mercado interior perfecto, tan inexistente como el mercado perfecto de productos. Más bien resulta útil observar la mencionada homogeneidad de estos factores y el pleno empleo que para ellos se supone; aunque la economía burguesa, después de Keynes ha adquirido cierta cobertura a este respecto, que explica el haber dejado de considerar tabú este viejo tópico clásico. No obstante, el keynesianismo no logró borrar más que de modo superficial el estigma de la hipótesis clásica de pleno empleo en la economía interna y no lo logró en absoluto en lo referente a la teoría económica internacional tradicional.

La homogeneidad de los factores tiene honda raíz en la tradición liberal. Es la base de sustentación del desarrollo equilibrado de los distintos sectores en las economías internas, ya que suponiendo tal homogeneidad es posible movilizar, mover y adaptar factores entre los diferentes sectores económicos de acuerdo a la regulación automática del sistema y a su sensibilidad al libre movimiento de precios en un libre mercado. De este modo las diferencias sectoriales se evitan o se minimizan.

Pero en el mundo real ocurre que el desarrollo económico tanto nacional como internacional no se produce "homogéneamente" sino desigualmente, en estrecha relación con el proceso de innovación tecnológica que confiere un particular dinamismo a ciertos sectores (electrónica, petroquímica, automotriz, siderurgia, etc.). En estos sectores las características del capital y la fuerza de trabajo devienen cualitativamente diferentes a las de otros sectores, creándose un desarrollo sectorial desigual.

Si esto ocurre en los países desarrollados también ocurre con alguna similitud en los países subdesarrollados y depen-

⁹ Maurice Bye, *ob. cit.*, pp. 147-148.

dientes donde se ubican las sucursales y subsidiarias de las casas matrices y en los que se produce el fenómeno de "islas" de desarrollo en medio del océano del subdesarrollo. Estas "islas" guardan generalmente relación con la recepción de una tecnología extranjera y su secuela de cargas financieras y de otra índole para el país dependiente. Este desarrollo dependiente, realizado en ciertos sectores configura el perfil de deformación estructural de la economía latinoamericana actual.

El pleno empleo de los factores es otra risueña ilusión de la economía liberal. Este supuesto no se cumple ni en los países capitalistas desarrollados y Keynes lo proclamó abiertamente, presionado por una coyuntura crítica en la economía capitalista. A pesar de eso, las ventajas comparativas, el librecambio y la reciprocidad comercial siguen teniendo como substrato esta concepción. Sólo baste mencionar que el "factor de producción" más importante, el hombre, se encuentra desempleado en América Latina (excluyendo Cuba) a niveles del 30% de la población en edad laboral, o sea, alrededor de 25 millones de personas.¹⁰ Si se considerase no solamente el desempleo pleno, sino la situación de marginalidad social y empleo inseguro de amplias masas de la población latinoamericana, estas cifras se elevarían considerablemente hasta abarcar partes muy considerables de los casi 300 millones de latinoamericanos.

Es evidente que la mencionada "homogeneidad de los factores" tiene como pre-requisito teórico la homogeneidad de los países, a la cual será necesario referirse posteriormente.

En cuanto a las características de los factores entre los países se mencionan la homogeneidad y la inmovilidad internacionales. La homogeneidad de factores entre países puede aceptar para sí todas las consideraciones hechas para la homogeneidad dentro de los países, pero además, en ella se revela aún con mayor fuerza la irrealidad ya conocida. Si tomamos los dos "clásicos" factores de producción de la

¹⁰ CEPAL.

economía burguesa: el capital, considerado como medios de producción en general, y el trabajo, bien entendido como fuerza de trabajo humano, apreciamos claramente que la homogeneidad es inconcebible. No hay homogeneidad alguna entre las máquinas electrónicas, automatizadas y cibernatizadas de las sociedades industriales y los artesanales medios de producción que predominan en la industria latinoamericana, por citar un ejemplo. En esta industria el 52% del empleo es artesanal y la utilización de su producción refleja su carácter atrasado. De su producción el 53% se orienta hacia el consumo y el 33% a la producción de materias primas,¹¹ lo que permite calificar a esta industria latinoamericana como industria ligera artesanal en su magnitud fundamental. Igualmente es absurdo hablar de la homogeneidad del factor "trabajo" cuando se comparan países desarrollados y subdesarrollados actuales. Es evidente que los trabajos ejecutados para producir las exportaciones primarias de América Latina no guardan relación de homogeneidad con los trabajos industriales altamente tecnificados, más que en el plano general de ser actividades humanas productivas. Basta observar las exportaciones latinoamericanas y comprobar que en 1969 según datos del BID¹² concentraron el 63% de las exportaciones del continente, siendo todos ellos productos primarios (materias primas o alimentos).¹³ Estos productos han llegado a los mercados internacionales como exportaciones latinoamericanas y constituyen las fuentes básicas de obtención de divisas para el continente, con las cuales se compran los productos industriales que Latinoamérica demanda.

¿Cabe entonces hablar de homogeneidad entre el "factor trabajo" cuando se trata de un trabajador agrícola del café, del algodón, del banano, etc., y el "factor trabajo" considerando un trabajador industrial de los grandes centros desarrollados contemporáneos? El último supuesto con res-

¹¹ CEPAL.

¹² BID. Progreso Social..., 1970.

¹³ Los productos son: petróleo, café, cobre, algodón, carne vacuna, azúcar, bananos y maíz.

pecto a los factores trata sobre la inmovilidad internacional de éstos; condición que ha actuado como límite infranqueable al pensamiento económico desde Ricardo hasta la actualidad. Una discusión muy importante se desarrolla sobre este tema en los últimos tiempos, en la cual la obra de A. Emmanuel: *El intercambio desigual* sa planteado una aguda reconsideración de tal supuesto y desde posiciones críticas ha extraído conclusiones prácticas para la acción de los países subdesarrollados. Esta discusión, obviamente, es imposible ceñirla a un marco tan reducido, pero sin dudas, el análisis profundo de esta concepción clásica, que ha adquirido ribetes de dogma teórico, puede contribuir mucho a la vertebración de un marco conceptual sobre los problemas del desarrollo, la especialización y el comercio internacional, desde las posiciones del Tercer Mundo. Volviendo a la obra de Bye encontramos el tercer grupo de supuestos, así enunciados: "Unidad de la combinación óptima de factores en la producción de cada producto, cualquiera que sea el país. Esta combinación óptima queda determinada por datos técnicos y se supone que no hay más que una: el cultivo, por ejemplo, exige mucha tierra y poco trabajo (no se considera que el cultivo intensivo pueda ser tan económico como el extranjero)".¹⁴

En este supuesto el propio Bye desliza una expresión de crítica al mismo, en vista de su carácter tan cerrado y absoluto. Pero no nos interesa especialmente referirnos a la discusión sobre la unicidad o no de la combinación óptima de factores, sino a las ideas que subyacen detrás de este supuesto y de todos los anteriores en general.

La economía liberal del siglo pasado soñaba con un modelo teórico en el cual fuera realidad la homogeneidad de los factores productivos dentro de los países y entre éstos. De este supuesto deducía una conclusión lógica, que era la igualdad de las funciones de producción entre países, o en otras palabras, un desarrollo aproximadamente igual de los países en cuanto a sus fuerzas productivas. El propio siste-

¹⁴ Maurice Bye, *ob. cit.*, p. 148.

ma se encargaría de realizar este desarrollo igual a través de mecanismos de transmisión del desarrollo que examinaremos. Pero, en cuanto a comercio internacional, esta línea de pensamiento implicaba que los países se enfrentaban comercialmente en condiciones de igualdad.

Estas condiciones de igualdad han sido deshechas por la realidad del comercio internacional, a extremos tales que el intercambio desigual es hoy una realidad sólo negada por los más recalcitrantes defensores de la tradición liberal.

Esta tradición pudiera ser examinada también en cuanto a supuestos como su carácter estático y aún en otros de alguna menor relevancia como la consideración de que los gustos y preferencias son constantes y no dependientes o determinados por los de otras sociedades, etc., pero los ya tratados constituyen los supuestos básicos del modelo teórico conceptual tradicional.

Después de aproximadamente siglo y medio de existencia de la tradición burguesa liberal en materia de comercio internacional, no es necesaria gran argumentación ni la presentación de un aluvión de cifras para comprobar que prácticamente nada de lo esencial por ella postulado ha resultado como "debía" haber sido.

En efecto, esta tradición ha postulado que el libre funcionamiento del principio de las ventajas comparativas con todos sus refinamientos posteriores, provocaría la especialización internacional óptima, implicando que cada país se dedicaría a los bienes más rentables para sí; con lo cual automáticamente se optimizaría el conjunto universal. Este postulado envolvía la falacia de que los países se enfrentarían como iguales y por tanto en libres condiciones de elegir racionalmente su especialización.

La realidad del sistema capitalista ha demostrado que los desarrollados han destinado para sí las especializaciones más rentables, han impedido u obstaculizado que otros las adopten, e incluso han desarrollado producciones totalmente irracionales y contradictorias con la ideología liberal, cuando ha sido conveniente a sus particulares intereses. Sólo recordando los productos que concentran más del 60% de las

exportaciones latinoamericanas se aprecian los “rentables” efectos de esta especialización.

La tradición liberal igualmente postuló que la práctica del librecambio beneficiaría comercialmente a todos los países, es decir, que todos ganarían mediante el libre comercio.

La realidad histórica ha demostrado que el librecambio no ha sido más que un factor táctico de carácter temporal, al igual que su formal antagonista, el proteccionismo; utilizado por los desarrollados en función de condiciones económicas específicas de sus países. No podía haber otra suerte al planteamiento de un abstracto librecambio que suponía un equilibrio de fuerzas entre naciones, de manera tal que ninguna pudiera imponer una política comercial a otra.

En el mundo real de grandes desniveles de desarrollo, la quiebra del librecambismo a ultranza, no se produce por la irremediable ignorancia de los gobernantes, sino por su no correspondencia con un mundo donde los poderosos ricos imponen sus políticas comerciales.

Igualmente la “ganancia para todos” derivada del libre comercio ha resultado una amable ilusión. La lucha que protagonizan los subdesarrollados por el acceso no discriminatorio a los mercados internacionales, por la estabilización de los precios de sus exportaciones, no surge del azar, sino de la acción de fenómenos tan agudos como el deterioro de los términos de intercambio para los subdesarrollados con toda su secuela de efectos negativos para estas economías. Sin pretender reflejarlo todo, el siguiente cuadro ofrece una aproximación a la “ganancia para todos” derivada del comercio internacional.

Estas abrumadoras discrepancias entre los postulados tradicionales burgueses y la realidad histórica tienen sus raíces más profundas no sólo en la irrealidad de sus hipótesis, sino en el conjunto de las posiciones metodológicas que utiliza, en el “modo” general de situarse ante el análisis económico y de operar en él. Quizás el rasgo más notoriamente anti-científico de la metodología burguesa tradicional sea su ca-

rácter ahistórico. Para ella, el sistema capitalista es siempre el punto de partida y de llegada, sin concebir otro sistema económico donde aquellas reglas del juego no sean válidas, sencillamente porque el "juego" tiene otra naturaleza. Todas sus concepciones tienen sus raíces afianzadas en la realidad capitalista y una buena parte de ellos, en el capitalismo de libre competencia del siglo XIX; y a partir de aquí se pretende extraer principios generales más allá del tiempo, de los modos de producción, e incluso de los diferentes niveles de desarrollo en el interior de un modo de producción. Ya Engels señalaba que era común a la economía burguesa el enjuiciamiento en bloque de cuestiones tales como el trabajo esclavo, el trabajo feudal y el trabajo asalariado o la abominación de las instituciones gremiales medievales porque no se avienen a las leyes del sistema capitalista. Es la posición de Ricardo al considerar las armas del cazador primitivo como capital y la de Keynes al enjuiciar la construcción de pirámides en el Antiguo Egipto con el horizonte mental de una construcción en la economía capitalista inglesa de 1936. Y es igualmente la posición de dictaminar principios de especialización y comercio internacionales para los momentos actuales, en los términos que fueron válidos para la acción de algunos países en el siglo pasado, con condiciones mundiales y comerciales bien diferentes.

Similarmente ocurre con el formalismo inherente a este pensamiento. Este formalismo arranca de la propia naturaleza ahistórica de las abstracciones efectuadas y se plasma en la extracción de conclusiones a partir de aquellas abstracciones. A su vez, estas conclusiones inducen a darle un carácter normativo a la teoría, es decir, a establecer formalmente el sentido o alcance que "debería" tener el fenómeno estudiado, sin que esto vaya precedido de la comprensión profunda, esencial del mismo. "Lo que la teoría ortodoxa hace, entonces, es acercarse a un modelo construido abstractamente a una cierta realidad, y en tal sentido en vez de descubrir las leyes que rigen el desarrollo de las relaciones económicas internacionales, impone las relaciones del mo-

delo mediante un puro razonamiento lógico-deductivo, a la realidad que se quiere comprender".¹⁵

CUADRO No. 1
AMÉRICA LATINA
RELACIÓN DE PRECIOS DE INTERCAMBIO Y EFECTOS
1950 = 100

Años	I_{pz}	I_{pm}	R de I.	Ganancia o pérdida de intercambio (Millones de US)
1950	100	100	100	—
1955	106	108	98	(156)
1960	92	113	81	(1 388)
1961	91	113	80	(1 470)
1962	91	115	80	(1 567)
1963	94	115	82	(1 552)
1964	101	115	88	(1 193)
1965	101	119	85	(1 573)
1966	101	117	86	(1 561)
1967	101	117	86	(1 655)
1968	101	120	84	(1 964)

FUENTE: ILPES, *La Brecha Comercial y la integración latinoamericana*. Editorial Siglo XXI, 1967 y ONU, *Monthly Bulletin of Statistics*.

Esta acción de "forzar" la realidad, imponiéndole las categorías del pensamiento, es el modo típico de operar en la construcción de modelos y no es otra cosa la que se hace, cuando se parte *a priori* de la consideración del nivel "homogéneo" de desarrollo de los países (tomados como unidades aisladas) y se establece que en esas condiciones las ventajas comparativas y el libre comercio "deben" aportar

¹⁵ Orlando Caputo y Roberto Pizarro, *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*. Universidad de Chile. Facultad de Ciencias Económicas, 1969.

el óptimo económico nacional y mundial. Se trata de la clásica deducción formal extraída de una hipótesis falsa, la que a su vez tiene como profunda raíz la abstracción anticientífica consistente en concebir la Historia como la Historia del Capitalismo.

Los problemas de la especialización y el comercio internacional, entendidos en la dirección de los postulados clásicos liberales debían arrojar como lógica deducción el desarrollo óptimo y la homogeneización de los niveles de desarrollo nacionales.

Dentro de esta óptica se daba respuesta a la pregunta de ¿por qué? se produce el desarrollo, pero quedaba en la ambigüedad el ¿“cómo”? se produce aquel proceso. Si se aceptaban las respuestas dadas por la tradición clásica, se convenía en que el desarrollo era un derivado de la acción del principio de las ventajas comparativas actuando como normador de la especialización del país, del librecambio como norma general de política económica exterior y del dominio de las relaciones capitalistas en la economía interna, como presupuesto básico. Pero a esta tradición se le escapaban las incidencias concretas del supuesto proceso de desarrollo: sus problemas; fases, factores estimulantes o depresivos, etc. Había que llenar esta laguna como exigencia de un mundo en plena evolución y para ello la tradición liberal elaboró el esquema neoclásico del efecto del desarrollo inducido, cuya intención es explicar cómo se efectúa el proceso de desarrollo en forma de una sucesión de “transmisiones” de éste desde los países desarrollados hacia los subdesarrollados. Esto significó mantener la idea del óptimo económico en base a las concepciones clásicas, complementándolas con un esquema del proceso de desarrollo inducido, como una extensión del pensamiento clásico, o sea, inscribiéndose en la tradición liberal con rótulo neoclásico.

Este esquema neoclásico del desarrollo inducido asigna al capital la misión desarrollista, de manera, que cada país haría realidad sus mejores posibilidades de desarrollo siempre que el librecambio de los productos especialice a cada país en los bienes más rentables y el librecambio de los

capitales los coloque en las mejores condiciones de desarrollo, actuando como factor inductor.

La descripción de tal esquema puede verse en muchas obras sobre Economía Internacional. En nuestro caso nos serviremos de la ya citada obra de Maurice Bye para esbozar este esquema.¹⁶

En él se concibe el desarrollo económico como el paso por un circuito de fases debido a la acción inductora del capital. Son cuatro fases caracterizadas por la posición de cuatro indicadores económicos nacionales, esto es, balanza comercial, balanza de remuneración de capitales, balanza de transferencia de capitales y balanza interna (entendida como relación entre ahorro e inversión domésticas).

La primera fase supone un país que se inicia en el camino del desarrollo y empieza a recibir capitales procedentes de los países "inductores" del crecimiento. Este país —llamado nuevo país deudor— se considera que tiene una balanza comercial negativa por ser importador de bienes de inversión y disponer de pocos productos para la exportación. Su balanza de remuneración de capitales es negativa porque toma préstamos, pero no presta; la balanza de transferencia de capitales es positiva porque recibe capitales que en su balanza de pagos le permiten cubrir los déficits de las dos balanzas anteriores, y por último una balanza interna negativa (ahorro interno inferior a inversión interna) porque una parte de sus nuevas inversiones es financiada por capitales del exterior.

A partir de aquí se asume que el país irá aumentando sus exportaciones, reduciendo sus importaciones de bienes de inversión por disminuir la productividad marginal del capital y también por efecto de lo anterior, irán reduciéndose sus entradas de capital. En tanto, la deuda exterior crece por el necesario pago de intereses y amortizaciones, hasta un punto en que las entradas de capital ya no pueden compensar las salidas por concepto de remuneración de capitales. Sólo una balanza comercial activa puede compensarlas.

¹⁶ Maurice Bye, *ob. cit.*

El país sería entonces un “país deudor evolucionado” y tendría: una balanza comercial positiva, una balanza de remuneración de capitales negativa, una balanza de transferencias de capital todavía positiva (ahorro interno superior a inversión interna), permitiendo que una parte del ahorro interno pase al exterior como pago de intereses y amortizaciones. La siguiente fase supone la conversión del país en “nuevo país acreedor”, lo cual depende de que el ahorro interno crezca con suficiente rapidez como para asegurar las nuevas inversiones internas, pagar los intereses del capital extranjero y reembolsar sus préstamos anteriores.

Al mismo tiempo comienza a producirse la “saturación” de capitales en el país con la consabida disminución de sus productividades marginales y el atractivo de superiores beneficios en los países “nuevos deudores” del mundo. Comienza, por tanto, a exportar capitales hacia los que inician el circuito del desarrollo con lo que desencadena el crecimiento allí y se convierte en acreedor neto en el punto en que la salida de sus capitales es superior a la entrada de capitales extranjeros a su economía. Esta salida neta de capitales se supone compensada por el excedente de su balanza comercial, con lo que el “nuevo acreedor” tendría: una balanza comercial positiva, una balanza de remuneración de capitales negativa inicialmente y positiva después, aunque inferior a la salida neta de capitales, una balanza de transferencia de capital negativa como expresión de una salida neta de capitales y una balanza interna positiva que permite al excedente de ahorro colocarse en el exterior.

Finalmente, y como culminación de la “carrera” de un país, éste recibe altos ingresos en concepto de remuneración de sus capitales en el exterior, los cuales tienden a aumentar más rápidamente que sus nuevas inversiones externas. Al llegar a este punto el país se ha convertido en “país acreedor evolucionado o maduro”. Aquí ocurre algo realmente sorprendente y demostrativo del formalismo de este esquema. Se trata de que el país, al llegar a este punto culminante de su desarrollo, se ha convertido en acreedor del mundo en razón del cobro por los servicios de su capital. Pero, la

tradición liberal no puede admitir la existencia de un país que hace su riqueza en la posición de acreedor absoluto. Si se admite que el "país acreedor evolucionado" recibe ingresos netos derivados de sus capitales en el exterior y también tiene una balanza comercial positiva, entonces esto equivale a destruir el esquema, porque implica que los "nuevos deudores" encontrarán en su camino el obstáculo enorme de un país "maduro" con balanza comercial activa —o lo que es lo mismo, política comercial expansiva— lo cual significa una competencia desventajosa para el "nuevo deudor" que basa su despegue en la suerte de sus exportaciones. Para obviar esta dificultad en la armoniosa sucesión de fases, el pensamiento liberal introduce una arbitraria modificación en la marcha lógica del esquema y establece que los países "maduros" tendrán balanzas comerciales negativas. Nada explica por qué ni cómo los países "maduros" convierten en negativas sus balanzas comerciales, teniendo en cuenta que en las dos fases anteriores esta balanza se consideraba positiva. ¿Por qué el más alto nivel de desarrollo implica una balanza comercial negativa?

No hay respuesta válida, salvo la necesidad ideológica de reservarles a los "nuevos deudores" un puesto de acceso al desarrollo, en esta construcción intelectual. De cualquier forma, la Historia demuestra que el disfrute de una balanza comercial positiva ha sido la tónica general para los países capitalistas desarrollados, así como que ninguno ha mostrado la más ligera concordancia en sus conductas con las estipulaciones del esquema. Ninguno acepta la posición de país "maduro" teniendo una balanza comercial negativa y cuando esto ocurre —generalmente como expresión de su declinación económica— se revuelven agresivamente en defensa de sus excedentes comerciales, sin importarles los daños causados a unos y otros. La conducta del gobierno de E. U. expresada en las medidas anunciadas por Nixon el 15 de agosto de 1971 ante la primera balanza comercial negativa en mucho tiempo, ilustran más que cien tratados teóricos el poco entusiasmo de la realidad económica por amoldarse a las reglas del esquema neoclásico del desarrollo transmitido.

El carácter ideal de este esquema es fácil de advertir con sólo tomar la realidad como punto de comparación. Si escarbamos un poco en él vemos que —al igual que los esquemas sobre especialización y comercio intrenacional—, está apoyado en unas hipótesis de cuya irrealidad dimana su vicio fundamental.

La armoniosa sucesión de fases de desarrollo transmitido, supone el perfecto funcionamiento de tres tipos de automatismo, supuestamente actuantes a pesar de fenómenos tales como el dominio monopólico del mundo capitalista, la existencia de niveles de desarrollo muy diferentes, la acción de bloques de integración económica y de sistemas económicos contrapuestos, etc. Trátase de los automatismos en la distribución óptima de los capitales en el mundo, del crecimiento óptimo del producto y del ahorro en el interior de los países y de las adaptaciones entre las balanzas comerciales de las naciones.

Utilizando como armas el instrumental keynesiano, la distribución óptima de capitales en el mundo opera con la relación entre productividad marginal del capital y tasa de interés en el interior de los países desarrollados y poseedores, por ende, de capital abundante. En ellos se asume, a que a medida que crezca la riqueza, el ahorro aumenta y disminuye la productividad marginal del capital. Así, se va manifestando la tendencia a emplear una parte del nuevo capital en el exterior, donde la alta rentabilidad de la inversión actúa como atracción.

A su vez, en el país subdesarrollado receptor del capital se producirá el mismo proceso de disminución de la productividad marginal al irse saturando de capitales la economía, los cuales empezarán a dirigirse hacia otras áreas en persecución de las mayores ganancias allí obtenibles. Así, el juego neoclásico del ahorro, la inversión, la productividad marginal del capital y la tasa de interés conducen a un desarrollo universal a través de un proceso automático de saturación y desbordamiento de capitales hacia las áreas subdesarrolladas, llevando consigo los beneficios del progreso económico.

En esta perspectiva, hay encerradas dos ideas básicas, a saber: el indiscutible carácter desarrollista del capital extranjero procedente de países avanzados y su orientación geográfica hacia las áreas subdesarrolladas como portadores del progreso.

Tanto una como otra idea han resultado falsas.

El benéfico papel del capital extranjero está más que cuestionado por la situación real a que una larga historia de inversiones extranjeras ha conducido al mundo subdesarrollado.

Sería imposible realizar aquí un análisis ni siquiera breve de la problemática del capital extranjero y su relación con el subdesarrollo, pero existen suficientes trabajos sobre este tema que demuestran con prolijidad, el carácter deformante, subdesarrollante y generador de dependencia del capital extranjero —básicamente norteamericano— en América Latina y otras partes del mundo.¹⁷ Sin pretender adelantarnos en ese amplio tema, es posible señalar algunos hechos tales como que entre los años 1950-1970 la entrada de nuevas inversiones norteamericanas en América Latina fue de 5 543 millones de dólares en tanto que la remisión de utilidades y dividendos alcanzó la cifra de 16 395 millones de dólares lo que significó una relación de más de 3 dólares extraídos al continente en concepto de ganancia por cada dólar de nueva inversión.¹⁸ Además de este efecto de drenaje estas inversiones constituyen una vía fundamental para atar los mercados de los países receptores a la producción exportadora de E. U. a través tanto de los propios pedidos de equipos como los que genera la propia producción corriente.

Si se examina el aspecto financiero en cuanto a la acción

¹⁷ Véase: CIEI, "Sector Externo y Desarrollo Económico de América Latina", en *Economía y Desarrollo*, No. 5. También la obra citada de Pizarro y Caputo, así como *Desarrollismo y Capital Extranjero* de los mismos autores. Edic. de la Univ. Técnica del Estado, 1970. Igualmente: André Gunder Frank, *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina*. I. del Libro, La Habana, 1970.

¹⁸ CIEI: Artículo citado, *Survey of Current Business*, junio 1971.

del capital extranjero, vemos que una buena corriente de capital se ha venido dirigiendo hacia el continente, en forma de financiamiento externo y/o "ayuda" al desarrollo. Utilizando como canales los organismos prestamistas que han surgido (Eximbank, AID, BIRF, BID, etc.), tomó auge esta forma de exportación de capital, que tenía la utilidad adicional de presentar una fachada altruista, habida cuenta de que la ganancia sigue actuando como motor fundamental del movimiento de capital. Así, capitales ociosos se dirigen a la "ayuda", mientras que algunos países receptores compiten entre ellos en materia de facilidades al capital extranjero (aseguramiento contra riesgos, preferencias fiscales, creación de condiciones infraestructurales, etc.).

Cobrando altas tasas de interés (6-8%) y con cortos plazos este capital somete a las economías subdesarrolladas del continente a una pesada carga financiera por el pago de los servicios de esa deuda y a un creciente endeudamiento. Esta deuda alcanza hoy un nivel superior a los 20 000 millones de dólares con la particularidad de que más del 60% de los préstamos se orientan hacia ramas de infraestructura o a cooperar con el desarrollo de empresas extranjeras. En el estudio mencionado sobre el sector externo de América Latina, realizado por el CIEI, se demuestra, a partir de datos reales de la economía latinoamericana, que aplicando la fórmula de Domar acerca de la proporción de los pagos de amortización e intereses en el total de préstamos recibidos, se concluye que por cada dólar ingresado al continente en concepto de préstamos, se extraen \$1.15 por pago de amortizaciones e intereses. De esta forma la economía norteamericana se ayuda a sí misma bajo el manto de la "ayuda al desarrollo".¹⁹

Tampoco opera en la realidad el principio según el cual los capitales se desbordarían prioritariamente sobre las áreas subdesarrolladas. En este punto la tradición liberal sustentaba la idea de la homogeneización del desarrollo, pero abstractándonos de lo ya observado sobre el muy dudoso papel

¹⁹ *Ibid.*

desarrollista del capital exportado, simplemente se constata que la realidad ha vuelto a desobedecer las normas liberales. El capital se mueve preferentemente hacia las áreas desarrolladas por estar allí los más altos consumos y por tanto los más grandes mercados, relegando la inversión en áreas subdesarrolladas a ciertos tipos de producción como cultivos que requieren un clima dado, minerales con condiciones de explotación muy favorables o capitales que no encuentran ubicación rentable en las zonas avanzadas y se desvían hacia el Tercer Mundo en forma de préstamo o ayuda.

La forma en que se han movido las inversiones norteamericanas —país supuestamente más saturado— se muestra seguidamente:

CUADRO No. 2

ESTRUCTURA PORCENTUAL DE LAS INVERSIONES
DIRECTAS NORTEAMERICANAS POR
ÁREAS GEOGRÁFICAS

<i>Áreas</i>	1950	1957	1963	1968	1969
Canadá	30.3	30.6	32.0	30.0	29.8
América Latina	37.7	29.3	18.8	17.0	16.5
Otros países del hemisferio occidental	1.1	2.4	3.0	3.0	3.0
Comunidad Económica Europea	5.4	6.6	11.0	13.8	14.4
Resto de Europa capitalista	9.2	9.7	14.3	16.0	16.1
África	2.4	2.6	3.5	4.1	3.1
Medio Oriente	5.8	4.5	3.1	2.7	2.6
Japón	0.1	0.7	1.1	1.6	1.7
Otros países de Asia	2.4	2.7	2.5	2.8	3.0
Oceanía	2.1	2.7	3.5	4.3	5.4
Otros	3.0	4.0	4.2	4.1	4.3
T O T A L	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

FUENTE: *Survey of Current Business*, diversos números de 1950 a 1970. Como es visible el capital se dirige hacia zonas desarrolladas (Canadá, CEE, Europa no perteneciente a la CEE) con más fuerza que hacia América Latina, cuya proporción decrece, u otras zonas del Tercer Mundo.

Retornando el hilo del esquema neoclásico, éste nos plantea que, por supuesto, para lograr desarrollarse no basta con recibir capitales extranjeros. Es necesario que funcione el importante eslabón del esquema constituido por el automatismo del crecimiento óptimo del producto y del ahorro. Esto significa que la economía sea capaz de asegurar el máximo de crecimiento del producto y también el máximo crecimiento del ahorro para poder sustituir los capitales extranjeros. La argumentación arranca también del capital extranjero y supone que:

- a) La corriente de capitales extranjeros aumenta las inversiones y genera demanda interna.
- b) La demanda de exportaciones nacionales es máxima.
- c) El precio de esas exportaciones es el más elevado posible debido a la intensidad de la demanda y simultáneamente se establece que el país más pequeño o pobre obtiene una ventaja especial por ser demanda de menor intensidad (según el idílico principio de John Stuart Mill), es decir, las relaciones de intercambio se harían favorables al país subdesarrollado.

De esta forma, ya asegurado el crecimiento óptimo del producto, es un fácil corolario el crecimiento óptimo del ahorro y por ende, de la formación de capital interno. Considerando el impulso inversionista y ensanchamiento del mercado interno gracias al capital extranjero, más los beneficios de un comercio exterior expansivo con relación de intercambio favorable, entonces obviamente se maximizan las remuneraciones de los factores nacionales (tierra y trabajo). Los nacionales, con sus ingresos forman un ahorro que en su momento utilizarán para pagar las deudas del país o efectuar inversiones exteriores, en la continuación del proceso de 'saturación' y 'desbordamiento'.

El único problema que perturba un tanto la armonía del esquema es la sospecha de que la carga de la deuda externa se haga insostenible, con su creciente monto de intereses y amortizaciones, antes de que se pueda alcanzar un ahorro interno que sobrepase ese monto. Pero el problema se pre-

tende orillar con los argumentos de que las ganancias extraídas por el capital extranjero serían fuertes inicialmente, pero decrecerían a medida que disminuye la eficacia marginal, lo cual está rotundamente desmentido por la evolución de las inversiones norteamericanas en América Latina.²⁰

Por último, el eslabón final del esquema es el automatismo en la adaptación de las balanzas comerciales, el que sin duda es un monumento al formalismo intelectual. Anteriormente este aspecto se había tocado, por lo que sólo resta añadir que esta adaptación implica que los países subdesarrollados antes deudores y con déficits comerciales, pasen a la condición de acreedores con excedentes comerciales. Esto supone a su vez, que los países desarrollados más evolucionados deben absorber esos excedentes mediante los déficits de sus balanzas comerciales, convirtiéndose en naciones "rentistas" que deriven sus ingresos básicos de sus préstamos y la colocación de sus capitales en el exterior.

Para las naciones rentistas esta situación será ventajosa por recibir una renta financiera que permite entradas de bienes físicos, por tener un suministro abundante y seguro de productos primarios para su industria y población, y por beneficiarse del descenso de precios de sus importaciones debido al general desarrollo de la producción mundial. No es necesario repetir; sólo que es lamentable que los países capitalistas desarrollados no comprendan el profundo sentido de este esquema y se empecinen en hacer cosas tales como tratar de mantener activas sus balanzas comerciales con expansivas políticas, sin que por eso renuncien a ser rentistas o desarrollar feroces proteccionismos agrícolas, mientras, que desde las tribunas se proclama devoción a los principios liberales.

Las insalvables discrepancias entre los postulados tradicionales liberales —que permean todo el pensamiento económico burgués en materia de Economía Internacional— y la realidad histórica expresan la necesidad del acometimiento de una tarea ya impostergable. Trátase de someter a una crítica sustancial los esquemas conceptuales elaborados y

²⁰ *Ibid*

sostenidos por el capitalismo desarrollado, desde las posiciones y los intereses de los países subdesarrollados. Estos esquemas han devenido cárceles del pensamiento económico, a través de los cuales se infiltran las categorías conceptuales, el estilo de pensar y evaluar los fenómenos económicos actuales, propios de los beneficiarios de la explotación. El proceso de coloniaje cultural —más tenaz que cualquier otra forma de coloniaje— opera sutilmente de esta forma, al lograr el victimario que sus víctimas piensen *en sus propios términos*, dando vueltas en torno a los mecanismos y supuestos concedidos *por y para ese otro mundo*. Esta crítica no puede ser aquella que impugna aspectos parciales, detalles del gran cuerpo de pensamiento burgués liberal, pero permaneciendo dentro del horizonte y las fronteras mentales que ese pensamiento impone. Tal cosa conduce a eclecticismo y reformismos estériles, aunque los análisis estén acompañados de excelencias técnicas y de información.

Una crítica sustancial se impone en la esfera de las relaciones económicas internacionales, y para serlo, deberá partir de las verdades esenciales del marxismo y revisar completamente ese pensamiento tradicional, ubicándose en otro ámbito teórico y pragmático y extrayendo conclusiones que sirvan para la acción práctica del mundo subdesarrollado. Un mundo que no se contenta con los anémicos resultados de la III UNCTAD y es portador de potencialidades capaces de darse la organización para la acción común que la actual UNCTAD ha defraudado.

HACIA UNA CRÍTICA A LOS ECONOMISTAS BURGUESES MEXICANOS*

ARTURO GUILLÉN

“A partir de este momento (1830), la lucha de clases comienza a revestir, práctica y teóricamente, formas cada vez más acusadas y más amenazadoras. Había sonado la campana funeral de la ciencia económica burguesa. Ya no se trataba de si tal o cual teorema era o no verdadero, sino de si resultaba beneficioso o perjudicial, cómodo o molesto, de si infringía o no las ordenanzas de policía. Los investigadores desinteresados fueron sustituidos por espadachines a sueldo y los estudios científicos imparciales dejaron el puesto a la conciencia turbia y a las perversas intenciones de la apolo-gética”.

Carlos Marx

Postfacio a la segunda edición de *El Capital*.

Este breve artículo tiene como objetivo presentar algunas ideas iniciales para la crítica de las tesis más socorridas por los economistas burgueses mexicanos, acerca de la economía del país. La idea de preparar esta nota nació de la lectura del libro *Controversias sobre el crecimiento y la distribución*,¹ compilado por Leopoldo Solís, funcionario del

* Publicado originalmente en la *Revista Problemas del Desarrollo*, No. 23. México, IIEc, UNAM, agosto-octubre de 1975, pp. 77-102. Versión corregida y aumentada.

¹ Leopoldo Solís, *Controversias sobre el crecimiento y la distribución*. Fondo de Cultura Económica, México, 1972, 230 pp.

gobierno mexicano, presidente del Consejo de Administración del Banco Internacional y profesor del Colegio de México, filial, junto con el Instituto Tecnológico de Monterrey, la Universidad Anáhuac y tantas otras, de la economía más convencional y reaccionaria.

A pesar de la increíble facilidad con que el compilador Solís fatiga los temas, el libro da una idea de conjunto de la versión mexicana de la economía burguesa. La lectura de este libro me impulsó a revisar los trabajos más recientes de algunos de los autores mencionados por Solís, con el fin de tener una idea más actualizada y completa de las tesis burguesas.

La lucha a fondo contra los ideólogos de la burguesía mexicana tiene una importancia no solamente teórica sino, sobre todo, política. Una de las posiciones más dañinas en el seno de la izquierda es la de dar por supuesto el carácter acientífico de la teoría burguesa y rechazar su estudio sistemático. Esta actitud es equivocada y profundamente antimarxista.

La crítica *desde dentro* de la teoría burguesa es una tarea imprescindible y permanente que los marxistas revolucionarios deben realizar. Baste recordar la importancia que los clásicos del marxismo concedían a la crítica de los teóricos burgueses. Carlos Marx no sólo dedicó el tomo IV de *El capital* para estudiar en detalle la teoría burguesa,² sino que, prácticamente, no hay una sola de sus obras en la que no polemice con los pensadores burgueses. De la misma manera, no puede desconocerse el papel fundamental que en la obra de V. I. Lenin juega la lucha ideológica contra los revisionistas, los populistas y, en general, contra las corrientes que consciente o inconscientemente, en forma abierta o velada, defendían los intereses de la burguesía.

En las escuelas de Economía del país, incluso en aquellas donde la lucha del movimiento estudiantil y de los profesores políticamente más avanzados por la transformación de los planes de estudio ha logrado mayores avances, la ideo-

² Carlos Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Ediciones Venceremos, La Habana, 2 tomos, 1965.

logía burguesa continúa siendo la ideología dominante. Si bien en algunas de ellas, la economía política marxista se ha incorporado a los programas de estudio y ha logrado contrarrestar en pequeña escala el asfixiante peso del neoclasicismo, el keynesianismo y otras teorías burguesas, la verdad es que estudio científico de la realidad económica, social y política de México sólo se lleva a cabo por un reducido grupo de estudiantes y profesores en condiciones precarias siendo, inclusive, hostilizados por las autoridades.

Generalmente, en las pocas materias en que se estudia la realidad mexicana, aparte de estar controladas por profesores vinculados al *establishment* o *directamente al partido oficial*, prevalecen y se presentan acríticamente y sin discusión las ideas que se analizan en este artículo.

La única manera de lograr que la enseñanza del marxismo se convierta en un avance *real* en la lucha por una educación científica, crítica y popular, es mediante su empleo creador en el estudio de la realidad del país. Si la enseñanza del marxismo se restringe al campo de la teoría económica queda convertido en mero «marxologismo», en un marxismo amputado, teorístico y mecánico, que más que preocupar al Estado de la oligarquía o poner en entredicho su control ideológico, en última instancia y en la medida que le permite aparecer como «progresista», no sólo logrará asimilarlo sino que hasta puede alentar su inclusión en los programas de estudio. El marxismo tiene un contenido revolucionario sólo si aparte de combinar dialécticamente la enseñanza de los conceptos y categorías con el estudio de la realidad, logra salir de las aulas y convertirse en la ideología del proletariado en la lucha contra sus explotadores.

En este trabajo se presenta en el inciso A una síntesis de las tesis burguesas, para pasar en el inciso B a la evaluación crítica de dichas posiciones.

A) *Pasando lista a las «verdades oficiales» acerca de las economías mexicanas.*

1. En los trabajos de los economistas burgueses mexicanos, se considera que la alta tasa de crecimiento económico y el desarrollo industrial logrado por México en los últimos cuarenta años es el resultado de la «política nacionalista» aplicada por los «gobiernos de la revolución». La política de sustitución de importaciones, de protección a la industria y de apoyo en general a la inversión privada, en su opinión, ha sido fundamental en el desarrollo alcanzado:

El proceso de desarrollo mexicano —dice Leopoldo Solís— se ha asociado directamente al crecimiento del sector industrial, como resultado en parte de la concepción nacionalista de la política económica seguida desde 1940... Se acepta sin excepciones que la política proteccionista ha sido indispensable para el crecimiento de la industria y si bien es cierto que se le reconocen errores, no por ello se niega que ha sido *el instrumento esencial* para el establecimiento del aparato industrial.³

Los «errores» que se le reconocen a la política de industrialización, son:

- a) Que se ha aplicado en forma indiscriminada;
- b) Que ha creado una industria que produce a altos costos y cuyos productos no son competitivos en el exterior;
- c) Que se encuentra altamente desintegrada;
- d) Que fomenta el desempleo de la fuerza de trabajo y la subutilización del capital fijo instalado;
- e) Que está concentrada geográficamente, principalmente en la zona centro del país, en Guadalajara y Monterrey.

Por tanto, se cree necesario revisar dicha política, orien-

³ Leopoldo Solís, *op. cit.*, pp. 45 y 61. (Cursivas mías.)

tar la sustitución de importaciones a sectores básicos de la industria, aplicar políticas que logren una mayor integración regional y sectorial y reducir gradualmente los aranceles, subsidios y otros apoyos estatales, para que el sistema de precios se encargue de eliminar a las empresas ineficaces.

La política de protección —afirma David Ibarra— al no haber sido adaptada con la misma flexibilidad a las nuevas circunstancias, causa entorpecimiento de cierta gravedad... En la actualidad se requieren medidas en extremo ágiles y selectivas que, proporcionando márgenes iniciales de seguridad, no anulen los incentivos al aumento posterior de los niveles de productividad.⁴

2. La política de sustitución de importaciones, se acepta, no ha logrado tampoco eliminar el desequilibrio externo. Al avanzar el proceso de sustitución de importaciones se agravó el déficit de la balanza comercial, pues mientras las exportaciones seguían descansando en productos primarios tradicionales, las importaciones se enfocaban ahora a la compra de los bienes intermedios y de capital necesarios para la reposición y ampliación de la planta industrial. Y como los ingresos por turismo, aunque importantes, no son suficientes para eliminar el déficit de la balanza en cuenta corriente, se tuvo que recurrir cada vez en mayor medida al endeudamiento externo.

Los economistas «oficiales» consideran indispensable eliminar el desequilibrio externo, porque el aumento de la capacidad de importar es una condición básica para la continuación del crecimiento de la economía mexicana. Para eliminarlo, sugieren la combinación de una política selectiva de sustitución de importaciones y una de “sustitución de exportaciones”. Las medidas concretas que se proponen son: acelerar la sustitución de bienes de capital y la

⁴ David Ibarra, “Mercados, desarrollo y política económica: perspectivas de la economía de México”. En *El perfil de México en 1980*, t. 1, Siglo Veintiuno Editores, México, 1970, pp. 163-164.

integración de la industria, incrementar la exportación de productos manufacturados y, por supuesto, conseguir una mayor «ayuda externa». También se recomienda estimular el desarrollo de la agricultura de exportación. Según el señor Solís:

El fomento a la exportación de productos está íntimamente ligado a la política que se siga en materia de estímulo al sector agrícola, ya que en las circunstancias actuales es aún mucho más realista pensar en las exportaciones de esos productos en los que se tiene la ventaja comparativa frente al exterior... Entre los productos con más atractivas posibilidades de exportación sobresalen las hortalizas, los frutales [sic] y las flores.⁵

Como medidas adicionales sugieren activar la creación de un mercado común latinoamericano y recomiendan «respetuosamente-a-su-majestad», el gobierno de los Estados Unidos, la eliminación de las barreras arancelarias para los productos de los países subdesarrollados.

3. La producción agropecuaria, piensan «nuestros» expertos, ha tenido un desenvolvimiento satisfactorio pues ha logrado tasas de crecimiento por encima de las conseguidas por otros países. Se afirma que el desarrollo agropecuario nos ha hecho autosuficientes en materia de alimentos, ha coadyuvado al desarrollo de la industria a través del abastecimiento de materias primas y ha permitido conseguir —mediante exportaciones— las divisas necesarias para la importación de los insumos que requiere la industria.

Por lo general, insisten en que el sector agropecuario es dual. Con una fidelidad conmovedora a la desacreditada explicación dualista del subdesarrollo, Leopoldo Solís alcanza a apreciar:

⁵ Leopoldo Solís, Citado en J. Eduardo Navarrete, "Desequilibrio y dependencia: las relaciones económicas internacionales de México en los años sesenta". *¿Crecimiento o desarrollo económico?* SEP, México, 1971, p. 168. (Sepsetentas No. 4.)

de un lado, la agricultura comercial de los distritos de riego, con productividad elevada y capacidad para absorber cambios tecnológicos, que usa insumos modernos y eleva los rendimientos por hectárea; de otro, la agricultura de subsistencia, que carece de la suficiente flexibilidad para adoptar nuevas técnicas, y en la que el crecimiento demográfico presiona cada vez más los recursos.⁶

Y Edmundo Flores, conocido como especialista en economía agrícola, en un libro de innegable ciencia ficción en el que no tiene empacho en soñar la inminente realización del «milagro mexicano» y la conversión de México en un país tan rico como Suecia, también caracteriza a la agricultura como dual.

El subsector comercial —dice— se caracteriza por ubicarse en las mejores tierras de riego y humedad, por su alta fertilidad, por estar bien comunicado, con aplicaciones intensivas de mano de obra y capital, cosechas que tienen gran demanda en el mercado de exportación y en el mercado interno. Este sector evoluciona continua y rápidamente, asimila de inmediato innovaciones y está al tanto de las técnicas más avanzadas en la producción y el mercado . . . el sector tradicional se encuentra en las peores tierras que están sujetas a innumerables riesgos; sus productos están destinados a la subsistencia. . . Las tierras se operan extensivamente con técnicas tradicionales y las condiciones de vida, de quienes forman este sector son tan lamentables que obligan a los jóvenes a huir del campo para buscar refugio y empleo en las ciudades.⁷

Se da por un hecho que la reforma agraria liquidó el latifundismo. El principal problema en el campo es la exis-

⁶ Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1970, p. 148.

⁷ Edmundo Flores, *Vieja revolución, nuevos problemas*. Colección Cuadernos de la Editorial Joaquín Mortiz México, 1970, pp. 82-83.

tencia de minifundios tanto privados como ejidales. Para resolverlo, se plantean dos soluciones alternativas: establecer granjas de tipo familiar e introducir formas cooperativas de producción.

Si bien algunos aceptan que existen todavía algunos latifundios simulados que deberían repartirse, afirman que la fase de reparto de tierras está prácticamente terminada. Lo que se requiere ahora —dicen— es dar mayor asistencia técnica, acrecentar los recursos financieros que se destinan al sector agropecuario y absorber la mano de obra rural sobrante.

4. El financiamiento del desarrollo debe descansar en el ahorro interno. Pero como —dentro de los cánones de la teoría burguesa del desarrollo— éste se supone insuficiente para lograr una tasa de crecimiento satisfactoria, se sugiere complementarlo con ahorro externo, mediante préstamos de organismos internacionales, gobiernos e instituciones privadas, o a través de inversiones extranjeras directas.

Hace apenas unos días el Director del Banco de México, Ernesto Fernández Hurtado, tropezó con el «círculo vicioso de la economía burguesa» y culpó de los problemas de financiamiento de la economía a la insuficiencia del ahorro público y privado.⁸

Por lo que respecta a las inversiones extranjeras, pueden distinguirse cuando menos dos posiciones. Una, la de quienes piensan que hay que dar entrada indiscriminada al capital extranjero porque crea empleos, estimula el desarrollo tecnológico y hace crecer más rápidamente al país; y otra, la de los que creen que si bien el capital extranjero es útil y necesario en la etapa actual del desarrollo de México, no debe desplazar al capital nacional, su entrada debe estar reglamentada y debe enfocarse hacia aquellas actividades que requieren una tecnología avanzada.

A últimas fechas, se plantea que la política de «desarrollo estabilizador» seguida por el gobierno mexicano desde la administración de López Mateos y basada en el financia-

⁸ Ver, *Excelsior*, México, 11 de julio de 1975.

miento del gasto público a través de créditos internos y externos ha llegado a su fin, pues las posibilidades de crecimiento del sistema financiero se están estrechando y el nivel de endeudamiento externo está llegando a límites peligrosos.

Como, por otro lado, el financiamiento deficitario del gasto público debe rechazarse porque genera inflación, se sugiere fortalecer la capacidad financiera del estado y ampliar su acción en la actividad económica y los servicios sociales mediante una reforma fiscal que permita aumentar los recursos tributarios y los precios de los bienes y servicios de las empresas estatales y de participación estatal.

Así, en 1970, algunos meses antes del cambio de poderes, el economista David Ibarra, recoge las consignas de la campaña echeverrista y postula, como lo harían otros, la llamada «nueva estrategia del desarrollo».

El sector público —afirmaba este funcionario— se ve rodeado de una serie de problemas financieros que comienzan a restarle iniciativa y a crear una situación en la que la política fiscal, lejos de facilitar el desarrollo podría entorpecerlo. El expediente del crédito no puede ser a a larga, un sustitutivo del esfuerzo gubernamental del ahorro, aparte de estar agotándose los márgenes iniciales de maniobra... (Será primordial) la realización de una reforma profunda a la política fiscal que incluya tanto los aspectos puramente tributarios como los criterios de asignación de gasto. Como parte de ello, cabría revisar los sistemas de distribución de los ingresos y del gasto en los distintos niveles de gobierno, y de los costos y tarifas de las empresas paraestatales.⁹

En resumen, la «nueva» política de financiamiento plantea reducir el endeudamiento externo y aumentar los recursos fiscales y los ingresos de las empresas estatales.

⁹ David Ibarra, *op. cit.*, p. 185.

5. Se acepta que la distribución del ingreso nacional es inequitativa y que el crecimiento económico logrado en los últimos años lejos de mejorarla, la ha empeorado. Sin embargo, se acostumbra justificar este hecho diciendo que en una primera etapa, la concentración del ingreso es inevitable porque “primero debe hacerse crecer el pastel y luego repartirlo”.

Las causas que, según ellos, provocan la mala distribución del ingreso son: el rápido crecimiento demográfico, la baja productividad de la agricultura y otras actividades y la incapacidad de la industria para absorber mano de obra. David Ibarra y Víctor L. Urquidí —afirma el señor Solís— “conducen con este autor en que las presiones demográficas y la incapacidad del sector industrial para absorber cantidades importantes de mano de obra, han propiciado el subempleo urbano y rural contribuyendo a la inequitativa distribución del ingreso”.¹⁰

Se considera que en la etapa actual el estado debe aplicar una política redistributiva, porque el acentuamiento de las desigualdades puede provocar tensiones sociales y políticas. Desde el punto de vista económico, se piensa que una mejor distribución del ingreso permitirá aumentar el mercado interno y acelerar, así, el desarrollo.

Por ejemplo, Ifigenia M. de Navarrete afirma que, “el proceso de desarrollo económico se ve entorpecido por la carencia de un mercado interno amplio, necesario para impulsar y sostener el crecimiento industrial «hacia adentro»”.¹¹ Y en otra parte, señala que “impedir o retrasar la redistribución de la renta significa perpetuar la estrechez del mercado interno en condiciones en que su ampliación constituye el medio más eficaz de imprimir mayor dinamismo a la producción agrícola e industrial”.¹² Y las mismas ideas sobre la estrechez del mercado interno como freno del cre-

¹⁰ Leopoldo Solís, *Controversias...*, p. 65.

¹¹ Ifigenia M. de Navarrete, “La distribución del ingreso en México: tendencias y perspectivas”. *El perfil de México en 1980*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1970, p. 24.

¹² Ifigenia M. de Navarrete, *ibid.*, p. 55.

cimiento se encuentran en Edmundo Flores, Jesús Puente Leyva, David Ibarra y otros economistas del «partido aplandadora».

6. El desempleo y subempleo de la fuerza de trabajo es uno de los principales problemas a los que se enfrenta el país. Según datos oficiales, la tasa de desocupación en México (incluyendo subempleados) es del 48.6 por ciento del total de la población económicamente activa,¹³ lo que, en términos absolutos representa más de seis millones de personas. Al igual que con el problema de la distribución del ingreso, los economistas burgueses mexicanos están muy preocupados porque, como dice Saúl Trejo, Coordinador del Grupo para el Estudio del Desempleo, la agravación de la desocupación “podría amenazar el largo periodo de estabilidad política que México ha disfrutado hasta la fecha”.¹⁴

Con un «luddismo burgués» y un neomaltusianismo evidentes, atribuyen el enorme desempleo que padece nuestro país al rápido desarrollo tecnológico, al uso de técnicas de producción intensivas en capital y al rápido crecimiento de la población.

Así, por ejemplo, el señor Trejo considera que:

el incremento en el empleo en dicho sector [en la industria] ha sido mucho menos que proporcional al aumento en la producción, debido al uso de técnicas intensivas en capital y poco intensivas en mano de obra, a la difusión de tecnologías modernas en el sector industrial y a la mayor preponderancia que las empresas grandes y modernas han adquirido gradualmente como parte del mencionado proceso de difusión de tecnología. Así, la concentración de la inversión en actividades que crean pocos empleos *ha agravado el problema de la ocupación resultante de la alta tasa de incremento demográfico*.¹⁵

¹³ Saúl Trejo, “El desempleo en México”, revista *Comercio Exterior*, México, julio de 1974, p. 731.

¹⁴ Saúl Trejo, *Industrialización y empleo en México*, FCE, México, 1973, p. 175.

¹⁵ Saúl Trejo, *op. cit.*, pp. 15-16. Cursivas mías.

El señor Ibarra confirma este punto de vista al señalar que “acaso el factor que mayor influencia ejerce [en el desempleo] es la aceleración de la expansión demográfica unida a la desaceleración de la demanda de trabajo, originada en el avance tecnológico que implica la sustitución creciente de la mano de obra”.¹⁶

Dentro de la más pura ortodoxia neoclásica creen que el problema del desempleo debe resolverse a través de un cambio en las técnicas de producción. Como el capital es «escaso» y la mano de obra «abundante», debe producirse un «switchero» (para usar un pochismo del gusto de los economistas *mexicanos*) de técnicas intensivas en capital a técnicas intensivas en mano de obra. De acuerdo con el señor Ibarra, “habría que procurar conciliar las exigencias tecnológicas del desarrollo con las combinaciones de factores que se ajustasen mejor a la dotación relativa de recursos. . .”.¹⁷

Como la realidad de la posguerra y la crisis del capitalismo han obligado a los economistas burgueses a no soñar más en el *pleno* empleo se limitan a proponer una política de *máximo* empleo. Para decirlo con las palabras del señor Ibarra, se trata de “ajustar gradualmente el mercado de trabajo a una situación *cercana* al pleno empleo”.¹⁸ O como dice el presidente del PRI, Reyes Heróles, “el pleno empleo no es viable debido al subempleo”.¹⁹

Como política de empleo recomiendan algunos paliativos como: realizar programas estatales de obras públicas en los que se dé empleo a los desocupados de las distintas regiones del país; elevar los niveles de educación; condicionar los incentivos y apoyos estatales a los empresarios que eleven sustancialmente sus niveles de empleo; etcétera.

7. Las ideas sobre la inflación van desde las convencionales explicaciones monetarias que se contentan con atribuirle a un exceso de demanda, hasta las explicaciones de

¹⁶ David Ibarra, *op. cit.*, p. 93.

¹⁷ *Ibid.*, p. 157.

¹⁸ *Ibid.*, p. 157. (Cursivas mías.)

¹⁹ Citado por Alonso Aguilar, *Mercado interno y acumulación de capital*. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1974, p. 183.

corte «cepalino» que la atribuyen a la inelasticidad de la producción.

Para los monetaristas, las causas de la inflación deben buscarse en la aplicación por parte del estado de una política monetaria y crediticia inadecuada, que se traduce en un aumento desmedido del crédito bancario, del gasto público y, en general, de la oferta monetaria. Según Leopoldo Solís, en los años de la Segunda Guerra Mundial:

el país padeció una inflación de demanda producida básicamente por el déficit gubernamental en que se incurrió al construir una infraestructura productiva sobre todo de obras hidráulicas de fomento agropecuario, comunicaciones y energía eléctrica.²⁰

Para los «cepalinos», las presiones inflacionarias en los países subdesarrollados surgen por obstáculos «estructurales» que impiden que la oferta y, en particular la oferta agrícola, responda a los aumentos en el ingreso que se derivan del proceso de crecimiento. En opinión de Horacio Flores de la Peña:

cualquier aumento de ingresos se traduce en un aumento más que proporcional de la demanda de alimentos y bienes manufacturados de consumo popular; por otro lado, el aumento de la inversión rara vez se traduce en un incremento significativo de la producción de estos bienes...²¹

En otro trabajo señala que «las presiones inflacionarias surgen de una capacidad productiva reducida y sujeta a fuertes distorsiones en su composición frente a un aumento de la ocupación, el ingreso y la demanda».²²

²⁰ Leopoldo Solís, *La realidad...*, p. 332.

²¹ Citado en Leopoldo Solís, *Controversias...*, p. 85.

²² Horacio Flores de la Peña, "México: El marco económico de la política de industrialización". *El Trimestre Económico*, No. 150, abril-junio. FCE, México, 1971, p. 331.

Por lo que respecta a la grave inflación que padece el país desde 1970, no obstante que ha preocupado seriamente a la clase dominante y se habla de ella todos los días, la verdad es que pocos son los trabajos analíticos que han preparado los economistas burgueses al respecto. En otros términos, "es mayor el ruido que las nueces". En uno de los pocos trabajos recientes²³ se presentan como causas básicas de la inflación actual, las siguientes: la influencia de la inflación mundial que ha acabado por contagiarse, como si fuera viruela, a la economía nacional; el estancamiento de la producción agropecuaria y de la producción industrial; y el financiamiento de la inversión por medios inflacionarios.

8. Se piensa que la planificación económica nacional es una técnica al alcance de cualquier país, socialista o capitalista.

Los intentos de planificación llevados a cabo por el gobierno mexicano en los últimos cuarenta años, aunque presentan fallas, han sido útiles porque han racionalizado las decisiones que se toman en el sector público y han despertado «conciencia» entre funcionarios del gobierno y empresarios privados respecto de la necesidad de planificar.

Los principales obstáculos para establecer un sistema de planificación global son: la falta de estadísticas e información; la escasez de técnicos en planificación; el no haber adaptado la administración pública a las necesidades de la planificación; y la inexistencia de mecanismos de planeación a corto plazo que permitan concretar las metas trazadas en los planes a medio plazo. Así, por ejemplo, Miguel Wionczek no encuentra otros obstáculos que no sean los de tipo administrativo.

²³ Martín Luis Guzmán Ferrer, "Política contra la inflación", revista *Línea*, No. 13, enero-febrero. PRI, México, 1975, pp. 69-95.

De acuerdo con él:

los obstáculos *reales* y *serios* surgen cuando se considera el problema de administrar el plan de desarrollo... A la luz de la experiencia del pasado es en extremo improbable que México pueda efectuar la ejecución ordenada de semejante empeño, al menos que se establezcan algunas reformas fundamentales y completas en la administración y en la estructura legal e institucional del sector público.²⁴

De establecerse definitivamente un sistema de planificación, coinciden en que debe ser de carácter indicativo; es decir, los lineamientos del plan no deben ser obligatorios para los capitalistas privados, y no deben coartar la libertad... de empresa.

9. Se afirma que el desarrollo futuro del país debe fincarse en el fortalecimiento de la intervención del estado en la actividad económica, en el marco de una «economía mixta», ni capitalista ni socialista, que respete y estimule la propiedad privada, pero que vele por los intereses de *todas* las clases sociales. El señor Solís señala que «según la Constitución, la economía mexicana es fundamentalmente una economía mixta que implícitamente deja una gran cantidad de decisiones al mercado».²⁵ O sea, en este aspecto, como en muchos otros, los economistas burgueses que suelen presentarse como «puros» y al margen de la contaminación política, simplemente hacen eco de los dogmas expresados por los capitalistas nacionales y extranjeros, los altos funcionarios del gobierno y los dirigentes del partido oficial.

De acuerdo con los economistas «puros», el Estado mexicano es un ente neutro, representante de toda la nación, «tierra de nadie» no conquistada por ninguna clase o grupo social, que se encarga de resolver todos los conflictos, pro-

²⁴ Miguel Wionczek, *Antecedentes de la planeación en México. Bases para la planeación económica y social de México*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1966, p. 65. (Cursivas mías.)

²⁵ Leopoldo Solís, *Controversias...*, p. 173.

mover el desarrollo de la nación, armonizar los intereses particulares con los generales y hacer posible la justicia social sin sacrificar las libertades individuales. En el paraíso del equilibrio de la «economía mixta», “la propiedad privada —dice la señora de Navarrete— debe ejercer determinadas funciones” (al parecer, no la de explotar al proletariado) “y el estado puede imponerle las modalidades necesarias de suerte que su ejercicio no lesione el interés nacional o público”.²⁶

Se insiste a menudo en que la mayor intervención del estado en la economía debe significar el tránsito de una política meramente desarrollista a una que sin descuidar el crecimiento, logre elevar los niveles de empleo, mejorar la distribución del ingreso y las condiciones de vida de los grupos populares y permita, en general, alcanzar la «justicia social».

B) *Las «verdades oficiales», visión deformada de la realidad y apología del capitalismo*

A *grosso modo*, nos parece que las principales limitaciones de las tesis burguesas acerca de la realidad mexicana, son las siguientes:

1. Atribuir el crecimiento económico y el desarrollo industrial logrado en las últimas décadas a la «política nacionalista» del gobierno mexicano no es más que un *slogan*, una posición ideológica según la cual todos los avances son fruto de la Revolución Mexicana. La afirmación de Solís de que la «política nacionalista» se comienza a aplicar en 1940 es una burda falsificación de la historia de México, ya que en esos años, precisamente, el nacionalismo burgués —que alcanzara su clímax durante el cardenismo— pierde fuerza. Los años cuarenta señalan un reacomodamiento del capitalismo a escala internacional y la vigorización del proceso de «desnacionalización» de la economía mexicana.

La política económica no es el “instrumento esencial para el establecimiento del aparato industrial”. La industrializa-

²⁶ Ifigenia M. de Navarrete, *op. cit.*, p. 55.

ción que surge en el marco de la sustitución de importaciones, más que el resultado de una política deliberada tiene que ver con el desarrollo del capitalismo como sistema internacional y con los cambios en la división internacional del trabajo, que asignan a los países subdesarrollados la realización de algunas actividades industriales de poca importancia estratégica.

A pesar de su dinamismo en algunas etapas, el crecimiento industrial ha sido y será incapaz de vencer el subdesarrollo. En lo esencial, para usar un término de Samir Amin, nuestra economía sigue siendo una economía «extrovertida» y desarticulada, cuya planta productiva se repone y amplía a través de importaciones de los países desarrollados. Por otro lado, la industrialización sustitutiva ha acentuado la dependencia *estructural* al imperialismo, ha amplificado enormemente la fuga de plusvalía hacia las metrópolis debido a la importancia creciente del capital extranjero en el proceso de acumulación de capital,²⁷ ha deteriorado las condiciones de vida del proletariado y del pueblo en general; y es directamente responsable de los desequilibrios que «nuestros» economistas atribuyen a «los errores de la política».

La idea de revisar la política de protección a la industria, mediante la disminución de aranceles y otros instrumentos de apoyo estatal a la inversión privada, tiene como resultado la aceleración del proceso de concentración y centralización de capital y el reforzamiento del poder de la oligarquía, y sólo traerá como resultado un mayor control del capital extranjero sobre la economía nacional y un mayor desempleo de la fuerza de trabajo.

Lo que los apologistas de la política oficial no señalan es que, en las condiciones actuales, la «piedra de toque» para

²⁷ Sobre las características del proceso de acumulación de capital en un país como el nuestro, véase Alonso Aguilar, *Mercado interno y acumulación de capital*. Editorial Nuestro Tiempo, México, 1974, y Arturo Guillén, "Obstáculos a la acumulación de capital en los países subdesarrollados", revista *Problemas del Desarrollo*, No. 20, UNAM, IIEc, México, 1974.

lograr que la industria del país produzca a «precios competitivos» consiste en el mantenimiento de un régimen de salarios bajos, lo que significa el apuntalamiento del aparato «charro» y los mecanismos todos de control de la clase obrera, el auspicio de sindicatos orgánicamente «independientes» pero sometidos a la ideología burguesa, y la represión de los organismos sindicales verdaderamente independientes del Estado y su ideología.

2. El «desequilibrio externo» es un fenómeno estructural, y por lo tanto, crónico del capitalismo del subdesarrollo. Es un desequilibrio inherente a las leyes de la acumulación capitalista a escala internacional y a la dialéctica de la explotación de los países subdesarrollados por parte de los países metropolitanos. Es el fruto del intercambio desigual y de la fuga permanente de plusvalía que provoca la presencia del capital extranjero. La solución de este problema rebasa los márgenes de maniobra del estado burgués mexicano y requiere de la ruptura radical de la dependencia estructural de nuestro país respecto del imperialismo.

La política «equilibradora» sugerida por los economistas burgueses es un conjunto de medidas pragmáticas que no buscan atacar los factores estructurales, sino solamente aumentar un poco esto y reducir un tanto lo otro. Dicha política basada en la sustitución selectiva de importaciones, la sustitución de exportaciones y el incremento de las exportaciones tradicionales —“las hortalizas, los frutales (*sic*) y las flores” de las que habla el señor Solís— ha sido, en buena medida, llevada a la práctica por el gobierno actual y ha mostrado su total incapacidad para resolver el «desequilibrio externo».

A pesar de la importancia que el gobierno de Luis Echeverría ha atribuido al comercio exterior —la creación del Instituto Mexicano de Comercio Exterior, el uso de diversos instrumentos para el fomento de las exportaciones; y el nombramiento de “embajadores-economistas-comerciantes”, algunos de los cuales se dedican a «mercar» por todo el mundo lo mismo figurillas prehispánicas que vestidos de tehuanas—, el déficit de la balanza comercial lejos de haberse

eliminado o disminuido, ha alcanzado niveles sin precedentes.

En el periodo 1970-1974, no obstante que las exportaciones de mercancías crecieron a una tasa promedio anual de 28.8 por ciento y las exportaciones de manufacturas lo hicieron a una tasa más rápida, las importaciones crecieron a un ritmo mucho mayor (38.9 por ciento). En consecuencia, el déficit comercial casi se triplicó al pasar de 1 045 millones de dólares en 1970 a 3 192 millones en 1974. En 1970, dicho déficit representaba el 82 por ciento de las exportaciones y en 1974 representa ya el 116 por ciento.²⁸ Este año la situación es aún más grave. En el primer trimestre de 1975, mientras las importaciones han seguido creciendo, las exportaciones se han reducido por primera vez en muchos años por un monto, que, según datos oficiales, alcanza 613 millones de pesos en relación al mismo periodo de 1974.²⁹

Evidentemente, la idea de pedir que los países imperialistas, y en particular el gobierno norteamericano, reduzcan sus aranceles y mejoren las condiciones de los préstamos, etc., en beneficio de los países subdesarrollados aunque expresa las contradicciones de la burguesía mexicana con las burguesías imperialistas por el reparto de la plusvalía, no es más que el producto de mentes «panamericanizadas» que quieren hacernos creer que «nuestros buenos vecinos» tienen amigos y no intereses concretos que defender. La crisis monetaria internacional y los problemas de balanza de pagos a los que han enfrentado la mayoría de los países capitalistas en los últimos años han provocado, obviamente, que las barreras arancelarias en lugar de eliminarse, hayan aumentado.

3. La explicación dualista del subdesarrollo años ha fue enterrada.³⁰ Contra lo que piensan nuestros tecnócratas dua-

²⁸ Revista *Comercio Exterior*, México, marzo de 1975.

²⁹ *Excésior*, México, 23 de junio de 1975.

³⁰ Para una crítica de las tesis dualistas, véase André Gunder Frank, *América Latina: subdesarrollo o revolución*. Editorial Era, México, 1973, 357 pp, y Alonso Aguilar M., *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, UNAM, México, 1967 pp. 28-31 y 59-65.

listas, el sector «atrasado» o «de subsistencia» del campo mexicano no se encuentra separado del llamado sector «moderno» o «comercial» y al margen del mercado capitalista. El sector «atrasado» está dialécticamente integrado, subordinado y es explotado por el sector «moderno». Ambos sectores mantienen permanentes relaciones comerciales, financieras y de otro tipo y, lo que es más importante, los minifundistas privados y ejidatarios venden su fuerza de trabajo a los propietarios del «sector comercial».

La tendencia a la perpetuación de formas precapitalistas de producción es el resultado de la presencia del capitalismo, más que de su ausencia. La perpetuación de formas precapitalistas, subordinadas al modo capitalista de producción dominante, es una consecuencia de los obstáculos estructurales a los que se enfrenta el proceso de acumulación de capital en un país como el nuestro.

La existencia de formas de producción precapitalistas en el «sector atrasado», más que ser un obstáculo para el desarrollo del capitalismo, es una de sus principales condiciones. Por un lado, el mercado interno crece como consecuencia de la desposesión y pauperización a que son sometidos los productores del «sector de subsistencia». Y, por otro lado, dichos productores, al formar parte del enorme ejército de reserva existente en el capitalismo del subdesarrollo, coadyuvan poderosamente al abatimiento de los salarios, a la elevación de la tasa de plusvalía y, por ende, al aumento de la tasa de ganancia de los capitalistas. Por lo tanto, no es cierto, como afirman los dualistas y «marginalistas» de toda laya que proliferan en nuestro país, que el capitalismo no se desarrolle por la existencia de un «sector atrasado». Más bien, al contrario: el «sector atrasado» no se desarrolla debido al capitalismo y a la forma en que éste se desenvuelve en la periferia del sistema.

La reforma agraria no ha liquidado el latifundismo y, antes bien, la concentración de la tierra y del capital se acelera día con día. “Mientras que el 40 por ciento de los predios o explotaciones agrícolas existentes sólo absorbe poco más del 2 por ciento del valor total de los mismos, el 1.6

por ciento de aquélla acapara el 67.2 por ciento de la riqueza agrícola".³¹

La idea de organizar los minifundios en granjas familiares o cooperativas en el marco de una sociedad capitalista guarda semejanza con los planteamientos de los populistas rusos, ya que se piensa, ilusamente, que es posible resolver el problema agrario en el marco del capitalismo; omiten el hecho de que si bien el capitalismo del subdesarrollo tiende a perpetuar formas de producción precapitalistas, a la vez, dialécticamente, el desarrollo capitalista en el campo proletariza a los ejidatarios y minifundistas privados y vuelve inevitable la paulatina desintegración de las pequeñas propiedades agrícolas.

El problema central del campo mexicano reside en el régimen de propiedad de la tierra y de los instrumentos de producción. Las invasiones de tierras y el surgimiento de grupos guerrilleros en el medio rural son una de las tantas manifestaciones del carácter *estructural* del problema agrario.

La solución de los problemas del campo no depende solamente, como lo piensan los economistas burgueses y los funcionarios del actual gobierno, de mejoras en la organización de los minifundios privados y de los ejidos y del aumento de la ayuda técnica y crediticia, sino de la transformación revolucionaria de toda la sociedad mexicana

4. El ahorro interno aunque pequeño en términos absolutos en relación al de los países metropolitanos, no es insuficiente. Una adecuada movilización del excedente económico que actualmente se despilfarra o se traslada a las metrópolis imperialistas por el intercambio desigual de mercancías y pagos al capital extranjero, permitiría elevar sensiblemente la tasa de acumulación, modificar radicalmente la estructura de la inversión y acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas.³²

³¹ Alonso Aguilar "El proceso de acumulación de capital", *México: riqueza y miseria*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972, p. 35.

³² Para una explicación de la supuesta «insuficiencia del ahorro interno», véase del autor de este artículo, "Obstáculos a la acumulación...", *ob. cit.*

Como se ha demostrado hasta el cansancio, la inversión extranjera no capitaliza al país sino lo descapitaliza, además de ser uno de los principales instrumentos de control del imperialismo.

La «nueva estrategia del desarrollo» impulsada por el gobierno de Echeverría ha sido un rotundo fracaso. La propuesta de reducir el endeudamiento externo y evitar el financiamiento inflacionario no ha podido llevarse a la práctica.

A pesar de que el gobierno llevó a cabo las modificaciones impositivas recomendadas por los economistas con «visión sexenal» y elevó los precios de las mercancías y de los servicios que producen las empresas estatales para financiar el gasto público y hacer frente a los crecientes déficits de la balanza de pagos, contrató más créditos externos que cualquier otra administración anterior y recurrió al expediente de hacer trabajar a marchas forzadas a la maquinista de impresión de billetes.

Así, en el periodo 1971-1974, el promedio anual de contratación de créditos externos fue de 1 540 millones de dólares, nivel que representa un incremento de 126 por ciento en relación al sexenio de Díaz Ordaz, y es doce veces y media superior al promedio del no muy lejano periodo de Ruiz Cortines. Mientras en 1966, los pagos al capital extranjero (amortizaciones, intereses de la deuda y salidas de capital por inversiones extranjeras directas) representaban el 59.7 por ciento del total de las exportaciones, en 1974 dicha proporción representa el 68.7 por ciento.³³ La deuda externa a más de un año, sin considerar los préstamos de las empresas privadas, asciende en la actualidad a más de 9 000 millones de dólares.³⁴

Con el grado actual de desarrollo del capitalismo mexicano y dentro del contexto de la crisis del capitalismo monopolista de estado a escala internacional, no existe la opción

³³ Harry Magdoff, *Monthly Review*, No. 16, Nueva York, 1968, p. 58, y *Comercio Exterior*, México, marzo 1975, p. 238.

³⁴ *Análisis Económico*, Vol. 10, No. 436. Publicaciones Ejecutivas de México, 1975, p. 1.

entre financiamiento interno, financiamiento externo o financiamiento inflacionario, que alegremente gorjeaban los «jilgueros» de la «nueva estrategia del desarrollo». *La verdad es que el capitalismo mexicano no puede vivir sin el uso combinado de las tres formas de financiamiento.*

Recientemente, el mismo Secretario de Hacienda, José López Portillo, decretó la muerte de la «nueva estrategia» y bajo el falso pero escalofriante *slogan* de «crédito o hambre», justificó el endeudamiento externo y ratificó que, a pesar de las ilusiones de comienzo de sexenio, la política económica sigue siendo eminentemente desarrollista. López Portillo afirmó:

No podíamos dejar de crecer. Entre dejar de crecer y pedir prestado preferimos pedir prestado, porque al final de cuentas el país produce lo suficiente para pagar con holgura y seguir disponiendo de crédito. . .

Y continúa, con entusiasmo: Crédito, viene de creer, creer en nosotros. Si el mundo cree en nosotros, eso forma parte de nuestra riqueza. Y el mundo cree en México, por eso disponemos de crédito, señores.³⁵

Para sostener la tasa de acumulación y la tasa de crecimiento de la economía mexicana, la política de financiamiento del estado mexicano descansa en la libre entrada de inversiones extranjeras directas y en el endeudamiento en espiral, vale decir, en la reproducción y ampliación permanente de la dependencia estructural bajo el imperialismo; y en la reducción de los salarios reales de los trabajadores, a través de la ejecución de reformas fiscales regresivas, del aumento de los precios y de las tarifas de los productos y servicios de las empresas estatales y del financiamiento inflacionario del gasto público.

5. La mala distribución del ingreso en un país capitalista como México no puede explicarse en términos de fenómenos extraños al sistema económico como la alta tasa

³⁵ *El Herald*, México, 7 de junio de 1975.

de crecimiento demográfico, ni tampoco atribuyéndola a factores como la baja productividad de algunas actividades económicas (vgr. la agricultura), la que más que una causa es un efecto de la concentración del ingreso.

Un injusto reparto del ingreso nacional sólo es un reflejo de un previo reparto de los medios de producción. Las relaciones de distribución están históricamente determinadas por las relaciones sociales de producción. Como dice Marx:

Fijémonos... en las llamadas relaciones de distribución. El salario presupone el trabajo asalariado; la ganancia, el capital. Estas formas concretas de distribución, presuponen, pues, determinados caracteres sociales en cuanto a las condiciones de producción y determinadas relaciones sociales de los agentes de la producción. Las relaciones concretas de repartición son, pues, simplemente, la expresión de las relaciones de producción históricamente determinadas.³⁶

El que unos cuantos —los capitalistas— reciban altas ganancias mientras la gran mayoría, los trabajadores, perciben bajísimos ingresos, se debe al hecho de que los primeros son dueños de los medios de producción, mientras los segundos tienen que vender su fuerza de trabajo para subsistir. Las leyes de la acumulación provocan la continua y creciente concentración del capital en manos de los capitalistas y el mantenimiento de los salarios al nivel del valor de la fuerza de trabajo.

La tesis de que el crecimiento económico del país y del mercado interno tiene que basarse en la redistribución del ingreso, muestra una total incomprensión de los mecanismos que utiliza el capitalismo para realizar las mercancías, hacer frente a la contradicción entre producción y consumo y asegurar la reproducción ampliada del capital. Pasan por alto que el crecimiento del mercado interno, aunque

³⁶ Carlos Marx, *El capital*, t. 3, México, FCE, 1959, p. 814.

sea contradictorio y esté sujeto a crisis periódicas, se da, hasta cierto punto, independientemente del bajo nivel de consumo de las masas.³⁷ A través, principalmente, del consumo de lujo de la burguesía y las capas medias y del gasto improductivo del estado y las empresas privadas, el sistema «suaviza» los problemas de realización.

Los economistas burgueses mexicanos hacen equivalentes las categorías mercado y consumo individual. Y como ha dicho alguien, al hacer esto confunden el mercado con un «supermercado». Esta teoría subconsumista del mercado interno es una vulgar idea de origen *sismondiano*, que Marx se encargó de refutar hace más de cien años y Lenin hace más de cincuenta. Al contestar a quienes achacaban el origen de las crisis capitalistas a la miseria de las masas, Marx hacía notar que:

Es una pura tautología el decir que las crisis se producen por falta de capacidad de pago del consumo. . . El que las mercancías no puedan venderse, no significa otra cosa sino que no se encuentran compradores que puedan pagarlas. . . Pero si se quiere dar a esta tautología un sentido más hondo diciendo que la clase obrera percibe una parte muy pequeña de su propio producto y que el mal se remedia tan pronto como perciba una parte mayor, es decir que su salario aumenta, habrá que objetar a esto tan sólo que las crisis se preparan cada vez por un periodo en que el salario sube en general y la clase obrera *realiter* recibe una mayor participación en la parte del producto anual destinado al consumo.³⁸

La reforma fiscal como instrumento para mejorar la distribución del ingreso es una inoperante idea keynesiana, in-

³⁷ Desde luego, como Marx mismo hace notar, el bajo nivel de consumo de las masas constituye una de las contradicciones básicas del capitalismo, que convierten a éste en un régimen históricamente transitorio.

³⁸ Carlos Marx, *El capital*, t. 2, FCE, México, 1959, p. 366.

capaz de resolver el problema porque deja intacta la estructura económica que produce y reproduce la desigualdad

Los cambios fiscales realizados por el estado mexicano en los últimos años, lejos de redistribuir el ingreso lo han concentrado aún más. Las modificaciones impositivas han sido regresivas, muchas de ellas de carácter inflacionario y han afectado, principalmente, a los grupos populares y a la llamada clase media.

6. En su carácter de apologistas del capitalismo, los ideólogos burgueses no tienen más remedio que atribuir el enorme desempleo que sufre el país a factores demográficos, repitiendo, así, las viejas tonterías malthusianas. Sin el menor pudor, los «economistas oficiales», hacen regresar la economía casi dos siglos al atribuir el «exceso de población» a causas naturales, ajenas al sistema económico. Como decía Marx al referirse a Malthus:

Su concepción es totalmente falsa y pueril... porque consideran como *de la misma índole la sobrepoblación* en las diferentes fases históricas del desarrollo económico; no comprende su diferencia específica... Es Malthus, pues, el que hace abstracción de [las] leyes históricas determinadas de los movimientos de la población, leyes que son, en tales circunstancias, la historia de la naturaleza del hombre; leyes *naturales*, pero que sólo son leyes naturales del hombre en determinado desarrollo histórico, con un determinado desarrollo de las fuerzas productivas, condicionado por su propio proceso histórico.³⁹

Igualmente acientífico es achacar el desempleo al desarrollo tecnológico o a las técnicas de producción en abstracto. El avance científico y tecnológico no pueden verse al margen del proceso de acumulación de capital. No es la «máquina», ni las técnicas en sí, las que desocupan a la fuerza de trabajo, sino el sistema. Al ser el capitalismo un sistema orien-

³⁹ Carlos Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, t. 2, Siglo Veintiuno Editores, México, 1972, p. 113.

tado a la obtención de ganancias, los capitalistas se ven impulsados a usar «técnicas intensivas en capital»; es decir, a sustituir capital variable por capital constante, trabajo «vivo» por trabajo «muerto».

Las causas que provocan el desempleo y subempleo de la fuerza de trabajo no descansan, pues, ni en la alta libido de los mexicanos ni en la perversidad de las máquinas, sino en las leyes del desarrollo capitalista. Dados los obstáculos que la dependencia estructural impone al proceso de acumulación de capital, en el capitalismo de subdesarrollo el ejército de reserva es relativamente mayor que en las metrópolis, lo que explica, en buena medida, que el valor de la fuerza de trabajo sea inferior.

La solución del desempleo pasa por el triunfo y consolidación de la revolución socialista; no descansa ni en el control de la natalidad (*¡Vámonos haciendo menos... para vivir mejor!*, nos cantan a diario las sirenas de la oligarquía) ni en un supuesto cambio en las técnicas de producción, poco conveniente en varios sectores de la economía, además de harto difícil de llevar a cabo en un sistema orientado a la maximización de ganancias y no a la maximización del empleo. Y, finalmente, en el marco de la dependencia tecnológica más que hablar de «selección de técnicas» —como acostumbran decir nuestros «neoclásicos nopaleros»— es conveniente hablar de «imposición de técnicas».

El callejón sin salida en que se mueven los economistas burgueses —que no es más que una expresión en el terreno de las ideas del callejón sin salida en que vive el capitalismo— queda en evidencia en su torpe sugerencia de no usar o de usar lo menos posible, las técnicas «intensivas» en capital; no sólo olvidan o fingen olvidar que los cambios en las técnicas de producción permiten a los capitalistas apropiarse de una plusvalía mayor, sino que proponen, de hecho, un «capitalismo» que carece de su única virtud en un sentido *histórico*: su capacidad de revolucionar los métodos de producción.

7. La teoría monetarista de la inflación si bien puede ser útil para explicar los procesos inflacionarios del siglo XVI,

es totalmente inútil para explicar la inflación contemporánea.

Los monetaristas confunden un efecto del proceso inflacionario —el «exceso de la oferta de dinero»— con las causas reales. Al hacer su análisis en la esfera de la circulación, no pueden advertir que detrás del «exceso de dinero» se esconden factores de orden estructural. Como buenos economistas *vulgares*⁴⁰ en vez de preocuparse por la esencia de los fenómenos se conforman con su apariencia.

Por lo que respecta a la teoría «cepalina», no obstante que analiza la inflación en el campo de la oferta y, por tanto, del proceso de producción, y aunque examina algunos elementos que originan presiones inflacionarias en los países subdesarrollados, deja de lado los verdaderos factores estructurales que explican el fenómeno: el surgimiento del capitalismo monopolista de estado y los cambios que en esta fase ocurren en el funcionamiento de la ley del valor y otras leyes económicas.

La inflación crónica que padecen México y el resto de los países capitalistas se deriva, en primer lugar, del hecho de que en esta fase los empresarios pueden elevar la tasa de ganancia y hacer frente a las bajas en ella, mediante el alza de los precios de las mercancías.

Por supuesto, los empresarios no utilizarán siempre la vía inflacionaria como mecanismo de acumulación. Cuando la tasa de plusvalía puede aumentar mediante la elevación de la productividad del trabajo, los capitalistas pueden aumentar sus ganancias, e incluso soportar un alza en los salarios reales de los trabajadores, sin necesidad de incrementar los precios de las mercancías. Pero cuando las posibilidades de aumentar la plusvalía relativa se angostan, tal como ha su-

⁴⁰ Por supuesto, usamos la expresión en el sentido que Marx le daba al referirse a los economistas que, a la muerte de David Ricardo, más que ocuparse por llevar adelante los elementos científicos de los economistas clásicos y por desentrañar las leyes que regían la economía de su tiempo, trataban solamente de justificar el sistema capitalista y hacer la apología de la explotación y la ganancia.

cedido en estos últimos cinco años, el mejor expediente para mantener la tasa de ganancia es el aumento de los precios.

La inflación es un mecanismo de creación y realización de plusvalía, peculiar del capitalismo monopolista de estado. Si los precios de las mercancías que consumen los proletarios suben a un mayor ritmo que los salarios nominales, se reducen los salarios *reales*, aumenta la tasa de plusvalía y, en consecuencia, la tasa de ganancia.

La inflación es, también, un fenómeno estrechamente vinculado a la intervención del estado en la economía: es el resultado histórico de las medidas usadas por los estados capitalistas para hacer frente a las contradicciones del proceso de acumulación de capital, facilitar la realización de las mercancías, atenuar el ciclo económico y evitar depresiones severas. La inflación es, también, el precio que el capitalismo está pagando por la aplicación de más de cuarenta años de política económica keynesiana, de una política basada en el financiamiento deficitario de los gastos públicos y en la expansión artificial de los medios de pago.

8. Respecto a las tesis sobre el papel de la planificación económica, que el culpable de este artículo ya ha tratado con mayor detalle en otro trabajo,⁴¹ basta subrayar que la planificación económica no es una técnica al alcance de cualquier país, sino una *categoría histórica*, que sólo puede operar como el instrumento fundamental de dirección de la economía hasta que los capitalistas sean expulsados del poder político y el proletariado organizado tome en sus manos el control de los medios de producción.

Los verdaderos obstáculos a la planificación no son ni la falta de estadísticas ni fallas de tipo administrativo, sino estructurales. La llamada planificación «indicativa», caricatura de la planificación socialista, si bien puede contribuir a racionalizar las acciones del sector público y de las empresas monopolistas, está y estará incapacitada para resolver los problemas centrales de México, eliminar el subdesarrollo y elevar los niveles de vida del pueblo. El pro-

⁴¹ Arturo Guillén, *Planificación económica a la mexicana*. Editorial nuestro Tiempo, México, 1971, 148 pp.

blema actual no consiste en «planificar» el orden caduco vigente, sino en acelerar su reemplazo revolucionario.

9. La economía mexicana no es una «economía mixta», sino capitalista. Nuestra estructura económica es capitalista porque: el grueso del excedente económico toma la forma de plusvalía; la mayor parte de los productores directos son asalariados;⁴² las relaciones mercantiles y la competencia de capitales están generalizadas; y el mercado es el mecanismo principal de asignación de los recursos productivos.

La intervención del estado en la economía no es un rasgo privativo del país, ni un fruto de la Revolución Mexicana, ni un invento del PRI. Al igual que el resto de los países capitalistas, la economía mexicana vive, desde aproximadamente la década de los cincuenta, la fase del capitalismo monopolista de estado, una etapa en la que la presencia permanente del estado en el proceso de acumulación del capital se vuelve indispensable para asegurar la reproducción de las relaciones sociales.⁴³

El estado es un instrumento de la clase dominante y no, como ellos suponen, un organismo «neutro», situado por encima de las clases sociales, capaz de ampliar su acción en la actividad económica en beneficio de la colectividad. En esta fase del capitalismo mexicano, el poder económico, social y político está en manos de la oligarquía, quien lo ejerce a través del estado.

Su participación en la actividad económica no tiene como fin transformar el sistema sino, por el contrario, asegurar su conservación y reproducción. La intervención del estado se hace necesaria para hacer frente a las contradicciones del proceso de acumulación de capital, ya sea como empresario o a través de la creación y el manejo de diversos instrumentos de política económica. El estado capitalista actúa en la

⁴² Acerca del proceso de formación de la clase obrera en México, véase Carlos Schaffer, *Capital y estructura sindical*, tesis profesional, UNAM, ENE, México, 1974, 205 pp.

⁴³ Sobre el capitalismo monopolista de estado, véase Alonso Aguilar M., "La fase actual del capitalismo mexicano", *Revista Estrategia*, No. 2, marzo-abril, México, 1975, pp. 2-29.

economía para contrarrestar la acción de la tendencia descendente de la tasa de ganancia y las bajas cíclicas en dicha tasa, atenuar la tendencia al subconsumo y para intentar «racionalizar» el crecimiento de las distintas ramas económicas.

La acción del estado no tiene como fin rivalizar con la inversión privada, sino apoyarla y complementarla. De hecho, cuando los economistas burgueses recomiendan el respeto y estímulo de la propiedad privada de los medios de producción convierten a ésta en la condición del desarrollo económico, cuando en realidad es el obstáculo fundamental.

Los objetivos de «justicia social» de la «nueva» política del desarrollo⁴⁴ son meramente demagógicos, pues la dinámica del capitalismo y la política de «carne y hueso» del estado en realidad empeoran la distribución del ingreso y el nivel de vida del pueblo y agrandan la desocupación y subocupación de la fuerza de trabajo.

Como ha podido apreciarse, las tesis de los economistas burgueses mexicanos que hemos intentado evaluar, son, más que nada, recomendaciones de política económica. La base técnica en que descansan es una mezcla de teoría neoclásica, keynesiana y pensamiento «cepalino», debidamente adobada (¡No podía ser de otra manera!) con la ideología de la «Revolución Mexicana». En otras palabras, confunden la ciencia económica con una «ensalada mixta». Como auténticos economistas «vulgares» piensan que el trabajo científico consiste en la mera suma aritmética de todas las teorías; creen que el uso indiscriminado y anárquico de las teorías más diversas le confiere un carácter científico a sus trabajos.

Bien decía Marx que:

[...] la forma más perfecta de la economía vulgar es la forma profesoral. Ésta procede históricamente con

⁴⁴ Sobre el particular, véase "El viejo desarrollismo ha muerto ¡Viva el nuevo desarrollismo!" Revista *Estrategia*, No. 1, enero-febrero, México, 1975, pp. 2-10.

una prudente moderación, espigando lo mejor de todas las cosechas; no le importan las contradicciones, lo que le interesa sobre todo, es ser completa. En ella todos los sistemas pierden lo que les anima y da vigor y acaban formando un revoltillo en la mesa de los compiladores [...]⁴⁵

Los trabajos de los economistas burgueses mexicanos dejan al descubierto su carácter acientífico. El análisis de problemas tan importantes como el desarrollo económico, el desempleo y la distribución del ingreso no puede hacerse, como lo hacen ellos, al margen de las relaciones sociales de producción y, en particular, del proceso de acumulación de capital, sus contradicciones y las modalidades que éste asume en el marco de una economía estructuralmente dependiente como la nuestra.

Pero en el trabajo «científico» de los economistas «revolucionarios» —por cierto, tan acientífico como el de los «científicos porfiristas»— los problemas reales de la acumulación no se introducen. Y esto en realidad resulta imposible cuando no se acepta siquiera la existencia del capitalismo. En consecuencia, las categorías monopolio, imperialismo, explotación, etcétera, quedan fuera de su campo de estudio.

Por lo que respecta a la dependencia nunca se la ve como una categoría histórica de carácter estructural, condicionada por el desarrollo del capitalismo internacional, sino que su análisis se reduce al estudio superficial de algunas de sus manifestaciones más evidentes: la dependencia tecnológica, la comercial y la financiera. Y, casi siempre, consideran que la dependencia es un fenómeno transitorio, soluble en los marcos del capitalismo.

En suma, no obstante que a los economistas burgueses mexicanos les gusta presentarse como pensadores objetivos, científicos, apolíticos y libres de prejuicios ideológicos, las ideas que cabalgan a lo largo de sus trabajos bien pronto

⁴⁵ Carlos Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, t. 2. *Ob. cit.*, p. 394.

dejan traslucir lo contrario: más que la objetividad y un interés científico verdadero, prevalece la idea de defender a toda costa el sistema capitalista. Rápidamente, la imparcialidad deja su lugar a la apología, la ciencia a la ideología y, tras el barniz de la erudición, la economía burguesa enseña su contenido vulgar.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR M., Alonso. *Economía política y lucha social*. México, Edit. Nuestro Tiempo.
- . *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*. México, UNAM.
- BHADURI A., M. DOBB, R. MEEK (Selección dirigida por Oscar Braun). *Teoría del capital y la distribución*. Buenos Aires. Editorial Tiempo Contemporáneo.
- BÁEZ, René. *Teorías sobre el subdesarrollo*. México, Edit. Diógenes.
- BAGÚ, Sergio, Theotonio DOS SANTOS, Héctor SILVA MICHELENA y otros. *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*. México, Edit. Nuestro Tiempo.
- BAJITOV, M. *El capitalismo actual y la sociología burguesa*. Bogotá, 1966.
- BARAN, Paul. *El socialismo, única salida*. México, Edit. Nuestro Tiempo.
- BELOÚSOV, N., Y. CHAPLYGUIN, F. LÉRNER y otros. *Tras la fachada de las teorías burguesas*. Moscú, Edit. Progreso.
- BENETTI, Carlo. *La acumulación de capital en los países capitalistas subdesarrollados*. México, F. C. E.
- . *Valeur et repartition*. París, Françoise Maspero.
- , C. BERTHOMIEU y J. CARTELIER. *Economie classique économie vulgaire*. París, Françoise Maspero.
- BLEANY, Michael F. *Teoría de las crisis*. México, Edit. Nuestro Tiempo.
- BRUNHOFF, Suzzane de. *L'offre de monnaie*. París, François Maspero. (Hay traducción al español de Edit. Tiempo Contemporáneo, Argentina.)

- BUJARIN, N. *La economía política del rentista. Crítica de la economía marginalista*. Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente Núm. 57.
- CONSUEGRA, José. *Un nuevo enfoque de la teoría de la inflación*. Medellín y Córdoba, Eds. Universidades Simón Bolívar.
- . *Neomalthusianismo, doctrina del imperialismo y análisis de las causas del subdesarrollo*. Colombia, Desarrollo indoamericana, 1969, 200 pp.
- DOBB, Maurice. *Teoría del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica*. México, Siglo Veintiuno Editores.
- . *Economía política y capitalismo*. México, F. C. E.
- . *Introducción a la economía*. México, F. C. E.
- , Ronald MEEK y James O'CONNOR. *A critique of economic theory* (Edited by E. K. Hunt and Jesse G. Schwartz) Penguin Modern Economic readings. (Hay traducción al español, F. C. E. México.)
- EATON, John. *Marx against Keynes*. London, Lawrence & Wishart, 1951.
- EMMANUEL, Arghiri. *El intercambio desigual*. México, Siglo Veintiuno Editores, 1973, 480 pp.
- GARCÍA, Antonio. *Atraso y dependencia en América Latina*. Buenos Aires, Edit. El Ateneo.
- HARCOURT, Geoffrey Colin. *Some cambridge controversies in the theory of capital*. Cambridge, 1972.
- y N. F. LAING. *Capital y crecimiento*. México, F. C. E.
- HILFERDING, Rudolf. "La crítica de Böhm Bawerk a Marx", en *Economía burguesa y economía socialista*. Córdoba, Arg. Edic. de Pasado y Presente, 1974. (Cuadernos de Pasado y Presente, Núm. 49.)
- HOLLIS, Martin and Edward NELL. *Rational economic man. A philosophical critique of neo-classical economics*. London, Cambridge University Press.
- HUBERMAN, Leo. *Los bienes terrenales del hombre*. México, Editorial Nuestro Tiempo.
- KANAPA, J., I. TRACHTENBERG, J. BERNARD, J. DESSAU y otros. (Compilación de Narciso Bassols y Alonso Aguilar.) *Keynes. Economista vulgar* (5 ensayos). México, 1950.

- KARATAEV, Ryndina y otros. *Historia de las doctrinas económicas*. 2 t. México, Editorial Grijalbo.
- LANGE, Oscar. *Papers on economics and sociology*. Warsaw, Pergamon Press, 1970, 600 pp.
- LEBENDINSKY, Mauricio. *Del subdesarrollo al desarrollo*. Buenos Aires, Edit. Quipo, 1968.
- LENIN, V. I. *Contenido económico del populismo*. México, Siglo Veintiuno Editores.
- . *Sobre el problema de los mercados*. México, Siglo XXI.
- . *Cuadernos sobre el imperialismo*. Buenos Aires, Estudio.
- LESSA, Carlos y Tomás VASCONI. *Hacia una crítica de las interpretaciones del desarrollo latinoamericano*. Caracas, Universidad central de Venezuela-Centro de Estudios del Desarrollo, 1969, 229 pp. (Serie 4, cursos y conferencias, 2.)
- LUXEMBURGO, Rosa. *La acumulación del capital*. México, Edit. Grijalbo.
- MARX, Carlos. *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, 2 t. La Habana, Edic. Venceremos.
- MATTICK, Paul. *Marx y Keynes*. México, Eds. Era.
- . *Crises et theories des crises*. París, Editions Champ Libre.
- MAZA ZAVALA, Domingo Felipe. *Análisis macro económico*. Caracas, Universidad Central, 1966, 585 pp.
- . *Explosión demográfica y crecimiento económico; una realidad crítica*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1974, 142 pp.
- MEEK, Ronald (Compilación e introducción de). *Marx, Engels y la explosión demográfica*. México, Ed. Extemporáneos.
- . *Studies in the labour theory of value*. London, Lawrence & Wishart.
- . *Economía e ideología*. Barcelona, Edic. Ariel. (Colección Demos.)
- OSSADTCHAIYA, L. *De Keynes a la síntesis neoclásica*. Moscú, Edit. Progreso, 1975.

- PERLO, Víctor. *The income revolution*. N. York.
- ROBINSON, Jean. *Filosofía Económica*. Argentina.
- y John EATWELL. *Introducción a la economía moderna*. México, F. C. E.
- SALAMA, Pierre. *Sobre el valor*, México, Edic. ERA.
- . *El proceso del subdesarrollo*. México, Edic. ERA.
- SCHMIDT, Bernard. *Monnaie, salaires et profits*. París, Presses Universitaires de France.
- SRAFFA, Piero. “La ley de los rendimientos en régimen de competencia”, en *Ensayos sobre la teoría de los precios*. Madrid, Edit. Aguilar, 1968.
- . *Producción de mercancías por medio de mercancías*. Barcelona, Ed. Oikos.
- STRACHEY, John. *Naturaleza de las crisis*. México, Edic. El Caballito, 1973.
- SWEETZ, Paul M. *El capitalismo moderno y otros ensayos*. México, Edit. Nuestro Tiempo.
- TORRES GAYTÁN, Ricardo. *Teoría del comercio internacional*. México, Siglo XXI Editores.

Se terminó de imprimir este libro
el día 13 de marzo de 1981 en los
talleres de la Editorial Libros de
México, S. A., Av. Coyoacán 1035,
México 12, D. F. Su tiro consta de
2,000 ejemplares.

La crítica marxista de las distintas posiciones burguesas es una expresión de la lucha de clases en el terreno de las ideas.

Convencida de la importancia de dicha crítica, la Editorial Nuestro Tiempo ofrece este volumen que contiene artículos y fragmentos de libros de autores que, desde distintas perspectivas, han analizado la economía burguesa.

Se observará que se ha dado preferencia a la inclusión de autores latinoamericanos, profesores e investigadores que en Chile, Venezuela, Colombia y México han puesto su grano de arena en el difícil y aún descuidado terreno de la lucha teórica e ideológica.



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO